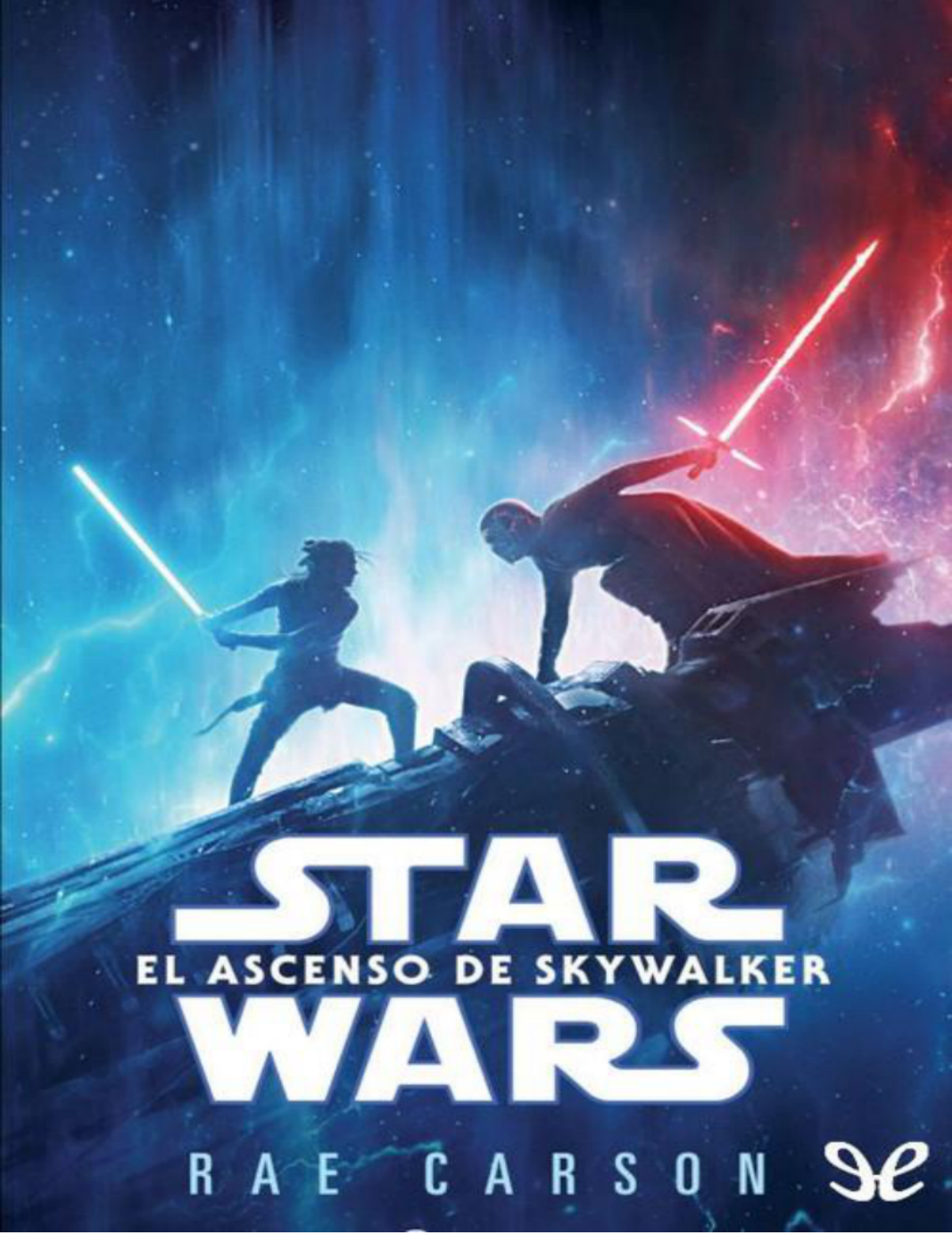

STAR WARS
EL ASCENSO DE SKYWALKER
RAE CARSON

Sé testigo del capítulo final de la saga Skywalker con esta novelización que incluye material que no viste en la película y explora el viaje de Rey, Kylo y todos los personajes del Episodio IX de Star Wars. La Resistencia ha renacido. Rey y sus compañeros vuelven a la batalla. Aun así, la guerra contra la Primera Orden, encabezada ahora por el Líder Supremo Kylo Ren, está lejos de su fin. Justo cuando el destello de la rebelión cobra fuerza, una señal misteriosa se escucha por la galaxia con un mensaje aterrador: el Emperador Palpatine, a quien creían derrotado y destruido, vuelve de entre los muertos. ¿Realmente el antiguo Lord Sith regresó? Kylo Ren provoca destrucción a su paso, determinado a encontrar y eliminar lo que estorbe su control sobre la Primera Orden, así como su destino de gobernar la galaxia. Mientras tanto, al descubrir la verdad, Rey, Finn, Poe y la Resistencia deben embarcarse en la misión más peligrosa que hayan enfrentado. Con nuevas escenas adaptadas de material nunca antes visto, la historia que empezó con *Star Wars. El Despertar de la Fuerza* y continuó con *Star Wars. Los Últimos Jedi* llega a su final.

Rae Carson

Star Wars. El ascenso de Skywalker

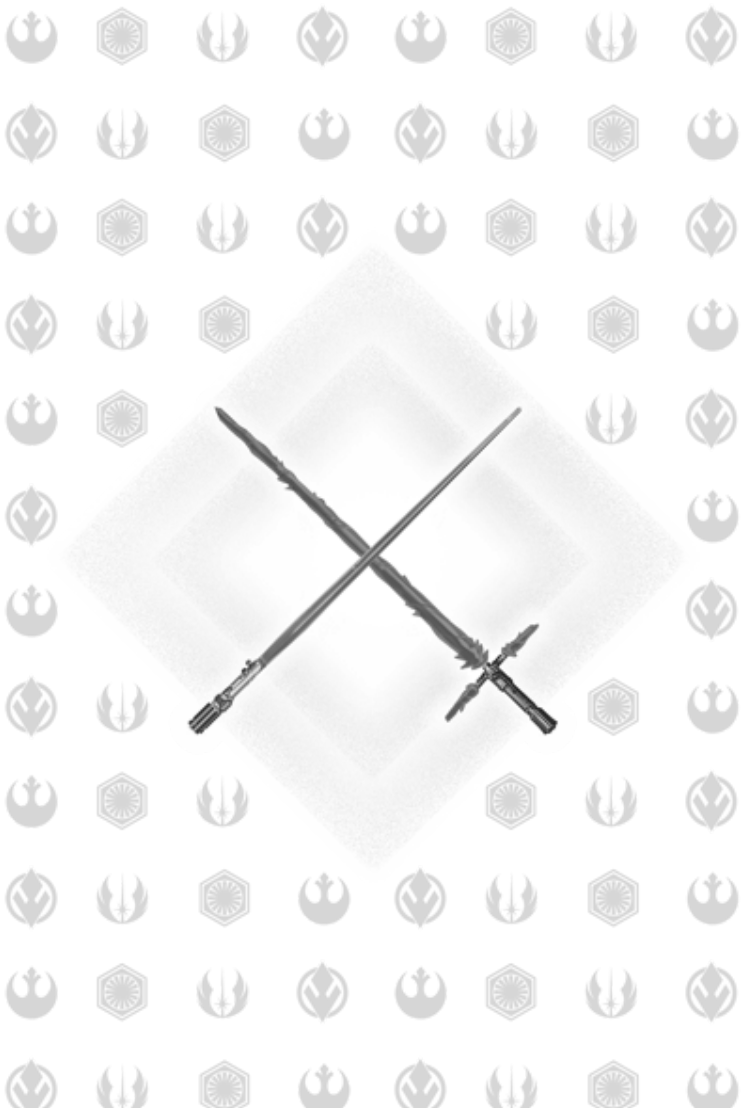
Nuevo Canon - 9

ePub r1.0
Titivillus 20-10-2020

Título original: *The Rise of Skywalker*
Rae Carson, 2019
Traducción: Estela Peña Molatore

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

STAR WARS



Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

¡Los muertos hablan! La galaxia ha escuchado una misteriosa transmisión, una amenaza de VENGANZA en la siniestra voz del fallecido EMPERADOR PALPATINE.

La GENERAL LEIA ORGANA envía agentes secretos para reunir información, mientras que REY, la última esperanza de los Jedi, entrena para la batalla contra la diabólica PRIMERA ORDEN.

Mientras tanto, el Líder Supremo KYLO REN, enfurecido, busca al Emperador fantasma, decidido a destruir cualquier amenaza a su poder…

CAPÍTULO 1

Sentada con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, Rey no recordaba haberse elevado, pero tenía vaga conciencia de que, de algún modo, estaba flotando. Piedrecillas y pequeños guijarros volaban a su alrededor como un campo de asteroides orbitando en torno a su sol. La Fuerza fluía a través de ella, la impulsaba, la conectaba con todo. La exuberante luna tropical de Ajan Kloss estaba llena de vida. Podía sentir cada árbol y helecho, cada reptil e insecto. A unos pasos de distancia, en una madriguera oculta, una pequeña criatura peluda acicalaba a su camada de cuatro crías.

—Muy bien, Rey. —Era la voz de Leia, profunda y tranquilizadora como siempre—. Muy bien. Tu conexión cada día se vuelve más fuerte. ¿La sientes?

—Sí.

—Ahora, conecta con la Fuerza. Si tu mente está lista, podrás escuchar a aquellos que te precedieron.

Rey inhaló por la nariz y dirigió su atención al vacío. Leia decía que la paz y la tranquilidad eran la clave. Se conectó, buscó, sintió la brisa sobre sus mejillas, olió el suelo mohoso empapado por la reciente lluvia.

—Vengan a mí, vengan a mí, vengan a mí —murmuró. Pero no escuchó nada, excepto el viento en los árboles y el chirriar de los insectos.

—¿Rey?

No quería admitir que estaba fallando, así que prefirió decir:

—¿Por qué dejaste de entrenar con Luke?

Sus palabras eran ásperas, casi retadoras. Leia lo tomó con calma.

—Otra vida me llamaba.

Aún con los ojos cerrados, Rey preguntó:

—¿Cómo supiste?

—Una corazonada. Visiones. De servir a la galaxia de otras maneras.

—Pero ¿cómo sabías que las visiones eran verdaderas? —insistió Rey.

—Lo sabía.

Percibió una sonrisa en la voz de Leia. Rey no comprendía cómo podía estar tan segura. De todo.

—Valoré cada momento que pasé con mi hermano —añadió Leia—. Las cosas que me enseñó… las uso todos los días. Una vez que tocas la Fuerza, es parte de ti para siempre. Con los años seguí aprendiendo, creciendo. Hubo ocasiones en el Senado donde las meditaciones que aprendí con Luke fueron lo único que evitó que causara un incidente galáctico.

Rey frunció el ceño. Leia no necesitaba paciencia. Podía haber hecho que cualquiera hiciera lo que quería, con el poder de la Fuerza. ¿En serio no había sentido la tentación?

—¿Se enojó Luke cuando renunciaste? —Esperó que Leia se diera cuenta de que ya podía hablar y flotar al mismo tiempo. Eso era un avance, ¿cierto?

Leia hizo una pausa para pensarlo.

—Se decepcionó. Pero lo comprendió. Creo que siempre tuvo la esperanza de que volviera algún día.

Rey estuvo a punto de reír.

—Qué iluso. —Una vez que Leia tomaba una decisión, se mantenía firme.

—Le entregué mi sable de luz para convencerlo. Le dije que se lo entregara algún día a un estudiante prometedor. —La voz de Leia se había endurecido. Rey sintió que no le estaba diciendo todo.

—¿Dónde está ahora tu sable de luz?

—No tengo idea. Ahora deja de intentar distraerme —dijo Leia—. Conéctate.

Rey volvió a concentrarse y vació su mente de preocupaciones, tal como Leia le había enseñado. Abandonó su conciencia. Se abrió a lo que la Fuerza tuviera que decirle. Intentó llamarlo: «¿Maestro Skywalker?». Nada, nada y más nada.

—Maestra Leia, no escucho a nadie.

—Deja ir todo pensamiento. Deja ir el miedo. Conéctate. Invita a los Jedi del pasado a venir contigo.

—Vengan a mí… vengan a mí… —Esperó un segundo, tal vez dos—. No vienen.

Rey hizo un ruido de exasperación y se dejó caer limpiamente hasta el suelo. Las piedrecillas cayeron con ella.

—Rey —dijo Leia. La general podía decir tanto con una sola palabra… castigo, aceptación, diversión, cariño. Tal vez por eso se había vuelto una líder tan poderosa—. Sé paciente.

—Empiezo a pensar que es imposible. Escuchar las voces de los

Jedi del pasado —dijo Rey dando zancadas hacia Leia.

Su maestra siempre se las arreglaba para verse limpia e impecable, sin importar cuán fangosa estuviera su base improvisada. Traía el cabello recogido hacia atrás en un círculo de trenzas, y llevaba un chaleco acolchado sobre la túnica marrón. Siempre tenía joyería alderaaniana adornando sus orejas y envolviendo sus muñecas y dedos. Sus ojos eran brillantes y sabios, como siempre, pero Rey se daba cuenta de que últimamente se movía más lento, como si le dolieran los huesos. Conservaba un dejo de sonrisa.

—Nada es imposible.

Rey tomó su casco y se puso de pie.

—Nada es imposible… —repitió, tratando de creerlo—. Voy a correr en la pista de entrenamiento. Eso sí lo puedo hacer.

Necesitaba correr. O, tal vez, golpear algo. Leia le tendió el sable de luz de Luke. Lo tomó con reverencia. Enseguida echó a correr por la selva. BB-8 rodó detrás de ella.

Leia la vio alejarse con un asomo de sonrisa en los labios. Entrenarla la llenaba de orgullo, pero también de recelo. Rey era, al mismo tiempo, una estudiante maravillosa y exasperante. Se frustraba por lo que no aprendía con rapidez, incapaz de darse cuenta de cuán rápido aprendía.

Sin embargo, no podía juzgarla. Ella también había exasperado a Luke. Además su conexión con la Fuerza se hacía más fuerte con la edad. Cuando el cuerpo comenzaba a fallar, la mente se conectaba, sin la carga de las capacidades físicas. La verdad, Leia no podía correr por la selva, aunque hubiera querido. La paz y la calma llegaban fácilmente porque su cuerpo las ansiaba.

Tal vez Leia nunca fue joven. A la edad de Rey, comandaba una rebelión.

Rey podría llegar a ser una gran líder y lo sería bajo las enseñanzas de Leia. La chica albergaba oscuridad en su interior, como Ben. Sin embargo, Leia no cometería los mismos errores que con su hijo. No se dejaría llevar por el miedo, ni por la oscuridad que crecía dentro de su alumna, ni por sus cuestionables cualidades como maestra. Lo más importante, nunca se alejaría de Rey.

Leia dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la base. Extendió una mano y dejó que sus dedos acariciaran los helechos y las enredaderas de hojas anchas que se alineaban en su camino. Ajan Kloss le traía buenos recuerdos. Años atrás entrenó ahí con Luke, quien lo había nombrado el «buen Dagobah». Afirmaba que era tan húmedo, cálido, verde y rebosante de vida como el planeta donde entrenó con Yoda, pero no olía mal.

Se detuvo en un claro. A su derecha, un gran árbol con un enorme tronco buscaba la luz del sol, extendiendo un dosel de ramas que daban sombra al claro, por lo que impedía que creciera nada excepto algunos helechos y unos cuantos pastos. Leia había entrenado ahí, en ese mismo lugar. Extendió una mano y tocó el tronco del árbol con reverencia. Se había formado una gran masa de corteza en torno a una vieja herida. Estaba casi sellada.

Ella lo había dañado. Se había inclinado hacia Luke con su sable de luz, había fallado y cortado el tronco. Durante más de dos décadas el árbol se había estado curando.

«Ay, Luke, espero estar haciendo esto bien», pensó. Leia no era una Maestra Jedi, pero había aprendido del mejor. Y no solo de él; a lo largo de los años oyó ocasionalmente la voz de
Obi-Wan
Kenobi a través de la Fuerza, e incluso a veces la de Yoda. Algunas ocasiones sintió como si hubiera aprendido de la propia Fuerza. Ella era sobre todo una política y una general, pero aceptó el legado Jedi y lo afirmó de la mejor manera que pudo.

Y tal vez era eso exactamente lo que Rey necesitaba: ser entrenada en la Fuerza, no por un maestro formal, sino por alguien bien aterrizado en las minucias de la vida diaria y la supervivencia. Obi-Wan no logró apartar a Vader del Lado Oscuro. Luke tampoco lo logró con Ben. Ella no podía fallar con Rey.

Mientras caminaba, los insectos cantaban. Las aves trinaban sobre su cabeza, y pequeños anfibios gorjeaban sus llamadas de apareamiento. Era extraño cómo un lugar tan ruidoso podía ser tan pacífico. El ruido era tan fuerte, constante y relajante que era casi tan perfecto como el silencio.

Hacía bastantes años, no mucho después de la batalla de Endor, que descubrió el poder meditativo del sonido. Ella y Luke se habían apartado para entrenar, y de alguna manera ella terminó parada de manos mientras Luke le lanzaba burlas bienintencionadas. Incluso con la ayuda de la Fuerza, sus hombros empezaron a arder, sus brazos se tambaleaban. Habían pasado la última hora luchando con sus sables de luz y su cuerpo estaba exhausto.

—¿Sabes? —dijo Luke con voz petulante—, cuando hice esto en Dagobah, Yoda estaba sentado sobre mis pies.

En ese entonces repetía mucho eso: cuando hice esto en Dagobah… Era odioso y totalmente inútil. Así que Leia se lo recordó: «Eres odioso y totalmente inútil».

—También lo hice con una sola mano —añadió.

Quería provocarla para enseñarle una lección sobre la ira, la

impaciencia y todas esas tonterías. Luke había olvidado que su estudiante era una soberbia estratega que se educó en la realeza. Leia no caía en provocaciones.

En cambio, reflexionaba. Se conectó con la Fuerza y la dejó fluir como sangre por sus venas. Un pequeño insecto comenzó a frotar la mandíbula, silbando una dulce y sonora melodía.

Su instinto la guio y se enfocó en el sonido. Era hermoso, puro, etéreo, completamente ajeno a las preocupaciones del liderazgo y de la enseñanza, de los fracasos y del aprendizaje.

Con deleite y concentración se levantó del suelo. Flotó de cabeza con los pies apuntando al cielo. Un momento después levantó los brazos y los colocó paralelos al suelo.

Sin embargo, era solo una estudiante, nueva en el dominio de la Fuerza, y cuando volvió en sí y se dio cuenta de lo que acababa de hacer, regresó las manos hacia abajo por si caía.

Lo hizo justo a tiempo. Perdió la forma y terminó de rodillas sobre el lodo. No importaba. Lo haría mejor la próxima vez. Levantó la vista y vio que Luke la miraba boquiabierto.

—¿Alguna vez hiciste eso con Yoda? —No pudo resistir la pregunta.

Él sacudió la cabeza sin palabras.

—Lo puedo hacer mejor —insistió—. Flotar más tiempo.

Luke por fin pudo decir algo:

—Me harás ser un mejor maestro.

No era la respuesta que ella esperaba.

—¿Qué quieres decir?

Él se agachó y la ayudó a ponerse en pie.

—Tu juego de pies es terrible —dijo—. No me malinterpretes, tu técnica con sable de luz está avanzando, pero hay otras cosas que haces… naturalmente. —Hizo un gesto de disculpa—. Lo que quiero decir es que eres excepcional. Solo que… diferente.

Entonces sonrió, con esa sonrisa de granjero que lo acompañó hasta la noche de la traición de Ben.

Leia hizo un esfuerzo por sacudirse el recuerdo. Los recuerdos llegaban rápidos y vívidos esos días; sin embargo, agradeció ese último. Sería la clave para entrenar a Rey. Ella y Rey eran diferentes, los últimos vestigios de una orden muerta, y juntas harían un nuevo camino.

El grueso follaje verde se movía mientras Rey corría. La bandera roja en su mano ondeaba con cada movimiento de sus brazos. Brincó sobre helechos enredados, esquivó las enredaderas colgantes. El sudor le empapaba el cuello y le ardían los muslos por el esfuerzo. Aun así,

correr por la selva no era más difícil que correr con los tobillos hundidos en la arena del desierto. Podía hacer eso todo el día.

Rey ya había derribado los dos primeros simuladores de entrenamiento y capturado las banderas que custodiaban. Había saltado un enorme desfiladero, luchado a ciegas sobre un barranco mientras se balanceaba en una cuerda floja hecha de enredaderas, atravesado una delgada cresta en lo alto del dosel de la selva. Ahora la ruta la hacía regresar y encontró a
BB-8,
quien la llamó.

—Falta uno —dijo Rey—. ¡Vamos!

El último remoto la eludió porque era más rápido. Más difícil. Más droide que remoto. Le dijo a Leia que ese día quería un desafío, y Leia se lo concedió.

BB-8 corrió detrás de ella pitando quejas cada vez que tenía que esquivar la raíz de un árbol. Rey disimuló una sonrisa. Siempre la impresionaba lo bien que el pequeño droide le mantenía el paso, tanto si corrían por las arenas de Jakku, por los senderos rocosos de Takodana, o por las selvas de Ajan Kloss. Su maniobrabilidad lo hacía el compañero perfecto de entrenamiento.

El droide le lanzó una advertencia.

—Ya lo vi, BB-8.

Frenó derrapándose. El remoto esférico se detuvo y flotó en el aire como si la esperara, o tal vez se burlaba de ella. Era diferente de los otros dos que había derribado: una malvada coraza roja cubría los puertos metálicos de disparo. Emitía un sonido oscuro y grave que sintió en lo profundo de su pecho.

Rey desenganchó el sable de luz reformado de Luke de su cinturón. Lo encendió. Una luz azulada brilló contra las hojas que la rodeaban mientras miraba fijamente el dispositivo. Lo iba a destrozar.

De pronto un disparo salió de uno de los puertos. Un dolor punzante explotó en la parte superior de su brazo. Rey resistió la necesidad de agarrar su brazo o incluso gruñir de dolor. Después de todo, se lo merecía. No estaba preparada. «Estar decidida no es lo mismo que estar preparada», habría dicho Leia.

Bueno, ella no era de las que cometían el mismo error dos veces. La siguiente ocasión que el simulador disparó, levantó su sable de luz para desviar el tiro y lo envió volando hacia los árboles.

Ni siquiera tuvo oportunidad de congratularse antes de que otro disparo le diera en el pecho. Por supuesto: múltiples puertos significaban múltiples disparos. Tenía que concentrarse.

Respiró hondo. Se conectó con la Fuerza.

El remoto de entrenamiento empezó a zumbar a su alrededor, parpadeando de rojo furioso mientras lanzaba una andanada vertiginosa de dardos, pero ella dejó que su instinto tomara el control y giró su sable de luz con una velocidad igualmente vertiginosa para desviar cada uno de los ataques.

Conectarse con la Fuerza se había vuelto más fácil. Tan fácil como respirar. Aunque la paz, la calma de la que siempre hablaba Leia, la eludía. De modo que, aunque fuera capaz de contrarrestar cada movimiento del simulador, no podía encontrar una apertura para atacar. «Paciencia, —imaginó que le decía Leia—. Espera tu momento…».

El dispositivo remoto estaba detrás de ella, luego delante, y después por encima de su cabeza, lanzándose por el aire como una mosca zumbadora; si tan solo pudiera aplastarlo…

El simulador se alejó a toda velocidad y ella lo persiguió. Se detuvo de nuevo, lanzó más disparos para provocarla. Con los dientes apretados agitó su sable de luz. El remoto la esquivó y con el filo del sable cortó el tronco de un árbol; llovieron chispas, hojas y astillas de corteza mientras el árbol se derrumbaba y destrozaba el follaje de la selva al caer.

Saltó sobre el tronco caído tras el simulador. Atacó de nuevo. El remoto se lanzó en picada como si anticipara el arco de su arma, la esquivó apenas y el sable de luz se deslizó a través de otro árbol como si fuera de mantequilla. Una oscura nube de frustración creció en el interior de la chica.

Apenas se daba cuenta de lo que estaba haciendo cuando el instinto se apoderó de ella. Rey arrojó el sable de luz, que voló como una hélice por el aire hacia el droide rojo, quien lo esquivó y el arma atravesó otro árbol. El robot pitó al tiempo que se lanzaba contra la cabeza de Rey, pero esa vez sí estaba lista.

Usando la Fuerza, alcanzó una rama caída que voló hacia su mano. Anticipó el ángulo exacto de ataque, levantó la rama y la lanzó contra el remoto, que quedó empalado contra el tronco de un árbol cercano.

El sable de luz volvió a su mano con un chasquido satisfactorio. El remoto rojo aplastado se retorcía y soltaba chispas contra el árbol. Lo miró atenta, sintiendo que el triunfo la invadía. Tal vez la paciencia estuviera sobrevalo…

Sus oídos se llenaron de murmullos. No, era su mente. Dio vueltas para buscar de dónde provenían y entonces cayó en cuenta: estaba sucediendo de nuevo.

La jungla que la rodeaba se desvaneció. Todo se volvió mortalmente silencioso mientras la oscuridad sofocante se cerraba,

amenazando con asfixiarla. En su mente surgió una imagen. Ella retrocedió con una mueca aunque no pudo evitar la horrible visión: Kylo Ren, vestido de negro y feroz, su sable de luz rojo destazando sin piedad personas con túnicas. Escuchó sus gritos, olió su sangre, vio cómo intentaban huir o rogar por sus vidas, en vano. Nada lo detuvo. Era un gigante de destrucción, monstruoso e imparable.

El alivio la inundó como una ola cuando la visión cambió, pero rápidamente cayó en la desolación total al verse a sí misma azotada por el viento y sola, de pie ante el interminable suelo fracturado de un páramo. Se le erizaron los vellos de los brazos, pues el aire estaba lleno de electricidad. Ante ella un enorme monolito se elevó y rasgó el cielo. Era negro y brillante, y proyectaba una inmensa sombra.

El monolito cambió. Se convirtió en una gigantesca cara de piedra envuelta en una capa de maldad…

No, no era una piedra. Tenía forma, en parte humana, en parte máquina, con tubos que se extendían como tentáculos, llenos de un líquido extraño. ¿Estaba viva esa criatura? ¿O…?

Destellos del rostro de Luke. Luego del de Kylo. Han Solo, con la mano contra la mejilla de Kylo. Una joven encapuchada. Un carguero volando lejos de Jakku… Finalmente, una voz ardiente en su cabeza, tan clara e insoportable como el sol del desierto: «Exegol».

Ella susurró la palabra a su vez, con voz temblorosa: «¿Exegol…?».

De repente estaba de pie ante otra estructura de piedra gigante con forma de una enorme garra, con los gruesos dedos doblados hacia arriba. Sus piernas se movieron como si fuera a huir mientras algo le hacía señas, la invitaba. Descubrió que quería acercarse a la enorme garra, quería saber qué se sentiría pasar los dedos por la áspera superficie negra.

La cosa negra de las garras era un trono; ahora podía verlo. Dio un paso adelante, pero algo pitó y dudó. El pitido continuó cada vez más insistente. La claridad la golpeó como un mazazo en la mandíbula. Por supuesto que no podía tocar ese trono. Pertenecía a la oscuridad y al mal. Ya había elegido un camino diferente, ¿o no?

Más pitidos. Algo apareció en el trono. Una figura familiar. Rey parpadeó sorprendida y consternada.

Tal como había aparecido, la visión se evaporó como la niebla de la mañana y la dejó allí, jadeando en la selva. Rey se sintió tan aliviada al sentir la vida, la luz y la verde humedad alrededor que le tomó un momento volver completamente en sí, rastrear el origen de los pitidos hasta un árbol caído, y debajo de este a un muy indignado BB-8.

Se abalanzó sobre él y empujó algunas ramas.

—¡Lo siento mucho! —dijo.

Mientras ella lo sacaba, el droide balbuceaba. Necesitó ayuda de la Fuerza para liberarlo por completo. Uno de los discos naranjas que protegían su almacén modular de herramientas se había abierto por el impacto y dejó expuesto un canal oscuro a su sistema motriz. Había lastimado a su amigo. Poe estaría furioso con ella, pero no más enojado de lo que estaba consigo misma.

El pequeño droide lanzó un pitido.

—Sí, BB-8, me ocurrió de nuevo.

El droide zumbó, parte pregunta, parte empatía.

—No, todavía no sé lo que la Fuerza intentaba mostrarme, pero esta vez fue… peor. —Mucho peor. Inefablemente peor. Miró fijamente los árboles. Algunos de los destellos habían sido recuerdos. Suyos y… ¿de Kylo Ren?—. Volvamos.

Tal vez debía decirle a Leia lo que había pasado. O tal vez no. La general tenía suficientes cosas de qué preocuparse y Rey necesitaba que creyera en ella, que confiara en ella. ¿Qué diría si supiera que su frustración e ira le provocaban visiones de muerte y de un poder oscuro?

Solo necesitaba más entrenamiento. Más tiempo meditando en la Fuerza, más tiempo buscando la paz que Leia intentaba enseñarle. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Si tan solo pudiera escuchar voces a través de la Fuerza, como Leia. Seguramente Luke podría ofrecerle alguna guía. Conforme Rey y BB-8
se acercaban al campamento decidió intentarlo de nuevo. «Nada es imposible», le había dicho Leia.

—Maestro Luke —dijo—, tengo miedo.

Miró alrededor, para asegurarse de que únicamente estuviera allí BB-8
viéndola hablar sola. Se conectó con la Fuerza y dijo:

—Antes de que lo sintiera, usted lo vio. Me siento atraída hacia el Lado Oscuro. O tal vez él se sienta atraído hacia mí. No lo sé. Sea lo que sea, es más fuerte ahora y no puedo apartarlo por más que lo intento… No lo entiendo.

BB-8 pitó.

—Shhh, no interrumpas. ¿Maestro Luke? Creo que puede oírme, lo necesito…

BB-8 pitó de nuevo con más insistencia. Habían llegado al borde del campamento.

—En serio que eres molesto. Vete para allá —dijo Rey mientras le indicaba una gran caja con cerrojos.

Hizo lo que le pidió, pero expresó su indignación.

—Claro que funciona así —replicó Rey—. Hay espíritus de la Fuerza; Luke escribió sobre ellos en los textos de los Jedi. Vienen cuando más los necesitas.

El droide no dejó de expresar su escepticismo. Rey lo ignoró.

—Maestro Luke. —Intentó de nuevo—. Tengo visiones de cosas que me asustan. No quiero perder esto. Leia es como soñé que sería una madre. Y a mis amigos… no quiero defraudarlos.

Eso era. Su mayor temor. Decepcionar a la gente que había llegado a querer tanto. O incluso herirlos. Había estado tanto tiempo sola que no soportaba la idea de perderlos.

—Pero nadie aquí lo entiende… excepto Kylo Ren. Si el hijo de Han y Leia pudo convertirse, ¿no le puede pasar también a cualquiera de nosotros?

Una ramita se rompió y Rey alzó la vista. Snap Wexley y Rose Tico caminaban hacia ella con interrogantes escritas en el rostro.

—¿Cuánto de eso escucharon? —Quiso saber Rey.

—¿De qué? —repuso Snap sin parecer inocente.

—De nada —murmuró Rey.

La expresión de Rose se suavizó con empatía. La comandante del Cuerpo de Ingenieros tenía la cualidad de desarmarla. Cada vez que hablaba con ella, Rey hacía todo lo posible para evitar verter sus miedos y preocupaciones en su amiga.

—¿Estás bien? —preguntó Rose.

—Sí, por supuesto, solo estaba haciendo…

—Cosas de Jedi —terminó Rose la frase.

—Sí.

Afortunadamente, Rose eligió no presionarla. Simplemente dijo:

—La general preguntó por ti.

Rey respiró hondo. Era el momento de tomar una decisión. ¿Debía contarle a Leia de su visión oscura o guardársela?

CAPÍTULO 2

El General Armitage Hux observaba, desde una distancia segura, cómo el Líder Supremo Kylo Ren y un escuadrón de stormtroopers dejaban una estela de sangre y destrucción entre los patéticos colonos mustafarianos. Combatían entre los lúgubres bosques de Corvax Fen, una de las pocas parcelas de ese planeta de lava infernal lo suficientemente fría como para que creciera vegetación, si a eso se le podía llamar «vegetación». Árboles estériles crecían en un tóxico pantano, y el aire era brumoso por la niebla. Los colonos bárbaros no daban una pelea decente; sus arcaicas lanzas y espadas no estaban a la altura de la superioridad técnica de un buen bláster, ni siquiera, tuvo que admitir Hux, de un sable de luz.

Ren era un instrumento contundente, un perro sin cerebro, cuya obsesión actual estaba retrasando todos los planes de la Primera Orden. El general estaba un poco tentado a entrar en la lucha para apresurar las cosas, con tal de salir de ese horrible planeta. O al menos estaría medio tentado, si sus habilidades no fueran más útiles en otra parte. Era mejor que Ren hiciera todo el trabajo sucio; Hux era demasiado valioso para arriesgarse.

—Casi es hermoso verlo —musitó el General Leal Pryde, de pie junto a él. El viejo tenía unos arrogantes ojos azules y una línea capilar que parecía inmune a la transpiración, incluso en un clima infernal como ese—. ¿No le parece?

Hux se negó a satisfacerlo con una respuesta, porque la verdadera belleza provenía de la disciplina, del orden. Así que fue casi contra su voluntad cuando quedó hipnotizado al momento en que Ren enfrentaba el embate de un bárbaro, con su túnica flotando y la niebla arremolinándose a su alrededor. El brillo de su sable de luz ocasionalmente se detenía a la altura de la cicatriz de su mejilla, haciendo parecer como si una grieta de lava brillante le hubiera cortado la cara. Fue algo como salido de un sueño, o tal vez de una pesadilla, cuando el Líder Supremo sumergió la ardiente guarda de su sable en el abdomen de su atacante, lo levantó del suelo y lo hizo caer de espaldas. Kylo Ren ni siquiera le dispensó una sola mirada a su

enemigo caído, simplemente corrió hacia el bosque buscando a su próxima víctima.

Pero ya no quedaba nadie. Los cadáveres cubrían el suelo; apenas más que bultos en la penumbra. El aire olía a ozono y a vegetación quemada. Todo permanecía misteriosamente silencioso mientras Ren miraba a su alrededor, recuperando el aliento. Incluso a la distancia, Hux pudo sentir su decepción por que la matanza hubiera terminado, y que no quedara ninguna salida para su rabia.

Kylo Ren recuperó la compostura y se alejó hacia el bosque, con los hombros erguidos con determinación y el sable de luz aún ardiendo. El misterioso objeto por el que había ido ahí, por el que los había arrastrado a todos a través de la galaxia, estaba casi a su alcance.

—Se ha vuelto loco —dijo el General Hux, y el desprecio en su voz era obvio incluso para sus propios oídos—. Las llamas de la Rebelión arden por toda la galaxia y Ren persigue a un fantasma.

—No —respondió el General Leal Pryde, suave pero firme—. Alguien estaba detrás de esa transmisión. Y el líder Ren no responderá ante nadie.

Hux entrecerró los ojos. Definitivamente Ren tendría que responder ante alguien, algún día. Simplemente no se daba cuenta aún.

Kylo Ren no mostraba misericordia ante nada ni nadie, pero a regañadientes apreciaba las cosas que luchaban para sobrevivir. Aunque el flujo de lava más cercano quedaba a muchos kilómetros de distancia, el aire parecía demasiado caliente, demasiado químico para que la vida realmente prosperara en ese lugar. Cuando aterrizaron, Hux declaró que el planeta era un «desolado paraje infernal» y Kylo no se molestó en corregirlo. La verdad era que Mustafar estaba lleno de vida: toda conectada por la Fuerza. Como esos desdichados sectarios que acababa de matar, que estaban obsesionados con proteger el legado de Vader. O ese bosque de retorcidos árboles de hierro que se esforzaban en cultivar. O incluso los organismos extremófilos que pululaban por los flujos de lava. Todos frágiles pero decididos, mutilados pero indomables. No era de extrañar que su abuelo hubiera elegido ese lugar como hogar.

Kylo caminó entre los árboles con el sable de luz aún encendido. Había una malevolencia más adelante, junto con una oscuridad que no tenía nada que ver con el ciclo diurno y nocturno del planeta. Sin embargo, no era por eso por lo cual mantenía lista su arma. Se negaba a guardarla porque, por un breve momento, mientras cortaba a los mustafarianos, la había sentido, a ella. Viéndolo. Ahora estaba en

guardia y así se mantendría hasta que consiguiera lo que fue a buscar.

En un tácito y mutuo acuerdo, los stormtroopers que lo acompañaban se negaron a seguirlo por el bosque, lo que le pareció bien. Prefería estar solo.

A unos pasos más el suelo se tornó blando. La niebla se volvió densa. Una pequeña salpicadura le indicó que su presencia había sido notada. Finalmente, los árboles se abrieron hacia un pequeño lago de agua salobre, bordeado en todas direcciones por el bosque y grandes terrones negros como rocas que sobresalían del suelo en extraños ángulos. No, no eran rocas, observó al mirar más de cerca, sino escombros del castillo de Darth Vader.

Una capa aceitosa cubría la superficie del lago; no obstante, cuando Kylo se acercó el agua burbujeó en el centro e impulsó pequeñas olas hasta sus botas.

Un gigante emergió, una criatura sin pelo que brillaba por la humedad, con residuos del lago adheridos a su piel pastosa. Tenía los ojos apretados, pero aun así, de algún modo podía ver, porque una segunda criatura con largos tentáculos de araña yacía en su enorme cabeza calva y en uno de sus hombros. Estaban unidas simbióticamente. Kylo sintió el dolor del gigante, como si fuera esclavo del ser arácnido que se aferraba a él; sin embargo, tampoco podría sobrevivir solo.

La criatura araña habló:

—Soy el Ojo del Pantano Hebroso. Sé lo que buscas.

—Me lo darás —dijo Kylo.

El Ojo ladeó la cabeza y lanzó un espeluznante chillido. Kylo tardó un momento en darse cuenta de que la criatura se reía de él.

—No hay necesidad —dijo el Ojo—. ¿Realmente crees que mi señor lo habría dejado bajo el cuidado de alguien que pudiera ser influido por un truco de la Fuerza?

No, claro que no.

—Llevas ya un tiempo buscándolo, ¿verdad? Debo advertirte que nuestro ardiente planeta quema el engaño. Si sigues por este camino, te encontrarás con tu verdadero yo.

Kylo se estaba impacientando. Miró al Ojo en silencio.

—Bien —dijo la criatura, como si estuviera decepcionada de que Kylo no cumpliera con el protocolo—. Según los deseos de Lord Vader, has derrotado a mis protectores y te lo has ganado. Su orientador.

El gigante ciego debajo del Ojo sacó su enorme mano del agua y señaló una pequeña isla en el lago. Sobre ella había una estructura de piedra, como un altar.

Kylo apagó su sable de luz y lo enganchó a su cinturón. Vadeó el

lago poco profundo; sus botas y su capa se empaparon. El agua estaba tibia, y el suelo bajo ella era un lodo que se adhería a sus pies. Ignoró todo y tomó un objeto piramidal. Encajaba a la perfección en su mano. Era pesado y caliente; lo miró fijamente un momento, perdido en su resplandor rojizo. Sus extremos eran de vidrio grabado enmarcado en resina de color gris oscuro. La luz carmesí que había dentro parecía pulsar débilmente. Había recorrido un largo camino por él; no obstante, dudó, mirando la pirámide con desconfianza.

—Te guiará a través de las Regiones Desconocidas —dijo el Ojo—. Al mundo oculto de Exegol. Hacia él.

Quienquiera que fuera «él». La transmisión que pretendía ser de Palpatine había llegado a los rincones más lejanos de la galaxia. Kylo la sabía de memoria:

> *Por fin el trabajo de generaciones está completo. El gran error se ha corregido. El día de la victoria está cerca. El día de la venganza. El día de los Sith.*

No estaba seguro de qué creer, pero era justo suponer que él no era el único que buscaba respuestas. Otros seguirían el mismo camino e irían a Mustafar tarde o temprano para buscar ese mismo objeto.

¿En serio su abuelo no lo había hecho más difícil? Esos sectarios eran demasiado fáciles de matar. Esta criatura, demasiado fácil de convencer. Aunque, por otra parte, él era el heredero de Vader. El objeto le pertenecía.

Ahora, al verlo de cerca, los grabados en el vidrio se aclararon y mostraron patrones. Mapas estelares. Marcadores de alineación. Algo se agitó en lo profundo de su ser que sugirió un antiguo conocimiento y poder, y sintió una ráfaga de triunfo. Todo había valido la pena: desviar naves, enviar espías, rastrear viejos registros, soportar la presumida desaprobación del idiota de Hux, todo para encontrar eso.

Kylo levantó la vista y se sorprendió al descubrir que el Ojo del Pantano Hebroso había desaparecido, se había sumergido de nuevo bajo la superficie de un lago tan sereno que parecía que nada vivía en su interior.

¿Cuánto tiempo llevaba mirando la pirámide?

No perdió más tiempo. La sangre seca hacía que le picara la piel del rostro. Sus botas y su capa estaban empapadas de agua del lago, pero en lugar de volver a su nave, el *Steadfast*, despidió a todo el mundo a sus tareas habituales y se subió a su caza TIE silenciador, modificado, para hacer la siguiente parte del viaje solo. Nadie protestó.

Conectó la pirámide a su navicomputadora, uniendo los puertos

donde lo indicaban los grabados en el vidrio. La interfaz de navegación se iluminó con nueva información, pero también emitió una advertencia.

Porque esas coordenadas lo llevarían más allá de las Extensiones Occidentales, hasta las Regiones Desconocidas. Kylo ignoró la advertencia y lanzó el caza TIE a la velocidad de la luz. Las estrellas se convirtieron en ráfagas de materia.

Las Regiones Desconocidas permanecían inexploradas porque una caótica red de irregularidades había creado una barrera casi impenetrable para su inspección; solo los más temerarios o desesperados se aventuraban allí: criminales, refugiados y, si los informes eran ciertos, restos de la antigua flota imperial que se había negado a aceptar el gobierno de la Nueva República.

Se habían descubierto algunos planetas, pero sus poblaciones seguían siendo pequeñas y su comercio con el resto de la galaxia se frenó por el riesgo de la navegación. Los Sith y los Jedi encontraron caminos hacia mundos aún más peligrosos y ocultos (o eso decían las leyendas), y los saltos específicos y cuidadosamente escalonados entre coordenadas necesarios para navegar con seguridad por las anomalías eran uno de sus secretos mejor guardados.

Valdría la pena el riesgo por ese viaje. Alguien afirmaba ser el propio Emperador y Kylo ya podía sentir la duda extendiéndose por la Primera Orden. Después de todo lo que había hecho, después de todo lo que había sacrificado para convertirse en el Líder Supremo… ¿quién se atrevía a desafiarlo?

Aunque lo que le provocaba una rabia absolutamente incandescente era pensar que Snoke, su maestro, quien lo había conducido lejos de la engañosa luz, a quien había apreciado por encima de todos los demás, había sido, todo el tiempo, solo una marioneta.

Kylo ya no quería más maestros. No sería el lacayo de nadie. Destruiría a quienquiera o lo que quiera que encontrara en las Regiones Desconocidas. Nadie cuestionaría su derecho al poder absoluto. Y Vader le había dejado una guía, una brújula.

El caza TIE salió desde la velocidad de la luz hasta el accidentado espacio; sintió como si volara por un camino de grava. Comprobó dos veces el navegador: el silenciador mantenía el curso. Debía tener fe en que el orientador de Vader lo guiaría. El orientador y la Fuerza. Kylo Ren aprovechó toda la rabia y frustración de los últimos días, y tomó los controles con absoluta frialdad. Una vez que estabilizó la nave, dirigió el caza TIE hacia el siguiente conjunto de coordenadas.

En esa ocasión, en lugar de entrar en las estrellas del hiperespacio,

su nave entró en una brillante malla roja de hexágonos. Había oído historias de la Zona de Panal Rojo del espacio exótico, llamada por algunos la Red de Sangre, y por otros el Devoranaves, aunque hasta entonces no estaba seguro de creer en ellas. Era uno de los únicos pasajes seguros conocidos a través de las anomalías de las Regiones Desconocidas, pero parecía malévolo y molesto. Los indicadores de los sensores de su consola parpadeaban salvajemente, sin saber qué hacer.

La mayoría de los pilotos, cuando viajaban más rápido que la luz, aprovechaban el tiempo para estirarse, hacer algunas revisiones interiores, dar mantenimiento a sus naves, o incluso dormir. Pero Kylo no se atrevió a bajar la guardia. Debía estar preparado para cualquier cosa. Además, mientras buscaba el orientador de Vader, había escuchado que el tiempo y la distancia se volvían casi insignificantes en el espacio exótico. No tenía ni idea de cuándo volvería al espacio real, ni de qué le esperaba cuando lo hiciera.

Parecía que había pasado poco tiempo cuando su caza TIE salió de la zona roja y disminuyó la velocidad. Kylo estaba preparado para atacar o evadir, pero se encontró con una aproximación perfectamente normal al planeta Exegol.

Desde el espacio, parecía muerto y gris, envuelto en enormes sistemas de tormentas oscuras. Al acercarse, las nubes estallaron con una luz irregular. Sería un duro camino hacia abajo.

Kylo Ren se alejó del silenciador a través de un extenso terreno agrietado. Entrar fue difícil; aterrizar, fácil. Toda la superficie del planeta era una plataforma de aterrizaje plana y vacía. Con la Fuerza, pudo detectar una cantidad moderada de vida en las cercanías. La mayoría en las profundidades de la superficie. A comparación de Exegol, Mustafar parecía un exuberante jardín.

El aire era brumoso, caliente y seco. Los rayos rasgaban el cielo con una furia interminable. Con la bota, Ren derribó un pequeño árbol de sílice, donde un rayo había convertido la arena en un tumor ramificado de vidrio. Le preocupó su caza TIE, expuesto en medio del paisaje árido, y se dio cuenta de que tenía que llegar a cubierta rápidamente.

La atmósfera del planeta no proporcionaba mucha visibilidad, por lo que no vio la ciudadela hasta que estuvo a punto de llegar a ella; se cernía sobre el terreno estéril un brutal edificio de piedra lo suficientemente alto como para que su cima casi se perdiera en la niebla. Encendió su sable de luz.

Kylo no necesitaba ver la entrada para saber dónde estaba, porque podía sentir que le llamaba, le daba la bienvenida. No era la suave y cálida bienvenida del hogar, sino una de conquista y necesidad. Se le

erizó la piel. La Fuerza era intensa ahí, pero diferente. Retorcida, podrida, como si se filtrara a través de un miasma de putrefacción. Recordó que todo lo nuevo surge de la putrefacción.

Un rayo crepitó en el espacio entre el suelo y el edificio. El espacio era lo suficientemente alto para que caminara con comodidad. Sintió el peso de la enorme estructura mientras caminaba debajo de ella, confiando en no caer para ser aplastado. Se necesitaba poder para crear algo que inspirara tanto asombro. Ese poder sería suyo.

Sus pasos resonaban. El techo de piedra desnuda parecía rojizo a la luz de su sable. Algo reverberó, como un engranaje gigante que entraba en su lugar. De pronto, el área sobre la que estaba parado se separó del suelo, y se convirtió en un disco flotante que provocó que descendiera a las profundidades de la ciudadela.

Mientras bajaba lo cautivó el muro que tenía delante, tallado con colosales caras de piedra, todas con exquisito detalle. Enormes cadenas de hierro colgaban del techo, como si mantuvieran las estatuas en su lugar. Dentro de él, algo oscuro e ineludible se sacudió, y comprendió que estaba viendo un monumento. Tanta historia y memoria en un solo lugar. Se debatía entre la reverencia y la rabia. Era su herencia; lo supo igual que cuando reconocía la sensación de un sable de luz en su mano. Pero los monumentos preservaban el pasado, y si algo había aprendido recientemente era que el pasado tenía que morir.

El disco se detuvo suavemente en un vasto espacio que le recordó a una catedral. Ahora, los rostros de piedra estaban en lo alto, coronando enormes estatuas de antiguos señores. A sus pies, oscuras simas dentadas se asomaban por el suelo, y Kylo no podía calcular su profundidad. Las simas crepitaban con rayos y herían su vista como si un trozo del cielo del planeta hubiera quedado atrapado en su corteza.

No estaba solo. Unas figuras se movían entre las sombras, leves y encorvadas. No eran peligrosas, no aún, ya que se dedicaban a su trabajo, cualquiera que fuera. Llevaban ropas negras y desgastadas, y vendas que cubrían sus rostros.

—Por fin —llegó una voz, y Ren volteó buscando su origen.

Era áspera y un poco mecanizada. Se esforzaba como si sintiera dolor, y sin embargo, el sonido reverberaba dentro de su ser.

—Snoke te entrenó bien —dijo la voz.

Kylo la conocía. La había escuchado toda su vida. En su juventud era como la brizna de un sueño, de esos que no se pueden comprender. Luego la transmisión del Emperador había inundado la galaxia, y Kylo empezó a temer que Palpatine hubiera sobrevivido de alguna manera, que la voz era la suya, esa voz que lo había consolado,

guiado y atormentado durante tantos años.

—Yo maté a Snoke —dijo Kylo—. Te mataré a ti también.

—Muchacho, yo hice a Snoke. He sido todas las voces que has escuchado dentro de tu cabeza. —Hablaba despacio, deliberadamente, el timbre de su voz se transformaba y se convertía primero en Snoke, luego en Vader, hasta concretarse en Palpatine—. He sido tu maestro todo este tiempo.

Una figura comenzó a materializarse ante él, todavía envuelta en sombras, recortada contra los furiosos relámpagos de las simas que la rodeaban. Se movía de forma extraña, casi mecánica. Si no fuera por el poder que emanaba, Kylo Ren no habría estado seguro de que estuviera viva.

Un relámpago iluminó un enorme tanque de vidrio que contenía tres criaturas; tubos umbilicales mecánicos bombeaban vida líquida hasta ellas. Se dio cuenta de que eran una misma criatura con piel arrugada, cabeza calva de gran tamaño y rasgos de angustia eterna. Todas eran Snoke.

Snoke provenía de ese lugar; sin embargo, el antiguo maestro de Kylo no le había dicho nada al respecto. ¿Qué más le había ocultado?

Al ver que Kylo no respondía, la criatura en la túnica añadió:

—¿Sabes quién soy?

Se inclinó hacia adelante. Su manga se sacudió tanto que Kylo pudo ver su mano, medio podrida, dejando solo unos pocos dedos cubiertos de piel como cera de vela derretida. Kylo apretó con más fuerza su sable de luz.

—Sé que conformaste la Primera Orden. Sé que no seré tu sirviente como lo fue Snoke.

—Snoke. —La voz se llenó de alegría—. No era más que tu prueba. Hiciste bien en destruirlo.

Kylo Ren era el Líder Supremo de la Primera Orden. Antes de eso fue el líder de los Caballeros de Ren. Y antes había sido el presunto heredero del legado de Skywalker y el hijo de una princesa. De modo que lo habían sometido a falsos halagos y adulaciones toda su vida, aunque se negó a concederles importancia. No lo había hecho antes, y sobre todo no lo iba a hacer en ese momento.

—¿Quién eres tú para hablar de mí?

La voz se tornó más profunda, temblando con un poder apenas contenido.

—Yo soy quien te trajo aquí. Quien ha previsto tu destino…

La figura se acercó. Era indescriptiblemente frágil. Su cuerpo colgaba de un enorme mecanismo que desaparecía en la oscuridad de arriba. Kylo había visto eso antes, mientras estudiaba a los Sith,

también cuando investigaba pistas sobre el orientador de Vader. Era un arnés Ommin, una columna mecánica que alguna vez usó un antiguo rey Sith. Sin él, el Emperador no podría sobrevivir.

Pero la Fuerza misma velaba cualquier percepción de fragilidad porque una nube de oscuridad y necesidad emanaba de la criatura, junto con un poder que Kylo nunca había visto. Era estimulante.

—La Primera Orden fue solo el comienzo —dijo la criatura—. Te daré mucho más.

—Primero morirás —replicó Kylo.

—Ya he muerto antes. El Lado Oscuro de la Fuerza es un camino hacia habilidades que algunos considerarían… antinaturales.

Kylo supo que no debía permitirse sentir algún vínculo con la criatura, pero no se podía negar que los Jedi también lo considerarían antinatural. Una abominación. Un *monstruo*, había dicho la chatarrera.

Levantó la punta de su sable de luz a la cara de la criatura para iluminar sus rasgos. Los ojos del Emperador estaban opacados por una ceguera lechosa, y unos tubos perforaban su cuello, los cuales carecían de líquido excepto uno, que estaba casi agotado. Kylo se acercó más. Había visto ese aparato antes, cuando de niño estudió la Guerra de los Clones. El líquido que fluía a través de la pesadilla viviente que tenía ante sí permanecía en una batalla destinada a perder por mantener la carne pútrida del Emperador.

—¿Qué podrías darme tú? —preguntó Kylo.

En cierta forma, el Emperador Palpatine vivía, y Kylo podía sentir en los huesos que ese cuerpo clonado albergaba su espíritu real; sin embargo, era un recipiente imperfecto, incapaz de contener su inmenso poder. No podría durar mucho más.

—Todo —repuso Palpatine—. Un Nuevo Imperio.

La criatura levantó su mano arruinada; Kylo sintió que se conectaba con la Fuerza, pero antes de que pudiera reaccionar, todo a su alrededor desapareció como en una niebla, y una visión ocupó su lugar.

Un vacío negro, como el espacio sin estrellas. Un relámpago reveló el suelo agrietado. El paisaje estéril se sacudió y se hizo añicos. Una montaña emergió a la superficie. Cayeron polvo y trozos de tierra, y un casco de metal se reveló, con rayas rojas. A su alrededor, más montañas rompieron la superficie y se descubrieron como enormes destructores estelares que dubplicaban el tamaño de los destructores de los días del Imperio. También surgió un único obelisco gigante, una torre de navegación que coordinaría su ascensión final. Se desplegó como una flor de metal exponiendo sus pétalos-antenas al violento cielo. Más naves surgieron, y más y más, hasta que decenas de miles

flotaron en la atmósfera.

—Durante una generación mis discípulos han trabajado —dijo el Emperador Palpatine; su voz era oscura y profunda.

El corazón de Kylo se aceleró. Cuánto poder. Un campo estelar de destructores. La flota más grande que la galaxia hubiera conocido. Los rumores eran todos ciertos. Exegol era un mundo poblado por los Sith Eternos, verdaderos creyentes en el Lado Oscuro de la Fuerza dedicando sus vidas a ella.

—Han construido una flota que pondrá fin a la Rebelión galáctica de una vez por todas.

La visión desapareció y la reemplazaron cientos de miles de stormtroopers, brillando en armaduras color rojo. Una marcha estruendosa llenó sus oídos, y con ella llegó el mínimo indicio de un olor que reconoció… la sangre quemada por blásteres.

Con un esfuerzo tremendo, Kylo apartó la visión. Todo lo que había visto sería suyo. Pero no era un tonto. En realidad nada era así de fácil. Ningún Sith renunciaba voluntariamente a un trono.

—El poder de la Orden Final pronto estará listo —continuó el Emperador con voz extrañamente convincente—. Será tuyo si haces lo que te pido. Mata a la chica.

Kylo no tenía ninguna duda de a quién se refería el Emperador.

—Acaba con los Jedi. Y te convertirás en lo que tu abuelo Vader no pudo. Gobernarás toda la galaxia como el nuevo Emperador.

Su respiración se volvió un silbido mecánico que enseguida se detuvo por completo. Las criaturas de las túnicas se apresuraron, y ajustaron la maquinaria adherida a su cuerpo. Una de ellas rápidamente reemplazó un filtro en el extremo de un tubo. Otra utilizó una jeringa para insertar un aditivo en el líquido de regeneración restante. Kylo miraba con interés desapegado, tratando de medir las fortalezas y vulnerabilidades de la criatura. Por fin, esta retomó el discurso.

—Como puedes ver, debes actuar ya. Antes de mi último aliento.

Kylo percibió el engaño en sus palabras, pero también la verdad.

—¿Y si no lo hago? —preguntó en tono desafiante.

—Entonces la chica se convertirá en Jedi. La Primera Orden caerá. Y tú morirás.

Esta vez no había engaño, solo verdad.

—Ya lo presentiste —añadió la criatura.

Kylo ya había intentado convertirla una vez. Su segundo mayor fracaso: no convencer a Rey de unirse a él.

—Pero ten cuidado. La chica siente la perturbación de que no es quien cree ser.

Kylo entrecerró los ojos. Finalmente bajó su sable de luz. Había visto a sus padres en una visión, una pobre y asustada pareja que apenas se ganaba la vida sobreviviendo al borde de la desesperación. No mintió cuando le dijo que no eran nada, nadie. Pero las visiones de la Fuerza estaban llenas de verdades engañosas y realidades potenciales. Tal vez algo se le estaba escapando.

Kylo Ren utilizó todo el poder de la Fuerza y preguntó:

—¿Quién es ella?

El remanente podrido del Emperador Palpatine sonrió.

CAPÍTULO 3

Al final, Rey le contó a Leia su visión, al menos una parte, y estaba contenta de haberlo hecho. La general pensó que dicha visión podría estar conectada con la misteriosa transmisión procedente de las Regiones Desconocidas, y era tan importante como para enviar a la chica apenas volviera el *Halcón*. En todo caso Leia lo consideraría, aunque ambas supieran que Rey no estaba lista para dejar su entrenamiento.

Así que Rey se arrodilló esperanzada cerca de su mesa de trabajo para empacar. Leia y
BB-8
la observaban meter raciones y suministros en su bolsa. Bueno, sobre todo raciones. Sus amigos de la Resistencia siempre se quejaban de la comida, decían que era desabrida y mala, pero Rey no tenía idea de lo que hablaban. Nunca en su vida había comido tan bien, ni tan seguido. Siempre guardaba unos cuantos paquetes de nutrientes bajo su cama. Por si acaso.

Miró el inacabado sable de luz sobre su mesa de trabajo. Aún no estaba listo, y el que reparó cuidadosamente, el de Luke, no le pertenecía. Así que su báculo tendría que ser suficiente como arma. Estaba bien. Le fue útil en sus años en Jakku. De hecho, algún día, cuando lograra dominar la fabricación de sables láser, podría diseñar uno que pareciera más un báculo. Familiar y fuerte. Con dos extremos. Tal vez con una bisagra central para la portabilidad.

Aprendió mucho sobre los sables de luz al volver a forjar el sable de Luke. Sus textos Jedi le habían dado cierta orientación, por ejemplo, en cuanto a cómo reparar el cristal kyber, y su experiencia en la construcción de herramientas de uso diario a partir de chatarra había completado su preparación. Rey confiaba en que al final elaboraría su propia arma desde cero, aunque no hubiera nadie que le enseñara.

—¿Sabes de dónde vino la visión? —le preguntó Leia mientras metía una barra de alimento más en su mochila.

—Ojalá lo supiera… pero no puedo decir cuál fue la visión. Es… —

Se quedó sin palabras. ¿Cómo describir algo tan intenso? ¿Tan extrañamente personal?

Rey tomó su mochila y se dirigió hacia Leia, evitando cuidadosamente un cable eléctrico desnudo que serpenteaba por el suelo. Su base en Ajan Kloss apenas se estaba arreglando. Las consolas estaban colocadas en el exterior, expuestas a los elementos. Una enorme cueva ofrecía refugio para dormir, y una vieja corbeta rebelde llamada *Tantive IV*, la cual actualmente permanecía en tierra en espera de refacciones, servía como cuartel de mando para Leia y también como centro de comunicaciones. Rey, como muchos combatientes de la Resistencia, prefería dormir en un catre recargado contra una pared de ramas verdes cerca de la entrada. Un armario, una mesa de trabajo y mucho barro completaban sus «habitaciones». Aun así, era mejor que la arena. Además, le gustaba dormir a la intemperie, su subconsciente vigilaba constantemente las idas y regresos a su alrededor. Era un recordatorio de que era parte de algo. De que ya no estaba sola.

—Estoy escuchando —dijo Leia.

—No terminé el curso de entrenamiento. Dejé que las visiones me distrajeran. No me siento yo misma. Sé que parece que invento pretextos.

Los ojos de Leia se entrecerraron.

—No me digas qué parecen las cosas. Dime qué son.

Tal vez contarle a Leia de su visión había sido un error.

—Creo que tan solo estoy cansada. Eso es todo.

Leia le lanzó una mirada que la hizo sentir como la peor mentirosa a la que hubieran descubierto en la historia. Rey se sintió aliviada cuando la voz de la Teniente Connix las interrumpió.

—¿General?

Leia volteó a verla. Kaydel Connix llevaba el cabello trenzado, enredado en la cabeza como una corona, igual que ella. Muchas jóvenes lo hacían, pero Rey estaba dispuesta a apostar que Leia no se había dado cuenta de que su peinado alderaaniano comenzaba a ponerse de moda.

—El *Halcón* aún no ha llegado —dijo Connix—. El comandante pide instrucciones.

La general tendría que ocuparse de eso, así que Rey tomó el sable de luz de Luke y se lo entregó. Siempre le devolvía el arma a Leia. La general le había dicho que algún día se la podría otorgar, pero Rey sabía cuán difícil era para ella. Era lo único que le quedaba de su hermano.

—Me ganaré el sable de su hermano —le dijo Rey—. Algún día.

BB-8 pitó una pregunta que la hizo sonreír.

—No, no puedes hacerlo por mí.

—Nunca subestimes a un droide —dijo Leia con un asomo de sonrisa.

Después se fue tras Connix con el sable de luz de Luke en la mano.

—Sí, maestra —murmuró Rey a su espalda.

BB-8 zumbó en dirección de Rey y ella se arrodilló ante el droide.

—Lo intenté —dijo casi en un susurro—. Pero… no le pude decir toda la verdad. Quién sabe lo que pensaría si lo hiciera.

Rey lo había intentado. En serio. Había abierto la boca, pero las palabras se atascaron en su garganta. ¿Cómo podría decir algo tan terrible en voz alta?

BB-8 pitó de nuevo, exigiendo un poco más de atención.

—No. A ti te dije todo. Vamos a arreglarte.

Rey se dirigió a la estación mecánica de la base. Primero buscaría a Rose. Si no estaba disponible, arreglaría a
BB-8
ella misma, siempre y cuando pudiera conseguir las piezas correctas. El droide rodó tras ella gorjeando tristemente.

—Ay, no te preocupes por ellos. Están recogiendo refacciones. Estoy segura de que nuestros amigos están bien.

No estaban bien. Poe se preparó para el próximo golpe. Estaban perdiendo, sus soldados eran aplastados durante los ataques, sus enemigos se regodeaban en su cara. Le encantaba verlos sufrir. Los miró de soslayo y comenzó a hacer un movimiento… luego cambió de idea.

—¿Vas a tirar o no? —le preguntó a Chewbacca mientras el wookiee estudiaba el tablero de holoajedrez.

Estaban sentados a la mesa, Chewie de un lado, Poe y Finn del otro. Era un largo viaje en el *Halcón* hasta la colonia del glaciar de Sinta y tenían que pasar el tiempo de algún modo. Era ya su tercera partida. En su última misión habían jugado dos. Antes de eso… bueno, Poe perdió la cuenta.

—No nos puede ganar *siempre* —señaló Finn.

—Sin embargo, parece que así es —refunfuñó Poe.

—¿Cómo lo logra? —Finn entrecerró los ojos.

—Haciendo trampa —repuso Poe.

Chewie rugió.

—¡Es broma! —dijo Poe alzando las manos en señal de rendición —. Tienes doscientos cincuenta años. Por supuesto que eres mejor que nosotros.

—Solo tira —terció Finn.

El *Halcón* pitó, indicando que se aproximaban a su destino. Chewbacca se levantó de la mesa de holoajedrez gimiendo con insistencia.

—Desde luego que no vamos a apagarlo —dijo Poe, tratando de parecer ofendido.

—No te preocupes —le aseguró Finn.

Chewie se dirigió a la cabina. Una vez que estuvo lo suficientemente lejos, Poe murmuró:

—Está haciendo trampa.

—Definitivamente —coincidió Finn.

Se abalanzaron al mismo tiempo y apagaron el tablero. Poe siguió a Chewie, y pasó a R2-D2 y a Klaud en su camino a la cabina.

—Klaud, espero que lo hayas arreglado —gritó Poe.

Intentaban componer un molesto cortocircuito que se abrió paso en el sistema eléctrico del *Halcón* desde su última misión. Poe no tenía ni idea de qué especie era Klaud ni de dónde venía, y pensó que la General Leia había perdido la cabeza cuando lo contrató para el equipo de mecánicos de Rose. Para empezar no tenía brazos; de hecho. Poe pensaba que parecía una babosa gigante con aletas. En segundo lugar hablaba un idioma que solo los droides entendían. Pero resultó ser una buena decisión, porque Klaud podía ocasionalmente manipular objetos con sus antenas prensiles, y su aguda mente se ocupaba de los problemas mecánicos sin dificultad. Él y R2-D2 trabajaban bien juntos.

Poe llegó a la cabina de mando cuando el *Halcón Milenario* salía de la velocidad de la luz frente a un enorme y montañoso asteroide de hielo. Con un guiño hacia Chewie, se dejó caer en la silla del piloto. Desde el ventanal podía ver sus orígenes como cometa sobre su accidentada superficie, por la forma en la cual el gas se alzaba como niebla. Parecía pequeño, sus abismos eran apenas unas grietas sobre un brillante bulto blanco. Tal como esperaba, el *Halcón* no detectó ninguna señal de persecución. Poe apuntó el carguero hacia el punto de encuentro y se lanzó hacia la colonia minera.

Finn cruzó el umbral de la cabina y se dirigió a la escotilla superior a prepararse para su recogida. Basándose en las chispas que salían del panel que Klaud reparaba, habían tenido suerte en su última misión. Si el *Halcón* hubiera sufrido un golpe más, habrían terminado como un montón de escombros en llamas.

Bueno, tal vez no fuera cuestión de suerte. Él, Poe y Chewie eran un buen equipo. Un gran equipo, en las raras ocasiones en que Rey los acompañaba; sin embargo, Rey tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Cosas que tenían que ver con la «Fuerza», y Finn se

esmeraba todo lo posible por tratar de comprender. Había visto lo que Rey podía hacer, e intuía lo importante que era para su causa; no obstante, debía admitir que, estando él ahí y ella de vuelta en Ajan Kloss, la extrañaba.

Poe condujo el *Halcón* por los túneles de hielo de Sinta, donde el vapor de agua y los procesos de extracción creaban un poco de atmósfera. Bajo sus pies, Finn sintió que la nave se tambaleaba como una cola de pescado. Estaba seguro de que no era culpa de Poe. Esos asteroides eran difíciles. El *Halcón* se detuvo.

—¡Estoy abriendo el portal! —le informó Finn a Poe.

Finn accionó el sistema de apertura, y la redonda escotilla sobre él reveló un pasillo helado tenuemente iluminado, donde corría aire frío y húmedo y la cara amarillo-verdosa de un ovissiano con una enorme sonrisa de cuerno a cuerno.

—¡Boolio! —saludó Finn.

Boolio era un supervisor de minas que durante meses había desviado minerales hacia los transportes de la Resistencia. El mismo Finn había recogido envíos dos veces.

—¿Qué es tan importante? ¿Tienes el regulador?

Leia necesitaba desesperadamente un regulador para que el *Tantive IV* volara de nuevo, pero esas piezas de modelo antiguo eran difíciles de conseguir, y ese era uno de los pocos reguladores que lograron localizar. También era el más barato.

Boolio sacudió la cabeza.

—No hay refacción —dijo—. Tenemos un nuevo aliado. ¡Un espía en la Primera Orden!

Finn quedó boquiabierto.

—¿Quién?

—Ni idea, pero las noticias son malas. ¡Transfiere el mensaje del espía a tu droide! —dijo Boolio.

Ya se habían olvidado del regulador. Boolio lanzó el cable de datos. Finn lo atrapó e inquirió:

—¿Alguna idea de quién…?

—No dijeron nada —respondió Boolio—, pero alguien dejó el archivo de datos en mi oficina tras la última inspección de la Primera Orden.

Miró hacia atrás por encima del hombro con nerviosismo. Finn hizo un gesto a R2-D2, quien rodó hacia él. Insertó el cable en el puerto de datos del droide. Su mente estaba acelerada.

Por eso Boolio había insistido en que atravesaran la galaxia por el regulador. Por eso les dijo que era una pieza crítica y que no duraría mucho. Era una pieza rara, seguro, prácticamente una antigüedad.

Pero la urgencia de Boolio les pareció excesiva, en especial con relación al precio mínimo que pedía. Ahora todo tenía sentido. De alguna manera recibió un mensaje de un espía de la Primera Orden. Y como mero supervisor de mina, no tenía acceso a una frecuencia segura. Su única opción era atraerlos ahí en persona prometiendo una refacción que en realidad no existía.

—Por favor, date prisa —lo apresuró Boolio—. Si dejaron el mensaje conmigo, entonces alguien de la Primera Orden sabrá que he estado en contacto con la Resistencia.

Lo que significaba que la Primera Orden podía volver en cualquier momento. Finn se dio unas palmaditas sobre el muslo como para apurar la transferencia. Vieja tecnología, bajas temperaturas… quién sabe en qué estado estaría ese cable. Podrían estar ahí durante horas…

Poe se encorvó en el asiento del piloto. No entendía por qué Finn tardaba tanto. Tenían que recoger una refacción, pagarle a Boolio y largarse de allí. Eso era todo.

El sensor del *Halcón* emitió un pitido agresivo, el cual sorprendió a Poe. Al ver la consola quedó boquiabierto. ¿Estaba leyendo bien? Veinte objetos no identificados se acercaban de todas direcciones. Por su tamaño y velocidad, eran cazas TIE.

—¡Finn, estamos a punto de que nos cocinen!

Empezó a pulsar los interruptores, preparando al *Halcón* para una salida urgente.

—¡Ya casi estamos! —repuso Finn.

«Apúrense», pensó Poe mientras buscaba formas de salir de esa trampa. Las opciones eran limitadas y más escasas a cada segundo. ¿Exactamente qué tan difícil era recoger una sola refacción?

R2-D2 avisó que la transferencia se había completado. Finn arrancó el cable del puerto de datos del droide. Boolio se lo arrebató de la mano y dijo:

—Me encontraron. ¡Váyanse ya!

—¿Cómo podemos pagarte? —preguntó Finn.

A insistencia de Leia habían llevado dinero no rastreable. La Resistencia tenía reputación de pagar de forma justa, y ella nunca la pondría en peligro. Pero no era suficiente para intercambiarlo por información de la Primera Orden.

—¡Ganen la guerra! —dijo Boolio, y cerró la escotilla… en el preciso instante en que Finn escuchó el familiar zumbido de los cazas TIE que se acercaban. Corrió dejando atrás a R2-D2 y a Klaud e irrumpió en la cabina.

—¡Tengo malas noticias! —le dijo a Poe.

—Yo tengo otras peores —repuso Poe—. ¡Ve a la torreta!

Finn se abalanzó hacia los cañones.

Maniobrando, Poe condujo el *Halcón* a través de los vastos abismos de la colonia del Glaciar Sinta. El hielo azul-negruzco pasaba en forma borrosa, interrumpido ocasionalmente por máquinas enormes. Las simas ponían a prueba sus habilidades hasta el límite, aunque le proporcionaban oportunidades. Los cazas TIE que los perseguían mantuvieron el paso, pero él era mejor piloto. Él y Chewie solo debían aguantar lo suficiente para que los cazas TIE cometieran un error y se golpearan contra un muro, o mejor aún, para que Finn los eliminara con la torreta.

Si tan solo Rey hubiera ido. Entonces tendrían dos torretas operativas, y esos cazas TIE no tendrían oportunidad. Una explosión alcanzó al *Halcón*, y casi lo arroja fuera de su asiento. Chewbacca se lamentó.

—¡Finn! —gritó Poe—. ¡Se supone que tienes que deshacerte de esos cazas TIE!

Un caza TIE se salió de su trayectoria de vuelo y se estrelló contra la pared de hielo, donde se convirtió en una bola de fuego. Chewie rugió.

—Le di a uno —respondió Finn.

—¿Cómo que ambos escudos traseros? —preguntó Poe.

Una alarma en la cabina comenzó a ulular. Poe la apagó y Chewie le gruñó algo.

—¿Qué? —quiso saber Poe.

Chewie apuntó hacia adelante y ligeramente hacia un lado, donde una enorme estructura minera sobresalía de la pared de hielo. Estaban a segundos de distancia. Era la oportunidad que Poe había esperado.

—Bien pensado, Chewie —dijo mientras desviaba toda la energía del escudo remanente a la parte superior, porque para que eso funcionara tendrían que pasar muy cerca—. Finn, ¡podemos sepultar a esos cazas TIE! —gritó hacia la estación de la torreta.

—Estaba pensando justo eso —respondió Finn.

Era una maniobra difícil por la poca gravedad de un pequeño cuerpo celeste, pero él era Poe Dameron, renombrado piloto de la Resistencia. Viró limpiamente el *Halcón*, y alineó el disparo. Finn giró la torreta inferior para disparar hacia adelante. «Todavía no, amigo… tienes que coordinarlo bien…».

—¡Ya! —gritó Poe.

Finn disparó. La maquinaria se desprendió de la pared con crujidos metálicos. El *Halcón* pasó por debajo en el momento justo en que caía, y chocó contra los tres cazas TIE. El abismo se encendió por las

explosiones; convirtió en fuego las paredes de hielo.

—¡Ahora regresa a la base! —rugió Finn, exultante.

Pero su celebración duró poco. Por el ventanal de la cabina vieron aparecer más cazas TIE. Demasiados. Más adelante había una pared de hielo llena de maquinaria y escoria. No había escapatoria. No había forma de… Poe tuvo una idea terrible.

—¿Qué tan gruesa crees que sea esa pared de hielo? —preguntó.

Chewie rugió, sin dejar dudas de lo que pensaba de su plan.

En el asiento de la torreta, Finn se preparó lo mejor que pudo cuando Poe accionó el acelerador. Los cazas TIE estaban casi sobre ellos. La pared de hielo se alzaba justo delante. ¿A dónde pensaba Poe que podían dirigirse? Definitivamente iban a morir.

Los motores del *Halcón* rugieron y Finn cerró los ojos. Su último pensamiento antes de que golpearan el muro de hielo fue que al menos no moriría siendo stormtrooper.

Con el impacto, su cuello golpeó el respaldo del asiento. El metal chirrió, Klaud chilló, y el carguero se sacudió como una hoja en un vendaval. De pronto irrumpieron en el espacio abierto. Finn ni siquiera tuvo tiempo de tomar un respiro de alivio antes de que Poe activara el hiperpropulsor. La colonia del Glaciar Sinta desapareció en una oleada de luz.

Los cazas TIE los seguirían; ahora poseían esa capacidad tecnológica. No había escapatoria.

Chewie rugió tan rápido que a Finn le costó entenderlo.

—¿Poe está a punto de hacer qué? —gritó Finn en dirección a la cabina.

Chewie gimió que el piloto no iba a hacer nada bueno.

—No te preocupes, amigo —dijo Poe, y Finn no estaba seguro de si hablaba con él o con el wookiee—. Tenemos el combustible para ello. Además, Rose instaló compensadores gravimétricos para que estos saltos rápidos sean seguros.

—Más seguros —aclaró Finn—. Los compensadores hacen que el salto sea un poco más seguro.

—Eso es lo que dije. ¡Agárrate!

El *Halcón* saltó a la velocidad de la luz. Finn salió de la torreta y entró en la cabina. Momentos después, la nave salió de la velocidad de la luz y entró en una enorme estructura parecida a una caverna de la que colgaban brillantes y mortales estalactitas. Una reluciente estrella reflejó dagas luminosas desde las columnas de cristal en los ojos de Finn, pero Poe maniobró a través de ellas. Los cazas TIE que aparecieron alrededor de ellos no tuvieron tanta suerte. Muchos explotaron antes de que Poe volviera de la velocidad de la luz.

Finn se sintió un poco mal del estómago. El *Halcón* entró en un espacio brillante lleno de relucientes torres blancas. La pantalla de lectura identificó las Espirales Espejo de Ivexia. Sus superficies reflejantes provocaron que a Finn le resultara difícil decir cuáles de los cazas TIE eran reales o cuántos todavía los perseguían. Poe apenas logró evitar la colisión. Más cazas TIE se estrellaron a su alrededor.

Otro salto. En esa ocasión aterrizaron en medio de la Nebulosa Typhonic. Las gigantescas fauces dentadas de una enorme criatura espacial se asomaban ante ellos.

—¿Cómo logras hacer esto? —preguntó Finn.

Chewie rugió en desaprobación.

—Sí, bueno, Rey no está aquí, ¿verdad? —atajó Poe—. Muy bien, último salto, ¡quizá en la vida!

Klaud gritó. El *Halcón* se sacudió en el hiperespacio mientras el último de los cazas TIE se estrellaba contra el gaznate de la criatura. En definitiva, Finn iba a vomitar.

—¿Tengo tu palabra? —le preguntó Kylo Ren a Albrekh.

—Será más fuerte de lo que era antes —repuso siseando.

Albrekh era el primer symeong que conocía Kylo. Era pequeño y delgado, con mandíbula sobresaliente y orejas largas, puntiagudas y anchas que se movían con cada sonido o respiración; sin embargo, destacaba que era un alquimista Sith entrenado en metalurgia clásica, capaz de llevar a cabo hazañas inéditas en la galaxia moderna. Estaba de pie ante una pesada mesa de piedra, esperando las esquirlas que Ren había prometido.

Kylo se tomó un momento. Había trabajado solo buscando el orientador sin los caballeros, sin la máscara. Pero los necesitaba ahora para ayudarle a encontrar rápidamente a la chatarrera.

Los caballeros estaban dispuestos detrás de él; sintió a Trudgen y Kuruk cerca de sus hombros. Reunirlos de nuevo fue inesperado y tal vez extrañamente fácil. Aceptaron sin cuestionamientos porque los resultados de su juicio de hacía años aún se mantenían. Seguía siendo su legítimo líder. Era hora de forjar de nuevo el símbolo de su liderazgo. Después encontraría a Rey.

Arrojó sobre la mesa de piedra los fragmentos que habían recogido con cuidado de los restos del *Supremacy*. No estaba seguro de cómo el alquimista lo lograría. Había demasiados pedazos, algunos de ellos tan deformados que no era posible reconocerlos.

Albrekh se frotó las manos que se había enguantado y se puso a trabajar. Le tomaría mucho tiempo. No importaba. Kylo no era conocido por su paciencia, pero incluso él creía que había cosas por las que valía la pena esperar.

El alquimista esparció todas las piezas sobre la mesa. Con una misteriosa percepción y velocidad resolvió el rompecabezas, colocándolas unas cerca de otras de modo que Kylo pudiera empezar a ver cómo las piezas se convertirían de nuevo en una máscara.

El alquimista usó alicates de calor y un mazo especial para martillar los fragmentos y darles forma. Toda la habitación estaba iluminada de rojo por el metal que se fundía a un lado en un caldero. Hierro sarrasiano, había dicho Albrekh. El mineral más duro de la galaxia.

Con manos firmes, el alquimista colocó las piezas una al lado de la otra, y enseguida las unió con unas pinzas magnéticas. Agarró una larga herramienta parecida a una serpiente de metal y la usó para verter hierro fundido en las grietas entre los pedazos. Se enfrió al instante, y formó un adhesivo rojo más fuerte que el acero.

El poder fascinaba a Kylo Ren. La extrema competencia era una forma de poder, y observó hechizado mientras Albrekh repetía el proceso de encajar los fragmentos, moldeándolos con mineral rojo fundido una y otra vez con tenaz paciencia, concentración y precisión. Kylo flexionó las manos, preguntándose cómo las palmas del alquimista no se acalambraban, cómo su carne no se quemaba hasta convertirse en cenizas. Sin duda, los guantes lo protegían: su tejido era otro secreto Sith perdido para el resto de la galaxia.

Finalmente, el alquimista balanceó la máscara en un soporte y alcanzó un gran cucharón. Echó agua sobre el casco reforjado. El agua silbó, se convirtió en vapor y le empañó la vista a Kylo. Albrekh repitió el proceso una y otra vez, hasta que la máscara se enfrió por completo.

El alquimista se quitó los guantes. Con sus manos desnudas y peludas, agarró la máscara y se la ofreció a Kylo Ren.

—Es segura de usar —dijo.

La tomó, la admiró. La máscara era un objeto de belleza dentada. Tenía la misma forma de antes, pero estaba llena de grietas rojas como un rayo carmesí. Rota y reformada. Como los caballeros. Como su abuelo.

Los Caballeros de Ren levantaron sus armas en señal de honor mientras Kylo se colocaba la máscara en la cabeza. Era más pesada que nunca. Apestaba a metal fundido. Era perfecta.

Kylo Ren y sus caballeros avanzaron por un corredor del *Steadfast*, una falange de túnicas negras y máscaras negras. Los stormtroopers y los oficiales se estremecieron a su paso. Apenas les prestó atención. Se había enterado de que capturaron a un espía. Sabía exactamente cómo tratar a los espías.

Se detuvieron ante el Almirante Griss, un hombre de piel oscura que siempre mantenía su uniforme en perfecto estado. Dirigió la mirada hacia el barro que Kylo y sus caballeros habían dejado por toda la nave, pero tuvo la sabiduría de no decir nada.

Detrás del Almirante Griss se acercaron stormtroopers arrastrando algo: un alienígena de piel verde-amarilla y cuatro cuernos, dos grandes sobre el cráneo, y dos más pequeños que se proyectaban desde su mandíbula. Llevaba un traje térmico anaranjado de minería y dejaba ver una expresión desafiante.

—Líder Supremo —explicó el Almirante Griss—. Capturado en la colonia de los glaciares, señor. Un traidor.

Kylo no dudó. Encendió su sable de luz y lo bajó en un solo movimiento fluido. La cabeza del traidor cayó. Uno de sus cuernos golpeó el suelo del pasillo con un sonoro golpe.

Todos sus oficiales ya estaban sentados alrededor de la mesa de la sala de conferencias del Alto Mando: Quinn, Pryde, Hux, Parnadee, Engell, y unos cuantos más, cuando el Líder Supremo Kylo Ren entró.

Azotó la cabeza del traidor contra la mesa. Observó con satisfacción que todos se estremecían, incluso Pryde. Kylo les dio la espalda y caminó hacia el ventanal.

—Ahora le resultará más difícil transmitir mensajes a la Resistencia —dijo, mirando a las estrellas.

Kylo esperó a que todos sus oficiales echaran un buen y largo vistazo a la cabeza cortada antes de añadir:

—El General Pryde les ha informado de los detalles de mi viaje a Exegol.

Bueno, no todos los detalles del viaje, por supuesto. Muy poco sobre la chatarrera. Pero les informaron de la flota que descubrieron allí, y que Kylo Ren había hecho un trato con los vestigios de Palpatine y su movimiento Sith Eterno para que se encargaran de todo para la Primera Orden.

—La Primera Orden está a punto de convertirse en un verdadero Imperio.

Silencio en la mesa. Un líquido verde rezumó de la cabeza del alienígena y se depositó en la superficie. Hux se negó a verlo; en su lugar miró fijamente a Kylo y su máscara.

—Siento malestar por mi apariencia, General Hux —añadió Kylo.

Hux parpadeó.

—¿Por la máscara? No, señor. Bien hecho.

—Me gusta —coincidió la General Parnadee.

—Estos aliados en Exegol —se oyó la voz del General Quinn— parecen una secta. Esperando el regreso de los Sith. Conjuradores y

adivinos…

Su voz destilaba desprecio. Quinn era lo suficientemente viejo como para haber sido un oficial subalterno en el Imperio, y tenía poca paciencia para cualquier cosa que insinuara religión o misticismo. Tendría que superarlo si quería mantener su posición.

Kylo estudió a sus oficiales. Las palabras de Quinn parecieron incomodar al resto, especialmente a Hux, cuya expresión se tornó completamente tensa.

—Convocaron legiones de destructores estelares —señaló el General Pryde—. La flota Sith aumentará nuestros recursos diez mil veces. —Se dirigió al General Hux—. Ese alcance y potencia corregirá el error de la Base Starkiller —dijo, sin dejar ninguna duda de a quién creía responsable de esa debacle.

Pryde era uno de los pocos oficiales que parecía nunca tenerle miedo a Kylo Ren, lo que no le sentaba nada bien. Kylo se habría deshecho de él si no fuera tan competente. Además, mantener cerca a ese general más inteligente, sabio y de mayor rango alimentaba la inseguridad del General Hux. Quizá fuera un mezquino, pero mantener a sus oficiales divididos evitaba que se unieran contra él.

—Debemos aumentar los reclutamientos —le señaló la General Parnadee al General Engell con algo más que un atisbo de alegría—. Cosechar más jóvenes en la galaxia…

Engell asintió. Ya había duplicado el reclutamiento después de que la muerte de Phasma dejara un vacío en esa área de responsabilidad. Kylo apreció su entusiasmo.

—Esta flota —dijo el General Quinn—. ¿Qué es… un regalo?

Esa era precisamente la pregunta que Kylo no quería responder.

—¿Qué pide a cambio? —presionó Quinn—. ¿Quiere…?

Kylo levantó un brazo invocando toda su rabia, toda su impaciencia. El General Quinn voló por los aires y se estrelló contra el techo. Algo en su cuerpo se fracturó con fuerza, pero no importaba si la herida interna era mortal o no, porque Kylo lo mantuvo pegado contra el techo, jadeando como pez fuera del agua, asfixiándose de manera gradual hasta la muerte.

Kylo miró fijamente a sus oficiales. Hux estaba visiblemente agitado. Bien.

—Prepárense para aplastar cualquier mundo que nos desafíe —espetó—. Mientras tanto, mis caballeros y yo vamos a cazar a la chatarrera.

El Emperador la quería muerta. Pero Kylo tenía otros planes. Quería matar el pasado, sí. Obtener el poder absoluto de la galaxia, ciertamente. Y la enorme flota de Exegol le ayudaría a lograrlo.

Sin embargo, la ambición que atravesaba su ser era el pensamiento de reinar con ella. Estaban conectados. Habían derrotado a Snoke. Juntos serían invencibles.

CAPÍTULO 4

Los textos de los Jedi yacían esparcidos encima de su mesa de trabajo y Rey los repasaba por centésima vez. Las notas que Luke había añadido sobre el entrenamiento eran invaluables para ella y Leia. C-3PO tradujo gran parte del resto, lo cual le ayudó a conocer la historia de los Jedi y los Sith. Pero algunos de los escritos seguían siendo un misterio, en una lengua demasiado antigua o demasiado secreta para estar en los bancos de datos de
C-3PO.

Lo extraño era que algunas de las misteriosas anotaciones estaban escritas con la letra de Luke, lo que significaba que habían sido cuidadosamente cifradas a propósito. Un amigo de Rey, Beaumont, antiguo historiador y oficial de inteligencia de la Resistencia, estaba trabajando para descifrar esas secciones y Rey esperaba tener respuestas pronto.

Mientras tanto buscaba una pista en los textos traducidos, cualquier cosa que pudiera ayudarla a interpretar su visión. O mejor aún, algo que la ayudara a encontrar la paz. Ahora que la Fuerza estaba despierta en su interior, tenía más preguntas que nunca: sobre Luke, sobre su conexión con Kylo, sobre los Jedi del pasado, sobre las visiones de pesadilla que la perseguían. Si pudiera emular la serenidad de Leia, estaba segura de que las visiones se detendrían por completo. Dormiría mejor, entrenaría mejor, se convertiría en Jedi para hacer que Leia y Luke, dondequiera que estuviera, se sintieran orgullosos de ella.

Leia escuchaba la voz de su hermano de vez en cuando; se lo había dicho, pero Luke nunca se le revelaba a ella. No quería pensar demasiado en la razón. Ni siquiera estaba segura de saber lo que significaba morir para un Maestro Jedi. Quedaban vestigios de Luke; podía sentirlos, aunque no los comprendía. A veces el vacío de lo que no sabía la abrumaba.

Se moría por estar en la lucha, pero la chica de Jakku seguía dentro de ella, y esa chica anhelaba sobrevivir. Leia tenía razón; tenía que prepararse. ¿Cómo podría aprender todo lo necesario a tiempo?

Una cosa de sus visiones estaba absolutamente clara: la lucha pronto acudiría a ella, estuviera lista o no.

—¡Rey! —la llamó Nimi Chireen sacándola de sus pensamientos—. Acaba de regresar el *Halcón*.

Bueno, eso era un alivio. Rey empezó a preocuparse legítimamente por sus amigos.

—Gracias, Nimi.

Nimi era una nueva piloto a quien apenas se le había encomendado su propio caza. Poe pensaba que tenía un gran potencial.

Rey se apresuró a la zona de aterrizaje, que no era más que un espacio despejado en medio de la selva. Menos mal que el *Halcón* podía aterrizar en cualquier pedacito.

Se detuvo en seco cuando vio su nave y el corazón se le encogió. De los motores salía humo negro. El fuselaje tenía marcas de quemaduras. Los subalternadores eran una masa retorcida de cables carbonizados. ¿Qué había hecho Poe? El piloto en persona bajaba por la rampa y olvidó brevemente que estaba enojada. Se alegró de verlo de vuelta a salvo.

—¡Está en llamas! —gritaba Poe, mientras los droides y los mecánicos empezaban a regar con manguera las partes humeantes—. Todo está en llamas. Todo. ¡En llamas! —La vio acercarse—. ¡Hola!

—Hola —dijo ella—. Escuché que hay un espía…

Poe parecía un poco demacrado, el sudor le brillaba la frente, su camisa estaba salpicada de manchas de aceite. Aparentemente había hecho lo mejor que pudo por ejecutar algunas reparaciones de emergencia en el viaje de regreso.

—Tu ayuda habría sido realmente valiosa.

—¿Cómo les fue?

—Muy mal.

Algo chisporroteó bajo la panza del *Halcón*.

—La nave de Han…

El rostro de Poe se hizo aún más largo cuando vio a
BB-8
con su módulo de herramientas desajustado.

—¿Qué le hiciste al droide?

—¿Qué le hiciste al *Halcón*?

—El *Halcón* está en mucho mejor forma que él.

—BB-8 no está en llamas.

—Lo que queda de él no está en llamas —repuso.

¿De qué estaba hablando Poe? ¡Era solo la cubierta de la caja de herramientas!

—Dime qué pasó —dijo, tratando de cambiar de tema.

—¡Dímelo tú primero!

Ella le lanzó una sonrisa sin humor.

—¿Sabes lo que eres?

—¿Qué? —preguntó levantando una ceja en señal de desafío.

—Eres difícil. Un hombre muy difícil.

—Bueno, pues tú… —Poe hizo un ruido de exasperación.

—¡Rey! —llegó la voz de Finn.

—¡Finn! ¡Volviste!

Finn bajaba la rampa, y su cara se iluminó cuando ella se aproximó.

—Apenas —dijo.

Se había dejado crecer un poco el pelo para desafiar las normas de la Primera Orden y le daba un aire más relajado. En general, Finn se estaba sintiendo más cómodo consigo mismo en los meses posteriores a Crait.

BB-8 lanzó una queja hacia Poe, contándole el percance del entrenamiento, mientras Rey abrazaba a su amigo con fuerza. Dejar que Finn se fuera y se pusiera en peligro sin ella había sido una de las cosas más difíciles del entrenamiento Jedi. Siempre se sentía aliviada cuando regresaba de una pieza.

—Amigo, mírate —dijo Poe, inspeccionando la carcasa dañada de BB-8.

—¿Mal humor? —le preguntó Rey a Finn.

—¿Yo?

—No, él —dijo ella, con un guiño hacia Poe.

—Siempre —repuso Finn con una floritura.

—¿Tenemos un espía? —preguntó.

Chewie intervino indignado con un gemido multisilábico.

Los ojos de Rey se abrieron de par en par.

—¿Saltó a velocidad de la luz?

Finn hizo una mueca de dolor.

—Ay, no…

—Nos traje de regreso, ¿no? —dijo Poe.

—El compresor no funciona —dijo Rey, y su tono resultó más acusador de lo que pretendía.

—Ya lo sé —dijo Poe—. Yo estaba allí.

—No puedes saltar a velocidad de la luz con el *Halcón* —dijo Rey, incapaz de contenerse. ¿Cómo había podido arriesgarse de esa forma con el bien más preciado de la Resistencia? Además, ella amaba esa nave…

—En realidad, resulta que sí se puede —dijo Poe sin pestañear.

—Chicos —intervino Finn, tratando de sonar razonable—, acabamos de aterrizar.

—¿Qué pasó? —preguntó Rey.

—Puras malas noticias —dijo Poe.

Rey sintió que su frustración aumentaba. Entendía que Poe acababa de pasar por algo, pero necesitaba información. Se volvió hacia Finn.

—¿Hicimos contacto con un espía o no?

—Sí. Tenemos un topo en la Primera Orden —confirmó Finn—. Nos enviaron un mensaje.

Poe comenzó a alejarse, pero no pudo resistirse a lanzar unas últimas palabras a Rey por encima del hombro: —Le tiraste encima un árbol.

—Volaste los dos subalternadores —replicó.

—Chicos —terció Finn.

—Tal vez deberías haber estado ahí fuera con nosotros —dijo Poe, dándole la vuelta. Estaba muy enojado, pero Rey sintió que tenía poco que ver con
BB-8.

—¡Sabes bien que yo sí quería!

—Rey… —dijo Finn.

—Pero no estuviste —rebatió Poe—. Estuviste aquí entrenando ¿para qué?

Respiró hondo. Rey pudo ver el momento exacto en que decidió decirle la verdad.

—Eres la mejor combatiente que tenemos. Te necesitamos allá afuera, no aquí.

Rey no tenía nada que decir a eso. Poe tenía razón. Sin embargo, Leia también la tenía. Necesitaba todo el entrenamiento posible para enfrentar lo que estaba por venir. Deseaba que hubiera una manera de hacerlos felices a ambos. Poe vio a alguien, y Rey se sintió aliviada de no ser objeto de su despiadada mirada.

—¡Junior! —gritó.

Aftab Ackbar, hijo del difunto almirante, se acercó rápidamente. El joven mon calamari era un piloto decente, y también había mostrado algo del talento de su padre para la táctica. Leia lo puso al día lo más rápido posible y estaba encantada con su progreso.

—Consigue que los datos de
R2-D2
se transfieran y que lo reacondicionen —ordenó Poe.

—Sí, comandante —dijo Ackbar.

Se alejó con el droide, mientras Poe y

BB-8
se dirigían a la estación de reparación de Rose. Rey y Finn caminaron juntos hacia el *Tantive IV* y pasaron los gigantescos patinazos de la corbeta.

—¿Cuál es el mensaje? —le preguntó a Finn.

Todos se reunieron bajo la nave de Leia para el informe: amigos de Rey, los consejeros de Leia, Maz Kanata, la Comandante
D'Acy,
e incluso los droides.

Poe se dirigió al grupo.

—Gracias a C-3PO y a Beaumont, hemos descifrado la información del espía de la Primera Orden, y confirma lo peor. —Esperó un momento, como si fuera reacio a continuar. Después de una respiración profunda, añadió—: De alguna manera, Palpatine regresó.

Rey, igual que el resto de la concurrencia, sofocó un grito. Rose frunció el ceño.

—Espera, ¿lo creemos?

Rey pensó en la transmisión que había inundado la galaxia y recordó sus propias visiones oscuras.

—Lo creemos —dijo.

Aftab Ackbar sacudía la cabeza.

—No puede ser. El Emperador está muerto —insistió—. Murió a bordo de la segunda Estrella de la Muerte.

Beaumont murmuró:

—Ciencia oscura… clonación. Secretos que solo los Sith conocían.

Miró fijamente a la distancia como perdido en sus pensamientos. Su catálogo mental de la tradición Sith era vasto, y si él pensaba que era posible que el Emperador engañara a la muerte, entonces Rey también.

Además, las notas de Luke mencionaban que Sheev Palpatine estaba obsesionado con la idea de vivir para siempre. Le había contado a Anakin que aprendió el secreto de la vida eterna de su maestro, Darth Plagueis, justo antes de traicionarlo y matarlo. Luke había supuesto que era una mentira encaminada a tentar a Anakin al Lado Oscuro, pero ¿y si fuera verdad?

—Estuvo planeando su venganza —continuó Poe—. Sus seguidores han estado construyendo algo durante años. La flota más grande que la galaxia ha conocido. La llama la Orden Final. En dieciséis horas comenzarán los ataques contra todos los mundos libres.

Chewie gruñó algo.

—En las Regiones Desconocidas —respondió Poe—. El Emperador y su flota se han escondido allí, en un planeta llamado Exegol.

Los ojos de Rey se abrieron de par en par. Exegol.

R2-D2 se sacudió, exigiendo que
C-3PO
les contara a todos de ese planeta.

—El planeta no aparece en ningún mapa estelar —comenzó el droide de protocolo, pero Rey apenas prestaba atención. Había oído ese nombre en su visión. Ella lo había visto. Estaba segura—, pero las leyendas lo describen como el mundo oculto de los Sith.

Rey tenía que regresar a los textos Jedi. Se escabulló mientras los demás seguían hablando y corrió hacia el pedazo de tierra rocosa que formaba sus «aposentos». Al llegar a su mesa de trabajo, oyó a la Comandante
D'Acy
decir: —Debe haber estado detrás de la Primera Orden. Era Palpatine.

—Palpatine ha estado allá afuera todo este tiempo —concedió Poe —. Moviendo los hilos.

—Siempre —se oyó la voz de la General Leia—. En las sombras desde el principio.

—Si queremos detenerlo —apuntó Maz con su voz suave en medio del escándalo con su autoridad silenciosa—, debemos encontrarlo. Debemos encontrar Exegol.

Rey rebuscó en la caja donde guardaba los textos Jedi. ¿Dónde estaba? Tiró uno a un lado. Luego otro.

—¿Eso es todo? —preguntó Rose.

—Ojalá lo fuera —dijo
C-3PO
—. Pero me temo que Kylo Ren ha descubierto al Emperador. Ahora los dos están al borde de…

—¿Qué? —lo apuró Connix.

Rey miró a los demás mientras
C-3PO
accionaba el interruptor de un holograma y decía: —Si mi desencriptación es correcta, están a punto de lanzar un Imperio nuevo e imparable.

En el holograma aparecieron naves en miniatura, diminutas y azuladas, y no había pistas de su escala real. Eran muchas, como estrellas en el cielo nocturno.

—¡Nos van a aplastar! —estalló Aftab—. Mi padre advirtió que este día llegaría.

Rey hurgó más profundo en la caja. El texto que buscaba tenía un gran sello redondo en el frente. ¡Allí! Lo sacó y se apresuró a volver al grupo. Apenas se dieron cuenta cuando regresó. Los rostros de todos

eran desoladores. Y todos estaban pensando lo mismo.

—No estamos listos —dijo Beaumont—. Solo la mitad de nuestras naves funcionan. No tenemos armas de gran escala. Rose levantó la barbilla.

—Entonces las arreglamos. Rápido.

—Amigos —dijo Leia, llamando la atención—. Este es el único momento que cuenta. Todo por lo que hemos luchado está en juego.

—Si lanza esta flota —interrumpió Beaumont—, la libertad habrá muerto en la galaxia.

Rey intervino suavemente:

—General, ¿puedo hablar con usted?

A Leia no le habría importado que Rey hubiera decidido mostrar el escrito ante todos, pero los textos Jedi pertenecieron por última vez a Luke, y la chica siempre respetó su memoria y legado. Así que estaban solas en los aposentos de Leia, con uno de los textos abiertos ante ellas.

—Sé cómo llegar a Exegol —dijo Rey con su dedo rastreando mientras buscaba—, porque su hermano escribió al respecto en los textos Jedi.

Leia se animó.

—¡Dime!

—Luke lo buscó. Casi lo encuentra. —Rey vio lo que buscaba y le acercó el libro—. Hay signos aquí que no puedo leer, pero él dijo: «Para llegar allí necesitas uno de estos». Un orientador Sith. —Señaló el dibujo de un objeto piramidal. Miró a Leia con los ojos bien abiertos —. Conducen hasta Exegol.

La respiración de Leia se aceleró. Si Luke lo había buscado, entonces simplemente tenían que encontrar su rastro y seguir donde él se había quedado. Eso les brindaba un lugar por donde empezar. Les daba esperanza.

—Si vamos a encontrar esta flota —continuó Rey—, para detener lo que ambas creemos que viene, necesito terminar lo que Luke comenzó. Encontrar Exegol. Encontrar al Emperador.

La respiración de Leia se aceleró por una razón diferente.

—No —dijo casi sin voz.

Rey no estaba lista. ¡La chica tenía aún tanto por aprender! Si Rey se iba demasiado pronto, podría tentarla el Lado Oscuro. Leia había sentido su atracción hacia la oscuridad de la misma manera como la sintió en Ben hacía años.

Sin embargo, mientras los ojos de Rey continuaban suplicándole, Leia tuvo que enfrentar la verdad: necesitaba más entrenamiento, era cierto; pero la verdadera razón por la cual no podía soportar verla irse

era que se había encariñado profundamente con ella. Luke le reveló que el vínculo maestro-padawan era fuerte; sin embargo, no le advirtió que podría terminar viendo en su aprendiz a la hija que nunca tuvo.

—¿Para qué he entrenado si no es para esto? —inquirió Rey—. No quiero irme sin su bendición. Pero lo haré.

Leia continuaba sacudiendo la cabeza.

—Lo haré —insistió Rey—. Es lo que usted haría.

Leia no tenía respuesta.

Después de que Rey se fue, Leia se sentó con pesadez en un sofá dentro de sus aposentos en la caverna. Las implicaciones azotaban por todos los ángulos. La enorme flota que Ben (para ella siempre sería Ben) descubrió podría significar el fin de la Resistencia, el fin de la esperanza para la galaxia. Peor aún, sería a manos del propio Palpatine.

Si la Resistencia no lo detenía, los Sith se levantarían de nuevo. Sin duda, lo habían planeado durante años. Tal vez generaciones. El Emperador y su padre, Darth Vader, deberían haber sido los últimos, pero cuando uno caía, otro se levantaba. Siempre. Primero Snoke, y ahora su propio hijo parecía preparado para continuar el legado.

Debió saber que Palpatine tendría un plan de contingencia. A fin de cuentas, Palpatine fue una constante en su vida, desde que era una princesa en Alderaan. Una y otra vez lo vio enfrentarse a reveses solo para levantarse con más fuerza que antes. Era inteligente, decidido y estaba tremendamente preparado. Siempre dos pasos adelante de todos los demás. Leia no sabía exactamente lo que ese plan de contingencia implicaba, pero apostaría la medalla de Han a que comprendía mucho más que una colosal flota de destructores estelares.

Recordó a Rey, su sombrío rostro mientras intentaba explicar su visión oscura. Ocultaba algo pero Leia no era de las que forzaban ese tipo de cosas. Una buena líder no haría eso. La gente estaba lista cuando estaba lista. Pero si la visión de Rey tenía algo que ver con la creciente flota Sith, tal vez debería hacer una excepción y presionar un poco más. En cualquier caso debían hacer algo. Ya. Antes de que Ben pudiera reclamar el legado de Darth Vader de una vez por todas.

Solo que estaba muy cansada. Esperaba tener un poco más de tiempo para entrenar a Rey como Jedi, para entrenar a Poe como comandante, para ver a Finn, Connix y Rose convertirse en los grandes líderes que sabía que podían ser. Pero no podía darse el lujo de tener tiempo ni descanso, tampoco de arrepentirse.

Leia sintió a la Comandante

D’Acy
a sus espaldas.

—Tenemos que hacer algo —le dijo a su amiga.

D’Acy era una mujer rubia de mediana edad con un rango demasiado alto para el trabajo pesado que asumió con el objetivo de hacer funcionar su base. Aunque también se había convertido en su amiga y consejera. Entre
D’Acy
y Maz Kanata a veces casi podía olvidar su dolor por la pérdida de Amilyn Holdo. Casi.

—Pensaremos en algo —dijo
D’Acy
con la voz llena de comprensión.

—La última vez que pedimos ayuda nadie acudió —dijo Leia—. Nadie respondió a la llamada.

Incluso al pronunciar esas palabras, tuvo que admitir que no era tan simple. Gracias a algunas arriesgadas tareas encabezadas por Poe, Rey, Finn y Snap, se enteraron de que la Primera Orden persiguió tenazmente a sus simpatizantes restringiendo las comunicaciones, cortando las líneas de suministro, capturando o incluso asesinando a sus aliados. En resumen, nadie respondió a la llamada porque muy pocos la habían escuchado siquiera.

Ese día en Crait fue el momento más oscuro de Leia. Creyó que la chispa de la esperanza se había extinguido. Recordó que se sentó en el viejo puesto de avanzada rebelde, exhausta, sin opciones, mientras la Primera Orden desplegaba un cañón de asedio que volaría las puertas blindadas del hangar. Todos iban a morir, y la Resistencia con ellos.

Entonces apareció su hermano. Luke distrajo a la Primera Orden el tiempo suficiente para que todos escaparan, y un pequeño remanente sobrevivió para continuar la lucha. Desde entonces habían estado restableciendo el contacto con viejos aliados, pidiendo favores, reclutando a todos los que simpatizaban con su causa. Que Maz Kanata se les uniera fue una gran victoria, por ejemplo, tenía más conexiones en más lugares que el resto juntos. Estaban creciendo. Eran casi una fuerza considerable. Se había equivocado ese día al perder la esperanza. No volvería a cometer ese error.

Leia se puso en pie. Tenía trabajo que hacer.

Rey apenas terminaba de empacar cuando Maz la encontró en su mesa de trabajo. Maz era diminuta y modesta, pero tenía unos grandes ojos cálidos y una voz que convencía a Rey de hacer todo lo que le pidiera. Se preparó.

—Leia y Rose se quedarán para planear el ataque a la flota —le

dijo Maz—, pero no puede haber ningún ataque hasta que hayas completado la misión de Luke. Encontrar Exegol.

El corazón de Rey se aceleró. Sabía que debía hacerlo. Quería hacerlo pero no estaba preparada.

—Maz, podría ser un peligro para la misión, para todos. Me temo que yo…

—No hay nadie más —atajó Maz; de alguna manera logró sonar suave y firme al mismo tiempo—. La búsqueda de Exegol es una tarea para un Jedi.

Rey echó un vistazo a los pedazos de su sable de luz inacabado. Hacía mucho tiempo, Maz la había instado a tomar el sable de luz de Luke, cuando Rey lo encontró bajo su castillo en Takodana. Antes que nadie, Maz vio en lo que Rey se podía convertir.

—No soy un Jedi. Aún no. No soy tan fuerte como cree Leia.

Maz se inclinó hacia adelante.

—No sabrás lo fuerte que eres hasta que sepas lo fuerte que tienes que ser.

Rey sacudió la cabeza.

—El Lado Oscuro tiene planes para mí. Si voy, Kylo Ren me encontrará.

A Maz no le sorprendió eso en lo más mínimo.

—Ya te has enfrentado a él antes —le recordó encogiéndose de hombros.

La voz de Rey se tornó casi un susurro.

—No es a él a quien temo.

Maz la estudió un momento. Finalmente dijo:

—Para encontrar el lugar más oscuro de la galaxia tendrás que enfrentarte a la parte más oscura de tu ser.

De alguna manera, sabía a lo que se enfrentaba Rey. De alguna manera, Maz siempre lo sabía.

—Debes irte —la apresuró Maz—. La Fuerza te trajo aquí. Debes confiar en ella. Siempre.

Rey desconectó una manguera de combustible del *Halcón*. Rose había hecho milagros, había arreglado el compresor y reparado los subalternadores. La propia Rey pulió algunas de las marcas de quemaduras y ajustó los escudos traseros. Su nave estaba casi lista, y la ansiedad recorría su cuerpo. Estaba a unos instantes de ponerse detrás de esos controles otra vez.

Había hecho algunas misiones con Finn y Poe cuando establecieron la base en Ajan Kloss, pero durante meses estuvo atrapada allí, entrenando, entrenando, entrenando. Estudiaba los textos de los Jedi con la ayuda de Beaumont y

C-3PO.

Trabajaba primero en el sable de luz de Luke y luego en el suyo, aunque ansiaba ver el espacio de nuevo. Volver a la lucha. Sentirse realmente útil.

Se limpió las manos, rodeó el *Halcón* y se dirigió a la rampa, donde casi se topa con Rose.

—Gracias —le dijo a la mecánica—. No puedo creer lo rápido que preparaste esta nave.

Rose sonrió.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti y por el *Halcón*.

Había tantas cosas que Rey debía decirle.

—Has sido muy amable conmigo. Tú y Beaumont, Connix y Snap… —se limitó a decir.

La sonrisa de Rose vaciló, se convirtió en una mirada de regaño.

—¿Por qué siento como si te estuvieras despidiendo para siempre?

—¡No es eso! Es solo que… —Rey no sabía lo que quería decir.

Antes de que pudiera darse cuenta, Rose la envolvió en un abrazo.

—Yo a ti —le dijo a Rey—. Ahora ve a hacer tus cosas de Jedi.

Después de un último apretón, Rose se dirigió hacia el *Halcón* para una inspección de último minuto del tren de aterrizaje. Rey estaba a punto de tomar una caja y cargarla en la nave cuando Poe casi choca con ella.

—Así que la pusiste en marcha —dijo Poe.

—Tenías razón —repuso—. No puedo quedarme. Voy a retomar la búsqueda de Luke de Exegol.

—Sí, lo sé —afirmó Poe, dándole un amistoso golpe en el hombro —. Vamos a ir contigo. Chewie, ¿arreglaste el compresor?

Chewie aclaró que Rose le había ayudado.

Rey quedó boquiabierta mientras Poe agarraba una caja de suministros y empezaba a ayudar a Chewie a cargar la nave. Antes de que pudiera formular una respuesta, vio a Finn acercándose. ¿Él también?

Tomó a Finn por el hombro y lo sacudió.

—¡Necesito ir sola!

Él asintió con la cabeza.

—Sola con tus amigos.

—No. Es demasiado peligroso, Finn.

Poe y Chewie se acercaron. BB-8 rodaba tras ellos. Finn los señaló con la barbilla.

—Vamos juntos —le dijo a Rey.

Con un sonoro gruñido, Chewie mostró su acuerdo con Finn. A su vez, con un pitido,

BB-8
manifestó que también iría.

—Coincido de todo corazón —dijo
C-3PO.

Rey los miró. Poe le lanzó una mirada retándola a contradecirlos. Finn había sido tan franco y persuasivo como siempre. Chewie parecía impaciente por irse. Sus amigos. Le aterrorizaba perderlos, pero no pudo evitar sonreír.

Saber algo en su cabeza era diferente a saberlo en su corazón. Rey comprendió hasta cierto punto que ya no estaba sola, pero ahora lo sabía, y era tan maravilloso que dolía. Sus ojos se llenaron de lágrimas. La soledad era una especie de agonía, aunque pertenecer lo era también.

Mientras empacaban sus cosas, Beaumont llevó a cabo una investigación final. Rey y sus amigos estaban reunidos con él bajo las copas de los árboles para repasar lo que había averiguado.

Beaumont Kin era un hombre pequeño de cabello fino y arenoso que parecía más joven de lo que era. Vestía una chaqueta de campo manchada de barro y siempre llevaba una pistola enfundada, por órdenes estrictas de Rose y Connix, quienes insistían en que incluso un académico debía tener una buena pistola consigo.

Se inclinó sobre una mesa de consola ante los textos Jedi. Debido a la humedad del aire, las páginas de uno de ellos empezaron a enroscarse en los bordes. Rey había decidido que cuando averiguaran lo que pudieran, los escanearían y conservarían adecuadamente. Tal vez en algún tipo de contenedor hermético. Seguramente Leia otorgaría recursos para eso.

—He analizado las cifras de Luke —anunció Beaumont—. Averigüé un poco más sobre los orientadores.

Señaló una página familiar de uno de los textos, la del dibujo de un objeto piramidal.

—Son objetos antiguos —dijo Beaumont—. Solo se construyeron dos: uno para el Maestro Sith, otro para el aprendiz.

Rey se acercó más. Las marcas en el orientador siempre le parecieron extrañas. Círculos con líneas que se alejaban de aquellos, como burdos mapas de navegación. Beaumont señaló un texto cifrado.

—Luke estaba a la caza del orientador del Emperador, pero su búsqueda se enfrió en un mundo desértico llamado Pasaana.

—¿En el sistema Middian? —preguntó Finn.

Rey ya había escuchado ese nombre. Una vez conoció a un traficante de basura en el puesto mercante de Niima que hacía paradas regulares en el sistema Middian.

—¿Has estado allí? —preguntó Beaumont—. No se puede conseguir una comida decente allí. Al menos Pasaana no está ocupado.

Finn frunció el ceño, y Rey sabía exactamente lo que significaba. Por ahora. No estaba ocupado por ahora.

—Así que empezamos por Pasaana —terció Poe.

—Sí —coincidió Beaumont—. Luke dejó las coordenadas. Señalan hacia el Valle Prohibido.

Bueno, eso no parecía nada premonitorio.

«Leia», sonó la voz de Luke.

—No, Luke —susurró Leia.

«Es hora», dijo Luke. Le había estado suplicando desde hacía un tiempo y su voz era implacable. Como si procediera de su propia alma.

—Todavía no.

Estaba de pie en su habitación sosteniendo la medalla al valor de Han. La tenía con ella desde el día en que su hijo lo mató. No se sorprendería si alguna ocasión su pulgar perforara la medalla grabada de tan a menudo que la frotaba, perdida en sus recuerdos.

—¿Cómo ibas a saber lo que ocurriría cuando le diste esa medalla a Han? —dijo la voz serena y querida de Maz Kanata a sus espaldas.

Volteó. Maz sostenía el sable de luz de Luke. Una vez más le sorprendió cómo alguien tan pequeño podía tener una presencia tan formidable. Maz llenaba cualquier habitación donde entrara.

—¿Cómo podrías saber adónde te llevaría la vida? —inquirió Maz. Como Leia no contestó, Maz desechó la pregunta con un movimiento de dedos y cambió de tema—. Sé que temes que Rey se acerque al Lado Oscuro. Que has tenido visiones de su muerte.

Leia frunció el ceño. Quizá le había revelado demasiado a Maz.

—Pero como me has recordado muchas veces —continuó Maz—, el futuro es incierto. La chica debe encontrar su verdadero camino.

Algo en sus palabras dio en el blanco.

—Su verdadero camino —murmuró Leia.

¿La conversión de Ben lo puso en su verdadero camino? Leia estaba resignada a lo que había pasado, pero no podía creer que fuera su verdadero camino; y tampoco que fuera el de Rey.

Sin embargo, algo en las palabras de Maz la inquietaba. Conocía ese sentimiento. La Fuerza intentaba decirle algo. Sobre Rey y su viaje.

—Tu espíritu es fuerte, amiga mía —dijo Maz—. Pero no estás bien. Tu cuerpo se debilita cada vez más. Dale tu bendición. Dale el sable de luz de Luke.

Leia suspiró. Haber salido expulsada desde el puente del *Raddus* hacia el vacío del espacio había tenido un efecto negativo. Ese día se

salvó gracias al poder de la Fuerza, pero su cuerpo había pagado un precio muy alto.

Maz le tendió el sable de luz y Leia lo tomó con reverencia.

—Hazlo mientras puedas —añadió Maz—. Mientras haya esperanza.

Todos se estaban despidiendo. Rey miró a su alrededor. Le pesaba en las entrañas. Era posible que no volvieran. ¿Cómo podía la raquítica tripulación de una sola nave descubrir una forma de derrotar a la mayor flota jamás vista en la galaxia? Parecía ridículo. Sin embargo, era la única jugada posible.

C-3PO se inclinó sobre
R2-D2,
hablando con una suavidad inusual.

—En caso de que no regrese —le dijo— quiero que sepas esto: has sido un magnífico amigo,
R2-D2.
Mi mejor amigo, de hecho.

R2-D2 respondió con un triste zumbido.

—¡Rose, última oportunidad! —gritó Finn.

—La general me pidió que estudiara las especificaciones de los viejos destructores —repuso Rose—. Para que podamos detener la flota si los encuentran.

—¿Si los encontramos? —la azuzó Finn.

Rose sonrió y corrigió:

—Cuando los encuentren.

Finn asintió.

—Cuando los encontremos.

Se abrazaron y Rose añadió:

—Estaremos comunicados por la frecuencia de larga distancia. Cuida a Rey. —Después de un momento agregó—: Cuídate.

Miró a Rey, quien levantó la barbilla en respuesta. A Rey le hubiera encantado tener su compañía en esta misión, pero Leia tenía razón: Rose era necesaria en la base. Además de estudiar las especificaciones de los destructores estelares, Rose haría todo lo posible para lograr que las naves que tenían estuvieran en plena forma de combate.

Rey vio cómo se abrazaban de nuevo y se sintió un poco relegada. Había alguien de quien quería despedirse, pero no estaba segura de cómo hacerlo. Había estado sola gran parte de su vida. Relacionarse con la gente era una nueva habilidad, mucho más difícil de aprender que hacer flotar rocas con la mente o vencer droides remotos con el sable de luz.

Insegura, Rey se dio vuelta y miró alrededor de la base. Ese revoltijo de jungla y cables y terminales expuestas se había convertido en su hogar, y sería más difícil de dejar de lo que había creído.

Le encantaba el follaje, la forma en que la lluvia se acumulaba en las hojas anchas y cerosas, el aroma de la tierra limosa. Había decidido que el verde, el color de las selvas y bosques y la hierba y la vida, era su favorito.

—Debemos irnos —se oyó la voz de Poe. Cuando notó que ella miraba fijamente al espacio, añadió—: ¿Qué ocurre?

—Nada —repuso Rey; una suave y gentil mentira.

—¿Rey? —se escuchó otra voz, y se sintió aliviada. Era Leia.

Se apresuró hacia la general, y soltó:

—¡Hay tanto que quiero decirle!

Debió decirle la verdad sobre su visión. Debió decirle cuánto significaba para ella su entrenamiento. Agradecerle que le diera un lugar en la Resistencia y que le hubiera permitido hacer suyo el *Halcón*. Decirle cuánto la admiraba…

—Me lo dirás cuando vuelvas —dijo Leia.

La general levantó las manos y Rey contuvo el aliento al ver lo que sostenía. Le estaba ofreciendo el sable de luz de Luke. Rey lo tomó con cuidado y reverencia. No estaba segura de haberse ganado el derecho a llevarlo, pero el sable de luz de Luke siempre había encajado perfectamente en su mano. Como dos piezas de un rompecabezas.

No pudo evitarlo; abrazó a Leia. Y estuvo bien porque Leia al mismo tiempo se acercó y la abrazó con fuerza, como si nunca quisiera soltarla. Rey cerró los ojos para absorber la fuerza y la calma de Leia. Estuvieron unidas largo rato.

Finalmente, Leia dijo:

—Nunca tengas miedo de ser quien eres.

Los ojos de Rey se abrieron de golpe. La voz de Leia estaba llena de poder. De determinación. Tal vez la Fuerza le había mostrado algo. O tal vez era tan solo un muy buen consejo. Abrumada, solo pudo asentir con la cabeza en agradecimiento.

Rey se instaló en el asiento del piloto. A su lado, Chewie bufó un cálido saludo. Intercambiaron miradas y ella sonrió.

—Lo es —respondió—. Vamos arriba.

Poe y Finn entraron en la cabina seguidos por
C-3PO
y
BB-8.
Su raquítico equipo. La mejor tripulación.

Mientras se elevaban, Maz y Leia, juntas en medio de la selva, los

veían partir. A Leia le dolía el corazón. Fue como ver a Ben irse a entrenar con Luke. Como ver a Han irse a una misión sin ella. Fue como despedirse de una parte de su ser.

—Si encuentra Exegol —dijo Maz— puede que sobreviva.

Al igual que Leia, en ocasiones Maz podía ver personas y lugares, presentes y futuros mediante el poder de la Fuerza. Al igual que Leia, rara vez entendía lo que significaba.

—Pero si no lo hace —añadió Maz—, la galaxia seguramente no sobrevivirá.

Leia había hecho todo lo posible por ocultarle a Rey sus temores, pero no su afecto. Esa chica podría ser su última esperanza.

CAPÍTULO 5

El General Hux recorrió el pasillo de la nave de mando, apenas siguiendo el paso de Ren y Pryde. Detrás de él las botas de los caballeros retumbaban con tonos graves. Últimamente siempre estaban por ahí, pegados como un adhesivo a su amo, Kylo Ren. Hux odiaba no poder ver sus caras detrás de sus máscaras. Tal vez tenían algo que ocultar. Probablemente eran horribles, con cicatrices que los volvían irreconocibles. Era un frío consuelo.

El General Leal Pryde estaba actualizando a Ren sobre sus progresos, o más bien la falta de ellos. Hux no estaba seguro de cómo Pryde podía dar malas noticias sin que le cortara la cabeza con un sable de luz o lo asfixiara con la Fuerza. Ren no tenía debilidad por nadie, excepto por la chatarrera, así que tenía que haber algo más en Pryde. Algo que lo mantenía inmune. Seguro. Sin miedo. Hux enfocaba sus recursos a averiguar exactamente qué era.

—Señor —decía Pryde—, no hay pistas todavía, pero la búsqueda de la chica continúa.

—No hay tiempo —atajó Ren.

Su voz era distante y mecánica desde que había vuelto a ponerse la máscara. Para empezar, Hux desconfiaba de las máscaras, pero la de Ren le evitaba la indigna vista del revuelto cabello del Líder Supremo. Un buen líder debía poner el ejemplo, y el pelo de Ren era lo más alejado de las normas. Solo se trataba de un pequeño detalle, claro, pero los detalles importaban, y ese representaba todo lo que Hux odiaba de Ren. Era la excepción a todo. Fuera de las reglas. Desordenado.

Cuando Hux finalmente tomara su legítimo lugar como Líder Supremo, lo primero que haría sería ordenar que le cortaran el cabello a Ren.

Con una inusual aceptación, Ren le dijo a Pryde:

—Entonces tendré que localizarla yo mismo.

—Sí, Líder Supremo —repuso Pryde.

—Cuando la encuentren —intervino Hux—, personalmente llevaré a los escuadrones de la muerte a…

—Escanea todos los sistemas en busca de un carguero corelliano YT-1300
—le dijo Ren a Pryde, ignorando a Hux—. Estará en la nave *Halcón Milenario*.

Se dirigió a Hux y añadió:

—Los Caballeros de Ren dirigirán esta cacería, General Hux. No hay lugar para el error.

No había ninguna mancha de desprecio en su voz, ni impaciencia o irritación. Solo lo despachaba.

Hux se quedó solo en el pasillo y vio cómo Ren se alejaba con Pryde y los caballeros pisándole los talones. Estaba bien que todos lo consideraran un imbécil inútil, se convenció. Era incluso una ventaja. En cierto modo, Hux tenía su propia máscara. A fin de cuentas, el hecho de que lo subestimaran le había permitido poner en marcha ciertas cosas. Todo era parte de su plan.

Rey contemplaba el interminable desierto ocre a través de los quadnocs. Pasaana le recordaba tanto a Jakku que sintió una inexplicable punzada. La arena era más rojiza. En el aire se percibía un olor penetrante, como si la vida prosperara allí de una manera que no lo hacía en Jakku. Pero el sol era igual de implacable, la arena igual de insidiosa, el viento igual de polvoriento y seco.

¿Cómo pudo sobrevivir en un lugar como ese? ¿Sin verde por ninguna parte? ¿Sin el abrazo protector de la humedad? ¿Sin las botas reglamentarias de la Resistencia ni un carguero lleno de depósitos de agua estacionado cerca?

—¿Estás segura de que es aquí? —Poe preguntó a su espalda.

—Sí —respondió C-3PO—. Estas son las coordenadas exactas que el amo Luke dejó.

Poe abrió la boca para hablar, pero un colosal redoble de tambores atravesó el cielo, tan profundo que resonó en el pecho de Rey. Le siguió un trueno de una sola sílaba, como si una multitud gigante gritara una palabra al unísono.

—¿Qué fue eso? —preguntó Poe.

Todos se arrastraron hacia adelante, siguiendo el sonido. Rey sabía lo difícil que podían ser las cosas en el desierto. El viento, la arena y las escarpadas dunas hacían casi imposible saber de qué dirección venía un ruido. C-3PO avanzó más rápido que el resto.

—Suena como el final de un rezo aki-aki local —comenzó.

—¡Shhh! ¡C-3PO! —le advirtió Finn.

El tambor sonó de nuevo: una serie de golpes como una tormenta

que se avecina. Luego una masa de voces se elevó en un alegre coro, y el desierto se llenó de repente de una música alienígena tan hermosa como sorprendente.

—¡Porque eso es! —exclamó
C-3PO
—. ¡Llegamos en el día de su Festival de los Ancestros!

El corazón de Rey latía desasosegado cuando rodearon una formación rocosa para revelar un amplio valle que se extendía debajo de ellos y una enorme multitud
aki-aki
allí reunida. Decenas de miles arremolinándose en sus capas, ondeando banderas de colores. No. Eran cientos de miles.

Cometas y banderas flotaban en el aire, tiendas y toldos proporcionaban áreas de sombra. En todas partes había figuras encapuchadas cuyos movimientos los delataban como no muy humanas. Bailaban y se mezclaban, cantaban y comían, compraban y vendían mercancías, desde el borde cercano del valle hasta el horizonte rocoso del mundo. Para ser un valle «prohibido» había demasiadas criaturas ahí abajo.

—¡Esto solo sucede una vez cada cuarenta y dos años! —informó
C-3PO.

Poe tomó los quadnocs de Finn y observó. Incluso sin ellos, Rey pudo distinguir unas cuantas figuras en el borde cercano del valle. Eran en efecto humanoides, con doble trompa prensil y piel gruesa bien adaptada al sol y a la arena.

De repente, los aki-aki fluyeron como una ola y estallaron en un baile de celebración centrado en un círculo de hogueras. De los fuegos se elevaba humo de colores brillantes, dominado por tonos amarillos, rojos y turquesa. El campamento estaba rodeado por vehículos del tamaño de un edificio que levantaban chorros de arena con sus enormes orugas. Si no fuera tan decepcionante, a Rey le habría parecido inspirador y hermoso. Seguir el rastro de Luke en medio de esa multitud sería casi imposible.

—Bueno, a eso le llamo suerte —dijo Finn con tristeza.

—¡En efecto! —continuó
C-3PO
—. ¡El festival es conocido por sus coloridas cometas y deliciosos dulces!

Lo miraron con desprecio.

Mientras deambulaban en medio del festival, casi nadie los volteaba a ver. Aunque la gran mayoría de los asistentes fueran
aki-aki,

parecía que especies de toda la galaxia habían acudido a la celebración. Poe y Finn escudriñaron a la multitud sin sonreír, concentrados, enfocados en lo suyo. En alguna parte tenía que haber alguna pista. Si miraban con suficiente atención, y estaban alertas como había dicho Poe, sabrían cuál sería su próximo movimiento.

Sin embargo, a Rey le costaba trabajo prestar atención a su tarea. El baile era hermoso, lleno de vida y color, fluía como el agua, alegre. Vio a una niñita
aki-aki
fluía entre la multitud. Sus padres se precipitaron para rescatarla, la levantaron y la abrazaron antes de que pudiera salir lastimada. La niña volvió a bailar como si nada hubiera pasado, sin ninguna preocupación porque otros se preocupaban por ella.

—Nunca he visto nada igual —dijo Rey, un poco para sí.

—Nunca he visto tan pocos orientadores —respondió Finn con brusquedad.

—Siempre hay patrullas de la Primera Orden en multitudes como esta —les recordó Poe—. Mantengan un perfil bajo. Sobre todo tú, Chewie.

Chewie se vio obligado a encorvarse, pero Rey no estaba segura de que eso lo hiciera menos notorio.

—Separémonos, veamos qué saben los locales —dijo Poe.

Él y Finn se alejaron, pero las piernas de Rey estaban enraizadas en su lugar. Un grupo de
aki-aki
daba un espectáculo de marionetas. Los niños miraban con los ojos muy abiertos, a veces riendo. Una madre vestida de rosa brillante estaba sentada con ellos, sosteniendo a su hijo en brazos. A diferencia de los adultos, los pequeños no poseían trompas largas y bifurcadas, sino narices pequeñas y redondas, y mejillas regordetas. Rey pensó que eran adorables.

Algo tiró de su túnica y miró abajo para encontrar a una pequeña
aki-aki
con una túnica verde tratando de llamar su atención. Rey se arrodilló ante ella. La chica tenía una baratija en sus manos, hecha de hilos de yute tejidos y con cuentas de granos de colores, tal vez algún tipo de maíz. Rey le permitió colocarlo alrededor de su cuello. La niña aki parloteaba en un idioma que Rey nunca había escuchado en todos sus años en Jakku.

BB-8 se dirigió a la niña, y Rey tradujo:

—Mi amigo pregunta para qué son los fuegos.

C-3PO repitió la pregunta en el idioma aki, y la chica respondió sin

dudarlo.

—Sus ancestros viven en el fuego —dijo C-3PO—. Así es como muestran su gratitud. Dice que se llama Nambi Ghima.

—Ay, es un nombre excelente. Yo soy Rey.

Nambi hizo una pregunta, y C-3PO dijo:

—Estaría encantada de saber el nombre de su familia.

La sonrisa de Rey se heló en sus labios.

—No tengo un apellido. Solo Rey.

Las palabras resonaban en su cabeza. «Solo Rey». Algo en su interior la hizo estremecerse con una repentina advertencia. Desde que contactó con la Fuerza, había aprendido a confiar en ese tipo de señales. Se incorporó y buscó de dónde provenía.

De repente el cielo se oscureció como si el día cambiara a la noche en un instante. Las hogueras se encendieron de repente, y arrojaron el Valle Prohibido a una luz etérea. Los sonidos del festival se desvanecieron. Algo retumbó en lo profundo de su pecho, algo enojado y desesperado y… familiar. Entonces el festival desapareció, se desvaneció y lo reemplazó la arena sin fin, azotada en ráfagas por el viento.

Lo sintió antes de verlo, eso que le era tan familiar, tan cerca como su propia respiración. Era Kylo Ren, vestido de negro como siempre, con su capa barriendo el suelo. La miró fijamente en un silencio premonitorio a través de su máscara. La máscara era diferente, un mosaico de malvado negro unido con líneas rojas encendidas. Su piel se estremeció con un frío repentino.

No era una visión. Era una conexión con la Fuerza, la primera desde Crait. Y con la conexión llegó una certeza que convirtió la sangre de sus venas en hielo: la había estado buscando.

—Palpatine te quiere muerta —dijo, simplemente y sin preámbulos.

—¿Sirves a otro amo? —preguntó, sintiéndose extrañamente decepcionada.

—No. Tengo otros planes.

Claro que los tenía.

—Te ofrecí mi mano una vez —dijo con esa voz enloquecedoramente tranquila—. La querías tomar.

No lo negó.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó.

—Podrías haberme matado —repuso—. ¿Por qué no lo hiciste?

—No puedes esconderte, Rey. No de mí.

Escuchar su nombre en labios de Ren le provocó algo extraño. ¿Alguna vez lo había dicho en voz alta? No podía recordarlo…

Ahora que la impresión de verlo de nuevo se estaba desvaneciendo, Rey comenzó a notar otras cosas. Como la tensión, o tal vez el arrepentimiento, en su voz. Que sus botas estaban llenas de barro. Que su silueta encapuchada proyectaba una sombra en el suelo del desierto, como si estuviera allí con ella.

—Veo a través de las grietas de tu máscara —dijo—. Estás condenado. No puedes dejar de ver lo que le hiciste a tu padre.

Imaginó ese momento tan claramente como pudo. La mano de Han en la mejilla de Kylo, mirando a su hijo con amor incluso cuando su cuerpo moribundo se desplomó sobre el caótico sable de luz rojo que lo había ensartado.

Rey abarcó con su mente la imagen, envolviéndola. La lanzó contra Kylo. Él se estremeció. Luego le devolvió una imagen. Las marcas en la pared de su
AT-AT,
derribado y lleno de arena, que mostraban un conteo.

—¿Todavía cuentas los días desde que tus padres se fueron? Tanto dolor en ti. Tanta ira.

Empezó a caminar hacia ella. Ella se armó de valor.

—¿Dónde estás? —preguntó, buscando, agarrando algo antes de que pudiera bloquear sus pensamientos—. En algún lugar que te recuerda a tu casa en Jakku. A esperar a tus padres. Al dolor de estar sola.

Ella no mostraría debilidad. No dejaría que las lágrimas llenaran sus ojos. No lo haría.

—Mi madre no ve la oscuridad que hay en ti —prosiguió sin clemencia—. Tus amigos tampoco. Pero yo sí.

Y ese fue su error. Estaba profundamente equivocado en todo. Leia sabía de sus visiones oscuras, de la rabia y la impaciencia que siempre amenazaban sus sesiones de entrenamiento. Maz también lo sabía.

Abrió la boca para decirle que fuera a besar a un rathtar, pero él se movió demasiado rápido, en su espacio, de modo que se irguió sobre ella. Olía a hierro fundido.

—No quiero tener que matarte —dijo—. Voy a encontrarte y convertirte al Lado Oscuro. Cuando te ofrezca mi mano de nuevo, la tomarás.

De ninguna manera.

—Ya veremos —repuso ella.

Antes de que pudiera parpadear le arrancó el collar del cuello

dejándole la nuca irritada. El suelo se sacudió. El desierto vacío desapareció, y Rey estaba de vuelta en el festival con
aki-akis
girando a su alrededor. Un macho alto se aproximó. Llevaba un yugo alrededor del cuello que se ramificaba en una magnífica exhibición de joyas de granos, abanicos de colores y caramelos. Sus dedos fueron a parar a su cuello, al espacio vacío donde debía haber estado el collar. Aún le ardía la nuca.

Había sido la más poderosa conexión con la Fuerza hasta ahora. Ni siquiera fue parecido a cuando estaba en la cabaña de
Ahch-To
y sus manos se encontraron. Fue tan vívido, tan peligrosamente palpable. Esta vez habían estado en el espacio del otro.

Mientras estaba ocupada con Kylo, la multitud la había rodeado y separado de sus amigos. Esquivó al mercader y buscó a los droides… ¡Allí! Les hizo señas para que la siguieran mientras se apresuraba en la dirección donde había visto por última vez a Poe, Finn y Chewie. Tenía que llegar a ellos ya. Tenía que poner a sus amigos a salvo.

Vio a Chewie primero; aunque estuviera encorvado era al menos una cabeza más alto que cualquiera. Estaba de pie con Poe y Finn justo afuera de una tienda, hablando con uno de los locales. Rey no perdió el tiempo.

—Debemos irnos —interrumpió Rey—. Regresemos al *Halcón*, ya.

—¿Dónde estabas? —inquirió Poe.

Finn leyó la expresión en su rostro.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasó?

—Ren —respondió—. Sabe que estamos aquí.

O al menos lo haría pronto. Poe y Finn no cuestionaron ni dudaron. Se alejaron de la tienda en dirección a donde habían dejado el *Halcón* estacionado. BB-8 rodó con ellos mientras
C-3PO
se esforzaba por alcanzarlos. Encontrarían otra forma de investigar el Valle Prohibido. Después de que oscureciera, tal vez podrían enviar a
C-3PO
a… Casi chocan con un stormtrooper, quien levantó su bláster.

—¡Alto ahí!

Se congelaron. Rey comenzó a conectarse con la Fuerza. El soldado habló a través de su intercomunicador:

—Localicé a los fugitivos de la Resistencia. Todas las unidades repórtense a…

De repente se escuchó un rotundo crujido. La cabeza del stormtrooper se sacudió hacia atrás; una flecha sobresalía de su lente

izquierdo. Cayó en la arena, donde se sacudió; enseguida quedó completamente quieto.

Se arremolinaron buscando de dónde provino la flecha. Una alta figura con casco estaba de pie justo dentro de la tienda, sosteniendo la solapa con un bastón. En la otra mano llevaba un lanzador de dardos con mira parecida a una versión más pequeña y ligera de la ballesta de Chewie.

—Síganme —dijo una voz claramente masculina—. Rápido.

Rey intercambió veloces miradas con sus amigos. Todos asintieron y se pusieron en marcha tras la figura del casco, quien se apresuró en dirección opuesta, lejos del *Halcón*, pero les había ahorrado muchos problemas, así que nadie protestó.

Fue un disparo increíble, lo que significaba que estaban en compañía peligrosa. Sucedió lo suficientemente rápido como para que el stormtrooper no pudiera comunicar su ubicación exacta. Así que Rey esperaba que hicieran lo correcto al confiar en el extraño.

Rebasaron a C-3PO, quien se apresuraba a alcanzarlos.

—¡Ay, más despacio! —protestó el droide a sus espaldas—. ¿Qué clase de amigos son?

La figura con casco se mezcló entre la multitud; se dirigía a uno de los gigantescos vehículos con orugas. El vehículo entero cabía bajo sus orugas: las ruedas de tambor, la cabina y el portal de entrada. Parecía familiar; el sistema de propulsión, el eje de transmisión, incluso las redes de carga colgantes, todo ello le recordaba a Rey al speeder que había construido en Jakku, a pesar de que este vehículo era diez veces más grande y no tenía ningún tipo de elevador de repulsión.

¿Qué habría sido de su speeder? Probablemente un teedo se lo llevó. No, sin duda Unkar Plutt lo desmanteló por partes. Ni siquiera habría esperado un día después de que Rey se fuera.

La figura con casco los llevó apresuradamente a través de la entrada de la cabina caliente y claustrofóbica. Del techo colgaban suministros y baratijas, y el eje de transmisión corría justo por el centro, apenas dejando suficiente espacio para la cabeza. C-3PO fue el último en abordar.

—¡Al pasaje del este,
Kalo'ne!
—indicó la figura con casco al conductor.

El rodador se sacudió y se inclinó hacia adelante. No era un vehículo de escape; era demasiado lento. Pero los sacó de la vista y los alejó del último lugar donde fueron vistos. La Primera Orden inevitablemente los encontraría de nuevo, pero Rey esperaba que ganaran algo de tiempo.

Su misterioso salvador se arriesgaba mucho para ayudarlos.

—Leia me envió una transmisión —dijo el extraño.

Finn se animó.

—¿Cómo nos encontró?

El personaje se quitó el casco y reveló una piel oscura, cabello corto y una hermosa sonrisa enmarcada por un bigote.

—Los wookiees destacan en la multitud —dijo.

Chewie rugió un nombre y prácticamente saltó sobre Finn para alcanzar al hombre.

«¿Lando?», pensó Rey. Bueno, no le extrañaba. Había oído hablar mucho de él por Leia y Chewie. ¡El *Halcón* había sido suyo!

Chewie agarró a Lando con un abrazo, lo levantó del suelo y casi lo aplastó. Lando solo rio.

—Yo también me alegro de verte, viejo amigo.

—¡Este es el General Lando Calrissian! —anunció C-3PO—. Permítanme contarles la historia completa de…

—Sabemos quién es, C-3PO —dijo Rey.

—Es un honor conocerlo, general —dijo Finn.

Chewie habló rápido y Finn frunció el ceño. Estuvo trabajando duro para aprender shyriiwook y binario. A Rey le impresionaba la rapidez con que los había aprendido, pero aun así le costaba entender cuando las cosas se ponían intensas.

—Sí. Leia me dijo que te vigilara —dijo Lando.

—General Calrissian, estamos buscando Exegol —atajó Poe.

Lando se congeló durante una fracción de segundo, aunque enseguida se ablandó con resignación.

—Por supuesto que sí.

—¿Está seguro? —preguntó el General Pryde.

—Era ella —insistió Kylo.

Era extraño que alguien pudiera dudar del poder de la Fuerza después de todo lo que había sucedido. O tal vez era de él de quien dudaban.

—En ese caso, una vez que analicen el collar, sabremos exactamente dónde está —dijo Pryde.

Tishra Kandia se apresuró hacia ellos con el collar de Rey colgando de su mano. Kandia era un alto oficial de inteligencia. Uno de los pocos que nunca se resistió a sus órdenes de dedicar todos los recursos de la Primera Orden para encontrar a la chica.

—Señor —anunció el oficial Kandia—, el microanálisis dice que esto proviene del sistema Middian, Pasaana, Valle Prohibido.

Kylo sintió una oleada de esperanza. Debía moverse rápido. Su

conexión con la Fuerza había alertado a Rey de sus intenciones y huiría de Pasaana tan pronto como obtuviera lo que fue a buscar ahí, fuera lo que fuera.

—Prepare mi nave y alerte a las tropas locales —ordenó al General Pryde—. Envíe una división.

Kylo Ren se dio la vuelta y se dirigió al hangar de cazas TIE.

—Sí, Líder Supremo —dijo Pryde a sus espaldas.

Lando Calrissian se inclinó hacia adelante para que todos pudieran oírlo por encima del estruendo del rodador.

—Luke y yo perseguíamos a un verdadero canalla. Se llamaba Ochi, era de Bestoon.

A Rey ese nombre le pareció conocido, aunque no estaba segura por qué. Ochi de Bestoon.

—Un asesino de Jedi desde la Guerra de los Clones. Buscaba reliquias Sith —continuó Lando—. Cosas viejas y malvadas.

Activó su muñequera para mostrarles un holograma del asesino de Jedi. Ochi de Bestoon no parecía muy humano, con grandes ojos negros, rasgos suaves, y algún tipo de tocado cibernético. En absoluto lucía peligroso.

—Cosas como el orientador del Emperador —dijo Poe.

—Así es —confirmó Lando, y cambió la pantalla holográfica a un objeto piramidal—. En una cantina, Ochi se jactó de que tenía una pista de la ubicación del orientador. Que tenía sus coordenadas inscritas.

—¿Inscritas dónde? —quiso saber Rey.

—Esa es la pregunta, chica —dijo Lando—. Perseguimos a Ochi por media galaxia.

—Hasta Pasaana —dijo Finn.

Lando asintió.

—Y el rastro se enfrió. Ochi desapareció en el desierto. Luke sintió que todavía estaba aquí. Encontramos su nave, abandonada, pero no a Ochi. Ni rastro. Ni al orientador.

Algo en la forma en que lo dijo…

—¿Así que te quedaste aquí? —preguntó Rey.

—Aquí y allá. El desierto te ayuda a olvidar —repuso Lando, y la tristeza tiñó su voz.

La cabina se sacudió cuando el rodador se tambaleó sobre una roca. C-3PO se agarró de una red que colgaba para evitar caer. Lando prosiguió:

—La Primera Orden fue tras nosotros, los líderes de las viejas guerras. Se llevaron a nuestros hijos. —Su mirada se tornó distante—. Mi hija no tenía edad para caminar. Por lo que sé, ahora es una

stormtrooper.

El semblante de Finn se tornó sombrío. Rey resistió el impulso de poner una mano en su hombro; a veces la simpatía era difícil de soportar.

—Convirtieron a nuestros hijos en nuestros enemigos —dijo con voz desanimada—. A mi niña. Al hijo de Han y Leia, Ben. Para aniquilar el espíritu de la Rebelión para siempre.

Rey y Finn se miraron a los ojos. Sabía que él pensaba lo mismo que ella. Arrancar a los niños de sus casas y presionarlos para que se incorporaran al servicio no solo era para llenar filas. Era para aplastar el espíritu de la oposición. Porque las guerras no se libraban solo con naves y armas, sino con agallas y resolución. Por eso Leia siempre hablaba de esperanza. Era tan esencial para la victoria como las buenas líneas de suministro o la información fiable.

—Tenemos que llegar a esa nave —dijo Rey—. Registrarla de nuevo.

El rodador se detuvo. Un sonido familiar atravesó el aire. Cazas TIE. Se asomaron al portal de entrada y los vieron surcar el horizonte.

El poder de la Primera Orden se extendía por toda la galaxia, por eso incluso en ese remoto lugar se toparon con un stormtrooper, lo cual significaba que Ren podría tener tropas de apoyo en tierra en una hora. Tal vez menos. Esos cazas TIE eran, probablemente, una unidad de avanzada explorando en nombre del Líder Supremo. Ahora que lo pensaba, Ren ya tenía exploradores y droides de sonda desplegados por todas partes. Había sentido su desesperación por encontrarla.

Tendrían que ser muy rápidos y muy cuidadosos.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —dijo Lando—. La nave de Ochi se está oxidando cerca del Cañón Lurch. Es la única pista que tengo. Vayan.

Todos salieron del rodador excepto Chewie, quien se quejó tristemente con Lando. Lando alcanzó su brazo y lo apretó como si se despidiera.

—Leia necesita pilotos, general —dijo Rey.

—Mis días de vuelo ya pasaron —replicó Lando—, pero mándale un abrazo de mi parte.

Rey pensó que casi había perdido la oportunidad de despedirse de Leia, y lo intentó una última vez:

—Debería dárselo usted mismo. Gracias.

Aunque Lando fuera prácticamente un extraño para ella, podía leer el anhelo en su cara tan claro como un día en el desierto. Tal vez lo había conseguido.

El rodador de Lando los había llevado a través del valle al otro

extremo del recinto del festival, lejos de la tienda donde se encontraron con el stormtrooper. Ahora solo tenían que encontrar transporte hasta el cañón que mencionó.

—¡Allí! —dijo Poe señalando—. ¡Esos speeders!

Todos corrieron hacia un grupo de skimmers estacionados. C-3PO luchó por no quedarse atrás.

Algunos skimmers estaban vacíos, probablemente en alquiler a los asistentes al festival. Otros más estaban cargados de mercancías. Rey no tenía ni idea de cómo podrían pagar; sabían que era mejor no caminar entre la multitud llevando dinero valioso e imposible de rastrear, así que habían dejado la mayor parte en el *Halcón*. Poe rodó debajo de uno de los skimmers, abrió un panel y rápidamente se puso a recablearlo.

—¿Cómo sabes hacer eso? —quiso saber Finn.

—No se preocupen —dijo
C-3PO
cuando finalmente los alcanzó—. Lo logré.

Un aki-aki mayor al que le faltaba una trompa empezó a correr hacia ellos, gritando y agitando sus enormes manos callosas. Impertérrito, Poe aplicó lo mismo en un segundo speeder.

—¡Tenemos que irnos! —dijo, saltando en él.

Finn quedó boquiabierto y Rey compartió su asombro. De alguna manera, el piloto había violado las cerraduras de identificación en unos cuantos segundos. Tendrían que conseguir que Poe les enseñara esa.

Sin embargo, mientras Rey agarraba el timón del primer skimmer, un peso se deslizó en su estómago. Detestaba robar, incluso cuando era absolutamente necesario. Chewie y el
BB-8
subieron atrás, y arrancó el motor. El viejo
aki-aki
gritó insultos a sus espaldas mientras se alejaban.

El desierto pasó volando a su alrededor, un mar de arena azotada por el viento, manchones de dunas que salpicaban el cielo. Era hermoso a su manera.

BB-8 se aproximó más.

—¡No puede ir más rápido,
BB-8!

En Jakku, a Rey le encantaba subir a su speeder después de un duro día de trabajo y surfear las dunas. Le refrescaba el sudor de la piel, y la hacía sentir un poco libre.

Mientras el speeder rozaba la arena y le salpicaba el rostro, decidió

que intentaría disfrutar del paseo. Solo esperaba que fueran en la dirección correcta.

CAPÍTULO 6

El viento y la arena aguijoneaban las mejillas de Finn. Sin gafas protectoras apenas podía mantener los ojos abiertos. No tenía ni idea de cómo Poe pilotaba esa cosa, no se parecía a ningún speeder que hubieran visto antes. Ahora que lo pensaba, no tenía idea de cómo Poe hacía muchas cosas.

—Robas speeders, haces saltos rápidos al hiperespacio —le gritó a Poe—. ¿Dónde aprendiste todos esos trucos?

—Son cosas que aprendí —dijo Poe.

—¿Dónde? —insistió Finn.

Con seguridad no las aprendió en la Resistencia. Leia y Poe trataban de mantener sus operaciones tan honestas como fuera posible. Poe había sido su primer amigo fuera de la Primera Orden. Pero había mucho que aún no sabía de él.

Antes de que Poe pudiera responder, el skimmer se sacudió de lado a causa de un impacto. Finn olió a quemado y vio rayos láser que pasaban cerca de ellos.

La Primera Orden los había encontrado. El robo de los speeders probablemente disparó las alarmas y las redes de informantes por todo el valle. Aun así eso seguía siendo mejor a que los atraparan y arrestaran en el festival, pero ahora los perseguían dos treadspeeders, cada uno con dos soldados. A su paso dejaban estelas de arena mientras se aproximaban rápidamente.

Finn y C-3PO se aferraron a la veleta de dirección cuando Poe comenzó a hacer maniobras evasivas, girando de un lado a otro para ser un objetivo lo más difícil posible. A su derecha, corriendo en paralelo, Rey hacía lo mismo. Las mercancías se balanceaban en la canasta de carga amenazando con caer. Finn sacó su pistola y empezó a disparar, pero las maniobras de Poe no permitieron que diera en el blanco.

Detrás de Rey, la suerte de Chewie con su ballesta era igual de terrible; sin embargo, sus disparos impedían que los speeders de la Primera Orden se acercaran, por lo que Finn continuó disparando. Gradualmente se sincronizó con el ritmo de las maniobras de Poe y

coordinó sus disparos de forma precisa, acercándose cada vez más a su objetivo.

Casi… solo un poco a la izquierda. Alineó el tiro anticipándose a los virajes de Poe… Justo antes de apretar el gatillo, los pasajeros traseros de cada treadspeeder se lanzaron al aire con propulsores.

—¡Ahora vuelan! —dijo
C-3PO.

—¡¿Ahora vuelan?! —gritó Finn.

Poe agarró el timón.

—Ahora vuelan —recalcó, porque por supuesto que estaban volando.

Finn hizo unos cuantos disparos de prueba con su pistola, pero golpear un objeto volador desde la parte trasera de un skimmer era más difícil que imposible.

—¡Rey! —gritó Poe—. Deberíamos separarnos…

—Separémonos.

—¡Sí!

Se despegaron. Rey con Chewie y
BB-8
hacia una polvosa granja de granos. Poe dirigió a Finn y
C-3PO
hacia la izquierda, a un estrecho cañón rocoso. Sus perseguidores se separaron, tal como Finn esperaba. Pero quedó sin aliento cuando se dio cuenta de que los dos soldados voladores habían desaparecido, como si Rey fuera su verdadera presa.

El cañón se cerró a su alrededor. Poe conducía de tal forma que se acercaba mucho a las paredes, tanto que Finn podría extender la mano y arañarlas con la punta de su pistola. El treadspeeder se les estaba acercando.

—¡Aguanta! —gritó Poe, apuntando directamente a la pared del cañón.

—¡Ay, Dios! —se lamentó
C-3PO
mientras Poe levantaba la nariz del skimmer. De pronto avanzaban por el borde del acantilado.

Las mercancías se desplazaron a la parte trasera del vehículo. C-3PO deslizó su dorada mano sobre la aleta de dirección y llenó el aire con un horrible chirrido de metal sobre metal.

Finn había completado el entrenamiento mínimo de stormtrooper con speeders, pero incluso él sabía que la tecnología de elevadores de repulsión no era lo suficientemente sólida para que continuaran rozando la pared del acantilado por mucho tiempo. Y en una chatarra

anticuada como esa, las cosas eran probablemente peores de lo que él suponía.

—¿Los perdimos? —inquirió Poe, y descendió el speeder hasta el suelo del cañón.

Finn buscó por los alrededores. Solo arena, rocas y paredes hasta donde alcanzaba a ver.

—Parece que sí.

—¡Excelente trabajo, señor! —lo felicitó
C-3PO.

Pero habló demasiado pronto, porque la proa de un speeder asomó por el ángulo y se aproximó a ellos.

—¡No, todavía está ahí! —aseguró Finn.

—Un trabajo terrible, señor —corrigió el droide.

Poe metió a fondo el acelerador pero el skimmer no daba más. Finn, más sereno y guiado por sus instintos, reanudó el fuego con su bláster. ¡Acertó un disparo! El speeder se sacudió de lado, aunque reanudó la persecución en un abrir y cerrar de ojos. Finn no lo había dañado en absoluto. El rodador tenía escudos.

Bravucón, el soldado levantó su arma y disparó. Finn golpeó la cubierta justo en el momento en que ese disparo impactaba contra un paquete de productos secos, el cual se ennegreció con el humo.

Estaba a punto de ponerse en pie y disparar, pero justo en sus narices había una larga cuerda enrollada con grandes ganchos de metal en cada extremo. Estaban adheridos al suelo magnetizado, una buena alternativa para sujetar la carga, aunque no era muy útil. Sacó un gancho del suelo, lo levantó y lo lanzó contra el speeder.

El gancho cayó al suelo tal como esperaba. El speeder se dirigió a ese preciso lugar. El gancho perforó la oruga de goma, la atrapó y la retuvo. La cuerda a los pies de Finn se desenrolló a un ritmo alarmante mientras se enrollaba alrededor de la oruga del soldado.

Quizá debió pensarlo mejor… Su skimmer era más lento que el treadspeeder, pero también más pesado. Eso le dio una idea. La veleta a la que se aferraba
C-3PO
era de metal sólido, lo suficientemente robusta como para proporcionar dirección y estabilidad adicionales, como un mástil. Finn agarró el segundo gancho y lo aseguró al poste. Se cercioró de que se mantuviera firme.

—Poe —advirtió.

El piloto volteó y vio el gancho alrededor de la veleta.

—¡Ya sé!

El rodador se estaba comiendo su cuerda, la cual se tensó; el

skimmer se sacudió y Finn estuvo a punto de perder el equilibrio. Poe inclinó el timón bruscamente hacia la izquierda, lanzándolos a un imposible giro a la derecha. Giraron con tanta fuerza que parecía que las mejillas de Finn luchaban por mantenerse en su cara.

La cuerda se mantuvo tensa entre ellos. El treadspeeder se deslizó trazando un arco alrededor del punto de equilibrio de la horquilla de Poe, patinó, patinó, la arena volaba por todas partes… y finalmente se estrelló contra el costado del cañón, donde explotó en una bola de fuego y polvo.

—¡Síííí! —gritó Finn. No podía creer que había funcionado.

A pesar de haberse separado, a Rey la perseguían tres. Al menos Poe y Finn tendrían una oportunidad.

Chewbacca disparaba tenazmente su ballesta contra el treadspeeder, pero se detuvo cuando los jet troopers aceleraron repentinamente y los rebasaron. Su estrategia se esclareció cuando empezaron a disparar cargas al suelo delante de su skimmer.

Rey tiró del timón para que el skimmer virara de último momento y esquivó apenas una explosión. Se escabulló en medio de la nube de escombros girando de nuevo, y se alejó del treadspeeder. Menos mal que los controles de ese skimmer eran sensibles, aunque de todas formas resultaba necesario anticiparse, reaccionar una fracción de segundo antes de lo humanamente posible. Apenas lograba concentrarse.

Los speeders y los jet troopers seguían persiguiéndolos. Rey sabía que no podía seguir así para siempre. Al final cometería un error.

—¡Dales! —le gritó a Chewie—. Yo me encargo del speeder.

Era posible esquivar los obstáculos delante de ellos mientras disparaba hacia atrás, ¿verdad? Bueno, estaba a punto de averiguarlo.

Chewie mantenía a los jet troopers ocupados con su ballesta. Rey hacía slalom entre los tubos de procesamiento de granos que sobresalían del suelo, como un huerto metálico. Sacó la pistola que Han le había dado, se dejó inundar por la Fuerza y disparó varias veces en rápida sucesión contra el rodador.

Sus disparos acertaron pero no hicieron daño.

—Tiene los escudos delanteros prendidos —dijo Rey.

BB-8 comenzó a pitar emocionado por algo que había encontrado.

—¡Ahora no, BB-8! —exclamó.

Chewie rugió señalando algo.

Rey vio un bulto a la distancia. No. Una nave. ¡¿El carguero de Ochi?! Yacía posado en la cima de un acantilado de arenisca que daba a un vasto valle, salpicado con arena oscura como manchas de tinta derramada. La arena y el viento azotaban el casco de la nave, y los

puntales de aterrizaje se hundían en pequeñas dunas.

—¡Ya lo veo!

Se agachó instintivamente mientras una ráfaga de láser calentaba el aire cerca de su oreja. Uno de los disparos de Chewie le dio a un jet trooper, el cual se estrelló contra el suelo. El wookiee rugió. Faltaban dos.

El treadspeeder continuó disparando contra ellos y el jet trooper que quedaba pareció inspirado por la muerte de su camarada para redoblar sus esfuerzos, lanzando carga tras carga. Rey lo esquivó y se las arregló para hacer algunos disparos con su pistola. Muchos golpearon el treadspeeder. Ninguno le hizo daño.

—Sus escudos son demasiado fuertes —gritó, eludiendo otra nube de arenilla punzante.

BB-8 se había acomodado detrás del timón de Rey, aprovechando las placas magnéticas para evitar rodar por el esquife. Uno de sus compartimentos se abrió y su brazo de soldador salió disparado hacia uno de los muchos contenedores del área de carga. Rey no se molestó en preguntar ni amonestar; se centró en esquivar las cargas y las tuberías de grano, y dejó que el pequeño droide hiciera lo que fuera.

BB-8 se acercó con su brazo de soldador a un bidón metálico y lo picoteó para abrir un agujero oscuro. Antes de que nada pudiera escapar del ahora comprometido contenedor,

BB-8

lo golpeó lo suficiente como para desenganchar los cerrojos electromagnéticos y enviarlo volando por el aire detrás de ellos.

El bidón liberó una nube de humo al caer, brillante, color amarillo sol, como el humo coloreado del festival. Opaco como una pared.

El stormtrooper que conducía el speeder no pudo reaccionar con rapidez para evitarlo. La nube lo cegó y entró en pánico. Giró a la izquierda y se lanzó por la ladera de una roca. El speeder salió disparado y dejó expuesto un tanque de combustible desprotegido por los escudos delanteros. Rey apuntó su pistola y apretó el gatillo. El treadspeeder explotó.

BB-8 pitó con orgullo.

—¡Nunca subestimes a un droide! —dijo Rey.

Faltaba uno. Sin embargo, ni Rey ni Chewie pudieron localizarlo en ningún lugar. El jet trooper restante había desaparecido.

Los sentidos de Rey estaban en alerta máxima mientras dirigía el esquife hacia el carguero abandonado. A medida que se acercaban, las líneas del casco se manifestaban en algo reconocible. Familiar. Sus palmas se humedecieron, y su respiración se tornó superficial y rápida.

—La nave de Ochi… —murmuró—. Ya la he visto antes.

El skimmer de Poe apareció sobre la pendiente. Todos lucían demacrados y cansados por el viento, aunque por lo demás estaban bien.

—¿Pudiste con todos? —inquirió Finn.

—Queda uno —repuso, oteando el amplio cielo azul.

No había nada a la vista. No quedaba más remedio que seguir adelante. Juntos, los skimmers se apresuraron a la nave.

Cuanto más se acercaban al carguero, más le molestaba a Rey su familiaridad. ¿Dónde lo había visto? Tal vez uno parecido se había detenido en Jakku. Pequeños cargueros aterrizaban todo el tiempo en el puesto mercante de Niima. Era el lugar para ir a comerciar basura que nadie más en la galaxia quería.

Rey se dirigió a la rampa de entrada. Una nave como esa no podría sobrevivir mucho tiempo en Jakku. La habrían desmantelado en cuestión de días. Tal vez el Valle Prohibido estaba realmente prohibido, y solo se usaba una vez cada cuarenta y dos años durante el Festival de los Ancestros. Debía existir una explicación de por qué esa nave estaba intacta.

Cuando ella y sus amigos casi saltan de sus skimmers, algo rugió encima. Alrededor explotaron cargas que los arrojaron a la arena e hicieron añicos sus speeders.

Todos levantaron sus armas y dispararon; Rey no estaba segura de quién le dio, pero el jet trooper cayó en espiral del cielo y se estrelló contra un acantilado. Su propulsor se activó y salió disparado hasta perderse de vista.

Rey tuvo el tiempo justo para ver que la arena alrededor era de un color diferente, más negra que ocre, y que ya había visto ese tipo de arena antes… Se hundió hasta las caderas. Sus amigos descendían junto a ella, especialmente Poe.

—¿Qué rayos es esto? —dijo, tratando de salir, pero su movimiento solo provocaba que se hundiera más y más rápido.

—¡Campos movedizos! —exclamó Rey.

Los campos movedizos de Jakku habían arrebatado muchas almas incautas. Debió haber reconocido la arena de inmediato.

—¡Agárrense de algo!

No había nada de qué agarrarse. Chewie gruñó y entró en pánico. C-3PO se hundió hasta su acoplamiento de recarga.

—¡Ay, qué final tan innoble! —exclamó.

El cuerpo redondo de

BB-8

giró salvajemente en el fango, sin éxito. En un suspiro el pequeño

droide desapareció bajo la superficie.

—¡BB-8! —gritó Rey.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se agitaba aterrada en las arenas. Iba a perderlos a todos, no ante un oscuro y poderoso enemigo, sino por un fenómeno natural que debió haber reconocido. Después de todo, Jakku iba a tener la última palabra. Cruzó una mirada con Finn. El rostro de su amigo estaba destrozado.

—¡Rey! Nunca te dije… —Se hundió más y la arena le llegó a los hombros.

—¿Qué? —chilló ella.

Finn se deslizó hasta la barbilla.

—¡Rey!

«¡No!».

—¡Finn!

Finn desapareció bajo la superficie. C-3PO y Poe le siguieron. Ella trató de alcanzar a Chewie como si se disculpara. A su vez él se acercó. Aguantó la respiración mientras la arena le cubría la boca, nariz y ojos. La arena llenó sus orejas, raspó su piel. El mundo se oscureció.

En el centro de mando, Rose Tico informaba a la General Leia sobre el estado de su pequeña pero creciente flota.

—Todos los que pueden sostener una llave inglesa o un desarmador pílex están reparando y mejorando las naves —dijo Rose—. Trabajamos tan rápido como podemos.

Leia asintió. Afuera las chispas volaban por todas partes. Iba a pedir actualizaciones de estado de algunas naves específicas, pero Snap Wexley se apresuró a ella:

—General, estamos recibiendo informes de una redada en el Festival de los Ancestros.

Por supuesto. Por supuesto que la Primera Orden había encontrado a su gente.

—Esta misión lo es todo —dijo Leia—. No puede fallar. —Su voz se tornó lastimosa y preguntó—: ¿Alguna noticia de Rey?

Negó con la cabeza.

—El *Halcón* no responde.

Ante la mirada de Leia, Rose le dijo a Snap:

—¿Tienes que decirlo así?

—¿Así cómo?

—Hazme un favor —le dijo Leia—. Sé optimista.

—Sí, señora —repuso Snap suavizando sus rasgos—. Esto es… esto es genial. No va a creer lo bien que… Esto va a salir genial.

Leia se resistió a poner los ojos en blanco.

—Mayor Wexley, ser optimista no significa ocultar la verdad.

—Sí, ¿qué es lo que no nos estás diciendo? —exigió Rose.

Snap arrastró los pies.

—La redada del Festival… General Leia… nuestros informantes en tierra dicen que se trata de los Caballeros de Ren.

La arena raspaba los párpados de Poe, se le metía en las orejas, en las fosas nasales. En cualquier momento perdería el control e inhalaría un puñado de arenilla. Rasparía sus pulmones en los dolorosos segundos que tardaría en asfixiarse hasta morir.

Justo cuando pensaba que no podría aguantar la respiración ni un momento más, sus pies se encontraron con aire. Su torso atravesó una capa de arena compactada y cayó hasta golpear el suelo con fuerza.

BB-8 cayó después de él a unos pocos metros. Poe jadeó para llenar sus pulmones. Se sacudió la arena del pelo y parpadeó rápidamente para quitarse la arenilla de los ojos. Miró alrededor;
BB-8
yacía justo a su lado. Había mucha oscuridad para ver bien pero cayeron en una especie de túnel de arena dura. Una oscura apertura marcaba lo que podría ser un túnel adyacente. Con suerte encontraría allí al resto de sus amigos. Se puso de pie, se sacudió el polvo y se acercó a la boca del túnel.

—¿Rey? ¿Finn? —gritó.

—No dijo mi nombre, señor, pero estoy bien —respondió
C-3PO
a unos metros de distancia.

Un ruido de ahogamiento hizo que Poe volteara; era Rey con sus piernas colgando del techo. Se apresuró a evitar que se golpeara tan fuerte como él al caer. Después de que la bajó al suelo, ella se agachó y tosió.

—Debí usar la Fuerza —murmuró entre toses—. Entré en pánico… Ni siquiera pensé en…

—¿Rey? ¿Estás bien?

Ella asintió con la cara cubierta de arena.

—¿Dónde está Finn?

—¿Y dónde está Chewie? —preguntó Poe.

Chewbacca cayó a través del techo y se estrelló contra el suelo. Poe hizo un gesto de dolor por el impacto, pero Chewie se sacudió, aparentemente ileso.

—¿Finn? —repitió Rey.

Apareció en la entrada del túnel contiguo. La arena salpicaba su oscuro cabello.

—Sí, estoy bien —dijo—. ¿Qué es este lugar?

C-3PO se acercó.

—Esto no es la vida después de la muerte, ¿verdad? —preguntó—. ¿Se permiten droides aquí?

Poe sintió que podía volver a respirar de verdad, ya que todos estaban a salvo. Estaba harto de que la gente muriera bajo su cargo.

—Pensé que estábamos perdidos —dijo.

—Puede que todavía lo estemos, señor —le recordó amablemente C-3PO.

—¿Por dónde está la salida? —preguntó Finn mirando alrededor.

Rey desenganchó su sable de luz y lo encendió. Su hoja iluminó tenuemente de azul las paredes alrededor. Poe podía sentir su zumbido en la parte posterior de su garganta mientras Rey lo agitaba, estudiando las paredes.

Poe tomó su linterna y la encendió. Su resplandor, comparado con el del sable de luz, era como el de una luna junto al de un sol. Se encogió de hombros y la apuntó hacia adelante de todos modos, buscando una salida.

—Por aquí —dijo Rey, y echó a andar.

Poe quiso protestar, preguntarle cómo podía saber cuál era la dirección correcta; sin embargo, había aprendido que cuando Rey decía las cosas de esa manera, con la determinación pintada en su rostro y su voz inquebrantable, solo había que seguirla.

Lando Calrissian se agachó detrás de un promontorio rocoso, encogiéndose lo más posible. Precisamente debajo y a muy corta distancia yacía el *Halcón Milenario*, rodeado de stormtroopers. Detrás de ellos había un alto acantilado de roca y Lando podía ver varias figuras oscuras. Su casco hizo zoom en la imagen hasta identificarlos: los Caballeros de Ren. Miraban su nave como buitres.

Su nave. No estaba preparado para el aguijón de nostalgia que le sobrevino cuando volvió a ver el *Halcón*. Lando se había vuelto a poner la máscara y se había arrastrado hasta esa percha de observación, esperando recuperar el *Halcón* y devolvérselo a Chewie antes de que lo encontrara la Primera Orden. Pero no fue lo suficientemente rápido.

Un soldado del desierto que llevaba hombreras de color se adelantó.

—Confisquen, registren y destruyan esa nave —ordenó el comandante de los stormtroopers—. Por orden del Líder Supremo.

Lando contuvo el aliento con rabia. Su casco emitió un zumbido para mantener su tarea de filtración. La Primera Orden siempre destruía lo que amaba.

Había pasado mucho tiempo en Pasaana para alejarse de todo eso.

Los
aki-aki
eran alegres y pacíficos, y lo recibieron sin preguntas ni reservas. Tuvo que ponerse el casco, claro, porque un viejo general de la Rebelión era totalmente reconocible. Era un pequeño precio a pagar por un poco de paz y tranquilidad. Pero tal vez los sinvergüenzas como él no conseguían tener paz. Quizás, a pesar de todo, los problemas siempre los encontraban.

Observó, con creciente determinación, cómo las tropas del desierto violaban las cerraduras y forzaban el *Halcón* para abrirlo. Entonces la mejor nave de toda la galaxia despegó y emitió un sonido con sus motores de fusión brillando en azul, sin duda dirigiéndose a un hangar de incineración.

Lando sabía lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO 7

La madriguera de arena facilitaba el viaje con su suelo plano y duro y su aire más fresco, lo cual era favorable porque Rey no tenía idea de en cuánto tiempo encontrarían una salida. Solo sabía que un extraño instinto la arrastraba hacia adelante. «Deja que te guíe», se imaginó que decía Leia. Últimamente lo hacía mucho: imaginaba que Leia le aconsejaba qué hacer.

Debió dejar que la Fuerza la guiara cuando ella y sus amigos se hundían en la arena. Rey no estaba segura de lo que tendría que haber hecho, pero… algo. Invocar a la Fuerza era fácil, aunque necesitaba hacerlo como un primer instinto. Leia le había señalado que sus años de formación en Jakku le enseñaron a buscar soluciones tangibles a problemas imposibles. Pensaba que por ese motivo la Fuerza había tardado tanto en despertar dentro de ella y podría tomar aún más tiempo abandonar ese viejo condicionamiento. Rey no tenía tiempo y no se permitiría cometer ese error de nuevo.

BB-8 formuló una pregunta.

—No quiero saber qué hizo estos túneles —respondió Poe.

—A juzgar por la circunferencia del agujero —dijo
C-3PO
—, cualquier número de especies mortales podría…

—No quiero saber —repitió Poe—. No.

El túnel se curvó y Rey lo siguió.

—Entonces ¿qué era? —le preguntó a Finn, sobre todo para no pensar en las palabras de
C-3PO.

—¿Qué cosa? —quiso saber Finn.

—¿Qué ibas a decirme?

—¿Cuándo?

—Cuando te estabas hundiendo en la arena, dijiste: «Nunca te dije…».

Finn evitó su mirada.

—Luego te digo —murmuró.

—¿Cuando no estén «con Poe»? —dijo Poe.

—¡Sí! —repuso Finn con una mueca.

—Genial —dijo Poe—. Vamos a morir en una madriguera de arena y todos guardamos secretos…

—¡Te lo diré cuando nos digas dónde aprendiste todos esos trucos!

BB-8 los interrumpió al indicar algo más adelante. Un objeto metálico destelló a la luz del sable de Rey mientras se acercaban.

—¿Qué es eso? —preguntó Poe, apuntando su vara de luz.

—¿Un speeder? —aventuró Finn.

—Un speeder viejo —concluyó Rey.

Su veleta de dirección yacía doblada en un ángulo imposible y por lo menos tenía una década, pero el túnel seco y sin viento había conservado en gran medida el módulo de aceleración y el elevador de repulsores. Si lo desmantelara, podría obtener al menos tres pedazos por la molestia.

—Tal vez encontremos al conductor —dijo
C-3PO.

BB-8 le hizo saber a
C-3PO
lo que pensaba de eso.

—Sí, yo también creo que está muerto —dijo Poe.

Chewie se quejó de que tenía sed.

C-3PO se acercó al adorno de la cubierta del speeder y se agachó, mirando de cerca.

—Es un amuleto hexagonal —dijo.

—¿Un qué? —inquirió Poe.

—¡Un emblema común de los leales a los Sith! —dijo
C-3PO,
encantado.

—Los Sith… —balbuceó Rey. Ese era el lugar al que sus instintos la habían llevado, sin duda alguna, aunque no era el amuleto lo que la atrajo. Era algo más…

—Luke lo sintió —dijo Rey—. Ochi nunca dejó este lugar.

«Desapareció en el desierto», había dicho Lando.

—Se estaba alejando de su nave —dijo Poe—. Le pasó lo mismo que a nosotros.

Eso explicaba por qué el carguero había permanecido intacto durante todos esos años. Cualquiera que conociera Pasaana sabía que no debía acercarse a ese lugar, de la misma manera que los residentes de Jakku sabían que debían mantenerse alejados de los campos movedizos.

—Entonces ¿cómo salió Ochi? —inquirió Finn, buscando una salida.

Rey se acercó al speeder. Sentía un hormigueo en las extremidades.

—No lo hizo —dijo.

A sus pies había un montón de huesos viejos.

—No, no lo hizo —concordó Finn.

—Huesos —dijo Poe, mirando hacia otro lado con asco—. No me gustan los huesos.

El speeder de Ochi había caído en el túnel y, o bien murió por el impacto, o bien quedó tan gravemente herido que murió lentamente, atrapado y solo.

BB-8 zumbó indicando que había encontrado algo.

Rey se aproximó más a la pila de huesos. Ropas andrajosas se aferraban a los restos. Un cinturón de cuero con una funda de cuchillo rodeaba la pelvis. La vaina estaba vacía.

BB-8 extrajo un tubo de su compartimento de herramientas y comenzó a soplar la arena cercana. Poco a poco apareció un objeto largo y metálico, con una hoja todavía afilada.

Al recogerlo, el corazón de Rey se aceleró. Agarró su frío mango. Esa daga. Esas runas…

Gritos que desgarran el aire, el olor metálico de la sangre, el filo de la navaja contra el hueso y el tendón…

Rey parpadeó con náuseas para alejar la visión.

—Cosas horribles pasaron con esto —murmuró.

Poe se la quitó. Sus hombros abandonaron un peso cuando la daga dejó su mano.

—Tiene algo escrito —dijo Poe, estudiando los grabados de la hoja.

—¡Claro que sí, señor! —dijo
C-3PO
alegremente—. Tal vez lo pueda traducir.

Era un texto arcaico que Rey no encontró durante años en el puesto mercante de Niima. La navaja en sí misma era plateada pero sin brillo, con un borde festoneado para hacer tanto daño al salir de un cuerpo como al hundirse en él. Una imponente guarda curva protegía un mango envuelto en cuero. Nunca había visto nada parecido. C-3PO se lo quitó a Poe, y cuando la daga dejó su mano, sintió que se quitaba un peso de encima.

—¿Qué dice? —preguntó Poe.

—Los asesinos Sith a menudo inscribían sus secretos en… —observó el droide—. ¡Ay! ¡Miren! ¡La ubicación del orientador!

Al acercarse, prácticamente todos chocaron sus cabezas tratando de ver de cerca.

—¿Qué dice? —insistió Poe.

—¿Dónde está el orientador? —preguntó Finn.

—Me temo que no puedo decírselo —contestó C-3PO.

Poe abrió la boca para protestar.

—Veintitrés millones de idiomas, ¿y no puedes leer eso?

—¡Ay, lo he leído, señor! —repuso C-3PO entusiasmado—. Sé exactamente dónde está el orientador. Desafortunadamente, está escrito en el lenguaje rúnico de los Sith.

—¿Y qué? —dijo Rey.

—Mi programación me prohíbe traducirlo. ¡Soy físicamente incapaz!

—Espera —atajó Poe—. Espera. La única vez que queremos que hables, ¿no puedes?

—Irónico, señor.

Rey se sorprendió al saber que C-3PO sabía lo que era la ironía.

—Mis procesadores vocales no pueden reproducir palabras traducidas del Sith —explicó el droide.

Una sombra enorme se movió detrás de él. Algo descomunal, y Rey sintió que la criatura sufría. Alzó su sable de luz en preparación. Sin percatarse de nada, C-3PO añadió:

—Creo que la regla fue aprobada por el Senado de la Antigua Repú…

La cosa en las sombras siseó; surgió como una serpiente más grande que un happabore, con el cuerpo segmentado y ojos rojos malignos. C-3PO volteó. El droide dejó caer la daga en la tierra y gritó:

—¡Serpiente!

El reptil abrió su enorme mandíbula para revelar los afilados colmillos que goteaban veneno. Se enderezó en posición de ataque.

—Rey —susurró Finn.

BB-8 rodó detrás de Rey mientras Chewie levantaba su ballesta, listo para disparar. La Fuerza siempre debía ser su primer instinto, así que Rey extendió la mano hacia la ballesta para bajarla y mantuvo los ojos fijos en los enormes colmillos de la serpiente. Alguna vez había oído a un comerciante hablar de esa criatura, un vexis. Se quejaba de Jakku, y de lo difícil que era conseguir una bebida decente en cualquier lugar del planeta, pero al menos Jakku nunca había sido el hogar de un vexis, como algunos de los otros planetas desérticos.

—Voy a volarlo en pedazos —dijo Poe.

—No le dispares —terció Finn con la mirada fija en la serpiente.

El vexis se elevó aún más. Rugió y con su aliento agitó el pelaje de Chewie hacia atrás.

Era aterrador. Rey sintió su rabia, su hambre. Pero también sentía un gran dolor. Sin estar segura de lo que hacía, le entregó su sable de luz a Finn y dio un paso al frente.

—Rey —protestó Finn.

—Podría estar herido —dijo.

—Podría ser una serpiente de arena asesina gigante —añadió Poe.

Rey entrecerró los ojos cuando se acercó al cuerpo de la serpiente.

—Más luz —ordenó.

Poe dirigió su varilla brillante hacia donde ella apuntaba para iluminar a la criatura. Sí, definitivamente estaba herida. Un corte gigante atravesaba varios segmentos. Solo tenía que alcanzarlo. Lenta y cuidadosamente, trepó sobre el cuerpo curvo del vexis hasta que se paró dentro de sus espirales. Si decidía matarla, todo lo que tenía que hacer era apretar…

Habló con suavidad para consolarse tanto como a la serpiente.

—Leia dice que cuando algo trata de lastimarte, usualmente es porque algo más grande lo lastima.

Parecía maquinaria agrícola. Probablemente un granjero de grano rodó su cuchilla de arar a través de la madriguera de esa criatura, y la había desollado.

Rey alcanzó la herida. El vexis siseó y ella vaciló, pero no la atacó. Con el corazón en la garganta estiró la mano hacia adelante. Tocó los segmentos fríos de la serpiente. Actuaba por puro instinto. Cerró los ojos. Se conectó con la Fuerza.

Cada vez que luchaba o saltaba por las junglas de Ajan Kloss, o incluso cuando engañaba a un soldado para que la liberara de sus grilletes, canalizaba la Fuerza; la usaba para su beneficio de alguna manera; sin embargo, lo que intentaba hacer requería una técnica diferente, algo que aprendió de los textos Jedi cuando reparaba el cristal kyber de Luke. Esa ocasión no tendría que tomar, sino entregarse.

Un zumbido resonó en su pecho mientras reunía algo en su interior y se lo ofrecía a la serpiente. Su propia energía. Su propia vida. También era parte de la Fuerza y no tenía que guardárselo todo para sí.

Sintió que el vexis se calmaba. Su dolor estaba disminuyendo. Después de un momento se atrevió a abrir los ojos. Lo que vio la hizo contener el aliento. La herida había cerrado.

El vexis inclinó su cabeza hacia ella. Era enorme. La pudo devorar de un solo bocado. Sacó la lengua y silbó; le agitó el pelo hacia atrás, una especie de beso.

La serpiente se desenrolló para liberarla. Se deslizó en la oscuridad formando un nuevo camino en la arena dura tan fácilmente como si fuera una anguila nadando en el agua. Cuando desapareció vieron un círculo claro en el cielo.

Poe y Finn intercambiaron una mirada. BB-8 se acercó a Rey pitando suavemente.

—Le transferí un poco de vida. Energía de la Fuerza, de mí hacia él.

BB-8 zumbó.

—Tú habrías hecho lo mismo.

—Bueno —dijo Finn—. Tenemos nuestra salida.

Comenzó a andar siguiendo el camino abierto por el vexis. Chewie se agachó para recuperar la daga, la metió en su mochila y siguió a Finn hacia la luz del día.

Sin embargo, Rey no tenía prisa por llegar a la superficie. Su respiración era rápida. Sus huesos le dolían de cansancio e inexplicablemente tenía comezón en la mano. Curar al vexis se sintió normal, natural y correcto, pero le había costado.

El túnel los dejó aún más cerca del oxidado carguero de Ochi que yacía encaramado sobre una enorme plataforma de roca; una isla de estabilidad en un mar de fangos movedizos. Rey y sus amigos se dirigieron a la nave.

—¡No podemos volar en ese viejo cacharro! —protestó C-3PO.

Se esforzaba por mantenerse encima de las escarpadas rocas. Si sobrevivían, Rey se aseguraría de proporcionarle un baño de aceite.

—Debemos seguir avanzando —instó Poe desde adelante—. Debemos encontrar a alguien que pueda traducir esa daga… un droide *útil*.

—Sugiero que regresemos al *Halcón Milenario* de inmediato —dijo C-3PO.

—Estarán esperándonos en el *Halcón* —dijo Poe.

—Nos enviarán a los pozos de Griq —añadió Finn.

—Y te usarán de blanco —concluyó Poe.

—A veces ambos tienen excelentes argumentos —dijo C-3PO.

Rey frunció el ceño. Finn y Poe se divertían un poco con el droide, pero era cierto que probablemente el *Halcón* estuviera en manos de la Primera Orden. Chewie lo cerró bien, pero la Primera Orden violaría

todas sus precauciones de seguridad tarde o temprano. Era posible que no volviera a ver su nave. Una presencia familiar golpeó a Rey como un trueno y se congeló en su lugar.

—¿Rey? —Finn volteó para ver qué la hizo detenerse.

Su rostro estaba aún lleno de polvo por el recorrido en los túneles. Como de costumbre sus rasgos estaban teñidos por su inherente bondad y preocupación. Ella no permitiría que los lastimara lo que se avecinaba. Protegería a sus amigos, incluso si eso significaba hacer algo que, estaba segura, Leia no aprobaría.

—Ahorita te alcanzo —anunció suavemente.

Finn frunció el ceño. Rey le dio un pequeño empujón con la Fuerza y añadió:

—No pasa nada.

Cuando la chica le entregó su mochila y su báculo, se quedó sin palabras. Le dio todo excepto el sable de luz enganchado a su cinturón. Rey podía sentir sus ojos en su espalda mientras descendía las rocas. Evitó las arenas movedizas para ir al amplio desierto.

«Vete, Finn», pensó, empujando un poco más fuerte con la Fuerza.

No se atrevió a mirar si le obedecía, porque toda su atención se concentró en una mota negra en el horizonte, que volaba rápido y bajo, acercándose a ella.

Se enderezó al ver que era una nave. El caza TIE de Ren. Aún no estaba segura de cómo, pero no se rendiría. Protegería a sus amigos. A cualquier precio.

Finn estaba aturdido. Tal vez era el calor o el hecho de que Rey le pidió que se fuera y la había dejado en el desierto sin dudarlo. Algo no tenía sentido.

Poe golpeó la apertura de la escotilla del carguero y la rampa de acceso descendió. Finn siguió a Poe, a Chewie y a los droides hasta una oscura bodega central saturada de arena. Ochi no había sellado el lugar antes de que se lo tragaran las arenas movedizas. Tal vez pensó que volvería en poco tiempo.

La bodega estaba llena de chatarra y las paredes revelaban el funcionamiento interno de la nave. Finn reconoció tanques atmosféricos de emergencia, un reforzador de escudo de partículas junto con cables interminables, conductos y cerrojos cuyos usos eran un misterio, aunque apostaría a que Poe o Rey lo sabrían. El interior estaba tan desordenado que hacía que el *Halcón* pareciera casi pulcro.

En una pared cerca de la entrada de los dormitorios, una placa de metal identificaba la nave: BESTOON LEGACY.

—Intentemos activar estos convertidores —dijo Poe mientras iba a la cabina, apartando telarañas y basura.

—¡Esta nave es asquerosa! —reclamó C-3PO.

Finn tuvo que estar de acuerdo. Phasma habría hecho que toda su unidad fregara las letrinas con sus cepillos de dientes si hubiera descubierto que no habían amarrado la carga o hecho la limpieza.

Mientras Poe accionaba los interruptores, Finn se asomó dentro de una caja de carga. Estaba llena de pistolas blásteres. Miró a su alrededor y notó varias cajas más. ¿Estarían todas llenas de armas? Las luces parpadearon a su alrededor. El suelo comenzó a vibrar cuando la planta de energía cobró vida.

—Mira nada más —dijo Poe.

Por fin tenían suerte pero no podían irse sin Rey, quien aún no entraba en la nave.

—¿Dónde está? —preguntó Finn al aire.

Se aproximó al ventanal de la cabina y oteó el vasto desierto. Allí. Una pequeña figura azotada por el viento. Se las había arreglado para recorrer una gran distancia.

—Chewie —dijo Finn, pensando en las largas zancadas y en la velocidad superior del wookiee—. Dile a Rey que debemos irnos.

Chewie gruñó afirmativamente y se dirigió a buscarla. Un momento después el wookiee apareció del otro lado del ventanal, pero desapareció rápidamente detrás de una formación rocosa mientras se dirigía por el desierto hacia Rey.

Antes de verla, Ren la sintió. Mientras volaba su silenciador por el plano desierto, era una presencia brillante en su mente resplandeciendo con determinación y ferocidad. Algo extraño le tiró del pecho. Era el mismo sentimiento que tuvo cuando se enfrentó a su padre por última vez, cuando tomó la decisión de matar a Han Solo. Para abrazar por completo la oscuridad, debía matar el pasado, sí, pero también debía matar la luz. Lo comprendió al fin. Han Solo era su pasado, pero Rey era su luz.

Por eso Kylo agonizaba. Por eso no se podía sacudir el recuerdo de la mano de su padre contra su mejilla, de esos ojos llenos de amor y comprensión. Aún no había destruido su luz. Tal vez el Emperador tenía razón. Rey tenía que morir. Eso, o él necesitaba matar la luz en ella.

Y allí estaba ella, apenas un punto contra la arena ocre, derecha, mirándolo. La chica estaba aterrorizada; podía sentirlo como podía sentir el sudor mojando sus guantes; sin embargo, a pesar de su terror estaba inquebrantable, lista y esperando.

Tendría que estar enloquecida por el miedo. Acobardada. Debió haberse convertido a la oscuridad cuando él le dio la oportunidad.

¿Cómo pudo resistirse? ¿Cómo se atrevía?

La rabia tornó su visión roja. No le importaba el Emperador. No le importaba la flota de destructores estelares. Solo quería que su dolor terminara. Si Rey quería sobrevivir a lo que vendría después, tendría que manifestar más fuerza que antes. Demostrarle quién era ella. Vio cómo desenganchaba su sable de luz y lo encendía. Aceleró.

Rey observó al caza TIE aproximarse, sintió sus intenciones. El dolor y la rabia mortal de Kylo Ren eran impresionantes: sin embargo, ahora ella sabía qué hacer. Curar al vexis la había agotado, pero también abrió nuevas rutas de la Fuerza, algo sobre el dar y el recibir, sobre una unidad más perfecta de lo que había entendido antes. Ansiaba hablarlo con Leia.

Aunque de momento no tenía más remedio que dejar que la Fuerza palpitara en su sangre y que llenara sus miembros con el fin de alistarse para la batalla. Estaba aterrorizada, sí, pero también extrañamente tranquila. Luke le había dicho que el miedo lleva al Lado Oscuro. Sin embargo, resultaba que el terror y la calma podían coexistir. Tal vez eso era lo que Leia había estado tratando de enseñarle.

Permitió que el caza TIE se acercara. Cuando sintió que era el momento adecuado, dio la vuelta y se agachó en posición de combate. Miró atrás. Estaba lo suficientemente cerca como para ver la forma de su casco a través de la mirilla de la cabina.

Finn odiaba sentirse inútil mientras Poe movía los controles, hacía ajustes. El suelo retumbaba debajo y el repiqueteo de las turbinas se suavizó en un zumbido constante. Habían logrado alistarse para el vuelo.

Pero Chewie no había regresado con Rey.

—¿Qué demonios está haciendo? —inquirió Poe—. ¿Dónde está Chewie?

Finn se asomó por el ventanal de la cabina. Era difícil distinguir los detalles desde ahí, pero parecía que estaba agachada con su sable de luz encendido. Debería estar ahí afuera, ayudándola…

Ocurrió algo de lo más extraño. En su deseo de ayudarla, de alcanzarla, sintió algo. Un peligro. Una presencia.

—Es Ren —musitó.

Probablemente era solo un mal presentimiento… ¿verdad? Por si acaso, puso una mano en su funda para revisar su pistola y corrió por la rampa hacia el desierto.

Se dirigió al farallón detrás del que había desaparecido Chewbacca, pero se detuvo en seco y se agachó cuando oyó pasos.

Lenta y cuidadosamente, miró alrededor de la roca y casi se le cortó la respiración.

Habían capturado a Chewie. Tenía grilletes en las peludas muñecas. Altas figuras con armaduras oscuras y armas extrañas lo empujaban hacia adelante, en dirección de un puñado de stormtroopers y sus transportes. Ondas de maldad irradiaban de las oscuras figuras; Finn sintió que se ahogaba.

Los Caballeros de Ren. No podían ser nadie más. Tenía que huir; sin embargo, en unos instantes meterían a Chewie en un transporte y se lo llevarían. No tenía más remedio que actuar ya.

Desenvainó su pistola con la intención de cargar hacia adelante, pero se congeló cuando una docena más de stormtroopers bajaron por la rampa en formación. Atacarlos a todos a la vez sería un suicidio.

Finn tendría que arrastrarse de vuelta al *Bestoon Legacy* e idear otro plan. No, eso no funcionaría. El hecho de que un transporte entero estuviera ahí junto con los Caballeros de Ren y, si su corazonada era correcta, también el propio Kylo Ren, solo podía significar una cosa. Iban detrás de Rey y su poder. Finn tenía que advertirle.

El *Bestoon Legacy* estaba listo para despegar, pero ahora Poe estaba sentado solo en la cabina, sin tripulación. Primero Rey y Chewie, y ahora Finn también se había ido. ¿Dónde diablos estaba…?

Contuvo el aliento. Rey empezó a correr. Su sable de luz azotando a su lado a cada zancada. Un caza TIE se dirigía hacia ella volando tan bajo que levantaba nubes de arena. Estaría sobre ella en un instante.

Rey aspiró aire mientras corría. Solo lo lograría con buena velocidad y mucha ayuda de la Fuerza, pero su entrenamiento con Leia daba sus frutos. Estaba en forma y sus miembros eran fuertes. Sus pulmones resistentes. Más importante aún, su mente estaba preparada.

Se apresuró, ganando más velocidad. El silenciador estaba cerca; su rugido era claro en sus oídos.

Aún no está lo suficientemente cerca. Buscó la conexión que compartía con Kylo y sintió su determinación. Lanzó una onda de ferocidad en su contra.

Sintió un aguijón entre los omóplatos cuando la nave descendió sobre ella. Aún no… unos cuantos pasos más… ¡ya!

Saltó y se dio la vuelta trazando un arco en el aire con las piernas. Debajo de ella, Kylo Ren volteó para seguir su vuelo.

Rey golpeó el pilón de soporte de la nave con su sable.

El caza TIE aulló mientras pasaba en medio de una nube de polvo asfixiante.

La chica aterrizó limpiamente sobre la arena. Entrecerró los ojos,

lista para cualquier cosa. Vio cómo el silenciador empezaba a tambalearse. Sintió la frustración de Kylo mientras compensaba en los controles. El pilón de soporte se dobló, y el ala izquierda cortó el suelo.

Fuera de control, el caza TIE cayó. Las alas se desprendieron de sus puntales. La bola donde iba Kylo Ren rodó a una velocidad imposible dejando una zanja en la arena. Finalmente se estrelló contra un terraplén, donde quedó inmóvil.

Rey apagó su sable de luz. Esperaba que estuviera muerto. No, no era verdad. Esperaba… no sabía lo que esperaba.

Enganchó su sable de luz a su cinturón y fue hacia el carguero de Ochi. Una figura familiar apareció ante ella con pantalones azules y chaqueta de vuelo.

—¡Rey! —gritó Finn en medio de la llanura del desierto—. ¡Tienen a Chewie!

Un transporte se alzó ante su vista, sus propulsores ya brillaban con luz azul. Finn apuntó con el dedo.

—¡Chewie está allá!

«No. No, no, no, no».

Ya antes había pasado por eso, de pie, indefensa, mientras la arena le destrozaba la piel, viendo cómo una nave se llevaba a un ser querido.

Donde hubo calma, ahora solo había terror. Llenó su mente, se desbordó con una fuerza pura y caliente. Se conectó con la Fuerza, se imaginó agarrando el transporte, aferrándolo hacia el planeta.

De hecho, la nave ralentizó. Se tambaleó en el aire. Sus motores comenzaron a lamentarse. Rey apretó los dientes. El sudor perlaba su frente. No dejaría que le quitaran a Chewie.

Kylo Ren se quitó la máscara para tomar un poco de aire fresco. Era un idiota. Su estómago se estremeció con esa inevitable certeza mientras caminaba cautelosamente alrededor de los restos en llamas del silenciador. Ella había corrido como una rata womp asustada y, en su furia ciega, él sucumbió a la tentación, sin detenerse a considerar que tal vez ella tenía un plan.

Al darse cuenta tuvo otra certeza aún más desgarradora: estaba aliviado de no haberla matado. Snoke siempre lo animó a seguir sus impulsos. Eran un atajo al Lado Oscuro y a un poder inimaginable; sin embargo, su iniciativa de matar a Rey casi arruinó todo lo que estuvo planeando.

Kylo no sabía cómo reconciliar eso. El camino hacia el Lado Oscuro consistía en sucumbir a los deseos, pero su deseo más profundo, lo que más anhelaba, requería planificación y paciencia. El

Emperador había descubierto cómo emprender un plan elaborado de forma tan sufrida y minuciosa que aturdía la mente, y lo hizo sin sentirse en absoluto tentado por la luz. Había una forma. Solo tenía que descubrirla.

Kylo sintió un tirón en la Fuerza cuando pasó de respirar humo a llenar sus pulmones con aire limpio. A lo lejos, Rey de pie en la arena con el brazo levantado ¿hacia…? ¿Un transporte aéreo? ¡Y lograba frenarlo!

No importaba qué o quién estaba dentro de ese transporte que hacía que Rey se desesperara por evitar su fuga. No iba a dejar que lo lograra. Extendió su mano, sintió la enorme maquinaria en su mente y la atrajo hacia sí.

El transporte casi se le sale de las manos. Rey jadeó ante la familiar presencia. Kylo, sano y salvo. Rey no iba a dejar que tuviera a Chewie. Chewie era suyo.

Se esforzó por recuperar el control y sintió que la nave se tambaleaba en su dirección, pero enseguida se enderezó. Intentó recordar su entrenamiento. «Deja que la Fuerza guíe tus acciones», diría Leia; sin embargo, pensar en ella, en su entrenamiento, aunque fuera por un breve instante le hizo perder la concentración, y la nave volvió a menearse en dirección a Kylo.

Así que Rey se abalanzó con toda la fuerza de su ser. La sangre rugía en sus oídos, su corazón era un enorme tambor en su pecho. Recurrió a su rabia contra Kylo, contra la Primera Orden, incluso contra Unkar Plutt. Recurrió al terror por la vida de Chewie. Recordó lo que sintió al ver a Han Solo caer al abismo en la Base Starkiller. Recurrió también al dolor: al hueco doloroso de un estómago vacío, los nudillos magullados sin bacta para aliviarlos, a la sensación de arenilla en las muelas después de un día ventoso, al silencio de la soledad. Rey abrió la boca en un grito silencioso.

De la punta de sus dedos brotó energía pura y trazó un arco hacia el carguero. Era un rayo azul, pura energía de la Fuerza, más brillante que un sable de luz, más caliente que un sol. Envolvió sus mortales y torcidos dedos en torno al transporte, que se sacudió de lado un instante y luego explotó en una asquerosa bola de fuego.

Rey tropezó de nuevo, jadeando, mientras pedazos de escombros llovían sobre la llanura del desierto. El transporte y todos sus tripulantes estaban reducidos a la nada. Se miró la mano con horror. Luego, los restos de la explosión. Le dolía el estómago. Finalmente gritó:

—¡Chewiiieeeeeeee! —mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. ¿Qué había hecho?

Una voz penetró en su nube de culpa:

—¡Rey! —Era Poe, llamándola—. ¡Ya vienen!

Señaló al horizonte, y ella se volvió. Media docena de cazas TIE de la Primera Orden se acercaban rápidamente.

—Pero Chewie… Él…

—¡Lo siento! —gritó Poe—, pero tenemos que irnos. ¡Ya!

Su voz, y Finn aproximándose a toda velocidad, convencieron a sus pies de moverse. No perdería más amigos. Se apresuró hacia Finn y juntos corrieron hacia la nave.

A la distancia, Kylo Ren vio el carguero elevarse al cielo, con Rey dentro. Lo había vencido de nuevo y, sin embargo, se sentía exultante de gozo. Había hecho bien en presionarla. Acababa de demostrar un increíble y alucinante poder. Poder Oscuro. Poder Sith.

La chatarrera estaba casi lista para convertirse. Y cuando lo hiciera, ambos aniquilarían su luz, abrazarían su oscuridad. Entonces la flota de destructores estelares y el trono Sith serían suyos.

CAPÍTULO 8

Que el carguero de Ochi pudiera volar no significaba que estuviera en buen estado. El *Legacy* estuvo en tierra en Pasaana durante años, lo que implicaba que no se atreverían a llevarlo lejos hasta que Rey y sus amigos pudieran esconderse, hacer un chequeo completo de los sistemas de la nave y recuperar su rumbo.

Poe le dijo a todo el mundo que sabía exactamente a dónde ir, y Rey estaba feliz de cederle esa decisión. Se sentó en el asiento del copiloto y le proporcionó apoyo mientras guiaba el *Legacy* hacia los anillos de un planeta grande y brillante. Dichos anillos estaban hechos en su mayor parte de trozos de hielo que reflejaban mucha luz del frío sol del sistema y arrojaban vapor constantemente. Era un buen escondite, uno que confundiría el barrido de los sensores de la mayoría de las naves, perfecto para los contrabandistas. Uno de estos días le preguntaría a Poe cómo conocía ese lugar.

—Rey —comenzó Poe mientras ponía la nave a la deriva junto a un témpano de hielo, pero cuando vio su cara cambió de opinión sobre lo que iba a decir. En lugar de ello solo dijo—: Empezaré algunos diagnósticos. ¿Por qué no… te tomas un descanso?

Era lo más amable que había sido con ella en mucho tiempo. Rey asintió sin decir palabra y se dirigió a la bodega central, encontró un banco acolchado al fondo y se desplomó.

«¿Qué hice?».

Después de todo, el miedo conducía al Lado Oscuro. Había estado bien mientras la paz y la resolución se lo habían atenuado. Pero en cuanto cedió a la rabia y al terror… Chewbacca se fue. El *Halcón* probablemente estaba perdido. La daga de Ochi no estaba. Lo arruinó todo. Leia se decepcionaría mucho cuando se enterara.

Como si leyera sus pensamientos,
BB-8
le lanzó un largo y triste bip.

—Pobre, pobre Chewbacca —dijo
C-3PO.

Las lágrimas caían por sus mejillas. No lograba contenerlas.

Chewie había hecho mucho por ella. El *Halcón* era posiblemente suyo por derecho, pero después de la muerte de Han, Chewie le ofreció el asiento del piloto. Y ella pagó ese acto de enorme generosidad y respeto matándolo.

Finn se acercó con el semblante abatido.

—No fue tu culpa —dijo.

—Sí lo fue —repuso Rey, incapaz de mirarlo—. Perdí el control.

—No. Fue Ren. Te obligó a hacerlo.

Rey sacudió la cabeza.

—Viste lo que pasó. Ese poder vino de mí. Finn, hay cosas que no sabes.

—Entonces dímelas.

La miró pacientemente, sin rastro de juicio en el rostro. Rey no fue capaz de contarle a Leia, pero tal vez podría decírselo a Finn. Tenía que decírselo a alguien o el secreto la devoraría dentro. Susurró: —Tuve una visión. Del trono de los Sith. Vi quién estaba en él.

Los ojos de Finn se entrecerraron.

—¿Ren?

Rey asintió.

—Y… yo.

Finn quedó boquiabierto. Ella miró a otro lado, incapaz de enfrentarlo. Deseaba huir de la inevitable decepción de Finn, de la impresión en su voz cuando finalmente habló. Sin embargo, en ese pequeño carguero no había ningún lugar a donde ir.

Poe entró en la bodega con el rostro demacrado, pero parecía tan decidido como siempre. Había estado muy serio últimamente, a menudo al borde de la ira desde Crait. Se sentía responsable de la destrucción de la Resistencia. Rey lo sabía. Entendía cómo era eso y se preparó. No iba a culparlo por recriminarla; lo iba a aceptar. Él no la acusó.

—Solo nos quedan ocho horas —anunció—. Entonces ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué podemos hacer? —rebatió Finn—. Debemos volver a la base.

Poe negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo para volver. No nos rendiremos. Si lo hacemos, Chewie habrá muerto por nada.

Poe tenía razón. Rey fue egoísta al revolcarse en la miseria. Aún tenía que pensar en la Resistencia y en su plan para encontrar la flota Sith. Chewie habría querido que siguiera adelante.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Finn. Su voz se oía tan desesperada como la de ella—. Chewie tenía la daga. Esa era la única

pista del orientador. Ya no está.

—Cierto —dijo C-3PO tristemente—. Ahora la inscripción vive solo en mi memoria.

Finn y Poe voltearon a ver a
C-3PO
y lo clavaron con una mirada colectiva.

—Espera —dijo Poe—. ¿Conservas la inscripción de la daga en tu memoria?

—Sí, amo Poe. Pero no se puede recuperar una traducción de un idioma prohibido, es decir, a menos que se elabore un bypass completo de la memoria.

—¿Un qué? —dijo Finn.

C-3PO agitó sus brazos.

—Ay, ¡es un acto terriblemente peligroso que mentes degeneradas y criminales hacen sobre inocentes droides!

Finn se iluminó.

—¡Así que eso haremos!

Poe entrecerró los ojos meditando en la idea.

—Conozco un droidero del mercado negro.

—¡Un droidero del mercado negro! —exclamó
C-3PO.

Poe pareció casi disculparse cuando añadió:

—Pero está en Kijimi.

—¿Qué hay de malo con Kijimi? —preguntó Finn.

Parecía que Poe dudaba en responder. Ante la insistencia de Finn, dijo: —Tuve un poco de mala suerte en Kijimi. —Suspiró y añadió—: Pero si está misión falla todo habrá sido inútil. Todo lo que hemos hecho. Todo este tiempo.

—Estamos en esto hasta el fin —asintió Finn.

Rey había estado mirando de un lado a otro mientras hablaban, sin decir nada, esperando que la culparan, que comenzaran a gritarle. Pero no lo hicieron. Ni una vez. En lugar de eso ambos esperaban que interviniera. Ambos confiaban en ella, incluso Finn, que conocía su más oscuro secreto.

No podía hablar. Se estiró y tomó la mano de Finn. A su vez, Finn miró a Poe y le tendió una mano. Poe se encogió de hombros y la sostuvo.

—Por Chewie —dijo Rey conteniendo un sollozo.

C-3PO se tambaleó hasta ellos y valientemente intentó unir sus manos también, a pesar de carecer de articulación completa en sus codos y de una adecuada conciencia del espacio. Sin darse cuenta de que accidentalmente había golpeado el pie de Finn con sus pesados

pies metálicos, dijo solemnemente: —Por el wookiee.

«Nunca subestimes a un droide», pensó Rey.

Durante largo rato mantuvieron unidas las manos. Poe fue el primero en soltarse.

—A Kijimi —dijo, y se dirigió a la cabina para concluir su diagnóstico.

Finn lo siguió. Rey estaba a punto de ir con ellos y hacer algo útil, pero
BB-8
capturó su mirada al salir rodando detrás de una esquina, donde había algunos paños viejos arrumbados. Abrió un puerto, extendió su brazo de agarre y tiró del paño.

Debajo había un droide verde oxidado, inerte y frío como un trozo de chatarra. Era diminuto con una cabeza cónica y un mecanismo de monociclo. Los únicos droides que Rey había visto que eran así de pequeños se usaban estrictamente para mantenimiento y trabajo de conserjería. Este parecía diferente. Tenía un compartimento motivador y un transmisor de alta gama.

BB-8 abrió el panel lateral del pequeño y oxidado droide, se conectó y comenzó a cargarlo. Rey no estaba segura de qué tan bien funcionaría eso, pero no podía culparlo por tratar de dar un poco de su energía para ayudar a otro.

De pronto, el pequeño droide volvió a la vida.

—¡B… b… batería cargada! —anunció. Trató de rodar hacia adelante pero su llantita pitó en señal de protesta. Miró fijamente al
BB-8
con asombro y maravilla, y le zumbó en tono de adoración.

—¡Ho… hola! —dijo el pequeño droide.

BB-8 le contestó con un balbuceo diciéndole que lo siguiera. Juntos rodaron hacia Rey. La rueda del pequeño droide chirriaba con cada vuelta.

—¡Hola, hola! —le dijo el droide a Rey—. Soy
D-O.

—Hola —dijo Rey, extendiendo la mano para tocarlo, pero
D-O
retrocedió y se encogió en la esquina.

—No, no, no, gracias —dijo.

Ella respetó sus deseos y retiró su mano. Necesitaba mucho lubricante, aunque Rey no veía suministros de mantenimiento de droides en ninguna parte de la bodega. ¿Qué clase de persona horrible tenía un droide sin darle mantenimiento?

BB-8 formuló una pregunta.

—Parece que alguien lo maltrató —respondió Rey.

El pequeño D-O asintió en dirección a la chica.

—Está bien —le dijo—. Ahora estás con nosotros.

El General Hux respiró hondo antes de pisar el puente del *Steadfast*. Habían requisado el *Halcón Milenario*. Él mismo supervisó mientras tres cazas TIE lo remolcaban al hangar de incineración, pero no era suficiente.

Ren no estaba a bordo; sin embargo, el General Leal Pryde sí, y tenía el oído y el favor de Ren. Cualquier cosa que Hux le informara y cómo la dijera, sería transmitida con todo detalle. Solo podía jugar una carta. Debía ser cuidadoso.

Se enderezó y entró como si tuviera toda la confianza en la galaxia. Los oficiales del puente lo ignoraron mientras se dirigía a hacia el General Pryde y se le unía en la pasarela superior. Un droide conserje corrió para apartarse de su camino.

—Recuperamos la nave de la chatarrera —comenzó Hux—. Pero ella escapó.

El General Pryde no dijo nada.

—Bajo el mando de los Caballeros de Ren —señaló Hux—, sufrimos bajas. Tropas, cazas TIE, destruyeron un transporte…

—Ya vi el informe —atajó Pryde—. ¿Eso es todo?

—No, General Leal —respondió Hux.

A menudo dejaba pequeñas cosas fuera de sus informes. Hux justificaba esas redacciones a sus superiores aduciendo asuntos de seguridad. Sin embargo, en realidad era por momentos como ese. Hux necesitaba ver la reacción de Pryde, captar la respuesta del anciano en tiempo real. Si Pryde lo leyera detrás de un escritorio, en la privacidad de su oficina, Hux nunca sabría qué impacto producían las noticias.

—Había otro transporte en el desierto —dijo Hux—. Trajo de vuelta a un valioso prisionero.

Pryde mordió el anzuelo. Las fuerzas de la Resistencia se habían agotado en Crait. Cualquiera que quedara era inmensamente valioso.

—¿Prisionero? —preguntó.

Hux sonrió.

—Acompáñeme.

Hux condujo a Pryde a la puerta de una celda justo fuera del hangar de incineración. El brillante suelo negro que lo rodeaba yacía salpicado de arena y polvo del planeta Pasaana. Hux estaba a punto de señalárselo al guardia de la puerta, cuando un droide de la serie MSE-6 se acercó corriendo a ocuparse del desastre y Hux decidió dejarlo

pasar. Por el momento.

En cambio, le indicó al stormtrooper que estaban listos. La puerta se abrió, revelando una criatura imposiblemente alta y peluda con grilletes, rodeada de más soldados. Cuando vio a Hux y a Pryde gimió con fuerza, mostrando sus largos dientes. Su aliento olía como si hubiera algo muerto al interior de su garganta. Dulces estrellas, los wookiees eran criaturas repugnantes.

—La bestia solía volar con Han Solo —le reveló Hux.

El wookiee rugió haciendo retroceder el pelo de Hux. El general logró no encogerse, pero sintió que sus mejillas temblaban con el esfuerzo.

—Que lo envíen al interrogatorio seis —ordenó Pryde con desdén.

Pryde se alejó y Hux lo siguió, aliviado en secreto de poder salir del alcance de esos dientes.

La ciudad de Kijimi era una antigua y gran ciudad esculpida lentamente en una ladera nevada a lo largo de los siglos. Sus calles empedradas retorcidas en ángulos estrechos y empinados; sus resbaladizos escalones encalados en hielo y nieve habían hecho que más de un incauto se arrepintiera de su visita.

Poe se precipitó por un callejón con la capucha del abrigo apretada contra su cara y el aliento helado. La nieve caía a borbotones provocando que cada paso fuera resbaladizo y peligroso. Estaba mareado, su corazón palpitaba rápido y sintió que se acercaba un fuerte dolor de cabeza. Sabía por experiencia que un cuerpo se ajustaba a la altitud con el tiempo, pero esperaba que no estuvieran ahí el tiempo suficiente. Mientras tanto, no podía permitirse el lujo de sufrir mal de altura. A medida que viajaba, respiraba hondo y con lentitud para dar a su cuerpo la mayor cantidad de oxígeno posible.

Era de noche, pero como en todas las grandes ciudades, Kijimi nunca dormía del todo. Lámparas de aceite, lámparas de sodio y la ocasional ventana de una cantina arrojaban luz sobre las calles de piedra. Trató de evitarlas manteniéndose en la oscuridad porque las tropas de la Primera Orden estaban en todas partes.

Poe observó desde las sombras cómo un grupo de soldados golpeaba una puerta, exigiendo entrar. En una calle encontró una pequeña familia acurrucada bajo un saliente, tratando de desaparecer en la piedra. Otra vuelta, otra serie de pasos, y Poe vio a un snowtrooper arrastrar lejos de su madre a una pequeña niña que lloraba. Deseaba poder hacer algo para ayudar.

Lo había. Encontrar a ese droidero, traducir la daga y destruir la flota de destructores estelares podría finalizar todo eso para siempre. Solo debía averiguar cómo.

Poe entró en el Barrio de los Ladrones, y los callejones se estrecharon. Un hedor nocivo lo hizo estremecer. La alcantarilla estaba atascada, lo que significaba que una de las mafias se había apoderado de ese territorio. Probablemente los Recolectores Intracúmulo, famosos por aplazar el mantenimiento, y dejar que los servicios básicos como la fontanería y la electricidad se deterioraran solo para ahorrar unos pocos créditos.

Le rompía un poco el corazón. Sus recuerdos de Kijimi eran muy variados en el mejor de los casos, pero detestaba ver el lugar aún más destartalado, estrangulado por la ocupación de la Primera Orden. Ocurría en el sistema Yavin, en Corellia, y ahora ni siquiera los mundos distantes como Pasaana eran seguros. La Primera Orden arrasaba con todo lo que hacía a la galaxia hermosa. Kijimi, como tantos otros lugares, era una sombra de lo que solía ser.

Poe finalmente llegó a donde estaban sus amigos, quienes esperaban en una alcoba oscura. Rey, Finn e incluso
C-3PO
llevaban largos abrigos con capucha que Poe había liberado de la Casa Gremial de Opranko. El droide de protocolo le informó que su termostato interno hacía innecesario un abrigo, pero le dio las gracias de todos modos. Poe le ordenó mantener su capucha sobre su brillante, estúpida y dorada cabeza sin importar lo que pasara. Solo
BB-8
y su pequeño nuevo amigo iban sin disfraz.

—Los snowtroopers están en todas partes —les dijo Poe—. Debemos encontrar otro camino.

—Entonces sugiero que nos vayamos —dijo
C-3PO,
demasiado alto—. ¿Quién vota por que nos vayamos?

—¡Cierra la boca, C-3PO! —ordenó Poe. ¿Alguna vez el droide modularía el volumen de su voz?—. Síganme.

Solo habían dado dos pasos antes de que Poe los detuviera de nuevo. El droide de cabeza cónica rechinaba como roedor moribundo.

—¿Hay algo que podamos hacer al respecto? —preguntó.

—Amo Poe —dijo C-3PO—, yo lo llevaré.

Se inclinó, recogió al pequeño droide y lo acunó bajo su brazo. Rey se acercó y cerró el abrigo de
C-3PO
para envolverlos a ambos.

—Gracias, gracias —se oyó una voz apagada.

Se pusieron en marcha de nuevo. El aire helado entumecía su nariz y sus mejillas. Cuando finalmente se calentaban, hormigueaban y

daban una comezón de locos. En algún tiempo, muchos de sus compañeros habían sufrido congelación en ese lugar. Era una de las muchas razones por las cuales se alegraba de dejarlo atrás.

Poe los condujo por calles retorcidas y subió un tramo de escaleras mientras hacía todo lo posible para evitar patrullas y vigías. Esperaba que Finn o Rey le preguntaran cómo sabía tanto sobre ese lugar; habían sido implacables en el vuelo preguntándole sobre el cableado de los speeders, y sobre cómo encontraba los escondites de los contrabandistas, todo eso, aunque estaban silenciosos como tumbas mientras se arrastraban por los estrechos pasillos, tensos por estar alertas. Estaban cerca de su destino.

—Muy bien —susurró Poe—. Vayamos por este…

La punta del cañón de una pistola se clavó contra su cráneo. Poe cerró los ojos. Había temido que pasara eso. No importaba cuán sigiloso fueras, en Kijimi siempre había alguien más sigiloso aún.

—Oí que te vieron en la Puerta del Monje —llegó una voz femenina filtrada a través de un vocoder de casco. La reconoció incluso a través del vocoder—. Pensé —continuó—, «no es tan estúpido como para volver aquí».

—Oh, te sorprenderías —contestó.

Se atrevió a mirarla. Zorii Bliss. Era alta y flexible, con un traje de vuelo granate con adornos de bronce cobrizo. Tal como la recordaba. Excepto que sus blásteres gemelos eran más recientes, y su casco y visor, que cubrían toda su cara, tenía unos cuantos golpes más.

—¿Qué está pasando? —quiso saber Finn.

—¿Quién es ella? —inquirió Rey.

—Em, Zorii, ellos son Rey, Finn y…

La presión de la pistola contra su cráneo aumentó.

—Podría apretar el gatillo ahora mismo.

—Te he visto hacer cosas peores.

—Por mucho menos.

—¿Podemos intentar hablar de esto? —preguntó.

—No. Quiero ver tus sesos en la nieve.

—Así que… ¿todavía estás enfadada?

—¿Qué es esto? —preguntó Rey.

Poe conocía esa mirada. Su amiga estaba recurriendo a la Fuerza. Tenía que desactivar esa situación rápido.

—Realmente no esperaba volver a verte, Poe Dameron de la Resistencia.

Dijo la palabra «Resistencia» como si supiera a podrido en su boca.

—¡Ay, todos estamos en la Resistencia! —dijo C-3PO.

—¡C-3PO! —estalló Finn—. Cierra la boca.

De vez en cuando, lo mejor era empezar con la verdad. «Me la voy a jugar», pensó Poe.

—Necesitamos ayuda, Zorii —dijo—. Tenemos que abrirle la cabeza a este droide.

—¿Perdón? —atajó C-3PO.

—Vamos de camino a Babu Frik —añadió Poe.

—No tienes suerte —dijo Zorii—. Actualmente Babu solo trabaja para la banda. Y tú ya no eres parte. —Al pronunciar la palabra «tú», la presión en su cráneo se volvió insoportable.

Rey miró a uno y otra.

—¿Qué «banda»? —preguntó.

—Es gracioso que nunca lo haya mencionado —dijo Zorii con un tono que revelaba que no era nada gracioso—. El antiguo trabajo de tu amigo era traficar especias.

Poe bajó los hombros. Ahí estaba. Ahora no se la iba a acabar.

—Espera, espera, espera —dijo Finn—. ¿Eras traficante de especias?

—¡Tú eras stormtrooper! —repuso Poe.

—¿Eras traficante de especias? —insistió Rey.

—¿Tú eras chatarrera? Podríamos hacer esto toda la noche…

Dos figuras se materializaron en la oscuridad, seres altos y armados, uno en cada dirección, bloqueando sus salidas. Zorii cambió su pistola al cuello de Poe.

—No tienes toda la noche —le escupió Zorii—. Ni siquiera tienes ahora. ¿Sabes? Aún estoy saliendo del agujero en el que me metiste cuando te fuiste para unirte a la causa. —Dirigió su mirada a Rey—. ¿Tú? Tú eres a la que buscan. La recompensa por ella podría bastar. —A los matones que se habían acercado, les ordenó—:

¡Djak'kankah!

¡Todos ellos!

—¡No djak'kankah! —protestó Poe, pero Rey ya se movía como un rayo levantando su báculo para desarmar a Zorii. En su movimiento fluido giró su báculo, golpeó con el extremo la cara de uno de los matones de Zorii. Enseguida lo arrojó como una lanza contra la cara del otro.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Rey encendió su sable de luz y llevó la punta al cuello de Zorii, quien oyó el crujido cerca de su oreja y supo que era amenazada con una antigua arma Jedi.

Sin embargo, las reacciones de Zorii permanecían ocultas bajo ese casco. A Poe no le importó admitir que se sentía un poco engreído cuando Rey dijo, con voz extraordinariamente amable: —Nos vendría

muy bien tu ayuda. Por favor.

Zorii estudió a Rey a través de su máscara. Poe podía oír su respiración, cómo pensaba.

—Dudo que te importe —dijo Zorii al fin. Su voz tan fría y firme como siempre, su máscara aún cerrada—, pero me caes bien.

Rey parpadeó.

—Sí me importa.

Retrajo su sable de luz y lo enganchó a su cinturón. Zorii miró a Poe. Un poco de tensión abandonó sus hombros cuando llegó a una decisión.

—Podemos ir con Babu a través del Barrio de los Ladrones.

Zorii comenzó a andar y Poe indicó a sus amigos que la siguieran. Detrás de ellos se escuchaba el inconfundible

tat-tat

de los stormtroppers marchando en formación. Se escabulleron del callejón antes de que pudieran verlos.

Mientras viajaban por un pasaje nevado, Finn se inclinó hacia Poe y le susurró: —Poe Dameron: traficante de especias.

—No lo hagas.

—Mercader de especias.

—Está bien.

Miró a Rey, quien estaba silenciosa y fruncía el ceño, perdida en sus pensamientos. O tal vez estaba concentrada, percibiendo algo.

CAPÍTULO 9

Rey no podía evitar tratar de calcular el valor de todo lo que veía. El taller de Babu Frik era un estrecho laberinto de herramientas y partes de droides. Las paredes estaban totalmente oscurecidas por estanterías, apiladas con cables y aparatos electrónicos. Cada superficie de la mesa estaba cubierta, cada rincón y grieta lleno hasta desbordarse. Algunas partes incluso colgaban del techo; Rey notó un par de piernas desmembradas colgando, posiblemente de un viejo droide de batalla.

Era una fortuna en partes. La cúpula de la cabeza del astromecánico, por ejemplo, estaba en muy buenas condiciones. Era de plástex, lo que significaba que sería fácil pulir las marcas de quemaduras y venderlo por… Algo le golpeó el pie. Un droide conserje limpió un poco de la nieve derretida que habían metido consigo, y luego se escabulló.

—No tengo la menor idea de por qué acepté esto —dijo C-3PO, lo cual atrajo la atención de Rey de vuelta al droide—. Debo estar descompuesto.

Yacía reclinado en una mesa de trabajo, con tantos cables que le salían de la cabeza que casi parecía que le había crecido el pelo.

—Vas a estar bien —le aseguró Rey.

El mismo Babu Frik era casi invisible, escondido detrás de la placa craneal trasera de C-3PO. Era uno de los seres más pequeños que Rey había visto; su altura apenas era la de su antebrazo. Fisgoneaba en la cabeza de C-3PO con una electrosonda, murmurando en anzellano. Ocasionalmente intercalaba palabras en básico. Tenía un rostro canoso resaltado por ojos brillantes e inteligentes, y cejas grises tan largas y rígidas como escobas. Las gafas de soldar que llevaba en la parte superior de su cabeza estaban blindadas contra el calor. ¿En qué clase de trabajo peligroso estaba involucrado este tipo para requerir armadura de

trabajo de nivel armamentístico?

Rey se agachó a su lado.

—¿Babu Frik? —preguntó—. ¿Puedes ayudarnos con esto?

Babu respondió, pero Rey no tenía idea de lo que decía. Miró hacia la traficante de especias.

—¿Zorii? —dijo Rey—. ¿Esto va a funcionar?

Zorii dijo algo en anzellano y Babu respondió como si estuviera molesto por que lo interrumpieran. Las palabras eran deliciosas. Chocaban unas contra otras de forma rápida y brusca, como piezas de metal que caen en un crisol. Rey hubiera deseado tener tiempo para aprender el idioma.

—Babu dice que encontró algo en el banco de memoria prohibido de tu droide —dijo Zorii—. Palabras traducidas del… ¿Sith?

—¡Sí! —exclamó Rey.

—Eso es lo que necesitamos —afirmó Poe.

La traficante de especias se volvió a Poe.

—¿Con quién andas que habla Sith? —preguntó Zorii, y Rey podría jurar que Zorii miró el sable de luz de su cinturón.

—¿Podemos hacer que lo traduzca? —inquirió Finn.

Zorii y Babu hablaron entre ellos. Zorii dijo:

—Sí, pero al traducir se activará un borrado completo de la memoria.

—¿Un borrado completo de la memoria? —repitió
C-3PO
con voz temblorosa.

—Espera, espera —le dijo Poe a Babu—. ¿Estás diciendo que si lo hacemos traducir… no recordará nada?

—¡Memoria de droide quedarse en blanco! —repuso Babu.

—¡No! —dijo C-3PO.

—Blanco, blanco —repitió Babu.

—Debe haber otra manera —suplicó
C-3PO.

—¿No respalda R2-D2 tu memoria? —preguntó Finn.

—Por favor, señor —dijo
C-3PO
—. Las unidades de almacenamiento de R2-D2 son famosas por ser poco fiables.

Rey odiaba todo eso. C-3PO tenía razón, por supuesto, de cierto modo. Leia le había contado un poco de la historia del droide. Junto con R2-D2, sobrevivió a la Guerra de los Clones, a la Guerra Civil Galáctica y ahora a la Resistencia contra la Primera Orden. El padre de Leia, Anakin, lo construyó cuando era un niño. Aunque el droide

dorado recordaba poco de ello. Que Leia supiera, le habían borrado la memoria al menos una vez. Rey no estaba segura de soportar hacerle eso de nuevo.

—Conoces las probabilidades mejor que cualquiera de nosotros —dijo suavemente Rey—. ¿Hay alguna otra opción?

C-3PO permaneció en silencio un largo momento, pensando.

—Si está misión falla, todo habrá sido en balde —murmuró—. Todo lo que hemos hecho… todo este tiempo…

Las mismas palabras que Poe pronunciara antes, cuando todos se tomaron de la mano y juraron seguir adelante. Los droides no dejaban de sorprenderla. C-3PO alzó la vista. Su mirada se dirigió a cada uno de ellos por turnos, de un rostro al otro.

—¿Qué… qué haces, C-3PO? —preguntó Poe.

—Echando un último vistazo, señor. A mis amigos.

Todos quedaron en silencio, viendo a
C-3PO
despedirse. Rey apenas podía creer que eso estaba sucediendo. Había perdido a Chewie y ahora podría perder a
C-3PO.
¿Cuánta pérdida podría soportar una persona?

—Triste —dijo D-O.

El sonido de un gran vehículo se filtró a través de las paredes. Babu ladeó la cabeza y dijo:

—Oh-oh.

Zorii se aclaró la garganta.

—Las redadas nocturnas están empezando. Estaré atenta.

Se movió como si se fuera.

—Voy contigo —dijo Poe.

—Nunca confiaste en mí —replicó Zorii, riendo un poco.

—¿Tú confías en mí? —preguntó.

—Nop.

Zorii y Poe salieron del taller. Rey los vio alejarse, y se preguntó hasta dónde podría presionar a Poe a hablar de su historia con la traficante de especias. Cuando se fueron,
C-3PO
se dirigió a Babu Frik con voz valiente y firme:

—Puede proceder.

Poe y Zorii se sentaron en la azotea del taller de Babu. La ciudad se extendía ante ellos, oscura y helada. Kijimi solía ser silenciosa a esa hora profunda de la noche, pero ya no. Los flashes de láser brillaban brevemente entre los edificios. Sobre los tejados resonaban gritos extrañamente distantes. A varias cuadras, un caminante

de la Primera Orden se paseaba por las calles. Poe vio una pequeña figura alejarse de sus pesados pasos, huyendo por su vida. Se alegró de que Zorii hubiera llevado un frasco, porque realmente necesitaba un trago.

Poe levantó el frasco y bebió a sorbos. El líquido le quemó la garganta, calentó sus entrañas. Suspiró. Habían transcurrido años desde que un skordu pasara por sus labios. Era una bebida popular en Kijimi, destilada de un hongo de gran altura que crecía en cuevas heladas y en las grietas. La leyenda local contaba que los monjes Dai Bendu la inventaron por primera vez, cuando la ciudad de Kijimi era un bastión religioso, casi un lugar sagrado, antes de que se la apropiaran los ladrones, ocupantes ilegales y refugiados. Poe no estaba seguro de creer que la ciudad de Kijimi fue alguna vez un lugar de paz y contemplación. Ssin embargo, con un poco de skordu en su vientre, casi podía fingir que sí.

—¿Todas las noches son tan malas? —preguntó.

Se quedó mirando por encima de los tejados. La ciudad de Kijimi era un pueblo de bebedores, porque la bebida mantenía el cuerpo caliente. Las cantinas que vendían skordu o Ultra-Ox eran un éxito. Si pudiera hacerlo todo de nuevo, podría considerar la posibilidad de traficar alcohol en vez de especias. Le ofreció a Zorii el frasco.

—La mayoría de las noches son peores —repuso—. La Primera Orden ya se llevó a la mayoría de los niños. Ya no soporto los gritos. He ahorrado lo suficiente para salir. Me voy a las colonias.

Poe volteó a mirarla. Ella tomó el frasco y volvió el rostro. Fuera de la vista, su máscara se abrió. Inclinó la cabeza hacia atrás para tomar un trago. La máscara se cerró de golpe. Zorii le devolvió el frasco con el rostro cubierto de nuevo.

—¿Cómo? —preguntó—. Bloquearon esas hipervías.

Nadie llegaba a las colonias sin una autorización especial. La Primera Orden quería que todos se quedaran en sectores bien cartografiados, donde pudieran controlarlos.

Zorii metió los dedos a un compartimento de su cinturón y sacó un pequeño objeto que destellaba bajo el pálido brillo de una lámpara de aceite cercana. Era redondo como una moneda y con rayas, con un puerto de conexión.

Poe silbó admirado.

—Un medallón de capitán de la Primera Orden. Nunca había visto uno de verdad —dijo.

—Libre paso a través de cualquier bloqueo. Privilegios de aterrizaje en cualquier guarnición.

—¿A quién sobornaste? ¿Cuánto pagaste? —preguntó Poe, incrédulo.

Zorii tocó el lado de su máscara. El escudo de su visor se retrajo, y reveló por fin unos ojos verdes sin profundidad y muy espaciados que parecían casi amarillos a la luz de la lámpara. Poe tragó saliva con dificultad. Sus ojos siempre le afectaban de forma extraña.

—¿Quieres venir conmigo? —dijo, sonando repentinamente vulnerable.

Fue un rápido viaje de vuelta a la nave de mando. Kylo Ren no tuvo tiempo suficiente para prepararse. Se detuvo ante la puerta del interrogatorio seis, poniendo en orden sus pensamientos.

Ahora tenía todo el poder, se recordó. El wookiee era su pasado. No significaba nada para él. Abrió la puerta. Chewbacca yacía encadenado a la pared. Miró a Ren con furia en los ojos.

—No he olvidado que me disparaste —dijo Kylo. Esa herida resultó en una derrota a manos de Rey. Si hubiera estado en plena forma, la chatarrera nunca lo habría vencido.

Con un movimiento de la mano de Kylo, los grilletes de Chewbacca se abrieron y se estrellaron contra el suelo. Se quitó el sable de luz del cinturón y lo dejó caer.

—Mátame —lo tentó Kylo—. Estoy desarmado. Ahora es tu oportunidad. Véngate por Han Solo.

Chewbacca nunca había sido estúpido, así que no se movió, pero emitió un gruñido oscuro y bajo.

—¿Sientes eso? —Kylo continuó, despiadado—. Te hace sentir vivo, ¿no? Ese ardor. El Lado Oscuro. Te hace poderoso. Lo entiendes. La chatarrera también lo entenderá.

Sintió una puñalada de miedo del wookiee, por Rey. Kylo sonrió porque acababa de entrar. Chewbacca quería a la chica. Con el tiempo la querría tanto como a Han Solo. Como nunca había querido a Ben. Snoke fue el que le mostró eso. La voz de Kylo crepitaba de rabia.

—¿Cuál es su misión? ¿Adónde va? Dame la respuesta… o la tomaré yo mismo.

Debería haber sido satisfactorio ver a Chewbacca hacer un gesto de miedo. Kylo debería haber sentido placer al conectarse con la Fuerza, al insertarse en la mente del wookiee para arrancarle recuerdos y pensamientos.

En cambio, fue agotador. Vio flashes del wookiee riendo con un Han Solo mucho más joven de lo que él mismo recordaba. Sintió la alegría de Chewbacca cuando su mejor amigo se casó con la mujer que había llegado a querer como a una hermana. Vio al wookiee abrazando a un niño humano, enseñándole a un niño mayor a volar

un speeder, practicando tiro al blanco con un joven, sus blásteres se estrellaban contra un maniquí de rocas. «Tío Chewie», lo llamaba en ese entonces.

Cuando finalmente se alejó del interrogatorio seis sintió náuseas en la boca del estómago. Consiguió lo que necesitaba. Seguramente la sensación de triunfo vendría pronto.

Dentro del taller, Rey vio a Babu operar a
C-3PO.
Había removido la placa craneal del droide de protocolo, y estaba metido hasta los codos en su cabeza. A la distancia, a través de los muros de piedra del edificio, llegaban gritos apagados. Ocasionalmente se escuchaban disparos. Rey no estaba segura de si la Primera Orden estaba destrozando la ciudad para buscarlos, o si era así todo el tiempo.

Miró a Finn, quien se estremecía ante cada sonido de la batalla. No por miedo, sino por empatía. Era una de las personas más amables que había conocido. No, la más amable.

Rey esperó mucho tiempo en Jakku a que sus padres regresaran por ella, marcando los días en la pared metálica de su casa hecha de chatarra de
AT-AT.
Nadie volvió. Tenía vagos recuerdos de Unkar Plutt criándola durante unos años de forma poco entusiasta, con mano dura, antes de echarla al desierto para que se valiera por sí misma cuando era pequeña. Ni siquiera se molestó por saber cómo estaba. Por cuidarla.

Aunque luego conoció a Finn, y después de un corto tiempo juntos, Kylo Ren la capturó y la llevó a la Base Starkiller. Fue entonces cuando Finn hizo algo que nadie en su vida había hecho antes, lo que anhelaba que hicieran sus padres: fue a buscarla. Arriesgando su propia vida. Antes de que nadie supiera que podía blandir un sable de luz o usar la Fuerza ni nada por el estilo. Ella no era nada, solo otra chatarrera de otro planeta olvidado, cuando él arriesgó su vida para salvarla. Y nunca lo olvidaría.

Volaron chispas de la cabeza de
C-3PO
y se sobresaltó. Ya no podía soportar mirar más. Se alejó, apartó la vista y se acurrucó en el suelo. BB-8 se dio la vuelta y le zumbó suavemente. Detrás de él vino
D-O
siguiendo a
BB-8
con entusiasmo, su única rueda chirriando a cada revolución.

Rey agarró una lata de aceite y se dirigió hacia el pequeño droide, quien retrocedió al verla mirarlo con un objeto desconocido en la mano.

—Es solo aceite —dijo suavemente—. No te dolerá. Te lo prometo.

Hux se reunió con Pryde y con el Almirante Griss para seguir al Líder Supremo Kylo Ren mientras se alejaba de la bahía del hangar y de las salas de interrogatorio.

—Quiero que lleven todas las pertenencias del wookiee a mis aposentos.

Hux escondió su sonrisa. Ren prácticamente echaba espuma por la boca. Compartía recuerdos con el copiloto de su padre, y ver al wookiee le provocó algo. Era probable que el Líder Supremo no tuviera la cabeza despejada. Bien.

—Señor —dijo el General Leal Pryde—, los Caballeros de Ren rastrearon a la chatarrera.

Ren se detuvo en seco.

—En un asentamiento llamado Kijimi —añadió el Almirante Griss.

—Están buscando allí ahora —dijo Pryde.

Hux necesitaba entrometerse antes de que sus compañeros trajeran más buenas noticias. Preguntó:

—¿Destruimos la ciudad, Líder…?

Ren alzó un largo dedo frente al rostro de Hux para callarlo.

—Establezca el rumbo hacia Kijimi —dijo—. La quiero viva.

Con sus palabras los despidió, y Kylo Ren se marchó solo. Hux, con las manos detrás de la espalda, lo miró alejarse y se preguntó cómo siempre se las ingeniaba para decir las palabras incorrectas.

La nieve caía y se derretía contra el casco de Zorii. Poe la miró fijamente. ¿Cómo decir que no a ojos como esos? Suspiró. Piensas en todos tus seres queridos: así es como dices que no.

—No puedo abandonar esta guerra —le dijo Poe a Zorii—. No hasta que termine.

Conforme la noche de Kijimi se hacía más fría, Poe recordó algo que Leia le repetía constantemente: «Siempre recluta».

—A la Resistencia le vendría bien una piloto como tú. —En verdad ella era una gran piloto, gracias en gran parte a sus enseñanzas y estímulos—. No nos queda casi nadie.

Cerró la boca de golpe. Admitir lo terrible que se habían vuelto las cosas no era la mejor estrategia de reclutamiento. Era el maldito skordu que le revolvía la cabeza.

—¿Por qué? —Quiso saber—. Se oye hablar de focos de rebelión por todas partes en la galaxia.

—Son cuentos —murmuró mirando sus manos—. Hicimos una llamada de auxilio en la Batalla de Crait. Nadie fue. La Primera Orden provocó que todos tengan tanto miedo… que me temo que tal vez todos se hayan rendido.

Desde entonces, había quedado claro que la Primera Orden controlaba tantas líneas de comunicación, tenía tantas antenas para interferir señales operando en lugares estratégicos de toda la galaxia, que no podían estar seguros de que alguien hubiera oído su llamada de ayuda. Leia y Poe pasaron los meses siguientes tratando de retomar contacto con viejos aliados y amigos, restableciendo comunicaciones, reforzando su red de simpatizantes y espías. Incluso contactaron antiguos imperiales y rescataron algunos de los más importantes objetivos de la Primera Orden que estaban en prisión. Sin embargo, su progreso había sido dolorosamente gradual y Poe no podía sacudirse su mayor temor: que la verdadera razón por la que nadie acudió fue porque todos habían perdido la esperanza.

—Dudo que creas eso —dijo ella. Miró fijamente los picos irregulares de la montaña; a esa hora de la noche parecían enormes cuchillas de sombras—. Te derrotan haciéndote creer que estás solo. ¿Recuerdas? Pero nosotros somos más.

A lo lejos en el oscuro horizonte apareció un puñado de naves, pequeñas al principio, pero cada vez más grandes a medida que se acercaban. Cuando atravesaron los límites de la ciudad se desplegaron y parecían enormes reflectores. Las luces se desplazaban de un lado a otro, iluminando secciones de la ciudad más brillante que el día.

—¿Qué demonios son esos? —Poe preguntó.

Zorii se puso de pie.

—La señal de que deben irse.

Las primeras gotas de lubricante que Rey le aplicó a
D-O
no hicieron absolutamente nada. Estaba más seco que la meseta de Rakith en pleno verano, aunque él daba suaves zumbidos de felicidad, así que ella siguió aplicándolo en la articulación de su cabeza, en el rotor de su llantita, incluso en la base de su matriz de comunicaciones.

—Rueda chirriante —le informó solemnemente—. Yo, yo, yo, yo tengo una rueda chirriante.

—A ver, inténtalo —dijo Rey.

Rodó adelante y atrás para probar. Ni un ruido.

—Chirrido eliminado.

Gritó con alegría desenfrenada, corrió en círculos por el taller, azotando sobre
BB-8

como si lo incitara a jugar.

—Gracias. Muy amable.

Finn se acercó para ver de qué se trataba el alboroto y sonrió. Le dio a Rey un ligero codazo al costado como para decir: «Buen trabajo».

—Finn —dijo Rey sin apartar la mirada del pequeño droide—. Sé dónde he visto… la nave en la que estaba… la nave de Ochi.

Finn se estremeció.

—¿Qué?

Rey respiró hondo. Decirlo en voz alta lo volvía real.

—El día que mis padres se fueron. Estaban en esa nave.

Finn se inclinó hacia ella con el rostro teñido de preocupación. Entendía lo importante que era eso.

—¿Estás segura?

Zorii irrumpió con Poe detrás.

—Los escáneres están llegando —anunció.

—¿Lo conseguimos? —preguntó Poe—. ¿Babu?

Rey y Finn intercambiaron una mirada sorprendida. No podían irse. ¡Babu no había terminado aún!

Otra chispa saltó sobre la cabeza de
C-3PO
y Babu bajó para darle al droide algo de espacio.

—Ay-yep —dijo Babu—. ¡Droide está listo!

Algo dentro de C-3PO parecía ronronear, como si se estuviera encendiendo después de una larga siesta. Sus ojos brillaban con luz, de un rojo espeluznante. Ladeó la cabeza para mirarlos a todos: un movimiento brusco, hosco, casi hostil.

—Es bien —dijo Babu—. ¡Es desbloqueado! ¡Droide desbloqueado!

Rey sintió que el corazón se le encogía. No importaba lo que pasara después, no importaba si tenían éxito, había perdido otro amigo.

El droide que solía ser
C-3PO
se sentó y habló. Sus entonadores vocales tenían una nueva y extraña modulación oscura y baja.

—El orientador del Emperador —dijo— está custodiado dentro de las bóvedas imperiales. En delta-tres-seis transitorio nueve-tres-seis rumbo
tres-dos
en una luna del sistema Endor. Desde la costa sur. Solo esta daga lo dice, solo esta daga lo dice…

El droide se sacudió y se desplomó como si se apagara. Sus ojos se oscurecieron. Su cuerpo se calmó.

«Ay, C-3PO, lo siento mucho», pensó Rey.

—¿El sistema Endor? —preguntó Finn—. ¿Donde terminó la última guerra?

—¡Endor! —Babu se entusiasmó—. Yo sé esto. Babu ayudará.

El pequeño droidero empezó a buscar algo, pero todo el taller comenzó a temblar. Pernos y tornillos caían de los estantes. Las patas del droide de batalla que colgaban del techo se balanceaban violentamente.

Poe corrió a la ventana más cercana y Rey lo siguió. Juntos se asomaron a la noche. Un enorme destructor estelar descendía sobre las montañas y oscurecía el cielo. El rugido de sus propulsores sacudió la ciudad, arrojó basura y nieve suelta, creó un caos.

—El destructor de Ren —dijo Poe.

Los había encontrado de nuevo. Rey se alistó para huir. Si corrían en ese preciso instante hasta el carguero de Ochi, podrían tener una oportunidad. Estaba a punto de decir eso, pero en lugar de ello contuvo un grito ahogado.

Kylo Ren estaba cerca. Su perversa mente se enfocaba en la tortura. Le había arrancado los pensamientos a alguien de la misma manera que había intentado arrancar los suyos cuando se conocieron, excepto que con resultados mucho mayores… Se le revolvió el estómago.

—¿Rey? —inquirió Finn.

—Chewie…

Ren le había hecho algo. Recientemente. Tal vez hacía tan solo unos momentos.

—¿Qué pasa con él?

—Está en la nave de Ren. —Después de todo, no había matado a Chewie. Todavía podría salvarlo—. ¡Está vivo! ¡Puedo sentirlo! Finn, ¡debe haber estado en un transporte diferente!

—¡Tenemos que ir a buscarlo! —exclamó Finn.

La voz de Zorii salió casi como un chillido.

—¿Tu amigo está en esa basura espacial?

—Supongo que sí —dijo Poe con voz tan alegre como la de Rey.

Algo en el interior del taller retumbó, y todos se arremolinaron. La mano de Poe voló hacia su pistola. Era C-3PO, reiniciando. Sus ojos brillaban con un familiar color oro.

—¡Permítame presentarme! ¡Yo soy
C-3PO,
relaciones cibernético-humanas! ¿Y ustedes son…?

—Bien, esto va a ser un problema —dijo Poe, pero el alivio de Rey fue como un puñetazo en el estómago. El droide estaba de vuelta y de

alguna forma se parecía a su antiguo yo.

—Hoooooola —dijo Babu—. Yo, Babu Frik.

—Tienen problemas más grandes —les recordó Zorii—. A los callejones. ¡Vamos!

Mientras Poe y sus amigos se precipitaban por las retorcidas calles de la ciudad de Kijimi y se agachaban para evitar a los soldados, se escuchaban por todas partes los sonidos de la persecución. Sin embargo, su grupo era tan rápido como su integrante más lento:
C-3PO.
Siempre C-3PO, arrastrando los pies a la mitad de la velocidad de todos los demás. Si Leia estuviera ahí, sin duda sacaría una lección de liderazgo de la situación. Pero no estaba ahí.

—¡C-3PO, mueve tu trasero metálico! —gritó Poe.

—¡Cómo se atreve! —exclamó el droide—. ¡Nos acabamos de conocer!

Doblaron una esquina. El carguero de Ochi estaba en línea recta, y el pecho de Poe estaba repentinamente dolorido y vacío. Al menos esa vez no se iría sin despedirse. Zorii y Rey intercambiaron un gesto de asentimiento, y luego de mutuo acuerdo, Rey corrió con Finn y los droides para darles un momento a solas. Zorii sacó el medallón de capitán de su cinturón y se lo entregó.

—Puede que te permita subir a una nave capital —comentó—. Ve a ayudar a tu amigo.

Poe miró fijamente el medallón, con aliento contenido. El hecho de que Zorii se negara a hablar de su adquisición significaba que había hecho cosas indecibles para obtenerla.

—No creo que pueda aceptar esto.

—No me importa lo que creas.

Poe sonrió. Seguía siendo la misma Zorii.

—¡Poe! —lo llamó Rey—. Son los caballeros. ¡Vamos!

Poe tomó el medallón, pero no podía moverse. ¿Cómo podía dejar de nuevo a Zorii? ¿Qué se decía en un momento como ese?

—¿Puedo besarte? —Se conformó con decir.

—Vete —ordenó ella dándole un empujón en el pecho, pero él notó claramente la diversión en su voz.

A regañadientes, sonriendo un poco, se alejó de Zorii y corrió tras sus amigos.

CAPÍTULO 10

Finn siguió a Poe y a Rey mientras corrían hacia la cabina. Rey fue directo al asiento del piloto y Poe se deslizó al asiento de al lado. Ambos comenzaron a accionar una vertiginosa cantidad de interruptores. Las luces se encendieron y los motores vibraron de vuelta a la vida. Finn trató de poner atención. A diferencia de Rey y Poe, no era un piloto innato; aun así, se suponía que debía aprender algo al respecto. Leia esperaba que, si había necesidad, cada integrante de su unidad central fuera capaz de conducir una nave.

—Agárrense fuerte —dijo Poe—. Va a ser una salida difícil.

En el *Halcón*, una «salida difícil» significaba que era mejor que Finn tomara su puesto en la torreta, pero en el *Bestoon Legacy* no había nada que un tercer pasajero pudiera hacer; la cabina de mando ni siquiera tenía lugar para sentarse. Hasta que hubiera algo a lo que pudiera dispararle, Finn tendría que conformarse con agarrarse fuerte y darles ánimos. Al fin y al cabo era bueno para animar. Podía hacerlo todo el día.

—Oigan, los dos lo están haciendo increíble —comentó.

Rey los levantó del planeta en un ángulo tan vertiginoso y abrupto que los compensadores de aceleración no impidieron que el estómago de Finn se le cayera hasta los pies y golpeara el piso como si fuera de plomo. En pocos momentos habían atravesado la atmósfera y estaban acercándose rápidamente al gigantesco destructor estelar que seguramente era la nave de mando de Kylo Ren. ¿Cómo es que siempre terminaba volando hacia naves de la Primera Orden?

Rey metió en la ranura del tablero el medallón de capitán que les había dado Zorii. BB-8 y
D-O
entraron en la cabina, por lo que se redujo el espacio pero a Finn no le importó. Cuando uno está a punto de colarse, una vez más, a bordo de una nave enemiga, el corazón se acelera y los pies se agitan para huir, es de ayuda que algo bloquee la salida.

Todos en la cabina guardaban un silencio sepulcral esperando ver si volaban en pedazos. Se oyó un bip y los hombros de Poe se

relajaron.

—El medallón funciona —dijo Poe—. Hangar de carga número doce, despejado.

—Resiste, Chewie —murmuró Rey—. Ya vamos.

—Quienquiera que sea ese Chewie —repuso
C-3PO
—, esto es una locura.

En otro tiempo, Finn habría estado de acuerdo con el droide, pero eso fue antes de que tuviera amigos.

El tráfico se hacía pesado con naves de suministro, cazas TIE y transbordadores aterrizaban y despegaban desde los distintos hangares. Rey los dirigió hábilmente hacia uno de ellos al desacelerar a la velocidad reglamentaria y deslizarse a través del campo de contención hasta aterrizar el carguero en el reluciente suelo del hangar con un leve roce.

Descendieron juntos por la rampa. Dos troopers patrulleros se acercaron caminando al mismo tiempo. Uno exigió: —Credenciales y manifiest…

Finn y Poe dispararon y ambos troopers cayeron al suelo. Lo bueno era que querían ser sigilosos. Rey volteó hacia los droides, quienes intentaban seguirlos.

—Ustedes tres, quédense aquí.

—Con gusto —respondió
C-3PO.

—¿Por dónde? —preguntó Poe.

—No tengo idea. ¡Síganme! —exclamó Finn, pues tenía un presentimiento.

Además, había un patrón de construcción y organización en la Primera Orden que era universal para toda la flota. Si Finn avanzaba un poco, podría averiguar hacia dónde ir.

Corrieron por el pasillo. Al igual que en la Base Starkiller, los pisos lucían impecables; los paneles de luz, los puertos de datos e incluso los puntales de soporte brillaban como nuevos con su tecnología de punta. Finn sabía exactamente cuánto trabajo costaba que todo se viera justo como si acabara de salir de una línea de ensamblaje de Corellia. Él prefería el lodo, las hojas secas y las raíces de los árboles que invadían la base de Ajan Kloss. Dieron vuelta en una esquina y quedaron cara a cara frente a otro par de troopers patrulleros, quienes levantaron sus blásteres.

—¡Suelten sus armas! —ordenó uno.

Finn no quería matar a nadie más. Dejar un rastro de cuerpos por toda la nave solo haría mucho más difícil rescatar a Chewie y escapar,

pero si no tenía otra opción… Puso su dedo en el gatillo.

—Está bien que estemos aquí —dijo Rey con voz fuerte y tranquila.

Finn contuvo el aliento.

—Está bien que estén aquí —repitió en eco el stormtrooper.

El otro trooper asintió.

—No hay problema —añadió.

—Les da gusto vernos —dijo Rey.

—¡Qué bueno que llegaron! —respondió el primer trooper aflojando los hombros.

—¡Bienvenidos! —dijo el segundo.

Poe se inclinó y le murmuró a Finn al oído:

—¿Ha hecho eso con nosotros?

Claro que no. Ella nunca… bueno, espera, por supuesto que lo haría. Para protegerlos. Para evitar que uno de ellos la siguiera al desierto y fuera atropellado por el silenciador de Kylo Ren. «¡Rayos!».

—Buscamos a un prisionero —repuso Rey.

Los stormtroopers les indicaron con gusto el camino hacia el bloque de celdas donde estaba cautivo Chewie. Cuando los patrulleros retomaron su ronda, Finn y sus amigos salieron corriendo. En segundos llegaron a una bifurcación, tal como los troopers lo habían descrito. Rey se detuvo sobre sus pasos, y a Finn le retumbó el corazón dentro del pecho. Conocía esa mirada. Significaba que estaba a punto de cambiar de plan.

—Chewie está por aquí —le recordó.

Casi para sus adentros, Rey dijo:

—La daga está en esta nave. La necesitamos.

—¿Por qué? —preguntó Poe.

C-3PO ya la había traducido y ya les había dado las coordenadas del orientador del Emperador.

—Lo presiento —contestó Rey.

—Rey, no puedes…

Poe tomó a Finn del brazo para que callara.

—Los veré en el hangar —indicó Rey.

La chica se esfumó antes de que cualquiera de los dos protestara.

—Chewie —le recordó Poe a Finn; este asintió y corrieron juntos por el pasillo.

Zorii Bliss yacía agazapada en la azotea de la Casa Gremial de Kozinarg. Espiaba al escuadrón de snowtroopers reunido en las escaleras que conducían a la Puerta del Monje. Su pie izquierdo resbaló en las empinadas baldosas congeladas y desplazó algo de nieve, que cayó del techo y golpeó el pie de un snowtrooper. Zorii quedó congelada y apenas se atrevió a respirar. El trooper dio una

leve patada para quitarse la nieve del pie, pero por lo demás no reaccionó.

Lentamente y con cautela, Zorii se agachó hacia la suela de sus botas para accionar un pequeño interruptor instalado en el arco. Salieron los picos, unas estrellitas metálicas de agarre que hacían mucho más ruido al caminar, pero se clavaban en el hielo más duro para evitar que se resbalara del techo. También eran fantásticos para pelear. Ya en posición segura, Zorii se inclinó hacia adelante para oír mejor.

Un humanoide alto, vestido de negro, con un extraño casco y una larga capa, se acercó a los stormtroopers. A sus espaldas había un grupo de guerreros vestidos de forma similar. Zorii no podía ver sus caras, pero sus armas eran imponentes. Uno llevaba un hacha con un mango largo y pesado más alto que él. Otro, un garrote gigante. Otro más, una siniestra guadaña de la cual escurría algo oscuro y viscoso. Más que guerreros parecían carniceros.

En cuanto se aproximó el hombre de negro, el oficial del escuadrón se puso firme ante él.

—Líder Supremo.

Zorii apenas logró contener el aliento. El hombre parado ahí abajo con su banda de carniceros era el mismísimo Kylo Ren, el responsable de todo el horror que había presenciado en los últimos meses.

—Teniente Barok —respondió el Líder Supremo. Su voz era firme y tranquila, aunque Zorii tenía el presentimiento de que apenas si podía contener la rabia. Ren miró a su alrededor, casi como si estuviera olfateando algo en el aire.

—Trazamos un perímetro alrededor de la ciudad —comenzó el teniente, pero Kylo Ren lo interrumpió.

—Llegamos tarde —reclamó—. La chatarrera escapó.

La chatarrera… ¿Por qué el Líder Supremo de la Primera Orden estaba ahí específicamente por la chica que Zorii acababa de conocer? Rey era extraordinaria, eso estaba claro. Su sable de luz, su habilidad para pelear… ¿En qué se había metido Poe?

Ella no podía perder más tiempo preocupándose por ese pastor de nerfs. El teniente había mencionado un «perímetro» alrededor de la ciudad y eso era bastante malo. Tan pronto como los troopers de la Primera Orden se fueran de la Puerta de los Monjes, Zorii regresaría a toda prisa a la guarida de los traficantes de especias para decirle a su gente que…

De pronto, el Líder Supremo Kylo Ren sacó un sable de luz que chisporroteaba y esparcía una brillante luz roja. Lo blandió de un lado a otro con furia, derribó una columna de piedra y partió en dos una

lámpara de aceite de neehwa. El escuadrón de troopers se escondió de su ira; en cambio, sus carniceros lo miraron entretenidos.

Cuando Ren terminó, las rocas y los restos de la linterna yacían esparcidos por el suelo; el agua derretida que se acumulaba debajo de ellos volvía a congelarse en las orillas.

—Alguien la ayudó —dijo el Líder Supremo, otra vez su voz era tranquila—. Encuéntrenlos y destrúyanlos.

Zorii modificó su plan. Ahora tendría que escabullirse hasta la guarida de los traficantes de especias, pero en lugar de decirles que cobraran algunos favores y abrieran las rutas de contrabando de emergencia, les ordenaría que se largaran de la ciudad.

Finn y Poe llegaron hasta el bloque de celdas de los prisioneros y encontraron la prisión donde se suponía que estaba preso Chewie. Finn golpeó el interruptor y la puerta se abrió zumbando para mostrar al wookiee esposado a la pared. Este gruñó y gimió entusiasmado, demasiado rápido como para que Finn pudiera seguir el hilo de su discurso con su rudimentaria comprensión del shyriiwook. Solo alcanzó a entender «sorprendido», «peligro» y «gran alegría».

—¡Claro que vinimos por ti! —dijo Poe.

Chewie le gruñó una pregunta.

—Rey está aquí —respondió Finn—. Fue por la daga.

Chewbacca empezó a parlotear, decía algo acerca de Kylo Ren, de cierta información y cuán apenado estaba, pero no tenían tiempo para eso. A la Primera Orden le tomaría solo unos momentos darse cuenta de que el carguero de Ochi no pertenecía al hangar doce, si no es que ya lo habían descubierto. Y una vez que eso sucediera, incluso los stormtroopers que estuvieran fuera de servicio serían convocados para buscar a los intrusos. Finn había pasado por esa rutina cientos de veces.

—Tenemos la nave de Ochi —interrumpió Finn a Chewbacca—. Síganme.

Corrió por el pasillo hasta una puerta y accionó el botón. La puerta zumbó y dejó ver a un stormtrooper que levantaba su bláster. Finn volvió a presionar el botón para azotar la puerta.

—¡No era por aquí!

Corrieron en dirección contraria y se toparon con otro stormtrooper, quien abrió fuego. Lo tomaron por sorpresa, así que sus primeros disparos fallaron.

—Tampoco por aquí, ¿verdad? —dijo Poe mientras eliminaba al stormtrooper.

Se inclinó sobre el trooper muerto, sacó el bláster que había quedado bajo su cuerpo y lo deslizó por el suelo hacia Chewie. El

wookiee lo tomó y lo acomodó justo a tiempo para dispararles a dos stormtroopers que habían llegado por detrás de ellos. Dieron vuelta en una esquina y casi chocan con un escuadrón completo. Empuñaron los rifles y el corredor se llenó de disparos láser. Poe cayó al suelo y Finn miró horrorizado que su amigo se apretaba el brazo por el dolor.

—¡Poe! —gritó.

El brazo del piloto yacía chamuscado y purulento. Necesitaba atención médica inmediata. De pronto estaban rodeados de troopers, demasiados como para que los tres pudieran defenderse.

—¡Manos arriba! Suelten las armas. ¡Ya!

Finn levantó las manos para entregarse. Sabía exactamente lo que sucedería a continuación: interrogatorio y ejecución. Ya antes había estado al borde de la ejecución, en el *Supremacy*, amenazado por Phasma. Nadie podía esperar salir de una situación como esa más de una vez.

—Hola, amigos —exclamó Poe.

—Cállate, escoria —dijo uno de los stormtroopers con una voz que a Finn le recordaba tanto a Phasma que tuvo que aguantarse las ganas de contestar.

Finn esperaba que a Rey le estuviera yendo mejor. Si ella encontraba la daga y regresaba a la nave, la misión todavía tenía una oportunidad.

Rey entró en un espacio blanco y brillante, perfectamente limpio con techos altos. Eran los aposentos de Kylo Ren. Avanzó despacio, con cuidado, aún atraída por la daga. La habitación era hermosa y estaba llena de luz, pero desprovista de calidez. Como si a él no le importara nada ni nadie.

O tal vez eso no era del todo cierto, porque a unos pocos pasos más dio con un pedestal profundamente negro que contrastaba con todo alrededor, y resaltaba en el suelo blanco y reluciente. Era un sitio de honor.

Encima del pedestal había una máscara negra deformada, con los ojos y el vocoder aún abiertos, pero derretidos como cera caliente, desparramados en señal de perpetua agonía. Rey la miró fijamente mucho tiempo, demasiado, incapaz de mirar a otro lado. Ya había visto esa máscara en los pensamientos de Ren, cuando este intentó extraer el mapa de Luke de su mente en la Base Starkiller. Le había pertenecido a su abuelo.

Sin embargo, Rey no había ido allí por esa horrible máscara y no quería tener nada que ver con ella. Miró alrededor y… ¡ahí estaba! En una mesa frente al pedestal yacían las cosas de Chewie: su ballesta, su morral y la daga de Ochi.

Rey tomó la daga. Puso sus dedos alrededor de la empuñadura y tuvo una visión: Gritos. Una mujer llamándola: «¡Rey!». El motor de una nave que ruge…

—No —susurró Rey, a pesar de que las piezas de un eterno rompecabezas empezaban a embonar en su mente. Había soñado con averiguar algo acerca de sus padres, pero conforme la información comenzó a aclararse dentro de ella, finalmente consideró que quizá sería mejor no saberlo.

El piso se movió debajo de sus pies y el aire se oscureció. Lo que empezó como una visión de la Fuerza ahora se convertía en una conexión.

—¿Dónde estás? —le llegó la voz de Kylo Ren.

Rey se dio vuelta. Ren estaba solo ante ella, enmascarado, rodeado de oscuridad. La nieve empolvaba su capa.

—No eres fácil de encontrar —le dijo.

—Ni tú de eliminar. —Empezó a alejarse, él no merecía ni un minuto de su tiempo.

—Te presioné en el desierto porque tenía que verlo. Quería que tú lo vieras; quién eres. Conozco el resto de tu historia. Rey…

Ella volvió a girar. Levantó su sable de luz y lo dirigió a la garganta de Ren.

—No es cierto.

—Jamás te he mentido.

Ah, pero sí la había engatusado. Las palabras de Kylo siempre tenían un componente verdadero, incluso cuando su intención era la falsedad absoluta.

—Tus padres no eran nadie —continuó—. Así lo eligieron para mantenerte a salvo.

—¡Ya cállate! —le respondió con los dientes apretados. Detestaba eso, que él supiera algo sobre ella que ella misma no sabía, y que fuera precisamente él quien se lo dijera.

—Recuerdas más de lo que dices. —Conforme ella retrocedía, él le recordó—: Yo estuve en tu mente.

—No quiero oírte. —Y en verdad no quería. No quería oírlo de él.

—Busca en tus recuerdos —le exigió.

—¡No!

Ella blandió su sable de luz. Él sacó el suyo y ambos chocaron, azul contra rojo.

—Recuérdalos —le respondió implacable—. Míralos.

Una hermosa mujer con una capucha azul y lágrimas en sus grandes ojos marrones abraza a una pequeña niña contra su pecho.

—Lo sé, mi amor. Rey, sé valiente.

Un joven con barba de pocos días mira a la pequeña con mucho amor, esperanza y desesperación.

—Aquí estarás a salvo. Te lo prometo.

El Bestoon Legacy *despega y desaparece en el claro cielo de Jakku.*

—¡Vuelvan! —llora la pequeña, pero Unkar ya la jalaba del brazo para apartarla de la última imagen de sus padres.

Rey se apartó de la visión mientras empujaba el sable de luz de Kylo y lo hacía retroceder.

—Te vendieron para protegerte —dijo Kylo.

Se rodearon el uno al otro.

—Ya no hables.

—Yo sé lo que les pasó.

Su ecuanimidad era desesperante. Ella se abalanzó sobre él, lo golpeó y le asestó una serie de estocadas. Ya era más rápida. Su sable de luz era más una extensión de su cuerpo que un arma aparte, pero él la contrarrestó fácilmente.

Rey dio un tajo, él lo esquivó. El sable de luz atravesó una canasta. Las moras rojas salieron de la nada, esparcidas, más brillantes que la sangre contra… ¿el piso blanco de los aposentos de Ren?

Estaban juntos y separados, cada uno en la mente y el espacio del otro, pero a Rey no le importaba, solo quería asestarle un golpe, hacerle daño. Sus sables crepitaron con el impacto mientras luchaban acercándose a la máscara de Vader.

—Dime dónde estás —exigió Kylo—. No conoces toda la historia.

Rey lo atacó una vez más. La esquivó, retrocedió para hacer espacio.

—Palpatine hizo que se llevaran a tus padres —le explicó como un maestro paciente, como si no estuvieran en la pelea de sus vidas—. Te estaba buscando, pero se negaron a revelarle tu paradero.

Ella lo rodeó lentamente tratando de encontrar una entrada. Lo que fuera necesario para hacerlo callar.

—Así que dio la orden.

Una visión inundó de nuevo su mente y Rey quedó indefensa ante ella: *Ochi de Bestoon, con su ojo negro, levantando su horrible daga*.

La madre de Rey suplicando al asesino.

—¡Ella no está en Jakku! Se fue… ¡No!

Ochi clavando la daga en el vientre de su padre. El grito de angustia de su madre convertido en un abrupto silencio.

—¡No! —gritó Rey, lanzándose sobre Kylo.

Sus sables chocaron, zumbaron con el impacto, y de golpe ella vislumbró la posición de él, o tal vez estuvo allí por una fracción de segundo; el techo de piedra sombrío, el aire helado. Kijimi. Quizá no

la había alcanzado solo por instantes.

No conseguía burlar su guardia, así que blandió su sable a ciegas, desesperada. Él se movió para bloquearla. El pedestal se hizo trizas. La máscara de Darth Vader cayó al suelo… y desapareció.

—Así que ahí estás —dijo Kylo, mirando hacia abajo, seguramente viendo la máscara—. ¿Sabes por qué el Emperador siempre ha querido matarte?

—No —replicó ella, pero la confusión de su rostro era la única respuesta que él necesitaba. Una inmensa satisfacción tiñó su voz mientras afirmaba: —Iré a decírtelo.

Rey dio varios pasos hacia atrás. Pero ¿qué había hecho? Se dejó llevar por su ira. Se dejó distraer. Ahora Ren sabía con toda precisión dónde estaban ella y sus amigos.

Pensaba que él renovaría el ataque, pero no. Hubo un silencio. La visión de Ren desapareció. La respiración de Rey resonaba en sus oídos. Los negros restos del pedestal destrozado yacían esparcidos a sus pies.

«¿Qué acaba de pasar?».

No había tiempo. Tenía que sacarlos a todos de esa nave de inmediato, antes de que Ren regresara. Levantó la daga, tomó las cosas de Chewie y corrió hacia el carguero.

A Zorii le tomó cerca de media hora llegar a la guarida de los traficantes de especias, a pesar de que normalmente era una caminata de diez minutos desde la Puerta del Monje. Había snowtroopers por todas partes pateando puertas, arrestando a todos a punta de bláster para interrogarlos sobre la chatarrera. Por eso Zorii se vio obligada a avanzar de techo en techo, agachándose detrás de las chimeneas de ventilación y de los tanques de combustible cada vez que una nave escáner pasaba cerca.

Llegó a la guarida a través del Monasterio, una cantina clandestina del Barrio de los Ladrones. Sus traficantes de especias tenían un acuerdo con el dueño del Monasterio: acceso ilimitado a la cava a cambio de un buen descuento en especias.

La puerta secreta del sótano la arrojó al área principal, con sofás manchados que rodeaban un horno que crujía. Se sintió muy aliviada al ver que muchos de los de su banda ya estaban allí.

—¡Zorii! —exclamó Lluda, una joven humana de cabello blanco muy corto y buena mano para cortar. Sus padres habían sido asesinados por la Hermandad de Espaciales Lantillianos. Los traficantes de especias se la habían llevado cuando la atraparon cortando identichips. Era una chica útil—. Me estaba preocupando. Todo está mal allá afuera.

—Sí, todo está mal —coincidió Zorii.

—¿Qué hacemos?

—Zorii —se oyó una voz más baja y ronca; ella volteó.

—Jarraban —le dijo al traficante alto y bigotón—. Justamente a quien quería ver. La Primera Orden tiene sitiada la ciudad. Están buscando…

—A tu noviecito —dijo poniéndose delante de su cara.

—No es mi no…

—Por su culpa dejaste a Vicii y Vibbo inconscientes en un callejón.

¡Rayos! Las noticias volaban.

Los dos seres (Vicii y Vibbo) dieron un paso al frente con las mandíbulas manchadas de ira y sangre. Definitivamente Rey les había dado una buena paliza con su báculo.

—No tuve otra opción. Una chica me puso su sable de luz en la garganta. Regresé tan pronto como pude.

Jarraban volteó a ver a Vicii y a Vibbo.

—¿Fue eso lo que pasó?

Se miraron uno al otro. Se encogieron de hombros.

—Creo que para entonces yo ya estaba inconsciente —admitió Vicii.

—Ni siquiera recuerdo haber vuelto a la guarida —añadió Vibbo.

Zorii los fulminó con la mirada.

—Qué bueno que tuvimos esta conversación. ¡Ahora escuchen todos! —les contó que el Líder Supremo sitió la ciudad y ordenó que la pusieran de cabeza—. Está buscando aliados de la Resistencia. Me temo que Poe Dameron era uno de los nuestros y los atrajo a nuestras puertas. Así que debemos irnos. Todos. Ya mismo.

Jarraban se hundió en un sofá mullido y desvencijado y puso la cara entre las manos.

—Debemos dispersarnos. Nos reuniremos cuando las cosas se calmen. ¿Cuántas naves tenemos?

—Las hermanas Voyam salieron a hacer un encargo —le recordó Lluda—. Se llevaron el carguero y el caza de apoyo.

—Eso nos deja tres naves —respondió Jarraban—. Para más de veinte personas.

—Puedo esconderme por un tiempo —dijo Vibbo—. Conozco un lugar.

—Diecinueve personas —corrigió Jarraban.

—Puedo llevarme a Lluda en mi
Y-Wing
—agregó Zorii—. Será un viaje apretado e incómodo, pero nos las arreglaremos.

—Gracias, Zorii —dijo Lluda.

—Diecisiete personas.

—Carib Diss me debe un favor —comentó Vicii—. Le ayudé a cobrar una buena recompensa la semana pasada. En su nave caben tres pasajeros.

—Catorce…

Golpes en la puerta. Disparos que hicieron temblar todo el edificio.

—Esos no fueron blásteres de mano —comentó Lluda bajando la voz.

—Un caminante acaba de atravesar la puerta principal —anunció Zorii—. Tomen sus cosas y dispérsense. Lluda, te veo en mi
Y-Wing;
sabes dónde la aterrizo, ¿cierto?

La cara de la chica se congeló de miedo, pero, tras desperdiciar unos valiosos segundos, asintió.

—Perfecto, ¡vámonos! —gritó Zorii y su gente salió corriendo. Ella regresó a la entrada secreta del Monasterio murmurando—: ¿En qué me metiste, Dameron?

No pasó mucho tiempo para que los oficiales de la Primera Orden aparecieran en escena. Finn le lanzó una mirada fulminante al General Hux mientras se aproximaba. No conocía al otro, un tipo delgado y serio con el ceño eternamente fruncido y mirada azul penetrante. La diferencia entre las insignias de la Primera Orden era sutil, pero Finn conocía todos los rangos. Ese hombre llevaba algunos pliegues extra sobre los hombros y una banda doble en el antebrazo. No podía ser otro sino el General Leal Pryde, superado en rango solo por el Líder Supremo. Estaban completamente acabados.

—La chica no está con ellos —anunció uno de los stormtroopers que los tenía prisioneros.

El General Leal Pryde se veía aburrido.

—Llévenselos. Elimínenlos.

Finn no lo podía creer. ¿Sin interrogatorio? ¿Ni siquiera una pregunta del General Leal? ¿Por qué era tan importante Rey como para que desperdiciaran la oportunidad de obtener información sobre la Resistencia directamente de sus principales líderes?

Hux caminó hacia Finn, tan de cerca que este pudo sentir el aliento caliente del general en su piel. Se miraron fijamente a los ojos.

—Por fin —dijo Hux.

Si Finn recibiera un crédito por cada persona que quería matarlo tras haber desertado de la Primera Orden… Pues bien, no sentía remordimientos, sin importar lo que pasara después.

Pryde se fue, pero Hux los siguió de cerca mientras los

stormtroopers les clavaban los blásteres en la espalda y los empujaban por el pasillo hacia la sala de ejecución.

Era una sala pequeña con tuberías en las paredes. Una vez que los mataran, las tuberías liberarían calor y toxinas para deshacer sus restos, luego aspirarían todo para dejar una habitación perfectamente esterilizada. Cualquier rastro de su existencia sería borrado.

—Voltéense —ordenó un stormtrooper.

Quedaron mirando a la pared.

—De hecho, me gustaría hacerlo yo mismo —dijo Hux, y Finn escuchó el clic de un bláster que reconocía una nueva huella de identificación.

De pronto Finn se dio cuenta de que sí tenía un remordimiento: no iba a poder ver a Rey por última vez para decirle…

—¿Qué le ibas a decir a Rey? —preguntó Poe, como si leyera su mente—. En los túneles.

—¿Sigues con eso? —Finn esperaba lo inevitable.

—Discúlpame, ¿es un mal momento? —respondió Poe.

Finn asintió.

—De hecho, sí es un mal momento, el peor.

Chewie se quejó de que moriría hambriento.

—Supongo que lo dejamos para después, ¿no? —dijo Poe—. Si quieres decir algo, este no es el peor momento.

Se escuchó el chillido de un bláster.

La muerte no llegó. Finn abrió los ojos y se dio vuelta.

Hux estaba parado junto a los cadáveres de los stormtroopers, la punta de su bláster echaba humo después de una ráfaga de disparos en la configuración más alta.

—Yo soy el espía —anunció Hux.

—¿Qué? —dijo Poe.

—¿Tú? —añadió Finn.

—No nos queda mucho tiempo —dijo Hux.

Finn, Poe y Chewie quedaron boquiabiertos.

—¡Lo sabía! —exclamó Poe, apuntando con el índice a la cara de Hux.

—¡Claro que no! —replicó Finn poniendo los ojos en blanco, lo cual era un gesto malintencionado, pero ¿a quién le importaba? Estaban vivos.

CAPÍTULO 11

Rey se asomó por una esquina. Los stormtroopers interrogaban a los droides afuera de la nave. Por primera vez le dio gusto que a
C-3PO
le hubieran borrado la memoria. Confiaba en que
BB-8
no diría nada, pero
D-O
era una interrogante.

—¿Cuál es tu código de operación? —le preguntó un stormtrooper a
C-3PO.

El droide respondió con una maraña de sílabas incomprensibles.

—¡Eso ni siquiera es un idioma! —se quejó el soldado.

Rey tardó un momento en concentrarse, apuntar su arma y disparar… uno, dos, tres tiros: los tres en el blanco. Los stormtroopers se desplomaron y Rey corrió hacia el carguero.

—¡Vaya! —exclamó C-3PO—. Jamás había estado en un combate láser.

Rey estaba casi en la rampa de entrada cuando sintió una presencia conocida. Kylo.

—¿Dónde están los demás? —le preguntó al droide.

—No han regresado.

Un caza TIE rugió en la bahía del hangar y aterrizó con estruendo. Él iba en esa nave y estaba buscándola.

Le dio a C-3PO todo lo que traía (su báculo, la daga, el morral de Chewie) y les gritó a los droides:

—¡Encuéntrenlos! ¡Pronto! —Para ellos sería mejor arriesgarse a entrar en el laberinto de un destructor estelar que enfrentar a Kylo Ren.

Rey estaba más o menos atenta a que
C-3PO
saliera corriendo del hangar con
BB-8

y
D-O
tras él, mientras respiraba profundo y avanzaba hacia el caza. Se abrió la escotilla y apareció Kylo. Su cara se escondía detrás de la máscara; la capa le llegaba a los talones.

Hux tenía buenas noticias para Finn y Poe: la Primera Orden se había apropiado del *Halcón Milenario* y estaba justo ahí en el *Steadfast*. Finn casi no podía creer su suerte.

Sin embargo, también había malas noticias: estaba programada su incineración por órdenes del Líder Supremo Kylo Ren. Podían salvar la nave y escapar en ella pero debían darse prisa; no podrían ir por los droides. Finn hallaría la forma de regresar por ellos, y también por Rey.

El General Hux los condujo hasta la nave. Pasaron junto a varios oficiales, stormtroopers, droides y tripulación de mantenimiento, y aunque el gigantesco y peludo wookiee de vez en cuando provocó que algunos voltearan, la presencia de Hux les brindó acceso libre por los pasillos de la nave.

—¡Miren! —Les llegó desde atrás una voz mecánica conocida—. ¡Ahí están!

Finn volteó. ¡Era C-3PO! Se veía ridículo con la cartuchera de Chewie y llevando el morral y la ballesta del wookiee. Con él iban
BB-8
y el pequeño droide con cabeza de cono.

—¡Amigos! —dijo el cabeza de cono.

Poe se veía tan aliviado como Finn.

—BB-8, C-3PO, apúrense —apremió el piloto.

Hux los empujó hacia una puerta.

—Apagué los inhibidores —les dijo Hux—. Solo tienen unos segundos.

El general abrió la puerta y pudieron ver el *Halcón*, sin un rasguño salvo por la entrada, que era una impresionante maraña de cables chamuscados. No había de qué preocuparse, Rose pondría a funcionar esa cerradura en muy poco tiempo.

—Ahí está —dijo Poe—. Es una sobreviviente.

Se dirigieron a la nave pero Finn sintió una mano en su hombro.

—¡Aguarda! —dijo Hux—. Dispárame en el brazo, rápido.

—¿Qué?

—Si no, se darán cuenta.

Finn levantó su bláster.

—Podría matarte —dijo Finn sopesando la idea y dándole algunas vueltas.

No le gustaba matar; ni siquiera había disfrutado ver a Phasma caer entre los escombros en llamas del *Supremacy*. Quizá podría hacer una excepción con Hux.

—Me necesitan —le respondió Hux.

Era cierto, pero de todas formas Finn podía hacer que le doliera. Le disparó a Hux en la pierna, haciéndole tanto daño como pudo. Hux gruñó y el sudor brotó de su cara, que de pronto se había puesto roja.

—¿Por qué nos ayudas? —le preguntó Finn.

Hux odiaba a la Resistencia. Los odiaba a todos, Finn estaba seguro de eso.

—No me importa que ganen —soltó Hux en medio del dolor—. Quiero que Kylo Ren pierda.

Rey y Kylo se rodearon el uno al otro como lobos que se acechan, lenta e intensamente. Se formó un público a su alrededor conforme los stormtroopers entraban en el hangar para mirar.

Él iba a decirle algo importante. Ella estaba desesperada por escucharlo. Tal vez solo debiera matarlo o quizá debería escapar.

Recordó lo que le había dicho Leia: «Nunca tengas miedo de ser quien eres». Se lo dijo mientras la abrazaba cariñosamente, sin juzgarla en lo más mínimo, simplemente con aceptación. El recuerdo la llenó de determinación, de fuerza; así que preguntó:

—¿Por qué me buscaba el Emperador? ¿Por qué quería matar a una niña? Dime.

Él dio un paso hacia ella.

—Porque vio en lo que te convertirías. No solo tienes poder, tienes su poder.

El miedo era un oscuro miasma que la inundaba hasta provocarle asco. Sabía lo que le iba a decir. Lo sabía.

—Eres su nieta. Eres una Palpatine.

Dejó que sus palabras se asentaran un momento. Ella retrocedió hacia la entrada del hangar, lejos de sus palabras, lejos de la certeza que crecía dentro de ella. Era cierto, podía sentirlo. Toda esa oscuridad dentro de ella, esa rabia…

Kylo siguió avanzando sin piedad, empujándola cada vez más cerca del vacío.

—Mi madre era la hija de Vader, tu padre era el hijo del Emperador. Lo que Palpatine no sabe es que somos una díada en la Fuerza, Rey. Los dos somos uno.

El corazón de Rey se detuvo. La díada. En lo profundo de su corazón sentía que Kylo decía la verdad. Sus palabras la devastaron, la dejaron completamente vacía.

Se obligó a seguir acercándose al abismo donde terminaba el

hangar y comenzaba la zona alta de la atmósfera de Kijimi. Se asomó y calculó la distancia hasta el suelo difuso. Era demasiado alto para saltar, ni siquiera con ayuda de la Fuerza. Aunque tal vez debiera intentarlo de todas maneras.

—Lo mataremos —dijo Kylo—. Juntos, y tomaremos el trono.

Se quitó la máscara. Era un gesto de vulnerabilidad, de confianza. De pronto Rey se dio cuenta de cuánto tiempo hacía que no veía su rostro. La cicatriz de su mejilla era más débil, pero igual lo marcaría para siempre.

—Sabes lo que debes hacer —le dijo—. Lo sabes.

Le extendió su mano enfundada en un guante negro. Ella la miró y recordó: la última vez que él le había tendido la mano fue en los escombros de la sala del trono de Snoke. Sus poderes combinados lo derrotaron. Era cierto que juntos podían hacer cosas increíbles.

De repente, Rey sintió un peso en su espalda y, junto con él, llegó Finn; su presencia era un brillante faro de luz que atravesaba la oscuridad.

—Ya sé —le respondió a Kylo y volteó hacia el abismo.

El *Halcón* se elevó frente a ella. Los stormtroopers descargaron sus armas sobre la nave, pero el *Halcón* giró sobre un eje invisible. Poe accionó los propulsores y mandó a volar todo lo que había en el hangar. Los stormtroopers saltaron indefensos.

Rey respiró hondo. Sentía que Kylo estaba haciendo lo mismo detrás de ella. El *Halcón* permaneció suspendido en el aire mientras la rampa de acceso descendía y mostraba a Finn, quien llevaba un respirador y empuñaba un bláster.

—¡Rey! —le gritó.

Los escombros pasaron volando junto a ella, impulsados por el motor del *Halcón*. Volteó a ver a Kylo por última vez. Lo odiaba por habérselo dicho, pero aun así se alegró de que lo hiciera. Una díada…

—¡Vámonos! —gritó Finn.

Rey corrió a la orilla y se lanzó hacia el *Halcón*. Finn la agarró del brazo antes de que saliera volando y la columpió hacia la rampa. Corrieron hacia las entrañas del *Halcón* mientras la rampa se elevaba, los protegía, y el suelo se estremeció bajo sus pies al tiempo que Poe hacía girar la nave y pisaba el acelerador.

Leia contuvo la respiración. La Teniente Connix había corrido a buscarla en cuanto recibieron la señal, pero estaba codificada. «Por favor, que sea el *Halcón*», pensó.

Escuchó con sus auriculares mientras Beaumont operaba los controles de la consola para descifrar la señal. Una luz roja se volvió azul y la consola hizo bip. Beaumont sonrió.

—¡Estamos captando su señal de vuelo! ¡General, el *Halcón* está volando otra vez!

Leia ni siquiera pudo disfrutar su alivio porque la invadió una sensación de debilidad que la hizo tropezar. De pronto sintió el auricular demasiado caliente y apretado. Se lo quitó y lo dejó caer al suelo.

«Leia, —se escuchó la voz de su hermano—. Llegó la hora».

«No puedo, —respondió ella—. Falta mucho por hacer».

Sintió la comprensión de su hermano, su amor, tal vez incluso un toque de emoción.

«Solo queda una cosa, —dijo él—. Y luego puedes descansar».

El mareo se apoderó de ella. Sintió que caía y se le venía el mundo encima. Estaba vagamente consciente de que los brazos de Connix la rodeaban y la levantaban, se oyó la voz preocupada de la teniente:

—¿General?

Connix la llevó a su habitación. Leia solo necesitaba recostarse un momento. Era todo.

Kylo Ren y el General Leal Pryde inspeccionaron la bahía del hangar. Habían perdido cuatro stormtroopers, un piloto de carga y dos trabajadores de mantenimiento cuando los motores del *Halcón* inundaron el hangar y los empujaron a la zona alta de la atmósfera de Kijimi. A Kylo le pareció un precio muy bajo por volver a encontrarse con Rey, provocar su ira, decir la palabra *díada* y ver la verdad reflejada en su adorable rostro.

El resto de la tripulación de mantenimiento rápidamente había vuelto a poner en funcionamiento el hangar, pero había pequeños incendios por toda la bahía. Unos cuantos soldados yacían heridos en el suelo; uno sangraba gravemente herido de una pierna.

Kylo apenas prestó atención. Seguía viendo su cara, la manera en que sus labios se habían abierto con sorpresa, la forma en que su cuerpo se inclinaba hacia él. Si no hubiera aparecido el *Halcón Milenario*, ella habría ido hacia él, habría tomado su mano. Kylo detestaba esa nave.

—¿Está seguro de que no debemos perseguirlos? —preguntó Pryde.

—¿Escaneó la daga?

—Por supuesto, señor.

—Entonces sé a dónde se dirige.

Había estado tan, pero tan cerca, aunque ahora ella sabía la verdad. La aceptaría. Llegaría a entender que la oscuridad era su destino. La próxima vez que se vieran, ella se convertiría al Lado Oscuro.

CAPÍTULO 12

Rey quedó envuelta en un abrazo gigante y peludo.

—Yo también te extrañé —dijo.

Habían recuperado a Chewie. Después de todo, Rey no lo había matado; sin embargo, persistía el hecho de que había perdido el control. Su amigo estaba vivo por pura suerte.

Había perdido el control otras dos veces desde entonces, ambas con Kylo. Algo le estaba pasando y finalmente comprendió qué era. La oscuridad crecía dentro de ella; ahora todo tenía sentido. Era una Palpatine nacida del mal absoluto.

Lo que más deseaba en toda la galaxia era regresar con Leia, rogarle a su maestra que la ayudara; pero no había tiempo. Rey aún estaba comprometida con su misión, más que nunca. La misión era lo único que importaba.

Finn salió de la cabina, pasó corriendo junto a ellos y dijo:

—El control de velocidad está descompuesto. —Hizo una pausa al ver la cara de Rey—. ¿Estás bien?

Rey asintió y Finn corrió a la parte de atrás para comenzar las reparaciones.

Chewie gimió agradeciendo que fueron a rescatarlo.

Rey sonrió de manera algo forzada y dijo:

—Estoy muy contenta de… —su voz se apagó.

Chewie encogió los hombros y se dirigió a la cabina a ayudar a Poe. Rey se quedó ahí un momento, un tanto aliviada de estar sola. Solo necesitaba ordenar su mente. De adentro llegó el ruido de las alarmas, y luego de Chewie al preguntar por qué no los estaban siguiendo.

—No sé por qué no nos persiguen —dijo Poe—, pero no me da confianza.

Él ya sabía hacia dónde se dirigían, era por eso. Rey arriesgaba a sus amigos simplemente por estar ahí. Kylo Ren siempre la encontraría sin importar qué sucediera.

Chewie le comunicó a Poe el recuento de los daños del *Halcón*.

—¿A qué te refieres con que el tren de aterrizaje se descompuso?

¿Qué tan descompuesto está?

Chewie le dijo a Poe que, si no le creía, él mismo echara un vistazo al tablero.

—Bueno, esa es otra cosa que debemos arreglar. Estoy contento de tenerte de vuelta. No estoy seguro de que la General Leia sobreviva si te perdemos.

Y pensar que todo habría sido su culpa. Rey se enderezó. Era hora de dejar de compadecerse y volver a la acción. Se dirigió a la parte trasera de la nave, donde encontró a Finn en un tablero tratando de arreglar el control de velocidades.

Sin decir una palabra, Finn le pasó una electrosonda. Trabajaron juntos en un silencio amistoso durante un rato. Saltaban chispas del tablero mientras volvían a cablearlo, soldarlo y probarlo.

Finn dijo después de un rato:

—Lo que sea que te haya dicho Ren, no debes creerlo.

—Lo único que importa es el orientador —respondió Rey— y llegar a Exegol.

—Es lo que estamos haciendo —agregó Finn mientras le daba una última soldada a las uniones del tablero.

Rey bajó la sonda, se sentía aturdida. Su mente seguía repasando una y otra vez esa visión nauseabunda: la daga de Ochi que atravesaba a sus seres queridos. Ella debería haber tenido la oportunidad de conocerlos.

—Mató a mi madre y a mi padre —susurró. Finn dejó lo que estaba haciendo y la miró un momento—. Voy a encontrar a Palpatine y a destruirlo.

Levantó la sonda y tocó la unión que Finn acababa de recablear. Podía sentir cómo la miraba sopesando sus palabras.

—Rey, tú nunca dirías algo así.

Ah, pero lo había dicho. Tal vez era la encarnación de la venganza. Quizá lo había sido siempre. A fin de cuentas, era una Palpatine.

Finn añadió:

—Te conozco…

Ella azotó la puerta del panel.

—La gente se la pasa diciendo eso, pero me temo que nadie me conoce. Ni siquiera yo.

Rey se alejó rápidamente, consciente de que había sido un poco injusta. Finn sabía lo que era crecer sin familia y encontrar finalmente su sentido de pertenencia y verdaderos amigos en el lugar más insospechado. Él la entendía mejor que nadie.

Sin embargo, eso no quería decir que la chica estuviera equivocada. Dentro de ella crecía una nueva Rey que luchaba por

escapar. Ella ya había gastado mucho tiempo y energía tratando de conocer a una nueva Rey, una que podía usar la Fuerza para luchar por una causa mucho más grande que ella misma. Aunque quizás esa Rey solo era una piel que tenía que mudar, una personalidad temporal.

Se sentía sin fundamento, a la deriva. Debe ser por eso que identificaban a los niños tan jóvenes en los días de la antigua Orden Jedi. Necesitaban una base, conocimiento, cuidados, pues la única manera de sobrevivir al despertar de su poder era rodearse de aquellos que lo habían logrado antes.

Rey no tenía a nadie. Luke estaba muerto, su voz estaba bloqueada para ella. Leia estaba a media galaxia de distancia. Se dio cuenta de que le dolía la mano. Había agarrado la sonda tan fuerte que se le marcó en la palma de la mano. Respiró hondo. Ahora intentaría reparar el tren de aterrizaje. Así pensaría en otra cosa.

—La aprendiz de Jedi aún está viva —dijo el Emperador.

Kylo estaba en un pasillo del *Steadfast* pero hablaba con el Emperador Palpatine, cuyo poder era aún más grande de lo que había creído. Solamente Rey tuvo poder suficiente para comunicarse de esa manera a través de distancias tan largas, tal vez por lo poderosa que era la conexión entre ellos. Ni siquiera Snoke pudo hacerlo.

Semejante demostración de poder le costaba mucho al Emperador, pues ahora se veía más frágil que antes. Kylo no sabía cómo era posible que el receptáculo necrótico del Emperador se viera más pálido que la última vez, pero así era. Sus ojos estaban casi cerrados y se le dificultaba respirar.

—Tal vez me has traicionado —dijo Palpatine—. No me obligues a usar mi flota en tu contra.

—Sé a dónde se dirige —replicó Kylo blindando sus pensamientos —. Ella nunca será una Jedi.

La voz del Emperador sonaba como un trueno dentro de su cabeza.

—Asegúrate de ello —agregó—. ¡Mátala!

Kylo Ren bajó una cortina mental para cortar la conexión. Justo a tiempo, pues apenas podía refrenar su sentimiento de triunfo. El Emperador le tenía terror a Rey, a su poder. Una vez que aceptara su destino como parte de la díada, serían invencibles.

El plan de Zorii de huir a las colonias tenía dos fases. La primera: conseguir una nave decente. La segunda: comprar un salvoconducto.

La segunda parte de su plan se había esfumado al darle el medallón de capitán a Dameron, pero todavía tenía su nave, un Y-Wing

con un módulo de cabina blindado, una computadora de navegación actualizada y una interfaz táctica personalizada. Le había costado casi cuarenta mil créditos. Algunos consideraban vulgar ponerles nombre a los cazas, pero ella nombró el suyo de todos modos: *Comeuppance*.

Zorii tenía muchas cuentas que saldar. Las colonias ya no eran una opción, pero mientras tuviera el *Comeuppance* podría llegar a algún lado. Su nave contaba con provisiones para una semana, así que tenía tiempo para resolverlo. Media semana, se corrigió, si Lluda iba con ella a bordo.

El único problema era que Zorii estaba ahí, agazapada sobre la muralla exterior a orillas del Barrio de los Ladrones, y el *Comeuppance* estaba allá, en un pequeño barranco fuera de los límites de la ciudad, escondido bajo una lona para nieve. Entre ella y su nave había una unidad completa de snowtroopers y un carnicero.

Zorii dio un golpecito a su casco para activar el sistema de sensores. En su visor apareció una imagen holográfica circular que ella apuntó directamente hacia el carnicero; su capa larga, su casco maligno. El dispositivo holográfico lo enfocó, dio vueltas y emitió un ligero pitido; lo identificó como Ushar, uno de los Caballeros de Ren.

Necesitaba crear una distracción. Miró a su alrededor buscando a Lluda, pero no vio señales de ella. Probablemente se estaba escondiendo en una posición similar, esperando una oportunidad para hacer su jugada. Lluda siempre usaba camuflaje blanco y gris; al tener piel y cabello blancos se confundía entre la nieve y las piedras. También podía manejar las temperaturas heladas de Kijimi sin necesidad de ir embozada. Zorii sospechaba que era un híbrido de humano con una especie de clima frío, pero Lluda nunca había revelado detalles sobre sus padres más allá del hecho de que habían sido brutalmente asesinados.

Alguien gritó. Los gritos no eran poco comunes en esos días pero la voz le sonó conocida. Zorii se arrastró por la orilla del techo y se asomó abajo. Su estómago dio un fuerte vuelco. Era Jarraban, sangrando y destrozado sobre la nieve, con un caballero vestido de negro parado sobre él. De la enorme hacha del caballero goteaba la sangre de su amigo.

Zorii se escabulló y se escondió detrás de un tubo de escape. Cerró los ojos inútilmente tratando de evitar la imagen grabada en su cerebro. Ella y Jarraban habían trabajado juntos durante años. Él era su mano derecha.

Lamentaría su muerte más tarde. Por lo pronto debía escapar con Lluda de esa roca helada antes de que se unieran a Jarraban en la otra

vida. Si es que había una vida después de la muerte. Miró a su alrededor buscando desesperadamente una idea; su dispositivo holográfico identificó un elemento explosivo.

Estaba a su derecha dentro de una torre de observación, un vestigio de la época del turismo religioso, cuando acudían los seres a meditar y a unirse al paisaje de la montaña. Ahora las usaban varias bandas y gremios como puestos de observación, pero esa estaba desocupada y contenía una lámpara de aceite de neehwa que brillaba con la noche. Eso era suficiente. En medio de la confusión ella correría hacia el *Comeuppance*.

Con los picos de sus botas avanzó por la orilla de la azotea. El truco era hacerlo despacio y con cuidado. Se hubiera sentido mucho mejor con sus blásteres gemelos en las manos, pero necesitaba tener los dedos libres por si resbalaba.

Llegó a la torre, se agarró del muro de piedra y saltó al interior. Del techo de la torre goteaban gruesos témpanos, pues la linterna había derretido la nieve de arriba y esta había vuelto a congelarse al bajar. Los témpanos formaban una pequeña y helada jaula que la protegería de los ojos curiosos mientras trabajaba.

Solo debía prepararla para que explotara. El método más fácil sería simplemente dispararle a distancia a esa maldita cosa, pero los soldados entrenados de la Primera Orden buscarían la fuente del disparo. Lo mejor era prepararla y estar lejos cuando estallara.

Buscó en su cinturón de herramientas una mecha y un poco de pasta selladora; no necesitaría mucho. Colocó la mecha junto al tanque de aceite bajo el cristal y dio un golpecito a su casco para sincronizarla con su detonador.

Luego volvió por donde había llegado y se detuvo para evaluar la situación. Una vez que la explosión tuviera lugar, los snowtroopers irían… hacia allá, lo que significaba que ella tenía que estar… allí, cerca de la pared.

Logró llegar al sitio que eligió, un lugar lo suficientemente lejos de la torre como para que no la notaran, pero desde el cual era fácil brincar al suelo hacia afuera de la ciudad. Desde allí ya solo faltaría una rápida carrera hacia su nave.

Zorii tenía la esperanza de que Lluda estuviera en algún punto cercano, observando. Con una rápida oración dirigida a los monjes dai bendu de antaño, a todos los dioses en los que nunca había creído e incluso a la Fuerza, Zorii hizo una señal con la mano delante de su casco para ordenar la detonación.

La torre explotó. Los témpanos salieron volando y se hicieron pedazos contra los tejados. El techo de la torre salió disparado hacia

arriba como un misil.

Los troopers que se interponían entre ella y su nave miraron hacia arriba… y no hicieron absolutamente nada. Simplemente siguieron en lo suyo, sin apenas darle importancia.

—Debe ser una broma —masculló en voz alta.

Algo tocó su hombro y ella volteó tan rápido que casi pierde el equilibrio. Era Lluda. Su cabello brillaba en la oscuridad de la noche. Sus mejillas no estaban rojas y agrietadas como lo estarían las de Zorii; ni siquiera salía vapor de su boca.

—Yo los distraigo —dijo Lluda—. Tú vete.

—Sin ti no me voy.

Lluda sonrió.

—Ya me salvaste la vida al aceptarme en la banda; con esto estamos a mano.

No. Zorii no aguantaría perder a nadie más.

—Lluda, ¿qué es lo que… a dónde…? —Zorii levantó su visor y le rogó con la mirada—. Podemos lograrlo. Podemos irnos juntas y…

—Ya sabes cómo soy, estaré bien. Siempre encuentro el modo. —La chica le sonrió rápidamente por última vez—. Mira esto.

Corrió por los tejados como si hubiera nacido para ello. Zorii maldijo entre dientes en todos los idiomas que conocía. Luego bajó su visor y se preparó para correr.

—¡Oigan! —gritó Lluda agitando los brazos para que la vieran los troopers—. ¡Abajo la Primera Orden! ¡Viva la Resistencia!

Estallaron los disparos alrededor de ella mientras escapaba gritando insultos. La persiguieron como si fueran uno solo, también el caballero vestido de negro.

Zorii saltó del muro y aterrizó en una nube de nieve. Corrió a su nave, lo cual no fue nada fácil, ya que a cada paso se hundía hasta las espinillas. Respiró aliviada al meterse bajo la lona y encontró su escalera aún intacta. Activó con su casco el techo de la cabina para que se abriera mientras ella subía. Saltó dentro, encendió los convertidores, activó el suministro de combustible y pisó los repulsores para un veloz despegue. Se iría rápido, sin luces, esperando que no pudieran seguirla.

Los disparos sacudieron su
Y-Wing
mientras buscaba una trayectoria de despegue más segura, pero sus escudos resistieron. Perdería de vista a sus perseguidores y subiría a la velocidad de la luz, aunque luego regresaría a la ciudad de Kijimi a hacer un recorrido para buscar a su gente. Tenía que intentarlo. Con un poco de suerte tal vez aún podría rescatar a Lluda o a alguien más.

Y después de eso ¿a dónde iría?

Conforme su nave surcaba la atmósfera, decidió a dónde se dirigiría. En ese preciso momento perdonó a Poe Dameron. No había corrido para escapar de ella y de la banda; corría hacia algo más. Zorii haría lo mismo.

El General Armitage Hux se presentó frente al General Leal Pryde; varios stormtroopers estaban al lado de ellos. Había cubierto la herida de su pierna con gel de bacta y traía puesto un vendaje. Su pierna estaba incómodamente caliente y le picaba. Era un precio bajo por salirse con la suya después de una traición y un asesinato.

—Fue un ataque organizado, General Leal —reportó Hux—. Dominaron a los guardias y me obligaron a guiarlos a su nave.

Pryde se le quedó mirando un momento con la nariz en alto y los ojos entrecerrados.

—Ya veo.

Hux se mantuvo con la cara completamente en blanco. El vendaje alrededor de sus pantalones estaba manchado de sangre; una buena prueba que reforzaría su versión, pensó. Debajo de la tela de su pantalón se había filtrado un poco de gel de bacta a través de la venda y comenzaba a escurrirse, húmedo y caliente, por su pierna.

El ceño perpetuamente fruncido de Pryde se marcó aún más. Algo brillaba en sus ojos, algo que Hux nunca había visto. De pronto le pareció casi imposible respirar.

Pryde volteó hacia el líder de la unidad.

—Comuníqueme con el Líder Supremo.

Luego tomó el rifle del stormtrooper, apuntó a Hux y le disparó a quemarropa en el pecho. Hux todavía no estaba muerto cuando cayó al suelo. Su boca se abrió y se cerró sin hacer ruido mientras ráfagas de dolor encendían cada fibra de su ser.

—Dígale que encontramos al espía —oyó decir a Pryde.

En lo último que pensó fue en la chatarrera. Odiaba a esa chica, lo había arruinado todo. Por otra parte, se había enfrentado a Ren una y otra vez y había sobrevivido. Eso le dio una pequeña chispa de esperanza contra la oscuridad que se avecinaba: Ren todavía podía perder.

Entonces esa chispa también fue consumida por la oscuridad y Hux ya no supo más.

CAPÍTULO 13

Kef Bir técnicamente era una luna de Endor, pero a Rey le parecía un mundo aparte. Entrar en su atmósfera les había revelado vastos mares interrumpidos por zonas de tierra, cubiertas en su mayoría de pasto. Los arbustos eran escasos; los asentamientos, inexistentes.

C-3PO se había conectado a la HoloRed y les informó que Kef Bir solía estar casi completamente bajo el agua, pero en décadas recientes se habían visto varios eventos cataclísmicos que desplazaron agua hacia la atmósfera y provocaron fuertes movimientos tectónicos, los cuales pusieron al descubierto cada vez más superficie de tierra. Algunos tenían la teoría de que la culpa era de la destrucción de la segunda Estrella de la Muerte. Los escombros de la estación espacial, que era del tamaño de una luna, no solo llovieron durante años, sino que chocaron con varios asteroides cercanos, lo cual desencadenó una serie de impactos de bólidos en la superficie y en la atmósfera de esa luna.

Kef Bir se estabilizó en la última década y la vida estaba encontrando su sitio. Se rumoraba que incluso había atraído una pequeña cantidad de colonos y refugiados, aunque eso no estaba confirmado; la descripción oficial de la luna continuaba en «deshabitada».

Rey no había podido reparar completamente el tren de aterrizaje ni los repulsores para cuando llegaron, solo lo suficiente para reducir un poco el impacto. Por eso, cuando todos salieron del *Halcón* medio golpeados y aturdidos, vieron una enorme grieta en el suelo húmedo que corría detrás de ellos en línea recta hasta donde alcanzaba su vista.

La mitad del fuselaje de su nave yacía enterrado en el fango y tuvieron que salir por la escotilla superior; no obstante, el *Halcón* ya casi estaba en condiciones de volar; con algunas reparaciones y un poco de suerte podrían despegar. Claro, después de que Rey consiguiera lo que fue a buscar.

El aire olía a sal y a pasto bañado por el sol. El agua le salpicaba la piel, como si saliera de un aerosol. El cielo estaba lleno de furiosas

nubes grises, pero todo seguía siendo brillante, pues el gigante gaseoso Endor brindaba luz reflejada adicional a la del sol del sistema.

Rey los llevó por una empinada colina cubierta de pasto con base en las coordenadas que sacaron de
C-3PO.
Hasta los droides los siguieron; la rueda única de
D-O
fue sorprendentemente útil en ese terreno. Rey empezó a respiar aceleradamente y ya sentía que le quemaban las piernas cuando sus cabezas llegaron a la cima. Entonces se olvidó por completo de respirar.

Estaban de pie al borde de un acantilado de al menos seiscientos metros de altura. Debajo de ellos, un violento mar de acero se extendía en la niebla. Enormes olas de la altura de un destructor estelar retrocedían hasta revelar negros y escarpados arrecifes, solo para volver a estrellarse en una explosión de agua blanca y espuma.

Cuánta agua en un solo lugar, esculpiendo arrecifes, disparando al cielo, salpicándolos así, incluso a esa distancia. De donde ella venía, el agua era una de las sustancias más valiosas de la galaxia. Resultó ser también una de las más poderosas.

La niebla se iba despejando y la vista del océano se abría cada vez más hacia el horizonte. Comenzó a surgir una forma, como una montaña de metal. No, toda una cadena montañosa de metal. A su lado, Finn se quedó sin aliento.

Era una nave, o más bien los restos de una, solo que esta nave era más grande que cualquier otra que Rey hubiera visto. Su casco destrozado se arqueaba por el violento oleaje como un cuenco al revés; los restos puntiagudos del lente de enfoque del superláser apuntaban al cielo. Era precisamente como el cementerio de naves estelares de Jakku, solo que empapado. Y unas mil veces más grande.

—¿Qué-qué es eso?

—Es la Estrella de la Muerte —contestó Rey con la mirada fija en los descomunales vestigios—. Es un mal lugar, de una antigua guerra.

—No creo que la General Leia tuviera idea de que estaba aquí —dijo Poe con la voz llena de asombro—. Un gigantesco pedazo de la segunda Estrella de la Muerte, aún intacto…

—¡Claro que no, amo Poe! —añadió
C-3PO
—. Probablemente estuvo sumergida durante más de una década después de la Batalla de Endor. Una batalla terrible, según la HoloRed. No quisiera tener que soportar algo tan espantoso.

BB-8 canturreó una pregunta.

—Desde el cielo, BB-8 —le respondió Rey.

—El orientador está en las bóvedas imperiales —repuso Finn, como si pronunciar las palabras le ayudara a creer en ellas—. En la Estrella de la Muerte.

—Detesto ser pragmático —añadió Poe—, pero nos tomará años encontrarlo.

Poe tenía razón. ¿Cómo buscas adentro de algo que tiene el tamaño de una luna? ¿Por dónde empiezas siquiera?

Rey parpadeó recordando algo. «Desde la costa sur…», había dicho C-3PO.

Ella murmuró:

—Solo esta daga lo dice.

Sacó la daga de Ochi de Bestoon. Sostuvo su borde maligno frente a ella para que brillara con la luz. La forma de la cuchilla se alineaba perfectamente con la silueta de los escombros.

Poe se acercó inclinándose al frente. Rey miró la daga más de cerca. La guarda de la daga estaba articulada. Con la cuchilla alineada como la tenía, utilizó la otra mano para jalar el gavilán de la guarda hacia la punta hasta que hizo clic y quedó en su sitio. Apuntaba hacia una sección específica de las ruinas, al suroeste de la lente del superláser: era una estructura con forma de estrella enclavada en un hueco que sobresalía de los restos.

—Ahí está el orientador —exclamó Rey.

Las coordenadas de C-3PO no daban la ubicación del orientador, sino que indicaban exactamente dónde pararse para que la daga les mostrara el camino.

—Atención —advirtió Poe.

Rey volteó. Finn y Poe prepararon sus armas.

Una joven de la edad de Rey cabalgaba hacia ellos sobre una criatura que parecía un fathier con colmillos, pero de huesos grandes y con un abrigo de piel más generoso. La mujer tenía piel oscura como Finn y su hermoso pelo de obsidiana enmarcaba su rostro como una aureola. Según alcanzaba a ver Rey, la única arma que llevaba era un arco. Rey sintió gran admiración y afinidad cuando se dio cuenta de que estaba hecho de partes recuperadas de blásteres. A esta mujer le habría ido bien en Jakku. Después, casi una docena de sus amigos cabalgó alrededor de aquella con monturas y armas similares.

—¿Aterrizaje complicado? —preguntó la mujer.

—He visto peores —contestó Poe.

—He visto mejores —replicó ella—. ¿Son de la Resistencia?

—Eso depende… —dijo Poe con cautela.

—Captamos una transmisión de alguien llamado Babu Frik.

Poe bajó su bláster.

—¡Babu Frik! —exclamó
C-3PO
—. ¡Es uno de mis más viejos amigos!

—Dijo que vendrían. Que eran la última esperanza —agregó la mujer.

Rey dio un paso al frente y sintió una pizca de alivio.

—Debemos llegar a esa carcasa —dijo apuntando con el dedo—. Necesitamos algo que está ahí dentro.

—Y que podría detener la guerra de una vez por todas —añadió Poe.

La jinete lo pensó un momento y dijo:

—Tenemos un skimmer de pesca. Puedo llevarlos allá sobre el agua.

—¿Sobre esas aguas? —preguntó Finn.

—Ahora no —concedió ella—. Es demasiado peligroso. Cuando baje la marea, mañana a primera hora.

—No podemos esperar tanto —dijo Rey. Volteó a ver a Poe y a Finn—. Kylo Ren nos está persiguiendo.

—¿Kylo Ren? —preguntó la mujer intercambiando miradas de asombro con algunos de sus compañeros.

—No tenemos tiempo —agregó Rey.

—¿Tenemos otra opción? —preguntó Poe—. Hay que arreglar la nave. —Luego se dirigió a la mujer—: ¿Tienen refacciones?

—Algunas —replicó ella—. Me llamo Jannah.

—Yo, Poe.

Todos bajaron por la colina hacia el *Halcón*. Todos excepto Rey, quien se quedó mirando los restos de la Estrella de la Muerte. Estaba tan cerca… Después de unos momentos se obligó a voltear y seguir a sus amigos.

Los jinetes desmontaron para dejar pastar a sus criaturas y resolver algunos problemas. Orbaks, los llamaba Jannah. Finn pensaba que eran geniales, le gustaba cómo pisaban la tierra al correr, cómo sacudían sus largas melenas o jugaban a pelear con sus enormes colmillos. Se parecían mucho a los fathiers que él y Rose habían montado en Canto Bight, solo que eran alegres y libres. También más corpulentos, como si estuvieran hechos para ser resistentes y soportar el frío. Finn sonrió al ver a un orbak olfatear a
BB-8.
El animal hizo un ruido, mitad gruñido y mitad quejido, que
BB-8
imitó con muy poco éxito.

—¡Hola! —dijo el pequeño droide cónico.

El orbak agitó su melena y rugió en respuesta; no fue un gesto hostil pero el pequeño droide retrocedió.

—No, no, gracias —dijo Finn mientras

BB-8

le aseguraba que el orbak era amistoso.

Finn los dejó para que se conocieran y entró en el *Halcón*.

—Qué horrible situación —decía

C-3PO

mientras él y Poe hacían un diagnóstico de los escudos delanteros—. ¿Todos los días son así para ustedes? ¡Qué locura!

—¿Alguna vez encontramos el control de volumen de este droide? —preguntó Poe.

El aterrizaje forzoso también había dañado el tanque atmosférico de reserva del *Halcón*, aunque todavía no se le salía nada. Si lo arreglaban en ese momento evitarían un problema mayor en el futuro. Finn se puso a trabajar, contento de tener algo que hacer para distraerse y no preocuparse por Rey.

Un rato después entró Jannah con un pequeño cilindro rez, exactamente lo que necesitaba para reparar el tanque.

—Es un 0-6, pero servirá —aclaró ella.

Finn tomó el cilindro y lo miró detenidamente.

—Esta es una refacción de la Primera Orden —señaló.

—Hay un viejo crucero en la cordillera oeste, lo desarmamos por partes. —Hizo una pausa, como si estuviera tomando una decisión, y añadió con cautela—: El que nos asignaron. En el que escapamos.

Los ojos de Finn se abrieron de par en par.

—A ver, espera. ¿Eras de la Primera Orden?

—No por decisión propia —aclaró Jannah rápidamente—. Nos reclutaron de niños. A todos. Yo era el TZ1719. Stormtrooper.

Bueno, eso explicaba el arco fabricado de piezas de bláster y el brazalete con un transpondedor. Finn también tomó una decisión.

—FN2187 —le respondió.

—¿Tú?

Finn asintió y sonrió. ¡Vaya, había alguien más como él! No podía esperar a contárselo a Rey. Soltó el cilindro, se sentó y se inclinó hacia Jannah.

—¡No sabía que hubiera otros!

—Desertores. Todos éramos stormtroopers. Nos amotinamos en la Batalla de la Isla Ansett. Nos ordenaron dispararles a los civiles.

Finn se estremeció. Sabía exactamente cómo se sentía.

—No podíamos hacerlo —agregó Jannah—. Bajamos nuestras

armas.

—¿Todos?

Ella asintió.

—Toda la unidad. Ni siquiera sé cómo pasó. No fue realmente una decisión. Más bien como…

—Una intuición. Un presentimiento —terminó él la frase.

Ella lo miró con sorpresa.

—Exacto. Un presentimiento.

Finn asintió otra vez.

—Fue la Fuerza —agregó enfáticamente—. Me trajo hasta aquí. Me trajo con Rey y Poe.

—Lo dices como si estuvieras seguro de que existe.

—Pues es muy real. En ese entonces no estaba seguro, pero… —Sonrió—. Ahora lo estoy.

Lo que fuera que ella estuviera a punto de responderle se interrumpió cuando Poe y

BB-8

se acercaron a toda prisa. El corazón de Finn se aceleró. De alguna manera sabía exactamente lo que había ido a decirle.

—Rey se fue —anunció Poe alarmado.

Como uno solo, salieron corriendo todos juntos del *Halcón*. Los droides subieron con dificultad por la pendiente.

—¿Se llevó el skimmer? —preguntó Jannah incrédula.

Finn levantó sus quadnocs y la buscó en el mar.

—Ya la vi —exclamó—. Está muuuy lejos. —Le entregó los quadnocs a su amigo.

—¿Qué diablos está pensando? —añadió Poe.

Finn sabía exactamente lo que ella pensaba; iba a ir sola detrás de los Sith en un desafortunado intento de evitar que sus amigos salieran lastimados. Estúpida, grandiosa y enloquecedora Rey.

—Tenemos que ir por ella —sentenció.

—Arreglaremos el *Halcón* y saldremos lo más pronto posible —respondió Poe apurando el ascenso a la nave.

Finn lo siguió.

—¡Vamos a perderla! —le reclamó levantando la voz.

Perderla no necesariamente implicaba la muerte. Posiblemente algo peor. Chewie y Jannah se quedaron atrás mientras los dos hombres discutían.

—¡Ella se fue! —contestó el piloto—. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Nadar?

—No está pensando claro. No sabe a lo que se enfrenta.

Poe se detuvo y volteó a verlo.

—¿Y tú sí?

—Sí, y Leia también.

—¡Yo no soy Leia!

—Eso está claro.

Poe se echó atrás como si lo hubieran golpeado. A Finn lo aguijoneó la culpa. Fue demasiado duro. Le atinó a las preocupaciones y temores reales de Poe. Debió pensarlo mejor. Antes de que pudiera disculparse, Poe le dio bruscamente los quadnocs y se fue.

Finn suspiró y siguió subiendo la colina. Levantó los quadnocs y miró al otro lado del océano. El skimmer de Rey era apenas un puntito en medio de las aguas turbulentas. Él no entendía cómo se las arreglaba ella para maniobrar esa cosa, cómo aún no se volcaba. Era obvio que no podía nadar hacia ella; sería un suicidio. Tal vez Poe tenía razón y lo único que quedaba era reparar el *Halcón* tan pronto como fuera posible.

—¿Finn? —se escuchó la voz de Jannah. Él bajó los quadnocs—. Hay otro skimmer.

Lo atravesó la esperanza y empezó a correr.

Tal vez ya todos en la base sabían que el *Halcón Milenario* estaba transmitiendo de nuevo, pero Leia sintió que debía haber una charla de motivación. Ordenó que todos se reunieran para darles el reporte oficial. Era un momento ideal para buenas noticias. Una breve tormenta tropical había enfriado la temperatura. Las aves canturreaban en las copas de los árboles celebrando la deliciosa frescura.

—Me complace informarles que el *Halcón Milenario* nos envió una transmisión de largo alcance —dijo Leia—. La misión está otra vez en marcha.

Las personas se palmeaban la espalda unas a otras. Leia vio muchas sonrisas. Connix y Rose hasta se abrazaron. Fue una decisión correcta.

—Nuestra esperanza está con ellos, pero nuestro trabajo está aquí. La Comandante Tico reporta que los dos cazas que liberamos del astillero de Corellia ya están listos para volar.

Más aplausos.

—Mis felicitaciones y agradecimientos a todo el cuerpo de ingenieros por lograr ese milagro. Sin embargo, nuestra tarea apenas comienza.

«Leia». Por supuesto, su hermano no había esperado a que terminara su discurso para interrumpirla.

«Te estás convirtiendo en una molestia», le dijo a Luke. Pudo sentir su sonrisa.

«Es momento de despedirse», respondió él.

«Todavía no…».

Las palabras que había planeado se quedaron atoradas en su boca y en lugar de eso terminó diciendo:

—Me siento orgullosa de todos ustedes. Mientras no perdamos la esperanza, nuestra causa seguirá viva.

Trastabilló un poco de camino a sus aposentos, pero Connix apareció al instante para apoyarla. Conforme se acercaban al *Tantive IV*, alcanzó a oír que R2-D2 le hacía una pregunta a Maz.

—Así es, R2-D2 —contestó Maz—. Ella sabe lo que tiene que hacer. Comunicarse ahora con su hijo le tomará todo lo que le queda.

Leia decidió ignorarlo, así como estaba ignorando a Luke. Se sentía muy cansada; si tan solo pudiera acostarse… Connix la ayudó a llegar a su camastro. En cuanto la chica se fue, Leia tomó la medalla de Han y se recostó apretándola contra su pecho.

Antes de aterrizar en el planeta Takodana con Han Solo, la única masa de agua que Rey había visto era el abrevadero cubierto de limo en el puesto mercante de Niima. Después, en
Ahch-To,
siempre vio el mar con algo de desconfianza. Las corrientes de agua le parecían extrañas y aterradoras, y sabía que se estaba enfrentando a su enemigo más impredecible a la fecha.

Con todo, ese océano era aún peor de lo que había previsto. El skimmer que había robado era una maravilla del ingenio del reciclaje con dos flotadores diseñados para cortar las olas, rebotar en aguas turbulentas y girar con un mínimo toque del timón. Solo que las olas eran más altas que un edificio y creaban remolinos, corrientes y enormes explosiones de espuma. Aplicaba toda su concentración en no volcarse.

El skimmer se volvió su enemigo cuando una ola inesperada le arrancó el timón de la mano, lo azotó de un lado a otro y casi la tira al agua. Después de unos cuantos desastres más se dio cuenta de que tenía que apuntar a lo alto de las olas en vez de tratar de pasar entre ellas, y confiar en el skimmer para montarlas.

Empapada y temblando, avanzó hacia la Estrella de la Muerte y fue al punto exacto que indicaba la daga. La habitación en forma de estrella estaba demasiado arriba y muy aislada; aunque tal vez podría llegar allí trepando por el interior de la estructura para resguardarse de las olas. Los restos de la estación de combate se veían cada vez más altos e imponentes a medida que se acercaba. Las aguas se agitaban contra el enorme casco y se retiraban para revelar tentadores puntos de acceso, solo para estrellarse contra ellos y hundirlos enseguida. Rey

no tenía ni idea de cómo abordaría la nave sin perder la vida.

Subió la cresta de otra ola y su corazón saltó hasta su garganta mientras el skimmer descendía por el otro lado. Estaba muy cerca. El impulso que llevaba iba a estrellarla contra el casco y a destrozar el skimmer en mil pedazos.

En vez de eso, el vehículo fue succionado por un vasto cañón de metal que se extendía casi hasta el horizonte. Ahí el agua estaba un poco protegida por las paredes deformadas del cañón, que arañaban el cielo a ambos lados. Su viaje se hizo más lento; en comparación con el mar abierto, el agua estaba casi tranquila. Estiró el cuello. Había criaturas voladoras que anidaban mucho más arriba, en el punto más alto del cañón. Volaban en círculos y chillaban al llegar a tierra.

La daga le había dicho a dónde ir, pero se dio cuenta de que no la necesitaba. Algo la atraía y la impulsaba a ir adelante, esa atracción le pesaba en los huesos. Por algún motivo empezó a llamar a Luke. «¿Me acompaña?».

Por supuesto, no hubo respuesta.

Dirigió el skimmer hacia un pedazo de pared que parecía tener buen asidero y un punto de apoyo. Amarró su vehículo lo mejor que pudo, revisó que su sable siguiera sujeto a su cinturón y comenzó a trepar.

Hacía tiempo que no practicaba la espeleología dentro de las ruinas de una nave estelar derribada. Su agarre seguía siendo fuerte aunque todo estaba mojado y resbaloso. La paciencia era la clave. «Despacio y con prudencia, Rey. Prueba cada apoyo antes de cargar tu peso en él».

Estaba muy lejos de la superficie del agua. El skimmer parecía un puntito que se balanceaba cuando por fin encontró la entrada al casco. Esquivando el metal afilado, se agachó y se deslizó por una viga inclinada hasta llegar a un amplio túnel donde reanudó su ascenso. Ahí estaba más seco aunque más oscuro, así que tuvo que seguir a tientas.

De pronto se le acabaron los asideros. No había a dónde ir, salvo a través del túnel vacío, donde un puntal caído formaba un camino para avanzar. Sería un salto imposible.

Invocó a la Fuerza, se lanzó con toda su energía, atravesó el túnel por una abertura sin fondo y aterrizó con pies y manos. Entonces reanudó su ascenso. La espalda y los hombros le ardían para cuando el túnel desembocó en un vasto salón.

El suelo estaba inclinado hacia arriba, resbaloso por el agua, cubierto de algas y desechos metálicos e incluso piezas de armaduras de stormtrooper, calcinadas y ennegrecidas. El viento silbó a través de

los agujeros de las paredes y Rey se estremeció. Ese lugar alguna vez fue algo más. Algo importante.

Más adelante, el piso inclinado conducía a un enorme ventanal medio destrozado, abierto hacia el cielo. Delante de él había una especie de tarima que contenía los restos de una silla empapada por el océano. No, más bien era un trono.

Esa había sido la sala del trono del Emperador. Luke había luchado contra Darth Vader ahí, y la energía (o tal vez el recuerdo) de esa batalla aún perduraba. Cerró los ojos y sintió terror, dolor, arrepentimiento y… la determinación de salvar a alguien profundamente amado.

Rey caminó hacia el trono. El piso crujió bajo sus pies y ella brincó hacia atrás justo a tiempo antes de que un gran panel desapareciera y cayera retumbando; el sonido se iba haciendo cada vez más distante. No lo escuchó estrellarse al final.

Rey caminó junto a las paredes sombrías, donde esperaba que el suelo no cediera, y llegó a una puerta, la cual tenía un complicado mecanismo de acceso que evidenciaba su valor y significado. Quizás era una bóveda. Seguramente dentro estaba lo que buscaba.

En algún momento lograría abrir la cerradura. La Estrella de la Muerte estuvo inactiva durante décadas. Probablemente solo necesitaría empujarla. Levantó una mano para hacerlo, pero, antes de hacer contacto, sonó un clic y la puerta zumbó y se abrió. Como si aún tuviera una fuente de poder. Como si la hubiera reconocido.

La oscuridad la envolvió en cuanto entró. La puerta se azotó detrás de ella y Rey avanzó como si algo la atrajera de manera inexplicable. Entonces se manifestaron siluetas a su alrededor como fragmentos de una persona. Era ella, se dio cuenta con incipiente consternación. Caminaba a través de una sala de espejos destrozados, viendo su propia figura reflejada una y otra vez, como en la gruta de
Ahch-To.
Solo que el vidrio estrellado únicamente le mostraba piezas rotas de ella misma: un brazo por aquí, una bota por allá, un mechón de cabello húmedo, un moretón en la sien. Las esquirlas del reflejo eran un rompecabezas que ella se moría por resolver, como si al lograrlo fuera a aparecer finalmente una persona completa.

No. Ella no se permitiría pasar otra vez por eso. La tentación, la promesa de conocimiento y revelación, para al final salir con nada. Cerró su mente a los espejos y siguió adelante, hacia lo que la llamaba.

El orientador flotaba entre los accesorios negros. Su forma piramidal se iluminaba de un rojo suave desde el interior. Lo alcanzó

y lo tomó. Se llenó de triunfo. «Por fin».

El triunfo cambió y se transformó en un progresivo temor. El sudor brotaba de su frente, le hormigueaba el cuello. Se sentía observada.

Lentamente, con el orientador todavía en su mano, se dio vuelta. Una figura encapuchada se materializó, se deslizó hacia ella con un propósito inexorable, un manto oscuro que barría el suelo. La figura irradiaba poder y otra cosa… un hambre fría y voraz.

Un sable rojo apareció en la mano de la figura, chispeante como el de Kylo, con dos hojas paralelas. La luz de la hoja finalmente iluminó un rostro tan pálido y demacrado como feroz.

Rey se quedó sin aliento y trastabilló al retroceder. Era ella. Su propio rostro, su figura. Fría y oscura, con una capa Sith; completa al fin.

Horrorizada, vio cómo la Rey oscura del reflejo separaba las hojas de su sable formando un largo y ardiente báculo. Era la misma arma que había empezado a diseñar en su mente.

No podía ser real. Era una visión, nada más, pero los pasos de la Rey oscura hacían eco al tocar el piso y su báculo láser olía a ozono. Su poder era increíble, embriagador. Casi en contra de su voluntad, Rey comenzó a acercar su mano…

El rostro de su yo oscuro le dijo:

—Nunca tengas miedo de ser quien eres.

El escuchar las palabras exactas de Leia en boca de esa criatura la golpeó como un rayo. La Rey oscura lanzó su sable de luz al frente buscando asestarle un golpe mortal. Rey encendió el suyo y lo levantó en una fracción de segundo. Las hojas chocaron, azul contra rojo, chispeantes y furiosas.

Rey se negó a soltar el orientador, lo que le dio a la contraparte una ventaja. Con las dos manos en su arma y una mirada fiera, su yo oscuro empujó e inmovilizó el arma de Rey, lo que la obligó a retroceder, primero un paso, después otro. Rey se deslizó hacia el salón del trono.

Se le revolvió el estómago, y las lágrimas le surcaron el rostro. Estaba a punto de ser derrotada por sí misma, su miedo más profundo encarnado, todo por lo que había luchado quedaba en nada…

La Rey oscura siseó y reveló sus dientes puntiagudos. Rey apenas registró el hecho de que su yo oscuro desaparecía mientras ella retrocedía tambaleándose, tropezando. Se cayó, el orientador se le resbaló de la mano y se deslizó por el suelo inclinado. Ella corrió tras él y se estiró para alcanzarlo.

Otra mano llegó primero, más grande, con un guante negro. Volteó arriba y apareció Kylo Ren con los hombros llenos de gotas del mar.

La desesperación casi la ahoga. Escapar de un futuro yo oscuro solo para chocar con Kylo Ren. Parecía que sus peores pesadillas se hacían realidad. Parecía el destino.

Se puso en pie. Volvió a encender su sable de luz.

—Mírate —le dijo Ren. No tenía máscara. De alguna manera, ella sabía que él nunca más usaría la máscara frente a ella—. Querías demostrarle a mi madre que eras una Jedi —su voz desbordaba desprecio por esa idea—, pero has demostrado otra cosa. No puedes volver con ella ahora. Y yo tampoco.

Las palabras de Kylo le despejaron la cabeza. Porque estaba equivocado. Su yo más oscuro le había dicho que no tuviera miedo de ser quien era, pero también lo había hecho Leia. Ella lo sabía y aun así había elegido entrenarla. Kylo Ren no entendía a su madre en absoluto.

—Dámelo —le ordenó Rey.

Pareció confundido por un momento, como sorprendido de que ella aún pudiera resistirse.

—El Lado Oscuro está en nuestra naturaleza —intentó de nuevo—. Ríndete ante él.

—Que me lo des —dijo empujando con la Fuerza.

Él levantó el orientador, lo miró fijamente. Su expresión se volvió engreída.

—La única manera de que llegues a Exegol es conmigo.

Rey se quedó sin aliento, empezó a sacudir la cabeza. «No, no, no…».

Él apretó la mano y el orientador se hizo pedazos. Salió algo viscoso de los restos y resbaló entre sus dedos. Él abrió la mano para revelar tan solo un polvo pegajoso. Lo único por lo que ella había atravesado media galaxia, arriesgando la vida de sus amigos, había sido destruido.

—¡No! —gritó.

Una rabia primitiva subió en su interior como magma volcánico y ella hizo erupción arrojándose sobre él con su sable de luz. Kylo se quitó de en medio para esquivar un golpe y se agachó para el siguiente. Giró para alejarse de ella y su capa flotó en el aire.

En medio de la neblina de su furia, se dio cuenta vagamente de que él no la atacaba, lo cual de alguna manera la enfureció aún más. Recurrió al poder de la Fuerza y lo atrajo hacia ella como un torbellino insaciable: más, más y más. Sus ataques aumentaron de velocidad.

Finalmente, Kylo no pudo esquivarla más. Su sable se puso de pronto en acción y se enfrentaron con las hojas crepitando y

zumbando por la energía.

Una y otra vez ella intentó golpearlo, azotarlo, apuñalarlo, y él contraatacó con esfuerzo, igualando su ferocidad, pero luego cedió. Kylo dio un paso atrás y cayó en el túnel. Sin pensarlo dos veces, Rey saltó tras él.

Apenas recordaba haber recorrido cierta distancia cuando de alguna manera terminaron en la parte externa de las ruinas, sobre un trozo de metal parecido a un puente con pocos metros de ancho. Ante ellos se alzaba una enorme torreta. Al otro lado, ahogado por el agua a la mitad, estaba estacionado el silenciador de Ren. El océano se enfureció a su alrededor, pero ella continuó su ataque sin tener en cuenta el peligro añadido.

Kylo Ren no tuvo más remedio que atacarla del mismo modo, y fue muy satisfactorio lanzarle golpes, una y otra vez, tan solo para que sus sables chocaran como platillos. Los impactos retumbaban en los hombros de Rey y le lastimaban espalda y cadera, aunque eso era mejor que pensar en lo que había visto, en lo que había hecho. En quién era.

Una presencia brillante y luminosa se atravesó en su conciencia. Una voz le gritó:

—¡Rey!

Finn corrió hacia ella y dejó a Jannah cuidando el otro skimmer. El instinto de Rey de proteger a Finn era abrumador. Sin pensarlo, invocó a la Fuerza y lo aventó con la mano. Él salió volando de espaldas hasta la orilla del puente donde estaba Jannah. Una ola se estrelló en el tramo de puente que había entre ellos y apartó a Finn y a Jannah de su vista.

El mar bullía con la marea creciente. Conforme se enfurecía con Kylo Ren, la Fuerza se abría ante ella y la inundaba con un nuevo poder. Se vio saltando para esquivar enormes olas y aterrizando sobre sus pies para volver a saltar. Kylo brincó tras ella. Usó la Fuerza para impulsarse hacia el cielo y luego otra vez para controlar el aterrizaje.

Ella no se iría hasta que alguno de los dos estuviera muerto, aunque su sable no lograba vencer la guardia de Kylo. Apretó los dientes y lo atacó con la energía de la Fuerza. Lo lanzó volando hacia atrás pero logró equilibrarse y aterrizó sin problemas.

Kylo avanzó empujándola con su propia energía de la Fuerza. A Rey le empezaron a punzar las sienes pero se mantuvo firme.

Él le envió un pensamiento directo a su mente: «Te conozco».

«Nadie me conoce», le respondió.

«Yo sí».

Rey gritó y se lanzó de nuevo contra él, que físicamente era más

fuerte. Mientras más luchaban, más claro quedaba; sin embargo, ella era más rápida. Sus sables chocaron. Él empujó. Ella se deslizó hacia atrás sobre la resbalosa superficie de metal. El chispeante sable de Kylo se acercaba poco a poco a su cara. Lo sintió vibrar cerca de sus mejillas.

Con el rabillo del ojo, Rey vio acercarse una ola descomunal. El océano ya alcanzaba la marea más alta. Ella saltó mientras la ola se estrellaba, usando la fuerza para impulsarse y esquivarla. Aterrizó en cuclillas frente a otra torreta. Miró alrededor. No había señales de Kylo Ren. Tal vez la ola se lo llevó.

No, ahí estaba, caminando inequívocamente hacia ella. El agua del océano le escurría del cabello, de la cara. Resistió la ola. La expresión de su rostro expresaba que podía soportar lo que fuera.

Ella lo atacó, él contraatacó. Solo que Rey se estaba cansando, se hacía más lenta. No había dormido en ¿cuánto tiempo? Aún no se recuperaba de haber curado al vexis. Le escocía la mano con cada golpe.

Otro ataque, otro bloqueo que le hizo perder el equilibrio. Él se le echó encima con su sable. Rey lo miró, iba a morir en las ruinas de una estación espacial, pero quizás era mejor morir ahora que sucumbir después al lado oscuro de la Fuerza. Lo fulminó con la mirada y se preparó para esquivarlo a pesar de que reconoció que tal vez no sería lo suficientemente rápida. Kylo se quedó congelado con el sable en alto.

«Leia, solo queda una cosa por hacer».

«La galaxia nos libre de los hermanos mayores», pensó ella.

Entonces Luke dijo: «Tienes que intentar comunicarte con Ben».

Regresó mentalmente al momento en que sostenía a su hijito en sus brazos, con el cabello negro todavía mojado tras el parto. La forma en que lloraba todo el tiempo en los primeros meses, aunque se calmaba cada vez que sentía que ella, Han o Chewie estaban cerca. Sus primeros pasos. Su primera palabra. La primera vez que lanzó un juguete por la habitación con el poder de la Fuerza, invocando su furia de niño pequeño.

«Nunca perdí la esperanza en él», dijo Leia.

«Díselo», le respondió Luke.

Junto con las palabras de su hermano le llegó una ráfaga de conocimiento y la visión-recuerdo de Luke sentado con las piernas cruzadas en la cima de un acantilado de
Ahch-To,
temblando por el esfuerzo mientras se proyectaba sobre el campo de batalla de Crait. El sacrificio de comunicarse con Ben le costaría todo

lo que le quedaba.

No iba a hacerlo. Sería su último fracaso, dejar a todos sus seres queridos, todo aquello por lo que había trabajado. Leia tenía que quedarse. Debía seguir avivando la pequeña llama de la esperanza o la Resistencia moriría.

Su pulgar recorrió de arriba abajo la superficie fría de la medalla de Han. En aquel entonces su corazón estaba lleno de esperanza tras su primera gran victoria contra el Imperio. Darles esas medallas a Luke y Han fue más que una celebración pública; fue un reconocimiento simbólico por su liderazgo. Ella compartió esa carga desde aquel día.

Suspiró y tuvo una fuerte revelación. Ya antes la había tenido. Dejarse ir no significaba rendirse. Era su último acto de esperanza: la que tenía en sus protegidos Rey y Poe, la fe en lo que les había inculcado. Lo último que les enseñaría sería cómo seguir sin ella para que así aceptaran finalmente sus propios destinos como líderes.

Bail Organa le había enseñado eso. Su padre adoptivo había confiado en que ella encontraría a
Obi-Wan
Kenobi y salvaría la rebelión cuando ella apenas era una jovencita con menos experiencia de la que ahora tenía cualquiera de ellos.

«Leia», la llamó de nuevo Luke.

Si Vader había vuelto a ser Anakin, Kylo Ren podría volver a ser Ben. Su hijo fue tentado por la luz, ella podía sentirlo; pero incluso si nunca regresaba como lo había hecho Anakin, ella seguía amándolo y su legado estaba seguro. Ella era Leia Skywalker Organa Solo. Mientras acariciaba la medalla de Han reconoció plenamente su herencia, que transmitiría a la siguiente generación. El legado Skywalker pasaría a Rey; el de Organa a Poe y haría el último intento de transmitirle a su hijo el legado Solo.

Así que sería de ese modo. Un acto final de esperanza y luego podría descansar.

Invocó a la Fuerza, se dejó rodear e inundar por ella. Creyó que el esfuerzo la agotaría pero sintió una oleada momentánea de vitalidad y energía al conectarse con todo ser viviente. Llegó más profundo y luego todavía más. Con toda la vida, el amor, la esperanza y el perdón de su ser, lo llamó:

—¡Ben!

Su último pensamiento inundó la galaxia como una ola. Estuvo vagamente consciente del ruido que hizo la medalla de Han al caer al piso, el silbido de tristeza de R2-D2 y finalmente la bienvenida de Luke, que no estaba solo…

La mirada de Kylo Ren se volvió distante y dejó caer su sable. Rey lo atrapó llena de triunfo. Estaba a punto de ganar. De repente hubo un desgarre en la Fuerza. Kylo se tambaleó. Ella tomó el sable que acababa de robarle y se lo enterró, lo atravesó con él, mientras una sensación incomparable de pérdida inundaba su alma, la perforaba y la hacía sentir vacía y afligida.

—¡Leia! —gritó.

Kylo se derrumbó, la miró fijamente mientras agonizaba, su pecho se agitó. Parpadeó con dificultad tratando de evitar el dolor y lo que sea que estuviera sintiendo. Los últimos pensamientos de Leia habían sido acerca de Rey, Poe y la Resistencia, pero principalmente sobre Ben. Leia aún lo quería. Lo había perdonado. Lo había llamado hacia la luz.

A Rey le temblaron las manos mientras apagaba su sable. Enseguida se agachó y apagó también el de Kylo. Se arrodilló junto a él sin saber qué decir. La herida era mortal, eso era evidente. Los ojos de Kylo buscaron el rostro de Rey, aunque ella no estaba segura de qué buscaba. Tenía las mejillas húmedas pero ella no alcanzaba a distinguir dónde terminaban las gotas del océano y comenzaban sus lágrimas.

—Tu madre —le dijo ella.

Él cerró los ojos como si aceptara el inevitable final. Rey no supo qué hacer. Antes ya había tenido oportunidad de matarlo, pero no lo había hecho. Ahora que lo tenía abatido frente a ella, vulnerable, se dio cuenta de que tenía aún menos ganas de verlo morir. ¿Qué haría Leia?

Se estiró hacia él y le puso una mano en el pecho. Él abrió los ojos de golpe. La miraba confundido, incluso, tal vez… ¿con anhelo?

El aire se llenó de un resonante rumor. Rey recurrió a todo lo que la rodeaba. Había mucha vida en ese océano violento, pero sobre todo recurrió a sí misma. Se entregó.

Los labios de Kylo se separaron. Su respiración se estabilizó. Los músculos, los tendones y la piel se renovaron, se unieron de nuevo. Incluso la cicatriz de su cara se cerró, su mejilla quedó lisa y perfecta.

Rey se derrumbó, exhausta. Sintió la mirada estupefacta de Kylo y percibió lo que le preguntaba sin palabras. Ahora estaba consciente. Por completo. Rebosante de vida y energía, pero no dijo nada.

Entre una respiración y otra ella intentó explicarse:

—Tenías razón. Sí quería tomar tu mano. La mano de Ben.

Antes de que él pudiera responderle, ella tomó el sable de Luke. Curarlo la había agotado, apenas podía sostenerse mientras corría hacia el caza TIE estacionado en los restos de la estación espacial.

Se dejó caer en el asiento del piloto. Le tomó un momento orientarse frente a los extraños controles pero rápidamente los entendió, como siempre hacía con los controles de mando. Despegó y volteó atrás para ver a Kylo mirándola todavía desconcertado. Finn y Jannah eran puntitos sobre otra isla de los restos de la estación; le dio gusto ver que el *Halcón* se aproximaba. Sus amigos estarían bien.

No sabía a dónde se dirigía; solo que debía escapar. Se sintió destrozada: por saber quién era, por el sufrimiento. Se dejó guiar por su instinto al marcar las coordenadas en la computadora de navegación. Atravesó la atmósfera y entró al hiperespacio.

CAPÍTULO 14

Kylo Ren se quedó de pie sobre los restos de la Estrella de la Muerte, mirando el océano. Permaneció ahí largo rato. Observaba la marea bajar de forma lenta. Físicamente se sentía mejor que nunca en su vida.

Sin embargo, su mente era pura confusión. No sabía que fuera posible curar a ese nivel ni entendía cómo lo había logrado, aunque eso no era lo que más le preocupaba. ¿Por qué lo había curado Rey? ¿Por qué haría algo así?

¿Por qué su madre lo quiso hasta el último momento de su vida? Snoke le mintió al respecto. Le mintió en todo. Las voces de su cabeza que lo torturaron durante años le habían prometido que nunca llegaría un momento así. «No les importas. Solo les interesa su preciada Nueva República, —y después—: Solo les interesa su preciada Resistencia». Puras mentiras.

Su madre se había sacrificado para hablarle. Luego Rey lo había curado a costa de sí misma. A pesar de todo lo que hizo. No había podido extinguir la luz que había dentro de él porque siempre estuvo rodeado de ella. Estaba en Rey, en su madre, incluso… en su padre.

—Hola, niño —escuchó una voz. La familiaridad con que le hablaba era como un sable atravesándole las entrañas. Volteó.

Han Solo estaba de pie frente a él sin que las gotas del océano pudieran tocarlo. Se veía exactamente como lo recordaba Kylo la última vez, solo que lucía tranquilo. En paz.

—Te extraño, hijo.

Kylo parpadeó. No podía ser real.

—Tu hijo está muerto —le respondió.

Su padre sonrió.

—No —le contestó acercándose. Las narices de ambos estaban apenas a centímetros de distancia cuando añadió—: Kylo Ren está muerto. Mi hijo sigue vivo.

Dejó que su mirada recorriera el rostro de su padre, su chamarra, el bláster en su funda. Todo se sentía real. Incluso pudo oler el aceite para motor que Han Solo había usado siempre para mantener

funcionando los convertidores del *Halcón*.

—No eres más que un recuerdo —aseguró.

—Un recuerdo tuyo —dijo su padre con los ojos llenos de amor. Eran como dagas—. Vuelve a casa —le insistió.

—Demasiado tarde —eso era lo que las voces de su cabeza le habían dicho siempre: «Para ti es demasiado tarde. Jamás te aceptarán de vuelta», solo que esa vez era cierto porque—: Ella ya no está.

—Tu madre ya no está, pero lo que ella representaba y todo por lo que luchó sigue ahí.

Miró fijamente a su padre con miedo de creer en sus palabras. Miedo de su propia memoria, de lo que estaba sintiendo.

—Ben —lo llamó su padre.

—Ya sé lo que debo hacer —admitió Ben Solo con voz trémula—, pero no sé si tengo la fortaleza para lograrlo.

Han alzó la mano hasta la mejilla de Ben, tal como él lo recordaba. Rey tenía razón, no había podido sacudirse el recuerdo del calor de la mano de su padre, sus dedos callosos, la aceptación con que lo miraba.

—Sí la tienes —aseguró su padre.

Han Solo todavía creía en él, al igual que su madre, al igual que Rey. Ben levantó la empuñadura de su sable de luz exactamente como lo había hecho en la Base Starkiller la última vez que vio a su padre, solo que esta vez…

—¿Papá? —le dijo y de repente se hizo pequeño, vulnerable.

Han Solo sonrió.

—Lo sé.

Ben volteó y lanzó el sable por los aires, el cual voló y trazó un arco muy por encima de los restos de la estación. Desapareció entre la neblina del rocío del océano.

Cuando regresó, el recuerdo de su padre se había ido. Ben Solo se quedó de pie en medio del mar. Sabía lo que tenía que hacer. De un modo u otro encontraría la fortaleza para lograrlo.

El General Pryde se arrodilló en la oscuridad ante el holograma. Estaba en un área privada de sus aposentos, un lugar al que nadie entraba más que él. Ni siquiera el Líder Supremo Ren sabía de su existencia.

Le tomaba mucho esfuerzo y planeación borrar todos los registros de esas transmisiones, pero valía la pena el riesgo. Todo había valido la pena.

La criatura del holograma habló:

—La Princesa de Alderaan arruinó mi plan —dijo el Emperador Palpatine—, pero su estúpido acto será en vano. Ven conmigo a Exegol, General Pryde.

—Así como estuve a su servicio en las antiguas guerras, estoy a su servicio ahora.

La imagen se inestabilizó. La transmisión era débil y precaria, pues hacía un viaje casi imposible a través de las Regiones Desconocidas y el espacio anómalo. Al menos era suficiente.

—Envía la nave a un mundo que conozcan —ordenó Palpatine; el corazón de Pryde saltó. Era el momento que había esperado—. Háganlo explotar. Comienza la Orden Final. Ella vendrá. Sus amigos la seguirán.

Mientras su maestro sonreía (un lento ciempiés arrastrándose por su boca), el General Leal Pryde se estremecía extasiado.

—Sí, mi señor.

Siguió una ráfaga de datos de coordenadas complejas. Era el camino a Exegol. El Emperador le confiaba su conocimiento más preciado.

—Contempla el fruto de tu trabajo —señaló su maestro mientras los datos que le llegaban revelaban otro canal de frecuencia.

La mano de Pryde tembló al girar el holodisco hacia la nueva frecuencia. Se desplegó una imagen distinta frente a él: una superficie plana, un suelo agrietado, relámpagos y neblina. Una flota gigantesca suspendida en la atmósfera a una altitud considerable. Cuántas naves. Tan hermosas. La flota Sith, que era su obra maestra, ya nunca más estaría escondida.

En cuanto se estabilizó la imagen, lo cual era indicio de que la transmisión era segura, dio la señal. Contuvo la respiración, en espera.

Una nave se separó del resto. Poco a poco se elevó por encima de las otras hasta que alcanzó una distancia segura. Enseguida desapareció en el hiperespacio. Pryde anhelaba unirse a ella. Todo por lo que había trabajado durante su vida entera finalmente rendía frutos.

Con todo, él era pragmático, y ni siquiera la emoción del momento podía aliviar sus preocupaciones. Las naves eran temporalmente vulnerables. No podían levantar sus escudos en el clima infernal del planeta, pero no había otra alternativa. Gran parte de la construcción final, la inspección, las pruebas y el mantenimiento debían ocurrir en la atmósfera. La tripulación imperial trabajaría triple turno para conseguirlo.

Pryde podía haberse quedado por siempre admirando la vista de la flota Sith, pero tenía trabajo que hacer. Sonrió al terminar la transmisión. Todo estaba sucediendo conforme al plan de su maestro.

El destructor estelar Sith salió del hiperespacio sobre el blanco y congelado mundo de Kijimi. La Capitana Chesille Sabrond de la Orden

Final se paró en el puente de mando y vio moverse un sistema de nubes que dejaba ver la línea escarpada de una enorme cadena montañosa. Debía ser gigante como para ser visible desde el espacio.

La Capitana Sabrond nunca había estado fuera de las Regiones Desconocidas. Creció en Exegol, bajo tierra, y le llevó años de trabajo duro y dedicación obtener ese cargo tan importante: capitana del *Derriphan*, el destructor designado para ir de avanzada. Había matado a tres personas, saboteado a otras dos y prácticamente no había dormido en veinte años, precisamente para ser de las primeras en despegar hacia la nueva galaxia. Su flota virgen fue un éxito. Ahora faltaba probar el arma.

Echó un vistazo alrededor. El puente de mando estaba lleno de oficiales de la Orden Final, muchos de ellos criados en Exegol como ella, otros provenientes de diversos planetas de las Regiones Desconocidas. Muchos eran hijos del Imperio que seguían los pasos de sus padres. Muchos de los stormtroopers rojos habían sido reclutados de niños por la Primera Orden, luego cuidadosamente seleccionados y «desaparecidos» por espías debido a su potencial. Todos en ese puente habían trabajado hacia un único objetivo: el regreso de los Sith.

—Kijimi está en la mira —anunció uno de los tenientes.

La Capitana Chesille Sabrond sonrió.

—¡Fuego! —ordenó.

La plataforma retumbó con la explosión del gigantesco cañón que salía de la parte baja de la nave.

Babu Frik había trabajado dos días más, quizá tres, para que el droide de batalla volviera a funcionar. Aunque sería diferente: más consciente de sí mismo, con funciones de mando de nivel superior y, por supuesto, no del todo legal. Su cliente le había prometido una paga obscena para asegurarse de ello, y Babu la necesitaba para salir del planeta.

La banda de traficantes de especias ya no existía. Todos los que conocía se habían ido. En todo caso, los que tuvieron suerte. Los demás estaban muertos, asesinados por los Caballeros de Ren cuando barrieron la ciudad al buscar a los compañeros de Zorii que estaban del lado de la Resistencia.

—Pronto, amigo —le dijo al droide que estaba sentado en la mesa.

Le faltaba un antebrazo. De vez en cuando se retorcía mientras Babu intentaba reconectarlo. Prefería trabajar con los pacientes «despiertos», era la forma de encontrar y corregir cualquier error antes de que hicieran demasiado daño.

—¡Quieto, quieto! —le ordenó.

—Entendido, entendido —dijo el droide, e inmediatamente lo

desobedeció agitando la cabeza de lado hacia la ventana.

Los audiorreceptores del droide eran más sensibles que sus propios oídos, así que Babu bajó de la mesa, corrió por la habitación y subió a la ventana.

Era de noche y el cielo se había vuelto del revelador color de la obsidiana que siempre presagiaba una tormenta de nieve. No había nada fuera de lo común.

Luego lo vio. Un resplandor rojo, apenas más grande que un punto, venía del noroeste. El punto creció y se tornó más brillante. Muy pronto la oscura noche se vio iluminada. Las calles y los edificios helados de la ciudad de Kijimi quedaron teñidos de carmín.

Babu murmuró una oración. Cerró los ojos para evitar el doloroso brillo y aceptó su destino, pero entonces escuchó una voz familiar de alguien que creyó que se había ido hacía mucho tiempo.

—¡De prisa, Babu! ¡Solo tenemos unos segundos!

El planeta entero implotó succionándose a sí mismo. Luego, como en una exhalación, explotó en una masa cósmica de hielo, rocas y magma.

La Capitana Sabrond quería gritar su triunfo, pero no hubiera sido para nada profesional. En lugar de eso dio la orden con calma:

—Contacten al Comando Imperial. Informen que el planeta Kijimi ya no existe. Luego establezcan el rumbo para nuestro regreso a Exegol.

Poe, Finn, Chewie y los droides bajaron corriendo por la rampa del *Halcón* hacia la selva de la base. El lugar estaba más abarrotado que antes: había más consolas, más gente, incluso algunas naves extra. La Resistencia había estado muy ocupada en su ausencia.

A Poe le dio gusto ver a la Comandante
D'Acy,
que los esperaba para saludarlos al final de la rampa.

—Poe —lo llamó y su voz se hizo pesada por la solemnidad—, tengo algo importante que decirles. Finn…

—Esto no puede esperar —la interrumpió Finn.

—Tenemos que ver a la general —añadió Poe.

El rostro de D'Acy se veía afligido.

—Ya no está entre nosotros —les respondió.

Poe se quedó petrificado mirando fijamente a la comandante. Su mente se negaba a procesar lo que ella acababa de decir. Chewie gimió, levantó la cabeza y cayó de rodillas. Finn trató de consolar al wookiee, pero este lo alejó con la mano y se puso a llorar a todo volumen. Poe se quedó ahí, con el corazón afligido y los pies

inestables. Casi no se dio cuenta cuando Beaumont lo agarró y comenzó a quitarle las vendas del brazo.

—Estuvimos tan cerca —murmuró Poe—. Lo lamento.

Beaumont esparció gel de bacta sobre la herida de Poe y volvió a vendarla sin decir palabra en todo el rato. Momentos después, D'Acy apareció nuevamente.

—Poe, tienes que ver esto.

Él volteó de un lado a otro para ver primero a Beaumont, luego a D'Acy y otra vez a Beaumont. ¿Cómo es que podían seguir trabajando? ¿Cómo podían hacer lo que fuera? ¿Cómo? Leia se había ido y la Resistencia con ella.

Permitió que D'Acy los guiara a la consola de comunicación. Ella señaló el mensaje.

—Kijimi explotó. Un destructor estelar lo aniquiló de un disparo —leyó ella en voz alta.

—¿Kijimi? —La angustia volvió a apoderarse de él. «¡Zorii!»—. Pero ¿cómo? —Poe se trabó.

—Un destructor estelar lo aniquiló de un disparo.

Sacudió la cabeza.

—Imposible. Se necesitaría… No. —«¡No, no y no!»—. No hay manera de que un destructor estelar…

—Era de la nueva flota Sith. Salió de las Regiones Desconocidas.

Beaumont se quedó boquiabierto:

—El Emperador envió la nave desde Exegol. ¿Eso significa que todas las naves de su flota…?

—Tienen armas capaces de destruir planetas —concluyó Poe horrorizado—. Por supuesto que las tienen. Cada una puede… Y así acabará con todo.

Algo hizo bip en la consola de Rose y ella se acercó rápidamente.

—Escuchen —les dijo—. Está en todas las frecuencias.

La consola chirrió y retumbó. Enseguida comenzó a hablar una voz en un idioma que Poe no reconocía. Sin embargo, los ojos de Beaumont se abrieron de golpe.

—La Resistencia ha muerto —les tradujo—. La llama Sith seguirá ardiendo. Todos los mundos, ríndanse o morirán. Empieza la Orden Final.

El mensaje se repitió incansablemente. Todos voltearon a ver a Poe.

—Leia te nombró general interino —afirmó Rose—, ¿ahora qué hacemos?

La Comandante D'Acy le puso una mano en el hombro, lo miró directamente a los ojos y le dijo:

—Esperamos tus órdenes.

Su primer impulso fue negarse. Él nunca había huido de nada en su vida, pero ahora quería hacerlo. No podía aceptar que Leia se hubiera ido, mucho menos hacerse cargo de su trabajo. No estaba listo. Tal vez nunca lo estaría. Había cometido terribles errores. Mucha gente había muerto por su culpa. Creía que tendría más tiempo para aprender, para pagar por lo que había hecho. ¿En qué estaba pensando ella cuando lo nombró general interino? Creyó que ya lo había superado, ella así se lo había dicho; pero quizá perdonarse uno mismo era un proceso mucho más duro y largo de lo que uno creía.

De repente le vino a la mente un recuerdo de Leia, tan claro como el agua, e imaginó su voz con tal intensidad que era casi como si estuviera ahí. «Los errores son los mejores maestros», le dijo.

Finn se sentó en el camastro de Poe. No podía creer que Leia se hubiera ido. Ella lo había aceptado tan fácilmente. Ni siquiera parpadeó cuando supo que era un desertor de la Primera Orden. De hecho, dijo que era valiente y que lo consideraba uno de sus recursos más valiosos. Dispuso para él oportunidades de entrenamiento y aprendizaje. Lo impulsó a aprender, a ser cada vez mejor. Leia no le había dedicado tanto tiempo como a Poe o Rey, pero quedaba claro que esperaba mucho de él.

El pequeño droide que rescataron de la nave de Ochi avanzó hacia él y comenzó a hurgar en las cosas de Rey. Se fijó en el sable de luz a medio construir y le acercó su puntiaguda nariz de cono.

—¡Oye, no toques eso! Es de mi amiga.

El pequeño droide retrocedió e inclinó la cabeza.

—Lo-lo siento. Ella se fue.

—Sí, se fue —respondió Finn—, y no sé a dónde.

El droide rodó adelante y atrás.

—La extraño.

—Yo también.

Finn habría dado lo que fuera por estar sentado ahora junto a ella, compartiendo la pena, sin que necesariamente tuvieran que decir algo, simplemente… estar juntos. Si supiera a dónde había ido, no habría nada en toda la galaxia que le impidiera ir tras ella. Rey y él se habían rescatado el uno al otro desde el momento en que se conocieron. Es lo que hacen los amigos.

Nadie entendía bien su obstinada devoción hacia Rey, tal vez solo Leia. Incluso Rose, a pesar de aceptarla, pensaba que era algo rara; pero no lo era en lo más mínimo. Rey era su amiga, sí, pero también

era alguien importante. Así lo sentía él. Era la misma sensación innegable de la que le había hablado a Jannah. Si algo le pasaba a Rey, la Resistencia estaría perdida.

El droide emitió otro zumbido, un sonido aislado. Finn se dio cuenta de que había estado tan absorto en todo lo que pasaba que nunca se molestó en tratar de conocer al chiquitín. Rey era importante, pero también todos los demás. La única manera de superar en lo que estaban era entre todos.

—Entonces, dime —se dirigió a él—, ¿cómo te llamas?

C-3PO vagaba desorientado por la base. El lugar era un desastre, había cables tirados por todas partes y las enredaderas lo invadían todo. El lodo empezaba a obstruir sus articulaciones. Un baño de aceite era justo lo que necesitaba, pero no tenía idea de a quién pedírselo. Ese grupo heterogéneo de seres incluía humanos, mon calamari, un wookiee y una docena de otras especies, por no mencionar a los droides. Ninguna cultura o idioma parecía predominar, lo cual provocaba que
C-3PO
no supiera cuál era el protocolo.

Un droide astromecánico serie R2 lo detectó y rodó hacia él. Era blanco con azul y tenía algunas cicatrices de guerra. Era una cosita medio tosca, pero valía la pena ser educado con él dadas las circunstancias.

—Hola, soy C-3PO, relaciones cibernético-humanas. ¿Y tú eres…?

El astromecánico retrocedió como si lo hubieran golpeado. Luego hizo bip muchas veces.

—¿El respaldo de mi memoria? ¿Por qué un rechoncho droide astromecánico tendría almacenada mi memoria?

El pequeño droide volvió a hacer bip molesto.

—Bueno, estoy seguro de que si tuviera un mejor amigo lo recordaría. —C-3PO se dio la vuelta. No había nada peor que un astromecánico con delirios de grandeza.

El pequeño droide emitió insistentes pitidos.

—¿Que quieres poner qué cosa en mi cabeza? De ninguna manera.

El droide azul estiró su brazo de transferencia y comenzó a perseguirlo.

—¡Aparta de mí esa cosa!

Más pitidos, casi demasiado rápidos como para entenderle.

—¿A qué te refieres? ¿De qué nos conocemos?

El droide silbó, esa vez con más amabilidad. Sus palabras hicieron que
C-3PO

se parara en seco. El droide dorado miró hacia la nave que se alzaba imponente frente a ellos.

—¿En una nave como esta? —preguntó C-3PO—. ¿Con una princesa? Se te cruzaron los cables.

A pesar de todo, dejó que el pequeño droide se le acercara.

Poe se sentó en la oscuridad junto al cuerpo tapado de Leia. Se dirigió a ella:

—Tengo que confesarte que no sé cómo hacerlo. Lo que tú hacías… No estoy listo.

—Tampoco nosotros lo estábamos —salió una voz de entre las sombras.

Poe volteó hacia allá. Era Lando Calrissian. El exgeneral de la Rebelión había viajado hasta Ajann Kloss en su nave, *Lady Luck*, casi en cuanto supo que ellos se habían ido de Pasaana. Algo de lo que dijo Rey lo convenció. A Poe le dio gusto que estuviera ahí.

—Ni Luke, ni Han, ni Leia ni yo —completó Lando—. ¿Quién llega a estar listo alguna vez?

Poe caminó hacia él. Según le había dicho Connix, a Lando lo abrumó el dolor de no llegar a tiempo. Había perdido la oportunidad de despedirse.

Lando se veía tan triste como se sentía Poe, tenía el ceño fruncido y los hombros caídos. Se quedó mirando el sudario de Leia. Probablemente se arrepentiría de no haber llegado antes por el resto de su vida. Poe sabía bien lo que era el arrepentimiento.

—¿Cómo lo lograron? —le preguntó Poe—. ¿Cómo derrotaron a todo un Imperio sin tener casi nada?

Lando se quedó en silencio por un rato. Luego respondió:

—Nos teníamos el uno al otro. Así fue como ganamos. Éramos amigos.

Una luz iluminó la mente de Poe y, por primera vez desde su regreso a Ajan Klos, sonrió.

Poe fue a buscar a Finn, pero este lo encontró primero. Su amigo se aproximó con el pequeño droide cónico pegado a sus talones.

—Tengo que decirte algo —dijo Finn con voz de urgencia.

—Yo tengo que decirte algo —respondió Poe—. No puedo hacer esto solo. Te necesito al mando conmigo. ¿Tú qué querías decirme?

—¡Este droide! Oye, eso está muy bien, te lo agradezco…

—General —dijo Poe haciendo un saludo.

—General, este droide tiene mucha información sobre Exegol.

—Un momento, ¿qué? —se extrañó Poe—. ¿Cabeza de cono?

—Soy D-O —se quejó el droide.

—Perdón. D-O —corrigió Poe.

—Se dirigía a Exegol con Ochi de Bestoon —agregó Finn.

Poe miró al droide y luego otra vez a Finn.

—¿Por qué iba Ochi hacia allá?

Finn respiró hondo.

—Para llevar a una niña pequeña que se suponía que iba a sacar de Jakku. Para el Emperador. La quería viva.

Poe se quedó boquiabierto. Finn lo miró en espera de que atara cabos.

El sol de coral se puso sobre el océano de
Ahch-To
mientras las llamas devoraban el silenciador de Kylo Ren. Rey vio arder la nave con lágrimas en los ojos. Le arrojó trozos de madera. No es que fueran a hacerle algún daño, pero se sentía bien aventar cosas.

Al fin comprendió por qué Luke había ido allí, por qué renunció a todo y adoptó una vida de ermitaño. Rey no volvería jamás. Nunca más pondría a sus amigos en peligro. Ya no vería más la cara de Kylo. Pasaría los años que le quedaran justo allí.

Era la nieta del déspota más malvado que se haya conocido y su oscuridad empezaba a recorrerla por dentro. Sin Leia no tenía oportunidad de revertir la corriente. La galaxia estaría mejor sin ella.

Pertenecer a un grupo había sido una fantasía fugaz. Estaba destinada a la soledad. Entonces sacó el sable de Luke y lo miró fijamente. Era el arma de un Jedi, solo que Rey no era una de ellos. Lo arrojó hacia el fuego con coraje.

Una mano se estiró y lo atrapó. Surgió de las llamas una figura con túnica cubierta por una luz fantasmal, casi transparente.

—El arma de un Jedi merece respeto.

—¡Maestro Skywalker! —exhaló ella.

Él entrecerró los ojos consternado:

—Pero ¿qué estás haciendo?

Se miraron el uno al otro. Rey no estaba segura de qué decirle, probablemente él ya lo sabía. Junto a ella, un porg desaliñado sacudía sus plumas y le graznaba molesto.

Rey se sentó junto a la hoguera, lo necesitaba; estaba muy agotada tras luchar contra Kylo y haberlo curado. Luke estaba de pie frente a ella sin que la cercanía de las llamas afectara su túnica.

—Hice todo lo que me enseñaron que no debía hacer —le confesó —. Saqué yo primero el sable, ataqué a Ren, estaba cegada por la ira.

—Y, sin embargo, después lo curaste.

—Le di un poco de mi vida. En ese momento se la habría dado toda… y habría muerto si hubiera sido preciso.

—Tu compasión lo salvó —respondió Luke.

Rey no tenía ganas de recibir nada que se pareciera a un cumplido. No lo merecía.

—Tuve una visión donde me sentaba en el trono oscuro —le dijo a su Maestro Jedi—. No permitiré que eso suceda. Nunca me iré de aquí. —Lo miró retadoramente—: Estoy haciendo lo que usted hizo.

El fuego saltó. Una brasa cayó sobre la túnica de Luke, pero a él no le importó. La brasa se apagó como si no hubiera caído sobre nada.

—Estaba equivocado —repuso Luke—. Fue el miedo lo que me mantuvo aquí. ¿Qué es a lo que más le temes?

La respuesta era muy sencilla, pero pronunciarla era difícil.

—A mí misma.

—Por ser una Palpatine.

La dejó sin aliento. Él lo había dicho en forma tan casual, como si no le impresionara en lo más mínimo.

—Leia también lo sabía —añadió.

Rey ya lo había adivinado, pero de todas maneras se sorprendió al oírlo de él.

—Nunca me lo dijo —murmuró Rey. Luke se acercó para sentarse junto a ella—. Y me entrenó de todos modos —agregó.

—Porque vio tu alma. Tu corazón.

Rey siempre supuso que Leia había aceptado entrenarla porque la veía como un arma. Un recurso en la lucha contra la Primera Orden. ¿Sería cierto que también vio algo más en ella? ¿Algo bueno?

Rey bajó la cabeza y se miró las manos; se sintió tonta.

—Quería que Leia pensara que yo era tan fuerte como ella, pero no lo soy.

—Leia era más fuerte que todos nosotros —repuso Luke.

Eso la hizo preguntarse: ¿alguna vez a Leia la había tentado el Lado Oscuro? En todas las historias que escuchó, al leer los diarios de Luke y estudiar con Leia, no había sabido de una sola vez en que alguien siquiera hubiera intentado convertirla, como sí lo habían hecho Vader y el Emperador con Luke. Y Kylo con ella. Quizá de todos ellos Leia era quien había sido más incorruptible.

Finn también sería así, se dio cuenta con un sobresalto, si pudiera sentir la Fuerza. Él era así de especial. Comenzó a sacudir la cabeza y las lágrimas amenazaron con brotar otra vez.

—No creo poder hacerlo sin Leia. Provengo del más oscuro…

—Rey —la interrumpió Luke—, hay cosas más poderosas que la sangre.

La precisión de sus palabras brilló dentro de ella. La Fuerza era más poderosa que la sangre. También la amistad. El amor.

—Pero tengo miedo —confesó.

—Confrontar el miedo es el destino de un Jedi. Es tu destino. Si no confrontas a Palpatine, será el fin de los Jedi y habremos perdido la guerra.

—Como tú tuviste que confrontar a Vader —respondió ella al recordar las notas de los diarios de su maestro.

—Está bien estar asustado. Yo lo estaba. —Ella enarcó las cejas. Luke prosiguió—: ¿Crees que fue un accidente que nos encontráramos? Dos huérfanos del desierto… La Fuerza te trajo conmigo y con Leia por una razón.

Luke se levantó. Aunque el viento de la isla agitaba los mechones de cabello de Rey, a él parecían no afectarle.

—Hay algo que mi hermana hubiera querido que tuvieras. Sígueme.

La llevó adentro de su antigua cabaña. Todavía estaba en buenas condiciones, conservada por los cuidadores lanai en su ausencia. Señaló un ladrillo suelto en la pared.

—Aquí dentro —afirmó.

Rey quitó el ladrillo y metió la mano. Las puntas de sus dedos encontraron un objeto duro envuelto en piel suave. Lo sacó y desenvolvió.

Era un sable de luz que brillaba como si fuera relativamente nuevo. En cuanto lo tomó en sus manos, sintió a su dueña y sonrió.

—El sable de Leia —exclamó.

—Era la última noche de su entrenamiento —le respondió Luke.

Rey percibió los atisbos de sus recuerdos: *sables que chocan e iluminan la selva a su alrededor con suaves destellos verdes y azules. Su pelea era intensa, pero Rey percibía cierta diversión. A Luke le había encantado entrenar a su hermana*.

Luke se vio derribado en el suelo, una cama de helechos le había suavizado la caída. Miró a su gemela (una versión mucho más joven de la mujer que Rey había conocido) y ella sonrió, pero su cara también escondía tristeza. Resignación.

—Leia me dijo que presintió la muerte de su hijo al final de su camino Jedi —explicó Luke.

Rey exhaló admirada. Con que eso era lo que Leia ocultaba.

—Me entregó su sable y me dijo que algún día vendría a buscarlo alguien que concluiría el viaje que ella inició.

Rey miró fijamente el sable. ¿Entonces estaba destinada a tenerlo?

—Miles de generaciones viven ahora en ti —le dijo Luke—, pero la

batalla es tuya. —Miró el arma que tenía en la mano—. Debes llevarte ambos sables a Exegol.

El corazón se le hundió. Al tratar de hacer lo correcto, lo había arruinado todo.

—No puedo llegar ahí —respondió—. No tengo el orientador. Destruí la nave de Ren.

La sonrisa del Maestro Jedi reflejaba tanto cariño que hacía que le doliera el corazón.

—Tienes todo lo que necesitas —le dijo con dulzura.

Por orden de Luke, Rey se recostó en la cabaña y cerró los ojos. Había cedido mucha de su energía vital durante la curación; necesitaba un breve descanso o no llegaría a ningún lado rápido. Luke no la presionó ni le dijo cómo esperaba que llegara a Exegol, simplemente le dio espacio para pensar. Era exactamente lo que habría hecho Leia.

«Lo que habría hecho Leia».

Se volteó sobre su espalda y suspiró. Se estuvo preguntando durante meses qué haría Leia. Por una vez la respuesta era sencilla: Leia se iría de
Ahch-To
y regresaría a la batalla. De hecho, ni siquiera habría ido ahí en primer lugar. Incluso a pesar de que, como Rey, ella también descendía de una terrible maldad.

También Luke, cuando tuvo oportunidad, se retiró para enfrentar sus miedos. ¿Cómo podría ella hacer menos que eso?

Rey suspendió el descanso, salió de la cabaña y entró en una mañana húmeda y llena de neblina. Las nubes cubrían la isla y la marea baja dejaba ver bancos de algas mojadas.

Una de las cuidadoras lanai se levantó inmediatamente de su banco de piedra y miró a Rey con desaprobación por encima de su picuda nariz. Rey le devolvió la mirada mientras la cuidadora entraba en la cabaña de la que ella acababa de salir, sin duda para limpiarla y ordenarla. ¿Había estado afuera de su puerta toda la noche? Los cuidadores probablemente no podían esperar a que Rey se fuera, igual que la última vez.

El caza TIE ahora era una ruina ardiente. Algunos porgs se amontonaban alrededor, tan cerca como se atrevían a estar del calor del fuego moribundo.

Algo se retorcía dentro de ella y la llamaba; dio unos pasos al frente. Una llovizna nocturna había enfriado los restos de la nave. Siguió sus instintos, se agachó y retiró los escombros. Había un orientador ahí, sin humo y en perfectas condiciones. El orientador de Vader.

—Hicieron dos —murmuró.

Ahí en Ahch-To, el ruido del mar siempre estaba presente, pero, en comparación con lo que acababa de vivir en Kef Bir, era un ritmo suave y apacible de olas que se estrellan en las rocas, porgs que bucean y gaviotas que graznan. De modo que, cuando algo sucedía, se notaba.

Detrás de ella el mar se agitó con violencia y la brisa le golpeó la espalda. Dio vuelta y miró por encima del acantilado.

El agua borboteaba en la caleta que estaba debajo de ella. El X-Wing de Luke comenzó a emerger del fondo. Primero salieron las puntas de las alas con sus cañones láser escurriendo de agua y algas; luego los propulsores de fusión, la cúpula de la cabina, el cono de la punta. En poco tiempo se vio claramente el tren de aterrizaje. Rey observó asombrada cómo el caza se desplazaba con perfecta precisión y control hacia un terreno plano donde se posó con un leve golpe.

Una figura cercana llamó su atención. Luke, con los ojos cerrados, irradiaba una luz azul sobre el acantilado, con la mano extendida. Abrió los ojos, la miró y sonrió.

Ella le contestó la sonrisa. Luke tenía razón. Tenía todo lo que necesitaba.

CAPÍTULO 15

D-O estaba conectado a una consola. Finn se encontraba de pie junto a Poe y Rose mirando la consola, esperando la información que sabían que llegaría.

D-O

trinó una pregunta y

BB-8

emitió pitidos para animarlo, asegurándole al pequeño droide que todo estaba bien, que esa era su misión.

Finn se encontraba inquieto e impaciente. A unos pasos,

C-3PO

estaba conectado en forma similar a R2-D2.

—¿Ya te enteraste? —exclamó de pronto

C-3PO

—. ¡Acompañaré a la ama Rey en su primera misión!

R2-D2 chirrió con evidente frustración.

—¿De qué hablas? ¿Cómo que ya lo hice?

—¡Ahí está! —señaló Poe.

La información se desplegó en la pantalla de la consola: diagramas, mapas, códigos de navegación, información atmosférica, distribución de recursos, logística de la torre. Finn intercambió una mirada de emoción con su amigo.

—Todo lo que siempre quisiste saber para hacer un ataque aéreo sobre Exegol.

—Excepto cómo llegar ahí —dijo Poe frustrado—. ¿Ves esos reportes atmosféricos?

Finn asintió.

—Es un desastre. Mira esos campos magnéticos cruzados.

Rose se agachó un poco.

—¿Pozos de gravedad? ¿Vientos solares? —preguntó con voz incrédula, lo cual preocupó a Finn.

Si su mejor ingeniera creía que la atmósfera de Exegol planteaba obstáculos insuperables, su misión estaba perdida antes de siquiera haber comenzado.

—¿Cómo es que su flota siquiera puede despegar? —preguntó Poe.

Eso planteaba otra pregunta: ¿Cómo aterrizarían ahí? ¿Pelearían sobre esa cosa? Tenía que haber una forma…

—Lo lamento mucho —se oyó la voz de C-3PO—, pero él insiste. —El droide dorado se acercó a ellos gesticulando con los brazos; el pequeño astromecánico iba detrás de él—. Me temo que el banco de memoria de R2-D2 debe haberse cruzado con sus receptores lógicos.

A Finn le daba gusto que el verdadero C-3PO estuviera de vuelta, pero ese no era el momento.

—¡Dice que está recibiendo una transmisión del amo Luke!

R2-D2 prácticamente cantaba al tiempo que se conectó con uno de los puertos de datos de la consola. En la pantalla apareció un mapa del radar del subespacio. Una señal luminosa decía EN VUELO e indicaba la marca distintiva de un X-Wing. Poe consiguió la clave de identificación.

—Se trata de una vieja nave, número AA-589. —Dio un paso atrás y parpadeó. Volteó a ver a Finn—. Sí es el X-Wing de Luke Skywalker.

Finn quedó sin aliento.

—Está transmitiendo las señales de sus indicadores de rumbo —agregó C-3PO—. ¡Va hacia las Regiones Desconocidas!

Finn estaba casi abrumado: sentía alivio, emoción, esperanza.

—¡Es Rey! —exclamó con absoluta certeza—. ¡Nos está indicando el camino!

Poe quedó pensativo. Finn observaba a su amigo mientras este llegaba a una firme conclusión.

—Entonces iremos juntos.

Pilotos y tripulación de tierra, mecánicos y oficiales, todos corrieron al *Tantive IV*. Poe convocó a una reunión informativa. Rose montó rápidamente un holoproyector debajo de la gigantesca corbeta. Lo situó sobre las cajas de carga, la imagen parpadeaba, pero serviría. Finn tenía la palabra y Poe estaba contento de cedérsela. El liderazgo era mucho más sencillo cuando se compartía.

—Mientras esos destructores estelares estén en Exegol, podemos

atacarlos —comenzó a decir Finn mientras Chewie se unía a la reunión junto con Lando y los droides.

—¿Atacarlos cómo? —preguntó Tyce.

La piloto estaba junto a su esposa, la Comandante D'Acy. Ninguna de las dos era muy dada a las muestras públicas de afecto, pero para Poe era evidente que se daban valor una a la otra.

—No pueden activar sus escudos hasta que abandonen la atmósfera —explicó Rose.

—Lo cual no es muy sencillo en Exegol —agregó Poe—. Las naves de ese tamaño necesitan ayuda para despegar; la computadora de navegación no puede distinguir qué camino tomar allá arriba.

—Entonces ¿cómo despegan las naves?

—Utilizan una señal proveniente de una torre de navegación. Como esta.

Poe cambió la imagen del holoproyector para mostrar una torre tipo obelisco que sobresalía del suelo y se extendía como una flor de metal que abriera sus pétalos.

—Solo que no lo harán —dijo Finn—, porque el equipo aéreo encontrará la torre y el equipo terrestre la volará en pedazos.

—¿Equipo terrestre? —preguntó Vanik, piloto de un A-Wing y uno de los reclutas de Poe.

—Tengo una idea para eso —contestó el extrooper.

Poe aprobó con la cabeza. El plan de Finn para el equipo terrestre podría funcionar, aunque era poco convencional. Definitivamente sorprenderían al enemigo.

—Una vez que derribemos la torre, la flota estará atrapada en la atmósfera. Solo durante unos cuantos minutos. Sin escudos, sin escapatoria. Y Rose tiene una idea para eso —explicó Poe—. ¿No es así, Rose?

—Mi equipo ha analizado los destructores estelares de los Sith —contestó Rose—. Para destruir un planeta con esos cañones necesitan una enorme fuente de energía.

—¡Recurren a los reactores principales! —adivinó Vanik.

Rose asintió.

—Creemos que atacar los cañones puede terminar con la nave completa.

—Esa es nuestra oportunidad —exclamó Lando.

Había cambiado su atuendo aki-aki por uno más brillante y una capa a la rodilla. A Poe realmente le

gustaba esa capa. Tendría que preguntarle por ella cuando terminara la guerra.

—Con escudos o sin ellos —intervino Wexley—, los destructores estelares no son una práctica de tiro al blanco. Y menos para los cazas.

—No seremos más que unos insectos frente a ellos —estuvo de acuerdo Connix.

Ambos tenían razón. Beaumont se inclinó al frente y dijo:

—Necesitamos algunas maniobras como la de Holdo. Causar estragos.

Antes de que Poe pudiera contestar que no podían darse el lujo de sacrificar a nadie, Finn intervino:

—Bueno, pero esa maniobra fue una en un millón. Con suficientes cazas y cargueros podemos eliminar esos cañones.

¿En qué clase de galaxia se había convertido esta, se maravillaba Poe, si se consideraba a los cargueros naves de guerra? Supuso que no importaba. Su trabajo era tener la flota lista ahora que Leia se había ido. Haría lo que fuera necesario para tenerlos a todos en sus puestos.

—Pero no tenemos suficientes —protestó Nien Nunb en su natal sullustés.

Poe asintió y agregó:

—Ahí es donde entran Lando y Chewie. Llevarán el *Halcón* a los sistemas centrales y enviarán un mensaje pidiendo ayuda a cualquiera que esté escuchando.

Mientras estuvo bajo el mando de Leia, Poe había estado preparando el terreno durante meses. Tenían aliados allá afuera y si alguien podía persuadirlos de ayudarlos, ese era Lando Calrissian, amigo de la General Leia y héroe de la Rebelión.

Poe prosiguió:

—Tenemos amigos allá afuera. Vendrán si saben que hay esperanza.

Todos comenzaron a protestar. Recordaban lo que pasó en Crait con tanto dolor como él. Poe pensó en las palabras de Zorii y exclamó:

—¡Lo harán! La Primera Orden nos derrota haciéndonos creer que estamos solos, pero no estamos solos. Muchas personas nos seguirán si las guiamos.

—Leia nunca se rindió —añadió Finn—, tampoco lo haremos nosotros. Vamos a demostrarles que no tenemos miedo.

—Todo por lo que lucharon nuestras madres y nuestros padres —dijo Poe pensando en sus progenitores, Shara Bey y Kes Dameron, quienes sacrificaron mucho para pelear por la Alianza Rebelde—, no dejaremos que muera. Hoy no. Hoy haremos nuestro último esfuerzo. Por la galaxia, por Leia. Por todos los que hemos perdido.

—Ya se llevaron a muchos de los nuestros —añadió Finn—. Ahora les llevamos la guerra.

Alrededor de Poe y Finn la gente asentía. El rostro de Rose estaba en éxtasis.

—Que la Fuerza nos acompañe —dijo con emoción.

—Que la Fuerza nos acompañe —repitió Connix.

Luego muchos gritaron al unísono:

—¡Que la Fuerza nos acompañe!

Lando Calrissian vio a todos prepararse para la batalla. Era como hacer sonar las dulces cuerdas de la memoria y observar todo repetirse. La tripulación de tierra mueve los suministros de combustible de una nave a otra. *Plin*. Los droides cargan los cazas. *Plin*. Los oficiales de comunicación ajustan las consolas y prueban frecuencias. *Plin*. La Comandante
D'Acy
besa a Tyce. *Plin*. El hijo adoptivo de Wedge, Snap Wexley, abraza a su esposa Karé para despedirse. *Plin*.

Más probabilidades imposibles. Otra causa por la que inesperadamente se encontró dispuesto a morir.

Chewie le avisó con un gemido que el *Halcón Milenario* estaba listo para partir. Fue entonces cuando se dio cuenta de que observaba los preparativos de Ajan Kloss porque estaba posponiendo lo inevitable. Poner de nuevo un pie dentro del *Halcón* iba a ser doloroso. Respiró hondo, recogió su capa y subió la rampa.

Entró en el corredor curvo. A sus pies yacían compartimentos secretos revestidos con una complicada amalgama de metales raros y una rejilla conductora. Había pasado de contrabando muchas cosas en esos compartimentos: joyas, armas, identichips imperiales, incluso a sí mismo. Su amigo Han había contrabandeado aún más.

A su derecha estaban la cabina y la sala; a su izquierda, la bodega de carga. Le encantaba esa bodega. Lando también había transportado carga legal, aunque en la mayoría de los casos fue una fachada para mercancías más valiosas y menos legítimas. Sin embargo, a menudo estaba vacía, o al menos no del todo llena. Llegó a organizar muchas fiestas grandiosas ahí.

Giró a la derecha y fue a la sala. Chewbacca pareció entender que necesitaba tomarse su tiempo, así que hizo un gesto para indicarle que lo esperaría en la cabina.

—Gracias, Chewie.

El tablero holográfico y el asiento de la sala estaban exactamente como los recordaba, aunque el relleno del asiento empezaba a salirse por una costura. Algo fácil de arreglar.

Sonrió. Han y Chewie siempre tuvieron demasiadas cosas en la cabeza como para notar algo tan intrascendente. En cambio, cuando él fue dueño del *Halcón*, lo habría arreglado de inmediato.

Detrás del salón estaba la litera de invitados, un lugar donde durmió a menudo en los días de la Nueva República. Sintió una punzada tan aguda que fue como una puñalada en el pecho. Leia siempre se las arregló para hacerle algún encargo esencial, por lo que Lando terminó como segundo oficial en una nave que solía ser suya.

Los extrañaba mucho a ambos. Era una tristeza manejable, cuando estaba en Pasaana con los
aki-aki,
sabiendo que sus amigos estaban allá afuera en algún lugar, vivos; pero ahora que estaban muertos…

Pasó por la cocina y se dirigió al camarote del capitán. Cuando era dueño del *Halcón*, en la nave solo podían dormir cómodamente cuatro tripulantes, dos en la litera de invitados y dos en el camarote del capitán. Cuando el tramposo de Han le ganó la nave en una fatídica partida de sabacc, lo primero que hizo fue remodelar el armario de capas para hacer una litera de primer oficial para Chewie y un compartimento oculto. Lando se había indignado. Ahora le parecía muy tonto.

Se asomó al camarote del capitán. El *Halcón* había albergado una tripulación inestable los últimos meses. No tenía idea de quién dormía ahí, si es que alguien lo hacía. La habitación ahora tenía una litera triple porque Han quería acomodar más gente. Durante un tiempo pensó que llevaría a su nueva familia a una o dos excursiones.

Lando lo entendía. Habría dado cualquier cosa por tener a su pequeña a su lado mientras viajaba por la galaxia en el *Lady Luck*, pero no habría de ser así para ninguno de los dos.

Caminó hacia la litera de Chewie y el compartimento que esta escondía para mirarlos más de cerca, pero luego titubeó. El wookiee lo esperaba en la cabina, aunque seguramente no le molestaría que su viejo amigo echara un vistazo. Después de todo ese solía ser su armario de capas.

Lando encontró en la litera un remache que en realidad era un botón, y así se abrió el panel. Lo primero que le llegó fue el olor del pelaje del wookiee. No es que fuera desagradable, una vez que te acostumbrabas, pero de todos modos era un poco sorprendente. El compartimento era pequeño y tenía una rejilla de ventilación; Han debió usar ese agujero oculto para contrabandear carga viva. Ya no quedaba ningún rastro del armario de Lando.

Dentro había una pequeña repisa de metal, y sobre esta un disco

holográfico con las orillas gastadas por el uso. No era para nada asunto suyo. Probablemente era un recuerdo atesorado de su planeta natal Kashyyyk. Chewie tenía más de dos siglos de edad, una larga historia familiar y amigos de los que Lando no sabía nada.

Estaba a punto de salir de ahí pero se detuvo. No pudo resistirlo. Después de todo era un sinvergüenza. Se acercó y encendió el interruptor del holograma. Sobre el disco se proyectó una imagen de Chewbacca en un tono azul claro. Traía un niño humano en sus brazos. Lando se acercó más.

Era Ben con el cabello oscuro y dedos rechonchos. Pataleaba y le jalaba el pelo a Chewie gritando de alegría. Chewbacca lo acurrucó e hizo un sonido que parecía casi un ronroneo.

Lando apagó el holograma. No podía seguir viendo. La Primera Orden le había quitado demasiado. A todos ellos. Era hora de que Lando contratacara. Dejó la habitación de Chewie mientras repasaba el plan en su mente. No podía convocar a sus aliados uno por uno en el corto tiempo que tenían, así que Beaumont y Connix trazaron un curso que los llevaría más allá de los dispositivos de interferencia de la Primera Orden, donde podrían transmitir un llamado de auxilio hacia coordenadas estratégicas. A algunos personajes clave, como el exembajador de los mon calamari, se les podría contactar directamente para persuadirlos mediante el trato especial de Calrissian; sin embargo, el objetivo sobre todo era entrar y salir del hiperespacio para difundir el mensaje: saltar, transmitir, saltar, transmitir, una y otra vez hasta que se agotara el tiempo.

Se agachó bajo la mampara y entró en la cabina. Chewie lo saludó y aquel pasó un momento muy valioso mirando a su amigo. Leia había conservado la esperanza en Ben hasta el final. Resultó que Chewie sentía lo mismo.

Se acomodó en el asiento del piloto.

Chewie gimió con fuerza.

—Tú lo dijiste, Chewie —aceptó Lando—. Por última vez.

El X-Wing de Poe estaba casi listo. Vio que una grúa levantaba a R2-D2 y lo colocaba en el compartimento de astromecánico de la nave. Iba a extrañar a
BB-8,
pero su amigo tenía otra tarea asignada. Además,
R2-D2
tenía registradas más horas de vuelo en un
X-Wing
que cualquier otro droide de la base, sin contar que hacía muy buen equipo con Poe.

—No he sabido de ningún droide que alguna vez haya regresado de las Regiones Desconocidas —dijo
C-3PO
con voz trémula—, pero tú no eres cualquier droide.

Poe estaba a punto de saltar dentro de la cabina cuando vio a Finn acercarse corriendo a la pista de aterrizaje. Corrió para interceptarlo. Finn lo vio y se detuvo. Enseguida se dieron palmadas en los hombros uno al otro. Poe no estaba seguro de quién había hecho el primer movimiento, pero de pronto ya estaban abrazándose como los hermanos que eran.

Se apartaron y Poe se dio cuenta de que les faltaba alguien. Frunció el ceño.

—¿Qué le esperará allá afuera? —le preguntó a Finn.

El rostro de Finn se ensombreció, pero agregó:

—Volveremos a verla. Estoy seguro.

—Sabes… —titubeó Finn.

—Sé muchas cosas.

—Ahora eres general, el general. ¿Deberías estar… bueno… volando un caza?

Poe respiró hondo. Esperaba algo así aunque no sabía quién sería el primero en sacar el tema. Le dio gusto que fuera Finn.

—Soy muy buen piloto —le recordó a su amigo.

—Muy bueno. —Finn encogió los hombros.

—Si queremos ganar en Exegol, necesitamos a cada uno de nuestros mejores pilotos dentro de un caza. Es una decisión que tomé como general, pero regresa para que la discutamos de nuevo cuando termine la batalla.

Finn lo miró burlonamente.

—Eso haré.

Poe le dio un último apretón de hombros y ambos se alejaron rápidamente.

Pasó junto a C-3PO de camino a la cabina. Pensándolo bien, el droide de protocolo dorado no era tan malo. Habían pasado horas, quizás un día entero, desde que a Poe le había parecido molesto. Palmeó al droide en el hombro. A su muy extraña y particular manera,
C-3PO
también era un hermano.

Llegó a la escalera. El brazo aún le dolía por el disparo que recibió en el *Steadfast*, pero él era ni más ni menos que Poe Dameron, piloto experto, general interino de la Resistencia. Podía pilotar cualquier cosa incluso con una sola mano. Subió la escalera y entró a la cabina.

El General Leal Pryde se quedó mirando por el ventanal con las manos

juntas en la espalda. Atravesaron el espacio rojo sin incidentes y entraron al hiperespacio normal. Los rayos de luz pasaban a toda velocidad e iluminaban el hermoso puente de mando, perfectamente ordenado, así como las caras de los oficiales.

Pryde amaba esa nave. El *Steadfast* era oficialmente el centro de mando móvil del Líder Supremo Kylo Ren; sin embargo, Ren no lo conocía tan bien como él. El Líder Supremo no tenía idea de las modificaciones que se le habían hecho, no sabía cuán especial era.

En eso se acercó el Almirante Griss.

—Estamos entrando a las Regiones Desconocidas, señor.

Era un simple anuncio. Solía ser responsabilidad de Hux informar a Pryde sobre esos asuntos, solo que Hux no hubiera podido evitar agregar algún comentario servil. «¿Quiere que prepare su transporte personal? ¿Desearía que disponga que un equipo terrestre espere por usted? ¿Me permite traerle una bebida caliente?». Pryde sonrió sin amabilidad. Se alegró mucho de tener una excusa para matar a esa rata quejumbrosa.

La nave dejó de viajar a la velocidad de la luz. Exegol se imponía ante ellos, oscuro y nebuloso, irradiando poder y ferocidad.

Las manos de Pryde comenzaron a temblar, así que las apretó más fuerte. Su obra maestra lo condujo hasta ahí. Respiró profundo para estabilizar su voz y dijo:

—Muy pronto arderán los planetas. Nuestro señor resurgirá una vez más.

Rey salió del hiperespacio. El planeta Exegol finalmente estaba frente a ella, ensombrecido por nubes oscuras que destellaban con los relámpagos. El tablero de mandos pitó advertencias sobre la atmósfera próxima.

Ella las ignoró y descendió entre las nubes, agradecida por pilotar el
X-Wing
de Luke. Era tecnología antigua, así que necesitó mente ágil y dedos aún más rápidos para conseguir que volara dignamente: el ala parchada con la puerta de la cabaña de Luke, paneles de escudo recuperados de los restos del caza y una considerable cantidad de recableado. Quizá nunca volvería a combatir, no sin la ayuda de Rose y sus medios para conseguir refacciones, aunque aún era un caza estelar, por lo que la transición entre el vacío y la atmósfera fue perfecta. Rey había necesitado estabilizadores adicionales para volar en los cielos hostiles de Exegol.

Su nave atravesó la línea de las nubes y ella se quedó sin aliento. La flota Sith se desplegó ante ella (incluso más vasta de lo que le había

hecho creer su visión), resplandeciente y tranquila frente a la tormenta perpetua, y extendiéndose hasta donde alcanzaban a ver sus ojos. Las naves se basaban en un modelo más antiguo, de los días del Imperio Galáctico, pero eran mucho más grandes que aquellas. Las torretas de cañones extra y los cañones láser atestiguaban una artillería más potente que la que esperaban sus amigos de la Resistencia.

La nave se tambaleó un poco: ¡pozo de gravedad! Lo compensó rápidamente y navegó a una altitud considerablemente inferior a la de la flota Sith. Exegol era un planeta horrible; sin embargo, sus anomalías atmosféricas podrían confundir a los sensores de los destructores y así evitar que notaran su pequeña nave. De hecho, contaba con ello.

Momentos después estaba en tierra. El aire era caliente; el suelo, agrietado por la sequía. Un edificio oscuro abría una brecha entre las nubes delante de ella. Por un breve instante pensó en rendirse ante el terror. El edificio irradiaba tal malevolencia que sabía exactamente qué (y a quién) encontraría en su interior. Aún más aterrador era el hecho de que la presencia le resultaba familiar. Como si alguna parte de esa presencia la hubiera estado observando tal vez toda su vida.

«Confrontar el miedo es el destino de un Jedi».

Rey siguió avanzando. Se detuvo debajo de un enorme monolito que parecía flotar en el aire. Confiaba en que Luke y su sable de luz le iluminarían el camino.

Sacó el sable de luz de su cinturón y lo encendió. Se asustó un poco cuando la sección del suelo donde estaba de pie se separó del resto y comenzó a descender. Miró alrededor, alerta a cualquier imagen o sonido, pero todo estaba tan silencioso como la muerte.

De pronto sonó un estruendo, demasiado distante para identificarlo. El elevador se detuvo y Rey bajó. Levantó su arma y sus chispas eléctricas iluminaron enormes caras de piedra. Sabía, sin entender cómo, que las estatuas conmemoraban a los Señores Sith que existieron antes. Ese lugar maligno debió estar ahí desde hacía siglos, tal vez milenios, pues el aire estaba cargado con el peso del tiempo y de oscuros secretos.

De pronto se dio cuenta de que no estaba sola. Unas figuras corrían entre las sombras, aunque presintió que no representaban peligro inminente, así que siguió avanzando. Pocos pasos más la condujeron a un vertiginoso despliegue de equipo de laboratorio: monitores, tubos, algún tipo de tanque; todo vacío y abandonado.

Al igual que la superficie del planeta, el suelo de ahí contenía fisuras y había una luz que destellaba desde lo profundo (Rey no pudo

distinguir cuán profundo), como si toda la corteza de Exegol se hubiera formado alrededor de un núcleo de electricidad.

Llegó a un angosto pasillo de piedra y algo atrajo su mirada al frente. Un escalofrío le recorrió la piel de los brazos porque la figura que había vislumbrado en su visión se asentaba sobre un estrado. Un asiento con púas que crecían a su alrededor, como un halo de espinas gigantes. El trono de los Sith.

Rey caminó al estrado. El estruendo arreció. El pasillo desembocó en un anfiteatro tan grande como una montaña hueca repleto de figuras vestidas con túnicas. Había miles de ellas sin rostro en la oscura distancia, pero palpitantes de fanático entusiasmo. Discípulos religiosos esperando el regreso de los Sith. A medida que se acercaba crecía el estruendo, se convertía en una devota bienvenida colectiva.

—Largo tiempo he esperado. —Salió la voz de sus pesadillas, profunda, resonante y lenta, como si tuviera todo el tiempo en la galaxia.

Rey volteó hacia la voz. Se materializó una figura cubierta con una túnica, sostenida por una extraña maquinaria. Ella agarró el sable de luz con más fuerza cuando vio su cara. Era monstruoso, repulsivo, con los ojos enrojecidos, y la piel, apenas adherida a su forma esquelética, se desintegraba en llagas supurantes. Una de sus manos estaba medio podrida. Era su abuelo, un espíritu atrapado en una forma artificial con un poder demasiado devastador para contenerlo.

—¡Mi nieta por fin ha regresado a casa! —dijo triunfante.

Irradiaba maldad; no obstante, los pies de Rey avanzaron a tirones hacia él, sin poder mirar hacia otro lado. Había algo extrañamente fascinante en aquel ser.

—Nunca quise que murieras —le aclaró—. Quería que estuvieras aquí, Emperatriz Palpatine.

Esto no era lo que ella quería, se recordó, incluso aunque sus pies amenazaban con avanzar.

—Ocuparás el trono —le aseguró—. Es tu derecho de nacimiento gobernar aquí. Lo llevas en la sangre. Nuestra sangre.

Varias figuras se acercaron, vestidas de rojo como los guardias de Snoke, a quienes Kylo y ella derrotaron juntos. Rey tenía el presentimiento de que esos guardias serían adversarios más terribles. Se esforzó por parecer fuerte y apartarse del Emperador.

—No vine a gobernar a los Sith, sino a acabar con ellos.

—Como Jedi —dijo el Emperador con una voz que destilaba desprecio.

—Así es.

Palpatine sonrió.

—No. Es tu odio. Y tu ira. Quieres matarme. Eso es lo que yo quiero. Mátame y mi espíritu se transferirá a ti. Así como todos los Sith viven en mí. Serás Emperatriz. Seremos uno.

El X-Wing de Poe dejó el hiperespacio y finalmente consiguió avistar por primera vez Exegol. Qué montón de estiércol. Era la cosa más espantosa que había visto en mucho tiempo. Se preguntaba si siempre había sido así, o si construir ahí una inmensa flota de destructores estelares acabó con el lugar.

A su lado apareció su pequeño escuadrón: el *Tantive IV*, el transporte de Finn y varios cazas más.

—Bienvenidos a Exegol —dijo Poe en tono sarcástico.

Se sumergieron en la capa de nubes y casi chocan con la flota Sith. Alguien ahogó un grito en el intercomunicador. Sus cascos triangulares eran enormes, pero se fueron empequeñeciendo a medida que crecían en número y se extendían hacia el infinito.

—¡Grandes océanos oscuros! —exclamó Ackbar—. ¡Miren eso! Acercó su
Y-Wing
a Poe, decidido a mantener vivo a su nuevo general a cualquier precio.

—No hay señales del *Halcón* ni de los aliados —señaló Tyce desde su propia
Y-Wing.

—Ustedes solo encuentren la torre de navegación —ordenó Poe—. ¡La ayuda estará aquí para cuando la derribemos!

«Por favor, estén aquí para cuando la derribemos».

La Capitana Chesille Sabrond se paró en el puente de mando del *Derriphan* y miró a través del ventanal al resto de la flota Sith.

Se mantenían en formación ligeramente por encima de todos los demás, igual que el único destructor que ya había logrado subir. El General Leal Pryde encargó a su tripulación que observara el ascenso e informara de cualquier anomalía.

La flota era hermosa. Juntos conquistarían una galaxia entera y Sabrond jugaría un papel importante en la Orden Final.

Sin embargo, tendría que seguir sobresaliendo. Sabrond no se ilusionaba con que fuera suficiente capitanear un destructor estelar. Había miles de capitanes. Decenas de miles. De alguna manera, se aseguraría de que el General Leal Pryde y el Emperador renacido la consideraran como una entre diez mil.

Sabrond lo lograría. De alguna manera. A fin de cuentas, ya había llegado hasta ahí. Y apenas empezaba.

—Está entrando una transmisión en la frecuencia de toda la flota —dijo su oficial de comunicaciones, pulsando un interruptor para abrir el canal.

El General Leal Pryde apareció en el holograma del puente de mando.

—Todas las naves asciendan a la altitud de despliegue —ordenó.

Él había estado en la galaxia durante toda su carrera, solo se comunicaba con Exegol en raras ocasiones. Ella se preguntó cómo sería eso, las maravillas que habría visto. Tal vez tendría ocasión de preguntárselo.

—¡Capitana! —exclamó uno de sus técnicos—. Se aproxima una nave de la Resistencia.

Chesille Sabrond sonrió. Entrenó años para ese momento.

—¿General Leal? —preguntó, aunque sabía lo que él diría.

—Usen los cañones de defensa de corto alcance —ordenó Pryde—. Patrón de dispersión de disparos.

—Sí, general. —Enseguida se dirigió a su tripulación—: ¡Preparen los cañones de defensa!

CAPÍTULO 16

Pryde frunció el ceño cuando salieron más naves del hiperespacio, incluso más de las que inicialmente había reportado el *Derriphan*. La Resistencia se las ingenió para reunir una pequeña flota que él no debía subestimar. Sus naves eran como insectos chupasangre: diminutos y molestos, pero implacables hasta que fueran debidamente aplastados.

—¿Cómo se las arreglaron para llegar aquí? —preguntó el Almirante Griss.

Pryde murmuró en voz baja, sopesando la situación. Los cañones de defensa de corto alcance no serían suficientes contra esa plaga de moscas. Enseguida se dirigió al puente de mando:

—¡Necesito otro canal de transmisión para toda la flota!

Tardó unos segundos en estar listo, pues la atmósfera de Exegol complicaba las transmisiones dirigidas a la flota entera. También estropeaba los sensores, por lo cual necesitarían confirmación visual para eliminar la amenaza de la Resistencia. Eso implicaba lanzar los cazas. Pryde haría lo necesario, usaría todos los recursos disponibles para acabar con ese último e inútil acto de rebelión.

—Está al aire, general —le informó su oficial de comunicaciones.

Pryde se aclaró la garganta y dijo:

—¡Nada detendrá el ascenso de la flota de la Orden Final! ¡Desplieguen los cazas! Cañones: ¡Fuego a discreción!

Poe inclinó con fuerza su nave mientras miles de cañonazos simultáneos encendían el cielo como una nova. A su izquierda, un caza perdió la cubierta. Los restos volaron en todas direcciones hasta que finalmente explotó en una bola de fuego.

Un rápido vistazo a su alrededor le reveló que habían perdido varios cazas tan solo en esa primera descarga y con sensores tan poco fiables no tenía ni idea de quiénes la habían generado. Ese era el precio del liderazgo. Sin embargo, no podía darse el lujo de sentirse triste o arrepentido. Lo único que importaba era terminar esa misión.

—¡Manténganse a su altura! —gritó a través de los auriculares—. No pueden atacarnos sin dispararse entre ellos.

Siguiendo las indicaciones de Poe, el escuadrón se precipitó con fuerza esquivando ráfagas todo el camino hacia el interminable mar de destructores. Se metieron en los pasillos que se formaban entre las naves, casi desafiándolos a disparar.

—¡Se acercan los cazas! —advirtió Snap Wexley, y a Poe le dio gusto oír su voz. Era la confirmación de un sobreviviente.

Su alivio duró poco. Cientos de cazas TIE Sith llegaron rugiendo hacia ellos como gigantescas aves de presa, con malévolas líneas rojas y negras que surcaban sus alas afiladas.

Finn miró por sus cuadrinoculares mientras su equipo pilotaba el transporte de tropas *Fortitude* hacia la superficie del planeta. Él ya había usado antes esa nave en algunas misiones; era fuerte, tenía escudos decentes y mucho espacio para el transporte rápido de la tripulación, incluso si esa tripulación era poco convencional.

Un caza se lanzó hacia ellos y Finn se estremeció, pero los cañones del *Fortitude* lo hicieron estallar en el cielo. Miró a Rose a través de la cabina llena de gente y cruzaron miradas.

—Me alegra saber que alguien se tomó la molestia de agregarle un arsenal defensivo a este transporte de tropas —comentó Finn.

—Solo porque sabía que yo también iría en él, como parte del equipo terrestre —respondió Rose, completamente seria—. Porque si solo se tratara de ti…

Finn rio involuntariamente. Rose volteó a otro lado para esconder su sonrisa. Lo cierto era que Finn tenía muchos amigos a bordo y Rose acababa de salvarlos a todos.

—¡Miren! —gritó el piloto.

Una estructura se alzaba ante ellos en la distancia, alta, plateada e imponente.

—¡Ya la vi! —gritó Finn—. ¡Tengo confirmación visual de la torre de navegación!

—*Fortitude* —respondió Poe desde algún lugar más alto—. Prepárense para desembarcar al equipo terrestre en la base de la torre.

Pryde estaba complacido. Habían destruido muchos cazas de la Resistencia. Las naves restantes eran un escuadrón esquelético, incapaz de armar una verdadera ofensiva.

—General —dijo su oficial de comunicaciones—, van hacia la torre de navegación. Quieren impedir el despliegue de la flota.

El Almirante Griss quedó sin aliento.

—Tenemos que sacar a esos destructores de ahí.

Afortunadamente, Pryde siempre tenía un plan B.

—Transfiera la fuente de la señal —ordenó—. A esta nave. —Sus

modificaciones iban a ser útiles incluso antes de lo que esperaba—. Guiaremos a la flota nosotros mismos.

Una luz parpadeó en la cima de la torre mientras Finn y su tripulación se acercaban en el transporte. Luego se apagó y se quedó así. Al verla a través de sus cuadrinoculares, Finn tuvo un mal presentimiento. Jannah se acercó a su hombro.

—Finn, estamos listos.

—Gracias por estar aquí —respondió él.

Ella iba a decir algo pero sonó una alarma en la cabina. La voz de Tyce se filtró por el intercomunicador:

—¡Desactivaron la torre de navegación!

—¡Qué! —exclamó Finn.

—Ya no están transmitiendo desde esa torre —le aclaró.

—Las naves necesitan esa señal —se oyó la voz de Snap—. Tiene que venir de algún lado.

Finn sintió que algo atraía su mirada inexplicablemente hacia arriba, a un costado de donde estaban ellos. Era el destructor estelar de la Primera Orden. La única nave que no formaba parte de la flota Sith. El *Steadfast*.

—¡Cancelen la invasión por tierra! —ordenó Poe, lo cual era una decisión inteligente, pues si la flota había transferido la señal, significaba que sabían que Finn y su equipo iban hacia allá. A menos que…

—No —intervino Finn—. La señal proviene de esa nave de mando.

—¿Cómo sabes? —preguntó Jannah.

Cruzaron miradas y Jannah asintió.

—Lo presiento —confirmó Finn.

Enseguida anunció en el radio:

—La señal de navegación proviene de la nave de mando. ¡Allí desembarcaremos!

—¿Quieres mandar una invasión por tierra sobre un destructor estelar? —preguntó Tyce, incrédula.

Finn tendría atmósfera, gravedad y un intrépido equipo de exstormtroopers listo para contraatacar a los bravucones. ¿Qué más necesitaba? Suerte, tal vez. O quizá la Fuerza.

—Bueno, no es que quiera —agregó Finn—, pero el sistema de navegación de esa nave tendrá defensa contra ataques aéreos. Si nos cubren para aterrizar, podemos llegar ahí y eliminarlo. ¡Necesitamos que la flota se quede aquí atorada hasta que lleguen los refuerzos! —Se inclinó hacia el hombro del piloto y señaló—: La nave de mando, ahí es nuestra zona de aterrizaje.

Mientras Jannah y él corrían a la bodega trasera para explicar el

plan al resto del equipo, oyó la voz de Poe en el intercomunicador:

—Ya lo escucharon. ¡Cazas, cubran ese transporte!

El General Pryde quedó perplejo al ver a través del ventanal que la voluminosa nave de la Resistencia se precipitaba sobre ellos. ¿Era una maniobra suicida? De ser así, era una estupidez. Un impacto no les serviría de nada.

La nave de la Resistencia se estrelló contra la cubierta lanzando chispas. Se detuvo bruscamente al chocar con un sistema de comunicaciones. La rampa comenzó a descender.

—Señor —gritó el Almirante Griss—, están invadiendo nuestra nave; ¡aterrizaron con un transporte de tropas!

—¡Bloqueen sus speeders! —ordenó Pryde.

—No puedo, señor —respondió su oficial de comunicaciones mientras sus dedos volaban por la consola intentando todo lo que se le ocurría. Miró a Pryde con la confusión impresa en el rostro.

—¿No están usando speeders?

Finn y Jannah encabezaron el ataque de caballería de casi dos docenas de jinetes montados en sus orbaks, quienes bajaban por la rampa del transporte hasta la cubierta del *Steadfast*. Los orbaks habían estado encerrados durante horas, así que corrían con alegre desenfreno devorando la distancia a velocidad vertiginosa.

BB-8 siguió el paso rodando tan rápido que sus huellas se veían borrosas, con la cabeza inclinada hacia adelante con determinación.

—¡Lo estás haciendo muy bien, amigo! —lo animó Finn.

Echó un vistazo rápido por encima del hombro para ver cómo estaba su equipo. Detrás de la compañía de jinetes de Jannah venía el resto de sus amigos, quienes salieron a pie del transporte de tropas: Rose, Connix, Beaumont… cualquiera que pudiera sostener un bláster. De momento, todo iba bien.

Delante de ellos aterrizó un transporte de tropas Sith y escupió docenas de troopers rojos. Se desplegaron en formación y comenzaron a disparar.

El equipo de retaguardia respondió para cubrirlos. Un stormtrooper cayó de inmediato: sería obra de Connix, sin duda, quien era una magnífica tiradora.

Finn metió la mano en la bolsa de municiones que colgaba de su montura. Explosivos caseros, improvisados con lo que la compañía pudo encontrar en Kef Bir, pero efectivos de todas formas. Finn vio un escuadrón de troopers, apuntó y lanzó la bomba; consiguió que se arqueara tal y como Jannah le había enseñado. Explotó hasta convertirse en fuego y polvo negro, y tiró a varios stormtroopers.

—¡Con una sola clase, eh! —le gritó Finn a Jannah—. ¿Viste eso?

—¡Tuviste una gran maestra! —contestó.

Ya casi llegaban a su destino. Finn y Jannah agarraron sus bolsas de explosivos, saltaron de sus orbaks y corrieron sobre la nave. BB-8 les siguió el paso pisándoles los talones.

Otro transporte de tropas de la Orden Final aterrizó cerca de ellos. La rampa descendió y salió un escuadrón de stormtroopers rojos, que de inmediato comenzaron a disparar. Varios utilizaron sus propulsores para volar y así disparar desde una posición más ventajosa.

Finn estaba harto de los jet troopers. Respondió con disparos, la mayoría de los cuales falló por mucho, mientras él y Jannah avanzaban. Tenían que resolverlo rápido. Pronto llegarían más transportes de tropas que los superarían en minutos.

O peor aún, la nave simplemente saldría de la atmósfera, con lo cual mataría a todos al instante. Los jinetes de orbaks se desplegaron alrededor de sus dirigentes y lanzaron una ráfaga de disparos a los jet troopers para cubrirlos.

Finn y Jannah llegaron a la plataforma de navegación. Frente a esta había una estructura parecida a un búnker, construida en la parte exterior de la cubierta para evitar la interferencia de las frecuencias interiores de la nave.

—Es esta —gritó Finn.

—¡BB-8, haz lo tuyo! —dijo Jannah levantando su arco improvisado.

El pequeño droide sacó un desarmador pílex y desatornilló un panel. Finn empezó a colocar explosivos mientras Jannah disparaba flechas con su arco para cubrirlos. Una de las saetas alcanzó a un jet trooper, que giró en el aire, chocó con un caza TIE que venía en dirección contraria y lo hizo estrellarse contra la superficie del destructor.

—Ya casi está —dijo Finn mientras trabajaba tan rápido como podía.

El Emperador exclamó:

—¡Llegó la hora!

Miles de discípulos se arrodillaron al mismo tiempo. Cantaban algo en un idioma que Rey jamás había escuchado. Los ojos de Palpatine se abrieron de par en par con entusiasmo.

—Con tu ira me quitarás la vida y ascenderás. Como yo lo hice cuando maté a mi maestro, Darth Plagueis. —Sonrió mostrando sus dientes grises y sus rojas encías supurantes—. Ahora, levanta tu sable y mátame.

Rey frunció el ceño. Luke le había advertido sobre eso.

—Lo único que quieres es que yo odie, pero no lo haré. Ni siquiera a ti.

—¡Débil! Igual que tus padres.

Rey sacudió la cabeza.

—Mis padres eran fuertes. Me protegieron de ti.

Como si leyera sus pensamientos sobre Luke, el Emperador dijo:

—Ya había hecho esta misma propuesta antes, pero en aquel desafortunado día a Luke Skywalker lo salvó su padre. El tuyo no está aquí.

La cavernosa habitación se estremeció. La luz comenzó a inundarla al abrirse un vasto techo de piedra, el cual reveló la silueta de los destructores estelares frente a un cielo furioso. En comparación con ellos, los cazas de la Resistencia eran mosquitos que entraban y salían esquivando el fuego de los monstruosos cañones y los cazas TIE de la Orden Final. Las explosiones iluminaban el cielo. Sus amigos estaban muriendo.

—No les queda mucho y tú fuiste quien los trajo hasta aquí —señaló el Emperador.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Los cazas de la Resistencia estaban perdiendo. El Emperador la manipulaba, sí, pero lo hacía con la verdad. Era culpa suya.

—Mátame. Toma el trono de Emperatriz. Gobierna el nuevo Imperio y la flota será tuya para que hagas lo que quieras. Solo tú tienes el poder de salvarlos a todos. Niégate y tu nueva familia morirá.

La idea comenzó a crecer en su cabeza hasta que se mareó. Emperatriz. ¿Sería algo tan malo? Tal vez valdría la pena asumir ese cargo. Para traer la paz. Para salvar a sus amigos. La galaxia entera no tendría más remedio que dejarse salvar.

Rey se quedó mirando angustiada la batalla encima de ella.

—Muy bien —dijo Palpatine—. Acaben con ellos.

—¡No! —exclamó ella—. ¡Espera!

Él se detuvo. Creyó que ya casi era suya pero una presencia se estaba manifestando ante ella, incluso a través de esa nube de maldad, rabia y terror. Rey miró a la distancia un momento, sondeando, mientras protegía sus pensamientos. Kylo Ren la había hecho practicar mucho cómo proteger su mente.

Volteó hacia el Emperador y se llenó la mente con pensamientos de rendición, de resignación. Su abuelo sonrió con indulgencia.

—Bien. Es momento de que la chatarrera ascienda a Emperatriz. Mátame y jura lealtad a los Sith.

A Ben Solo le había llevado demasiado tiempo escalar por las ruinas de la Estrella de la Muerte en busca de una bahía de hangares, y

todavía más tiempo encontrar un viejo explorador TIE y lograr que volara. Siguió los marcadores de rastreo transmitidos por Rey hacia Exegol, pero las computadoras de navegación del explorador, apenas funcionales, dieron un giro equivocado, así que terminó arrastrándose por el espacio burdo. Necesitó toda su concentración para corregir su curso y retomar el camino. Todo esto fue la parte fácil.

Aterrizó su explorador TIE junto a un viejo
X-Wing
de la Rebelión. No pudo evitar detenerse a mirar las dos naves. Viejos enemigos estacionados uno al lado del otro.

Algo le cosquilleaba en la base del cráneo, una sensación conocida… ¡Rey! Ella lo sentía. Sabía que era Ben otra vez. Captó una ola de alivio, de alegría, proveniente de ella. Luego, abruptamente, nada. Rey estaba en problemas.

No llevaba ni casco ni capa que restringieran sus movimientos, así que corrió hacia el monolito, se agachó por debajo de él y se lanzó al foso. Nada le impediría llegar a ella.

Se enganchó en una de las enormes cadenas que colgaban del techo y miró abajo. El suelo estaba tan lejos que se perdía en la sombra. Demasiado lejos como para bajar deprisa y probablemente también demasiado lejos como para dar un salto seguro. Probablemente.

Rey lo había curado. Él había aceptado el perdón de su padre. Quizás incluso podría perdonarse a sí mismo algún día. Encontraría el valor para arreglarlo todo sin importar lo que costara.

Ben Solo invocó a la Fuerza y se dejó caer.

CAPÍTULO 17

Finn no estaba tan absorto en hacer explotar el búnker como para no darse cuenta de cómo, uno a uno, los propulsores del destructor estelar comenzaron a resplandecer en un tono azul brillante.

—¡Esos propulsores están encendidos! —dijo Poe por el intercomunicador—. Finn, ¿cómo vamos?

«Ya casi está… Solo un poco más de pasta…».

Finn le hizo la seña a Jannah y ambos se agacharon con las manos sobre la cabeza mientras Finn detonaba la explosión.

¡Boom! En sus oídos resonó el estallido y la presión les golpeó la espalda. Las luces de la superficie del destructor se apagaron.

—El faro de navegación se apagó —gritó un técnico—. Repito, faro de navegación apagado. Flota de la Orden Final, mantenga su posición. ¡No hay despliegue! ¡Reiniciar todos los sistemas!

Pryde estaba furioso. Esos mosquitos resultaron inesperadamente molestos. Los destructores estelares se pusieron en modo de espera. Eran vulnerables, pero solo por unos minutos. Sus cascos eran fuertes; la misión de los mosquitos era fútil.

El *Steadfast* tendría que reiniciar sus sistemas de navegación para recuperar las comunicaciones, pero no tardaría mucho. Los mosquitos habían ganado tan poco tiempo que no podía entender para qué se habían tomado esa molestia. El General Leal Pryde disfrutaría destruir el último remanente de la Resistencia.

R2-D2 celebró con pitidos cuando las luces de los motores se atenuaron por toda la flota.

—¡El faro de navegación se apagó! —gritó Poe—. ¡Lo lograron!

Planeó hacia el *Steadfast* y vio a Finn y a Jannah corriendo hacia sus orbaks, con
BB-8
pisándoles los talones.

—Tienes tres minutos —dijo Finn—, hasta que la nave de mando restablezca la navegación y la flota pueda escapar.

—Aún no aparecen el *Halcón* ni los refuerzos —se escuchó la voz

de Snap Wexley.

R2-D2 le hizo una pregunta a Poe. Él le respondió fuera del intercomunicador:

—No lo sé, R2-D2. Tal vez no encontraron ningún aliado. Tal vez no venga nadie.

Miró a la flota, sus propias palabras le resonaron en la cabeza. «Tal vez no venga nadie…».

¿Qué haría Leia?

Volvió a encender el intercomunicador y dijo:

—Tendremos que acabarlos nosotros.

—¿Qué podemos hacer contra esas cosas? —preguntó Tyce.

—¡Lo que sea! Sean rápidos, precisos, dispárenles a los cañones. ¿Están conmigo?

—Estamos contigo —respondió Tyce sin titubear.

—Justo detrás de ti, general —confirmó Snap.

Poe comenzó a accionar interruptores.

—¡Todos los cazas, preparen torpedos! ¡Formación de ataque! —Hizo una pausa. Respiró hondo—. Que la Fuerza nos acompañe.

Encabezados por Poe, su pequeño escuadrón se dirigió hacia un destructor atascado y disparó contra sus vulnerables cañones inferiores. El casco se encendió por las explosiones.

Finn, Jannah y BB-8 corrieron tras la unidad de orbaks hacia el transporte. A su alrededor estallaban ráfagas de disparos. Finn hizo un alto, pues se dio cuenta de que cada disparo dirigido a ellos provenía de un bláster. Los cañones de la cubierta se habían apagado con el reinicio de sistemas.

BB-8 siguió rodando tras los orbaks, pero Jannah se dio vuelta.

—¡Finn! ¡Vámonos!

—Los cañones de la superficie se detuvieron —señaló él—. Están reiniciando sus sistemas.

—¿Y qué?

Ella miró hacia el transporte y luego nuevamente a Finn.

—Así que antes de que lo hagan… —Finn miró fijamente el cañón. Esa debía de ser la peor idea que había tenido—. Tal vez podamos hacer algunos tejemanejes. —Sí, definitivamente la peor. Volteó hacia ella y le dijo—: Jannah, vete. Debo hacer algo.

—No. Me quedo contigo.

Había aprendido a no discutir con una mujer decidida. Asintió con la cabeza en señal de agradecimiento y juntos corrieron hacia el cañón.

En el marco del ventanal del *Steadfast*, el destructor de avanzada

designado, el *Derriphan*, se convirtió en una bola de fuego mientras un trío de A-Wings salía del alcance de la explosión que habían creado.

Pryde hizo una mueca. Era inevitable que hubiera bajas y, por otro lado, el *Derriphan* estuvo al mando de una mediocre capitana sin potencial; a fin de cuentas, esa nave siempre había sido prescindible. En cualquier caso, odiaba que los mosquitos reclamaran cualquier tipo de victoria.

—¿Cuánto falta? —exigió Pryde.

—Las naves volverán a estar en línea en pocos segundos —respondió un técnico.

—¡Entonces reinicien la señal de navegación! —ordenó—. ¡Quiero la flota totalmente desplegada!

Finn y Jannah llegaron al cañón y comenzaron a rodearlo cuidadosamente, como si fuera un animal herido listo para el ataque.

—Esta es la nave de mando —dijo Jannah—. Si la eliminamos ahora, todo el sistema de navegación se cae de una vez por todas.

—¡Todos los destructores estelares de la flota! —exclamó Finn.

—¡Todos sin escudos! Esto podría acabarlos.

—Finn —se oyó la voz de Rose en el intercomunicador justo cuando empezaba a trepar por el cañón.

—¡Rose! —contestó. Esperaba que ella y el resto del equipo terrestre regresaran a salvo al transporte.

—Estamos a punto de despegar —dijo ella—. ¿Dónde estás? ¿Qué haces?

Llegó a la enorme boca del cañón y dijo:

—Estoy salvando lo que amo.

Hubo una larga pausa. Jannah levantó su arco para eliminar un jet trooper que se abría camino por los aires, luego giró rápidamente e hizo lo mismo con un trooper de tierra.

—Váyanse sin nosotros —insistió Finn—. Derribaremos toda la nave.

Rose finalmente pudo hablar:

—¿Qué? ¿Cómo?

—Lo verás desde el transporte. Rose, por favor. Vete… y cuídate.

—¡Que comience el ritual! —gritó el Emperador, y la multitud de seguidores que los rodeaba respondió con un canto ceremonial tan fuerte y profundo que sacudió el suelo mismo—. Ella me aniquilará y jurará fidelidad a los Sith.

Los rayos en el interior de la catedral cavernosa se intensificaron y se reflejaron en los ojos de su abuelo, blancos de ceguera como la leche. Ella dio un paso al frente. Luego otro.

Protegió sus pensamientos del Emperador y proyectó su conciencia, buscando. «¡Allí está!». Solo tenía que retrasarlo un poco más.

Las figuras vestidas de túnica no habían molestado a Ben la última vez que estuvo ahí, pero en esa ocasión se lanzaron sobre él con furia. Él los eliminó fácilmente, un disparo por cada muerte. Hacía no tanto tiempo le habría encantado eso, pero ahora solo había un deseo que lo consumía: ayudar a Rey.

Llegó al final de los monolitos Sith y dobló en una esquina. Unas figuras familiares se manifestaron en la oscuridad intermitente. Primero Vicrul y su guadaña. Luego Kuruk y su bláster de plasma. Y de repente, los seis se pusieron en fila delante de él. Sus caballeros.

Por un breve momento Ben realmente creyó que le iban a ayudar, pero el odio se desató en ellos como una corriente de aire fétido. Los caballeros de Ren nunca habían sido suyos. Pertenecieron al Emperador todo el tiempo. Era la traición final.

Snoke no había sido más que un peón. El Emperador le había estado envenenando la cabeza a Ben toda su vida. Ahora incluso los caballeros, a quienes consideraba sus fieles hermanos, levantaban sus armas para matarlo.

Lo rodearon lentamente como depredadores acechando a su presa. Podía eliminar a dos o tres enemigos a la vez, pero esos eran de los suyos. Había entrenado con ellos. Incluso podían tocar la Fuerza ligeramente. No tenía ninguna posibilidad contra todos ellos al mismo tiempo, no si solo iba armado con un bláster. Tal vez fue prematuro lanzar su sable de luz al mar.

Una imagen iluminó su mente, otro sable de luz destellando en azul. Era un mensaje de Rey.

—Ella sacará su arma —recitó el Emperador.

La cara de Rey se tornó muy blanca. Sacó el sable de luz de Luke y lo encendió.

—¡Vendrá hacia mí! —continuó el Emperador, y la multitud respondió con un grito colectivo.

Rey se acercó aún más. Su abuelo olía a carne podrida.

Ben disparó a uno de sus atacantes, apartó a otro con el poder de la Fuerza y giró para enfrentarse a un tercero… pero algo le aplastó la parte posterior del cráneo y lo obligó a ponerse de rodillas. Otro golpe comprimió su abdomen para robarle el aire, y se agachó jadeando.

Los caballeros, en su suprema arrogancia, retrocedieron y permitieron que se pusiera de pie. Les parecía que estaba indefenso.

Nunca lo habían respetado realmente, ni siquiera sus habilidades, si le estaban dando esa oportunidad. Ben tomó aire mientras ellos lo rodeaban, preparados para el siguiente ataque.

—Ella cobrará su venganza —estalló Palpatine.

Rey siguió aproximándose. El poder del Emperador la embriagaba. Se vio levantando su arma casi en contra de su voluntad. Si no fuera por la otra presencia que tenía en su mente, una luz que brillaba y resplandecía, no habría sido capaz de oponerle resistencia.

—Y con el golpe de su sable, ¡renacen los Sith! ¡Mueren los Jedi!

Una oleada de triunfo comenzó a emanar de él y, junto con eso, llegaron el conocimiento y los recuerdos. Tal vez fue la sangre compartida lo que le permitió a Rey ver sus pensamientos, pero de alguna manera lo logró, y entonces lo vio claro: cómo había hecho antes lo que estaba a punto de hacer de nuevo:

Iba cayendo…

cayendo…

cayendo… por un enorme foso, la traición aguda y punzante, había una figura en lo alto, vestida de negro y con casco, encogiéndose rápidamente. Su propio aprendiz se había vuelto contra él, como él mismo se había vuelto contra Plagueis… cuyo secreto para la inmortalidad había robado.

Plagueis no actuó lo suficientemente rápido en su momento de muerte. En cambio, Sidious, tras haber sentido la tenue luz en su aprendiz, había estado listo durante años. Así que el Emperador moribundo invocó todo el poder oscuro de la Fuerza para llevar su conciencia muy, muy lejos, a un lugar secreto que estaba preparando. Su cuerpo ya estaba muerto, como un recipiente vacío, mucho antes de llegar al fondo del foso; su mente saltó a una nueva conciencia en un nuevo cuerpo, doloroso, provisional.

Era demasiado pronto. El lugar secreto no había completado sus preparativos. La transferencia fue imperfecta, el cuerpo clonado no era suficiente. Tal vez Plagueis fue quien rio al último a fin de cuentas. Tal vez su secreto seguía siendo secreto, porque Palpatine estaba atrapado en una forma frágil y moribunda.

Los herejes del Sith Eterno trabajaron duro para unir genes, mejorar tejidos y crear abominaciones antinaturales con la esperanza de que alguna de ellas tuviera éxito y se convirtiera en un receptáculo digno. Harían cualquier cosa, arriesgarían y sacrificarían lo que fuera para crear un refugio para la conciencia de su dios.

Nada funcionó pero sus esfuerzos no fueron completamente en vano. Una de esas creaciones genéticas sobrevivió, incluso tuvo éxito. Un clon no muy idéntico. Su «hijo», pero era un fracaso, inútil y sin poder. Palpatine ni siquiera podía soportar ver algo tan mediocre y decepcionante.

El único valor del chico residía en dar continuidad al linaje a través de métodos más naturales. Y fue finalmente a través de esa unión, completamente inesperada, que nació Rey. El recipiente perfecto. Suficientemente fuerte como para contener todo el poder de los Sith. Su nieta…

En eso, la visión se transformó. Era Luke, sentado con las piernas cruzadas en la isla de
Ahch-To,
temblando por el esfuerzo de proyectarse hacia el campo de batalla de Crait.

Luego otro destello, esta vez la imagen de Leia en sus aposentos de la selva, usando todo lo que le quedaba para enviarle un mensaje final a Ben.

Todas eran manifestaciones del mismo poder. Le tocaba a Rey usarlo a su manera.

Levantó su sable como preparando un ataque y buscó la conexión que compartía con Ben. Se lo mostró.

Él la reconoció. Los labios de Rey se abrieron con sorpresa. Ahora se sentía diferente. La conexión era… perfecta. Estaba bien. Era como volver a casa.

Ben estaba igualmente sorprendido y juntos perdieron un valioso momento disfrutando de ese nuevo intercambio. Así debió haber sido todo el tiempo. Una verdadera díada.

El Emperador y Snoke les habían robado ese placer.

—¡Hazlo! —gritó Palpatine—. ¡Haz el sacrificio!

Rey levantó su sable hasta llevarlo detrás de su espalda, como si se preparara para dar un golpe mortal. Se conectó con la Fuerza. Ese impulso provocó que las lágrimas le ardieran en los ojos.

El Emperador se inclinó jubiloso y anticipó el momento. Ella levantó la mano… que estaba vacía. Había proyectado su arma a otro lugar.

Miró el terror que empezaba a invadir a su abuelo conforme al fin se daba cuenta de su error: haber permitido que Rey y Ben se reunieran. Su vínculo, forjado en el fuego de la búsqueda mutua, el dolor compartido, la rabia y el odio, pero también la compasión y la empatía, era lo único que no había previsto.

En cuanto Ben sintió la empuñadura del sable de Luke en su mano supo que le pertenecía, que era una extensión de su propio ser. Lo levantó lentamente y disfrutó esa sensación.

Los caballeros retrocedieron unos pasos.

«Sorpresa», se imaginó que habría dicho su padre. Los atacó.

Rey agarró el sable de luz de Leia de donde lo había enganchado a

su cinturón, en su espalda. Lo encendió.

De repente estaba rodeada por los guardias vestidos de rojo. Levantaron sus blásteres y dispararon. Ella desvió un rayo con la mano y lo mandó al abdomen de uno de los guardias mientras agitaba su sable de luz para bloquear los demás.

Recurrió a la fortaleza de Ben y él a la suya. Al igual que antes, estaban separados, pero también juntos; Rey luchaba contra los guardias, Ben contra los caballeros.

«Detrás de ti», le advirtió. Él levantó su sable para cubrirse la espalda, giró y atravesó a Trudgen. Dio la vuelta a su cuerpo mientras caía, giró de nuevo e hizo lo mismo con Ushar.

Miró fijamente los cuerpos caídos de sus antiguos compañeros. Enseguida corrió hacia el salón del trono mientras Rey usaba la Fuerza para derribar a un guardia y arrojarlo de nuevo a la oscuridad. Desvió otro disparo, esquivó uno más. Se giró para enfrentar al último guardia, pero Ben llegó primero y lo tiró a un lado como un pedazo de basura.

Quedaron uno frente al otro durante el tiempo de una respiración, dos… juntos al fin. Ben estaba diferente. Relajado. Despreocupado. ¿Cómo es que Rey no había notado antes que él tenía el rostro largo y la postura de su padre, los cálidos ojos castaños de su madre?

Como uno solo voltearon para enfrentar a Palpatine, adoptaron su guardia de combate, levantaron sus sables láser.

El Emperador gruñó:

—Manténganse juntos, mueran juntos.

Levantó su mano putrefacta y los atravesó con la Fuerza.

Sus espaldas se arquearon contra su voluntad, el dolor fue insoportable. Los sables se les cayeron de las manos y se estrellaron contra el suelo. El Emperador los arrastró hacia él y se deslizaron por el piso, indefensos ante su poder mientras él succionaba y succionaba. Luego se quedó sin aliento. Miró fijamente sus manos, que habían empezado a reconstruirse, los huesos volvían a crecer, la carne pálida se cerraba sobre ellos.

—La fuerza vital de su vínculo —dijo con la voz teñida de asombro—. ¡Una díada en la Fuerza!

Sus pensamientos triunfantes y jubilosos inundaron a Rey mientras ella luchaba contra su dominio, incapaz de moverse. Él había ganado. Por fin. Todos esos años, toda esa búsqueda. Había tratado de crear una díada con Anakin, como su maestro intentó crear una con él. La Regla de Dos, un maestro siempre en la búsqueda desesperada de un aprendiz aún más poderoso, era una pobre imitación, un indigno pero necesario sucesor de la más antigua y pura doctrina de la Díada.

—No se había visto en generaciones —alardeó—. ¡Y ahora el poder de dos restituye al único y verdadero Emperador!

Levantó sus manos perfectamente curadas. Invocó todo el poder oscuro de la Fuerza y de los Sith que lo precedieron y siguió extrayendo la vida de sus cuerpos. De ellos brotó como un río de luz que los debilitaba cada vez más.

El Emperador rio al tiempo que su cuerpo se fortalecía y se recuperaba. Se desvaneció la capa lechosa de sus ojos para revelar un iris dorado alrededor de sus pupilas de obsidiana.

—¡Eso es! —gritó Snap Wexley desde su X-Wing.

Disparó y sintió una oleada de euforia cuando el cañón delantero se encendió como un espectáculo de fuegos artificiales. Se había vuelto muy bueno. Todas las clases con su padrastro, Wedge, habían dado fruto.

La consola de Snap emitió un pitido.

—La flota está fijando una señal de navegación —advirtió a cualquiera que pudiera oírlo—. ¡Van a desplegarse!

—Cuidado a estribor, Wexley —gritó Vanik.

Snap miró arriba.

—Sí, ya los vi.

Pero no vio el otro caza TIE, el que salió de la nada.

—¡Snap! —gritó Poe—. ¡Snap, Snap!

Una explosión sacudió su cabina y escuchó a Poe gritar:

—¡No!

Tuvo el tiempo justo para tomar el pequeño holograma que tenía en su tablero, y susurrar «Karé» antes de que todo explotara con una luz intolerable.

Poe miró desesperado mientras los restos de la nave de Wexley caían espolvoreados sobre el casco del destructor. Se encendieron gritos de terror y desesperación en su intercomunicador. Estaban acabando con ellos.

—¡General! —lo llamó Tyce—. ¿Nos retiramos?

—¿Qué hacemos? —preguntó alguien más.

—¿Qué sigue?

Su gente, sus amigos, estaban muriendo a su alrededor.

—Amigos —les dijo con voz trémula—, lo lamento. Creí que teníamos… una oportunidad… pero son demasiados. —No aprendió nada de la batalla de Crait. En vez de eso había provocado que los mataran a…

Una voz conocida irrumpió en los intercomunicadores:

—Pero nosotros somos más, Poe. Nosotros somos más.

Era Lando. ¡Estaba de vuelta! ¿Acaso había traído a alguien más?

El corazón de Poe saltó dentro de su pecho mientras daba vuelta a su caza y sobrevolaba el casco de un destructor para tener visibilidad de lo que había arriba en la atmósfera.

Quedó sin aliento. Aparecían naves por todas partes. Cargueros, cazas, fragatas médicas, transportadores, de todos los sectores de la galaxia, de todas las épocas sobre las que Poe alguna vez hubiera oído hablar. Cientos. No, miles. Una flota de flotas.

—¡Miren eso! —gritaba Poe—. ¡Miren eso! —Mientras Lando no paraba de reír.

—¡Los aliados! —dijo Aftab Ackbar—. ¡Llegaron!

—¡La galaxia entera llegó! —exclamó Poe.

—Lo lograste, Lando —gritó Finn—. ¡Lo lograste!

Los intercomunicadores estallaron con naves reportándose una tras otra. Miles de voces resueltas gritando, negándose a ser silenciadas.

—*Halcón Milenario*, listo para recibir órdenes —dijo Lando.

—Flota mon calamari, lista. —Se oyó otra voz.

—Escuadrón Fantasma, listo.

—*Ghost*, listo.

—*Anodyne II*, listo.

Poe no era de los que lloran, pero conforme todos se reportaban, uno tras otro, tras otro, sus ojos se llenaron de agua. Lo habían logrado. El destello de la Resistencia se había convertido en llamarada.

—*Alphabet II*, listo.

—Zay Versio con el Escuadrón Inferno, listos. ¡Miren cuántas naves!

—Aquí *Fireball*. ¡Hola a todos!

—Basta de parloteo, Kaz —respondió una voz grave.

—¡Okey, okey! —interrumpió Poe, porque no había tiempo para que se reportaran cien mil naves—. Solo… ¡dispárenle a algo! Digo, ataquen los cañones inferiores con todo lo que tengan. Por cada uno que eliminen se salvará un mundo.

Lando gritó de emoción mientras él y Chewie se lanzaban al ataque, luego miles de cazas, fragatas e incluso cargueros bien armados cargaron después de ellos. En pocos segundos, el *Halcón Milenario* había eliminado un cañón. Esa nave hacía que todo pareciera muy sencillo.

—¡Buen acercamiento, Lando! —se oyó la voz de Wedge Antilles. Poe se dio cuenta de que el antiguo capitán de la Rebelión, su antiguo instructor de vuelo, estaba operando una de las torretas del *Halcón*.

Cómo deseaba que Leia estuviera ahí para verlo.

Finn lanzó su puño al aire.

—Sabía que Lando lo lograría. ¡Lo sabía!

Jannah miraba al cielo, y olvidó por un momento que se suponía que estaba cubriendo a su compañero.

—Pon el dedo en el gatillo, Chewie —llegó la voz de Lando en el intercomunicador.

La gente había acudido de todas partes para ayudarlos. Toda la galaxia estaba ahí. Finn vio cómo se lanzaban en picada entre los destructores, cómo arrasaban con las desafortunadas naves. Le costó trabajo dejar de pensar en el momento del triunfo. Jannah reanudó los disparos y Finn regresó a sus trucos.

Pryde no tenía un plan B para eso.

—¿De dónde sacaron todas esas naves de combate? —exigió saber el General Leal—. No tienen armada.

El Almirante Griss yacía boquiabierto. Se había apagado el brillo de sus ojos.

—No es una armada, señor —respondió con la voz entrecortada—. Solo son… personas.

La corriente se revertía. La armada improvisada de Poe estaba apaleando a la flota indefensa. Un destructor se volteó de lado; el humo salía de su casco. Se estrelló con otro y ambos cayeron hacia la superficie del planeta, indefensos ante la fuerza de gravedad de Exegol. Otro cayó después de que un par de torpedos de protones le destrozaran las entrañas. Muy pronto hubo destructores cayendo por todas partes.

Sin embargo, los cazas TIE seguían agresivos e implacables, y aún le apuntaban específicamente a Poe. Uno lo amenazó de frente, pero estaba encajonado entre los cascos de las naves. Poe activó el acelerador y disparó. No sabía si lograría destruirlo a tiempo o si debía escapar…

Entonces un Y-Wing se deslizó a su lado para asistirlo, fue un movimiento de precisión. Juntos acribillaron al caza TIE, el cual explotó transformándose en una maravillosa bola de fuego.

—¡Hasta nunca, basura espacial! —se oyó una voz de mujer.

Volteó a ver el Y-Wing mientras pasaba a toda velocidad.

—¿Quién es ese piloto? —murmuró.

—Adivina, traficante.

¡Era Zorii! Poe sintió un alivio tan grande que casi se atraganta.

—¡Zorii, escapaste!

Alguien le habló en anzellano y agregó:

—¡Hola, holaaaa!

—¿Babu? —preguntó Poe incrédulo.

El día se iba poniendo cada vez mejor.

Rey y Ben yacían desplomados en el suelo cuando el Emperador Palpatine se soltó del arnés de Ommin y descendió. Se paró erguido, fuerte, invencible.

El Emperador levantó la voz hacia la multitud:

—¡Miren lo que lograron!

La respuesta de sus cánticos fue atronadora. Él se quedó ahí, con las manos ligeramente levantadas, como si la adoración de sus súbditos lo llenara de poder.

Ben obligó a su cuerpo casi sin vida a sostenerse sobre manos y rodillas. Rey permanecía a su lado sin fuerzas mientras él luchaba por ponerse en pie para enfrentar al enemigo. El Emperador no estaba impresionado.

—Como caí yo en el pasado, ahora cae el último Skywalker.

Levantó a Ben apenas con un pensamiento, lo lanzó con tal fuerza que salió disparado al otro extremo de la catedral y desapareció en un abismo lleno de relámpagos. Rey habría gritado, pero apenas podía respirar.

—¡No teman su débil ataque, mis fieles seguidores! —dijo el Emperador; ya se había olvidado de Ben. Sus labios se abrieron en una espantosa sonrisa. Alzó la cara hacia el cielo de Exegol—. ¡Nada detendrá el regreso de los Sith!

Levantó las manos como si quisiera alcanzar la batalla que se libraba sobre su cabeza. A pesar de la neblina de debilidad y agotamiento que la rodeaba, Rey pudo sentir que recurría a la Fuerza. El poder del Emperador era asombroso. No, el poder de ellos dos lo era. El de ella y el de Ben.

Las lágrimas corrían por el rostro de Rey mientras Palpatine usaba sus poderes robados para crear un canal de rayos de la Fuerza. Sus dedos dispararon centellas retorcidas que se fusionaron en un denso torrente de luz que estalló en el cielo y se estrelló contra las naves de la Resistencia, las cuales saltaron indefensas frente a la embestida y se tambalearon.

CAPÍTULO 18

Poe miró horrorizado el poderoso rayo que salía disparado del planeta como un enorme geiser que devoraba todo a su paso. De pronto varios cazas perdieron el rumbo, sus controles ya no respondían. El *Tantive IV* tembló como si luchara contra un rayo tractor. Se ladeó y empezó a desplomarse. Poe quería mirar hacia otro lado. «La nave de Leia…», apretó la mandíbula y miró de todas formas. Sería testigo de todo.

El temblor se intensificó. Uno de los motores estalló. Las explosiones se extendieron por todo el casco. El *Tantive IV* cayó como un meteoro, pasó junto a la flota de la Orden Final y desapareció por completo. Poe acababa de perder a muchos amigos. Conocía a Nien Nunb de toda la vida.

De repente la consola de su nave comenzó a sacar chispas, las cuales le daban descargas en la mano a pesar de sus guantes de piloto.

—R2-D2, mis sistemas están fallando…

Desde el compartimento para droides del
X-Wing
se oyeron los gritos del astromecánico.

Poe golpeó su intercomunicador:

—¿Alguien me escucha?

No hubo respuesta. A su lado, un reluciente yate nubiano tembló entre los relámpagos malignos y desapareció de su vista.

El Emperador no paraba de reír mientras subía a ocupar su trono disparando luz con sus dedos. Rey detestaba ese sonido: estridente, engreído, extrañamente familiar. Estaba a punto de morir, lo sabía con certeza. No quería que esa risa fuera lo último que escuchara.

Apenas podía moverse; sin embargo, logró rodar sobre su espalda. Se le nubló la vista por el esfuerzo. Intentó localizar a Ben; nada. La conexión se había debilitado cuando el Emperador les robó su fuerza vital. Sintió vagamente cuando Ben caía, pero fue como si se cayera de la existencia misma, lo cual la dejó destrozada.

Sus extremidades se negaban a moverse, mucho menos a pararse, así que se quedó mirando la batalla que se libraba arriba. Aunque no es que siguiera siendo una batalla. Las explosiones salpicaban el cielo.

Llovían negros escombros por todas partes que dejaban rastros de humo y fuego. El *Tantive IV* se ladeó y se desplomó. Rey había fracasado por completo.

El poder del Emperador era un espectáculo maravilloso, llegaba cada vez más alto y se esparcía como una flor de luz. En cierto modo, ella y Ben lo habían creado, pero Palpatine lo estaba usando para fines malévolos. Ahora ella estaba indefensa. Moribunda.

«¿Qué haría Leia?».

La respuesta le llegó con delicadeza, como una suave brisa matinal. Tenía que entregarse. Tenía que entregarlo todo. Recordó su entrenamiento e invocó la Fuerza. Estabilizó su mente.

—Vengan a mí —murmuró. Su verdadero poder siempre vendría de la unidad—. Vengan a mí. Vengan a mí.

La batalla de arriba desapareció. En su lugar, Rey vio un cielo perfecto, repleto de estrellas. Pacífico. Lleno de luz. Era como si mirara a través de una ventana hacia otra parte, un lugar intermedio.

—Vengan a mí.

Su cuerpo se relajó. Dejó entrar la paz y la calma, como Leia le había enseñado.

En medio de la tranquilidad llegó una voz. «Estos son tus pasos finales, Rey. Asciende y dalos». Otras voces se unieron.

«Rey»,

«Rey»,

«Rey».

No reconoció todas las voces, aunque de alguna manera supo quiénes eran en el momento en que se le presentaron. Estuvieron con ella todo el tiempo; solo debía aprender a escucharlas. Tal como Leia le había prometido.

Más voces se le acercaron rápidamente pero con suavidad, como si confluyeran en ella la Fuerza, las posibilidades, los futuros y los pasados, todos se alejaban de ella, o tal vez se dirigían hacia ella. El cosmos, el tiempo, la energía, el ser… nada era como había pensado.

«Restaura el equilibrio, Rey».

«En la noche encuentra la luz, Rey».

Las presencias inundaban su conciencia, algunas recientes, otras antiguas, otras todavía ancladas a la existencia de alguna extraña manera. Rey no entendía pero lo aceptaba.

«Sola nunca estado has».

«Cada Jedi que ha existido vive en ti».

«La Fuerza te rodea».

«Deja que te guíe».

«Como a nosotros».

Palpatine quería tener a Rey, pero ella había elegido ser el vehículo de ellos. Su recipiente. Era una Jedi.

Rey movió un brazo, luego un hombro. Dejó que las voces la rodearan, la inundaran y la fortalecieran. Se volteó, puso una mano en el suelo y se empujó con ella.

«Estamos contigo».

«Asciende en la Fuerza».

Puso una rodilla debajo y se apoyó en los dedos de los pies. Hizo una pausa, se acuclilló, trató de tomar aire. Sus músculos no querían obedecer. Cada movimiento convertía sus huesos en cuchilladas de dolor.

«¡En el corazón de un Jedi yace su Fuerza!».

Las voces se volvían más fuertes, más poderosas.

«Asciende».

«¡Asciende!».

La voz de Luke se volvió profunda e insistente, sobresaliendo por encima de todas las demás. Era un pozo del que manaba poder:

—Rey, la Fuerza te acompañe. Siempre.

Se levantó. Invocó el sable de Luke y este se deslizó por la piedra hasta chocar con su mano. Se encendió y Rey se puso de pie, llena de la energía que le habían otorgado voluntariamente todos los que la precedieron.

El Emperador se quedó sin aliento. La avalancha de luz de sus dedos se detuvo. Se levantó de su trono y dio un paso al frente. Sus ojos brillaron con obstinado poder.

—Que tu muerte ponga el punto final a la historia de la rebelión.

Palpatine estiró los brazos y le lanzó un zigzagueante rayo de la Fuerza. Ella levantó su sable y lo bloqueó. El impacto casi la derriba, pero recurrió a la Fuerza y se mantuvo firme. Él intensificó su ataque.

—¡No eres nada! —le gritó—. Una chatarrera no es rival para el poder que habita en mí. ¡Yo soy todos los Sith!

Rey sintió que se le iba a romper la muñeca, pero no sería así. No esa vez.

—Y yo… —le respondió sacando más fortaleza para alcanzar el sable de Leia, que se acomodó en su mano—. Soy todos los Jedi.

Sacó el segundo sable y lo cruzó con el primero para formar un escudo impenetrable. Dio un paso al frente, empujando para combatir la embestida. Luego otro más. Cada paso estaba lleno de angustia. Exigía todo lo que los Jedi le habían dado, todo lo que tenía.

Los rayos comenzaron a rebotar hacia el Emperador. Le destrozaron la cara y echó la cabeza atrás en agonía, y en negación ante lo que pasaba. Rey siguió avanzando sin piedad, un pie delante

del otro, absorbiendo poder de la Fuerza. Finalmente estaba lista. Reunió su fortaleza, su fe en los Jedi del pasado, el amor por sus amigos, y lo lanzó todo al Emperador.

Él se tambaleó hacia atrás, su propio poder se revertía en su contra. Lo devoró por completo, le arrancó los dedos recién curados, le quemó la piel de la cara, los huesos, hasta que todo él se desintegró.

Como polvo estelar que se desmorona, lo que quedaba de él se fusionó en un solo punto, que explotó en una enorme onda expansiva que tiró a Rey al piso. El trono Sith se hizo añicos. El techo se derrumbó a su alrededor y aplastó a miles de discípulos que estaban en el anfiteatro.

La pantalla de navegación de Poe de pronto se despejó. Miró alrededor. El extraño poder que venía de la superficie del planeta se había detenido. O quizás era solo una pausa. Como fuera, era momento de ponerse a trabajar.

—¡Estamos de vuelta! —gritó—. Es nuestra última oportunidad. ¡Tenemos que derribar ya esos cañones!

Voló hacia un destructor y apuntó hacia el cañón frontal. Miles de naves rectificaron, algunas incluso salieron de su caída libre, y todas sacaron sus armas. Comprendieron lo mismo que Poe: la tregua podía ser temporal. Tal vez solo tenían unos segundos para actuar.

Los jet troopers no se rendían. Jannah hacía un gran trabajo quitándoselos de encima, pero Finn no podía evitar distraerse. «Concéntrate, Finn». Rey y Rose habrían recableado esa cosa en la mitad del tiempo. Un último ajuste… listo.

—¡Lo logré! —le gritó a Jannah y saltó del cañón jalando un puñado de cables. Estaba casi seguro de que eran los correctos.

Le dio dos a Jannah. Él apuntaría, ella dispararía. Finn juntó sus cables y el enorme tubo del cañón giró hasta apuntar directamente a la cubierta de la nave. Miró a Jannah una vez más. Eso era todo. No había marcha atrás.

—A ningún otro niño —le dijo Finn.

—Ni uno siquiera —asintió ella y juntó los cables.

Se encendieron y una fracción de segundo después el cañón lanzó una potente ráfaga de disparos. Finn y Jannah esperaron y suspiraron. ¿Había funcionado? Tal vez Finn debió apuntar hacia otro… De pronto el casco se despedazó debajo de ellos.

Pryde desperdició los pocos valiosos segundos que pudo haber tenido para llegar a una cápsula de escape, todo por quedarse congelado y atónito. El piso del puente de mando se estremeció como incitándolo a

correr. Lo hizo, finalmente, solo para descubrir que el pasillo que salía del puente estaba torcido y era intransitable.

El Almirante Griss se lo encontró en una puerta que no llevaba a ningún lado. Intercambiaron miradas de pánico mientras un oficial se acercaba corriendo.

—¡Se cayeron todas las comunicaciones! —les advirtió.

—Están atacando a los destructores en todos los sistemas ocupados —agregó otro oficial del puente de mando—. ¡Hay una cantidad abrumadora de pequeñas naves de combate!

Eso no podía estar pasando. No era posible. Su Emperador lo había predicho todo.

El piso comenzó a sacudirse hacia los lados. Varias explosiones atrajeron la mirada de Pryde hacia el ventanal. Se precipitó hacia allá como si mirar más de cerca le ofreciera una solución.

El casco del *Steadfast* se inclinaba peligrosamente. Las naves de la Resistencia se recuperaban de la extraña energía que las había puesto en sus garras. Parecía como si todo estuviera perdido. Por primera vez, Pryde consideró que tal vez el Emperador no restauraría la gloria del antiguo Imperio.

Se dejó recorrer por esa posibilidad, la asimiló y examinó. Se vio obligado a concluir que no le importaba. Era absolutamente irrelevante para él.

En sus últimos momentos, el General Leal Pryde finalmente comprendió que el regreso del Emperador Palpatine no tenía ningún sentido si él no estaba para presenciarlo. Todos sus esfuerzos y sacrificios no habían valido la pena. Explotó el puente de mando. Pryde cayó.

Finn y Jannah se aferraron juntos a la cubierta y se agacharon cuando los escombros en llamas del puente de mando volaron por donde ellos estaban. No aguantarían demasiado. Se soltarían y saldrían disparados contra la superficie del planeta, si es que el *Steadfast* no explotaba primero.

Finn la miró. Estaba muy contento de que se hubieran encontrado. Dos exstormtroopers juntos, haciendo lo correcto por fin.

—¿Sabes qué? —le gritó por encima de los ruidos de la destrucción.

—¡Yo tampoco lo siento! —gritó ella con una sonrisa como un sol en su rostro.

La nave se sacudió. Las piezas del casco se rompieron, y de repente los dos estaban deslizándose por toda la superficie del destructor. ¿Cuánto tiempo podían deslizarse por una nave de ese tamaño antes de llegar al aire libre? Un par de minutos, tal vez.

Mientras Finn se deslizaba, sostuvo a Jannah y suspiró. No se arrepentía. Había valido la pena.

Alguien intentó contactar a Poe desde abajo, así que cambió su frecuencia para tomar la comunicación.

—Finn no abordó el transporte —se oyó la voz de Rose.

—¿Qué?

—¡Siguen en la nave de mando!

Todo el alivio de que la flota volviera a estar en pie se desvaneció. No podía perder a Finn. No lo haría. Sacó su
X-Wing
de la línea de ataque y se lanzó hacia el *Steadfast*. La nave de mando ahora apuntaba abajo, lista para perforar la superficie del planeta. Eso lo había logrado su amigo.

Los escáneres eran casi inútiles en esa atmósfera, así que solo podía buscarlos con la vista. Había muchas posibilidades de que la explosión del puente se hubiera llevado a Finn, pero Poe no se rendiría, no hasta que fuera necesario. Acababa de perder al *Tantive IV* y a todos los que iban en él. Necesitaba salvar a tantos compañeros como pudiera.

Pasó zumbando junto a una torre de comunicaciones, que ahora se movía paralela sobre el piso, y estuvo a punto de no ver las dos figuras que se aferraban juntas a la parte más alta.

—¡Ya los vi! —dijo Poe—. ¡Voy a dar la vuelta!

—No lo vas a lograr —le advirtió Tyce.

—¡Confía en mí, soy rápido! —insistió al tiempo que giraba el caza.

—No tanto como esta nave —se oyó la voz de Lando—. ¡Sujétate, Chewie!

El *Halcón* salió disparado como meteoro hacia el destructor estelar y se inclinó hacia arriba para subir a él.

Finn estaba a punto de soltarse cuando vio el casco del *Halcón* elevarse debajo de él.

—¡Jannah! —gritó lleno de esperanza.

—¡Ya lo vi!

Debían sincronizarse. Les quedaba espacio para correr unos pocos pasos por un costado de la torre de comunicaciones y luego no había nada más que aire.

Se tomaron de la mano. Aún no… ¡Ya! Salieron corriendo mientras Lando acercaba el casco de la nave. Saltaron con todas sus fuerzas… exactamente al mismo tiempo que el *Steadfast* finalmente sucumbía ante la fuerza de gravedad y caía hacia el olvido. Aterrizaron

bruscamente sobre el casco del *Halcón*; Finn se torció un tobillo.

Al abrirse una escotilla, vieron a Chewbacca hacerles señas para que se apresuraran. Corrieron encima del *Halcón*. El tobillo de Finn gritaba a cada paso, y finalmente se dejaron caer por la escotilla.

—¿Ya están contigo, Chewie? —gritó Lando desde la cabina.

El wookiee confirmó con un rugido y el *Halcón* salió de ahí a toda velocidad. Finn se desplomó contra la pared. No podía creer que habían sobrevivido.

El Emperador ya no estaba.

Rey miró a su alrededor los restos de la catedral. No sentía los brazos ni las piernas. Escuchó vagamente el tintineo de los sables al golpear el suelo: ¿en qué momento los había soltado?

Invocó a la Fuerza una última vez… Algunos de sus amigos seguramente seguían allá arriba en alguna parte. Sintió… ¡a Finn! Y luego… ¿a Jannah? Entregar absolutamente todo lo que le quedaba no era gran cosa en comparación con salvar a sus amigos. Buscó también a Ben, pero le fallaron las piernas y cayó al suelo.

Finn corría hacia las torretas del *Halcón*. Jannah iba pisándole los talones.

Algo le desgarró el alma, se tambaleó, apenas logró sostenerse en la pared del pasillo.

—Rey —susurró.

Ya no estaba. Finn empezaba a comprender cómo la presencia de Rey pesaba tanto en su mente. Debió habérselo dicho. Tuvo la intención de hacerlo. Perdió la oportunidad.

—¿Finn? —inquirió Jannah mientras unas lágrimas agónicas rodaban por las mejillas de su amigo.

Chewbacca preguntó qué pasaba, pero Finn había perdido el aliento por completo, así que no pudo responder.

Una saliente de la roca había detenido la caída de Ben. Tenía el tobillo torcido y estaba bastante seguro de que se había roto por lo menos dos costillas. A pesar de todo, debía regresar a la sala del trono, pues ya no alcanzaba a sentir a Rey en lo más mínimo.

La subida fue una agonía. Cada vez que se sujetaba de una saliente, una puñalada ardiente de dolor se le clavaba del lado izquierdo. Aunque el mareo amenazaba con tirarlo otra vez hacia el abismo, siguió avanzando, una mano después de la otra, hasta que finalmente sus dedos se sujetaron a la cima.

Se arrastró por la orilla, hizo una pausa para recuperar el aliento y se estiró para ponerse de pie. Logró dar solo unos pasos antes de

desmoronarse. Luego volvió a incorporarse y avanzó cojeando.

Ya alcanzaba a verla derrumbada en el piso. De pronto el dolor en el pecho fue mucho peor que el de un par de costillas rotas. Se veía tranquila, casi como si estuviera durmiendo, solo que sus ojos estaban muy abiertos y fijos, apagados, sin vida.

Apenas sabía lo que estaba haciendo cuando se agachó junto a su cuerpo débil, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia su pecho. La piel de Rey se enfriaba cada vez más. Sus ojos vacíos miraban justo hacia él. Se imaginó que lo culpaban. «Tú hiciste esto. Todo esto es tu culpa».

No. Rey nunca haría algo así. Esos pensamientos eran vestigios del condicionamiento de Snoke. Rey era buena. Amable. Sin importar lo que había pasado entre ellos, lo que él había hecho, ella siempre se mostró compasiva.

Ben buscó con la mirada por la catedral en ruinas como si las respuestas estuvieran entre las sombras, pero no había nada. Solo un doloroso vacío y una sensación de pérdida tan aguda y terrible que era como un tornillo perforándole las entrañas.

La apretó contra su pecho y la abrazó un momento. Acababa de encontrarla, de encontrarla de verdad. Desperdició su vida, ahora lo sabía. Todos los que le habrían podido mostrar el camino para ayudarlo a ser Ben de nuevo ya no estaban. Luke, sus padres y ahora Rey.

No podía creerlo. Rey era la persona más fuerte que había conocido. Luchó contra la oscuridad de una forma que él jamás pudo. Los salvó a todos. Merecía algo mucho mejor.

Mientras la sostenía sintió algo. Una chispa minúscula. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la Fuerza no se la había llevado aún.

Sabía exactamente lo que Rey haría en su lugar. Era la decisión más fácil que jamás había tomado. La acunó suavemente y le puso la mano en el abdomen. Cerró los ojos. Invocó a la Fuerza. No le quedaba mucha energía y estaba a punto de hacer algo que nunca había hecho. Por fortuna, Rey le había enseñado a entregarse.

Volcó todo en ella. Encontró reservas que no sabía que tenía. Le entregó todo su ser. El diafragma de Rey se expandió con una respiración y su mano tibia cubrió la de él. Sus ojos se iluminaron. Parecía sorprendida de verlo. Se sentó, pero sin apartarse.

Se miraron fijamente unos instantes. Ben esperó a que ella entendiera lo que acababa de pasar. Estaba bien si ahora lo dejaba y seguía con su vida sin mirar atrás. Es lo que debería hacer. En vez de eso, sonrió y susurró:

—¡Ben!

Estaba feliz de verlo. Feliz de estar con él en ese momento. Era el regalo más grande que ella podía darle.

El corazón de Ben se desbordó cuando Rey se acercó a su cara, le rozó las mejillas con los dedos y luego, maravillosa sorpresa, se inclinó hacia él y lo besó. Era un beso de agradecimiento, con el que reconocía su vínculo y celebraba que finalmente se habían encontrado.

De repente ella se hizo para atrás con el rostro consternado. Sentía que él se enfriaba. Ben le sonrió. Había devuelto a Rey a la galaxia. No pagaría por toda la oscuridad que causó, pero al menos era algo que había podido hacer.

Ben Solo no sintió remordimientos al derrumbarse en el suelo. La Fuerza le dio la bienvenida. Su último momento consciente fue Rey tomándolo de la mano.

Rey se paró junto al lugar donde había desaparecido Ben, y miró su túnica vacía. Las lágrimas rodaban por su cara. Él había sacrificado todo por ella.

No lloró por la muerte de Kylo Ren. Nunca lloraría por él, pero le habría encantado tener la oportunidad de conocer a Ben Solo. Sentía como si la mitad de ella hubiera desaparecido, y de hecho creía que así era. La chica que se sintió sola durante todos esos años en Jakku había sido parte de una díada todo el tiempo. Justo cuando acababa de descubrir esa invaluable conexión, esa increíble unidad, se la arrebataron.

A través de la Fuerza le llegó una voz fuerte y clara: «Siempre estaré contigo», le dijo Ben. Ella sonrió, dejó que esa verdad la inundara.

—Nadie muere en realidad —susurró.

Recogió sus sables y salió corriendo de las ruinas de la catedral.

Finn supo el preciso instante en que Rey volvió en sí. Brincó del asiento de la torreta (nadie los perseguía de todos modos), subió la escalera y corrió a la cabina.

—¡Chewie, sentí la presencia de Rey! —exclamó.

Chewie rugió algo sobre una ilusión y que si no debería estar en la torreta cubriéndoles las espaldas.

—Estoy seguro —aseveró Finn escudriñando el horizonte desde el ventanal.

Los escombros caían por todas partes. Exegol se convertiría en un basurero. No es que antes fuera un paraíso ni mucho menos, pero todos esos destructores estelares iban a echar humo durante años.

No había señales de Rey. Ni Chewie ni Lando insistieron en que abandonara la cabina, así que se quedó, buscándola…

—¡Allí está! —gritó señalando un maltrecho
X-Wing
T-65.
Enseguida gritó en el intercomunicador de su muñeca—: Miren. Rojo Cinco está en el aire. ¡Rey está viva!

—¡Ya la vi! —reconoció Poe.

Finn no creía que pudiera mejorar ese momento, pero luego sonó una transmisión en la consola del intercomunicador. Chewie balbuceó emocionado.

—La gente se rebela en toda la galaxia, Poe —le informó Finn—. ¡Lo logramos!

Escuchó la sonrisa en la voz del piloto mientras decía:

—Así es, lo logramos.

C-3PO no podía apartar sus fotorreceptores de la consola. Sus amigos estaban allá afuera peleando y muriendo. La última transmisión que había recibido de R2-D2 era para advertirles de una extraña tormenta eléctrica que estaba dificultándole al
X-Wing
del General Poe mantenerse en el aire.

—¡Ay, no! ¡Ay, no! ¡Ay, no! —dijo una y otra vez
C-3PO.

Luego, el curso de la batalla se revirtió. Los mismos reportes llegaban de todos lados.

—¡Los destructores! —exclamó para cualquiera que pudiera estar escuchando. Agitó los brazos en señal de celebración—. ¡Están cayendo! ¡Por todas partes!

Treinta y un años atrás, Wicket se había parado en ese preciso lugar de la luna boscosa de Endor para festejar la destrucción de la Estrella de la Muerte. En ese entonces era apenas un cachorro. Su pelaje aún conservaba su juvenil color castaño.

Después de aquello habían llovido escombros durante una década, pero la vida en Endor nunca se rendía fácil, así que la luna se defendió con exuberante verdor. Luego llegó la Primera Orden.

Wicket señaló al cielo mientras un pedazo de destructor estelar caía como un cometa ardiendo.

—¿Viste eso? —le preguntó a su pequeño hijo Pommet en ewokés—. Es obra de nuestros amigos.

—¿La Princesa Leia? —preguntó Pommet con los ojos abiertos de par en par, pues había escuchado todas sus historias—. ¿Y C-3PO?

Wicket asintió.

—Sí, C-3PO —confirmó.

No tenía dudas de que el dorado semidiós había estado a cargo de otra liberación.

—Ven —le dijo a Pommet guiándolo de regreso a la aldea—. Esta noche habrá festejos y fuegos artificiales.

CAPÍTULO 19

Finn bajó corriendo por la rampa de acceso del *Halcón* hasta la base selvática de Ajan Kloss. La mayoría de las naves aliadas había regresado a sus sistemas y planetas, aunque unas cuantas decidieron volver a casa con las naves sobrevivientes de la Resistencia. La base iba a estar más llena y ocupada que nunca.

El transporte de tropas llegó después. BB-8 bajó rodando la rampa seguido por una jubilosa Rose. Finn sonrió de oreja a oreja al ver que su amiga estaba bien.

D-O gritó tartamudeando de alegría al detectar a
BB-8.
Se precipitó hacia ese droide más grande que él y dio de vueltas a su alrededor, gritando para darle la bienvenida:

—¡F-f-feliz! —le dijo.

Todos se abrazaban celebrando que estaban vivos. Finn pasó junto a Beaumont, quien le dio una palmada en el hombro. Luego divisó a Poe alejándose de su
X-Wing
y volteando a ver a Zorii. Se miraron por largo rato y asintieron amistosamente. Poe arqueó una ceja con una pregunta en la mirada, pero Zorii sacudió la cabeza en señal de negación. Él sonrió y se alejó, resignado, pero contento.

Todos a su alrededor se estaban reencontrando:
C-3PO
saludó a R2-D2 mientras lo bajaban del caza de Poe; Beaumont, Klaud y Connix reían juntos;
D'Acy
y Tyce se abrazaron y se permitieron un largo beso. Hasta los orbaks celebraban agitando sus melenas y dando pisotones rítmicos para los pilotos a cambio de premios.

Chewie levantaba a Rose en el aire cuando Finn vio que Maz los interrumpió.

—¡Chewie! —lo llamó Maz haciéndole una seña para que se agachara—. Esto es para ti. —Él posó una rodilla en el suelo y, cuando

estuvieron a la misma altura, ella le puso en la mano la medalla de valentía de Han; el wookiee la agarró con sus enormes dedos—. Él hubiera querido que la tuvieras —agregó ella.

Poe se encontró después con Finn. Aunque el piloto había estado celebrando con todos los demás, Finn sintió un poco de vacilación de su parte.

—La General Leia creía que habían destruido al Emperador en la Batalla de Endor —le dijo Poe—, pero él volvió, y más poderoso que nunca.

—Crees que podría regresar otra vez —comentó Finn.

—Puede ser —contestó Poe mientras miraba hacia Zorii. Claro que a Poe le preocupaba. Era el general interino y, como cualquier buen general, se anticipaba a la pelea que podían tener por delante—. O surgirá algún otro peligro. El mal siempre aparece.

—Naaa —dijo Finn—, al menos no por un buen rato.

Poe lo miró inquisitivamente.

—No me malinterpretes, lo que la General Leia hizo con Solo y Skywalker fue increíble —explicó Finn—. Fue algo heroico y valiente, pero era tan solo un pequeño grupo contra las probabilidades más inverosímiles.

Poe esbozó una sonrisa.

—No somos solo un pequeño grupo —dijo al entender—. La Resistencia cuenta con un millón de personas en miles de lugares.

—La General Leia unió a toda la galaxia. Esta vez va en serio.

La sonrisa de Poe se tornó gigante y Finn envolvió a su amigo en un gran abrazo.

C-3PO y R2-D2 se acercaron.

—¿Oíste eso? —preguntó
C-3PO
mirando al cielo.

Lando miró a su alrededor en la base de Ajan Kloss. Todo el mundo sabía quién era él, solo que ahora era diferente: lo reconocían, pero él no conocía a nadie. De sus antiguos mejores amigos solo quedaba Chewie.

Sin embargo, estaba feliz por todos. Esa nueva galaxia, ¿la *Nueva* Nueva República?, era algo de lo que tendría que ocuparse la siguiente generación. Él regresaría pronto a Pasaana. Mientras tanto, estaba contento de haber ayudado.

—¿De dónde viene, general? —oyó una voz detrás de su hombro y volteó.

Era Jannah, la chica de Kef Bir.

—Del sistema Oro —respondió—. ¿Y tú, jovencita?

—No sé —dijo ella y su mirada se volvió distante—. No lo sé.

Su respuesta lo golpeó como si le hubieran lanzado un torpedo de protones directo al estómago. No regresaría a Pasaana. Miles, quizá millones de niños habían sido secuestrados por la Primera Orden, como su hijita, y algunos de ellos, muy pocos, eran especiales. Aquellos como Finn y Jannah, quienes de alguna manera se las habían ingeniado para zafarse de los condicionamientos de la Primera Orden y tomaron las decisiones correctas.

Lando y el *Lady Luck* iban a ayudar a esos niños especiales a encontrar a sus familias, si eso era lo que querían. Ayudarlos a encontrar su lugar en la nueva galaxia. Rayos, y tal vez hasta él encontraría a su hija. O tal vez no; conocía las probabilidades. Aunque sería una muy buena manera de pasar sus años crepusculares, ¿cierto? Si esos chicos estuvieran dispuestos, en todo caso.

—Bien —le dijo a Jannah—. Hay que averiguarlo.

La asombrosa sonrisa que ella le devolvió le dijo todo lo que él necesitaba saber.

Rey aterrizó el X-Wing de Luke y saltó de la cabina. BB-8 rodó hacia ella canturreando de entusiasmo.

—¡BB-8! ¡Estás bien! —dijo ella agachándose para revisarle la antena y las tapas de los puertos. Había salido de la batalla casi sin un rasguño.

Rey deambuló por la base sacando fuerza y alegría de todos, pero se sentía un tanto sola. La gente le daba palmadas en la espalda cuando pasaba; ya se había difundido la noticia de que el Emperador había muerto; sin embargo, se preguntaba si la felicitarían tan prontamente si supieran que era su nieta.

O tal vez sí lo harían. Leia y Luke habían sido hijos de Darth Vader, a fin de cuentas. Quizás a las buenas personas de la Resistencia no les importaban esas tonterías de lazos sanguíneos e historias familiares.

Finalmente localizó a las personas que buscaba. Finn y Poe, hombro a hombro entre la multitud, buscándola también. Sus miradas se cruzaron.

Tuvo que esforzarse al máximo para no echarse a llorar. Sus amigos. Su familia. Todos habían sobrevivido.

De repente estaban envueltos en un abrazo de tres. Rey sintió las lágrimas de Finn contra sus mejillas, y Poe la apretó tan fuerte que le costaba respirar.

—Rey —murmuró Finn—, he tratado de decirte…

—Ya lo sé —respondió ella pensando en que la presencia de Finn había surgido muy luminosa en su mente.

—Todos lo sabemos —dijo Poe.

Una especie de calidez fluyó entre ellos, una conexión distinta de la Fuerza, pero a su manera igual de poderosa. A Rey no le importó ponerle un nombre. Solo quería vivir el instante y dejar que fluyera a través de ella como el agua en el desierto.

Había mucho trabajo por hacer: muertos que llorar, una galaxia que poner en marcha. Por el momento la celebración seguía a su alrededor, así que continuaron abrazándose.

El *Halcón* aterrizó en una planicie desértica y vacía. Los soles gemelos de Tatooine aún no mostraban sus caras, pero la luz de la primera hora de la mañana ya bañaba la tierra de rosa y blanco. Rey y
BB-8
descendieron por la rampa y entrecerraron los ojos ante el brillo que se reflejaba. El lugar estaba tan desolado y la tierra tan descolorida que era casi como las salinas de la cuenca de Hiila allá en Jakku.

Rey avanzó hacia una construcción de adobe cuya cúpula sobresalía de la arena. Solo
BB-8
iba con ella. Todos sus amigos se habían ofrecido a acompañarla, pero Finn insistió en que se quedaran. Él sabía que necesitaba hacerlo sola.

Llevaba tres sables consigo. El suyo, que finalmente había terminado, estaba enganchado a su cinturón. Los otros dos iban en su mochila.

La construcción de adobe tenía una entrada en forma de arco, que tantos años de viento y arena habían enterrado. No había forma de entrar a la casa de Lars por ahí.

Los evaporadores de humedad se erguían a la distancia en intervalos irregulares, torres larguiruchas y delgadas muy parecidas a las trampas de granos aéreos de Pasaana. Se dio cuenta de que la irregularidad de los intervalos se debía a que algunos evaporadores se habían caído.

Caminó junto a la construcción y descubrió algo que parecía un gran sumidero, medio lleno de arena. Al mirarlo más de cerca, notó una ventana en arco y una puerta medio cubierta en la base de la sima, construida entre las paredes de adobe.

A sus pies yacía un panel de uno de los evaporadores caídos, ligeramente curvado, lo suficientemente grande como para que una persona se sentara en él. Lo sacó, le dio vuelta y lo miró. Unas cuantas horas después el metal estaría demasiado caliente para tocarlo. Mientras tanto serviría perfectamente como trineo de arena.

Se sentó en él, subió las rodillas y se impulsó. El trineo bajó por una pendiente de arena hasta el corazón del sumidero, donde chocó

suavemente con la base de una torre de condensación rota. Rey bajó y miró alrededor.

Había muchos recuerdos ahí. Podía sentirlos: anhelo, pérdida, preocupación, desesperación, amor; pero no solo eran de Luke. Dos generaciones de Skywalker habían visitado ese lugar.

La atrajo una entrada parecida a una caverna que se abría en la pared. Conforme pasaba a la sombra y sus ojos se acostumbraban a ella, se dio cuenta de que había una larga mesa cubierta de polvo. Le pasó un dedo por encima, trazando una línea azul claro. Luke había cenado ahí. Y logró sentir que también… ¿Anakin?

En una alcoba adyacente había una especie de dispensador de bebidas, pero la mayoría de las palancas y paneles habían sido saqueados probablemente por los jawas de la zona. A un lado yacía un vaso largo hecho de plástex, extrañamente impecable.

Deambuló durante unos minutos más y descubrió algo que solía ser una cochera de speeders, el dormitorio de Luke, y los restos de un dispositivo electrostático que probablemente había mantenido alejados la arena y el polvo durante años. Las demás habitaciones seguían inaccesibles; las entradas estaban enterradas en montículos de arena.

Rey se quedó de pie en el centro durante un rato, y asimiló todo. ¿Su vida pudo haber sido diferente? ¿Y si hubiera crecido en un hogar de verdad como ese, con una tía y un tío que la quisieran?

Tal vez no. La familia que estuvo buscando estuvo en el futuro desde el principio y ella no quería cambiar nada.

Las paredes de adobe agrietadas y las tuberías que sobresalían le sirvieron para trepar fácilmente. Llegó arriba y sacó los sables de Luke y Leia de su mochila. Los sujetó uno al lado del otro y los contempló durante largo rato. Pertenecían a sus maestros. A su familia.

Los puso en el suelo, los envolvió cuidadosamente en un pequeño paquete hecho de tela y amarrado con una cinta de cuero. Invocando el poder de la Fuerza, los empujó de modo que los sables se hundieron cada vez más, hasta que el suelo los acogió completamente cubriéndolos de una fresca y tranquila quietud.

Rey se puso de pie y sacó su sable. Lo encendió y brilló con una luz blanca y dorada. Se quedó contemplándolo. Era de una sola hoja. La empuñadura y el transmisor eran partes rescatadas de su báculo. El producto final se sentía como todo lo opuesto al sable que sostenía la Rey oscura de su visión, así que le encantaba. Era hermoso. Se ajustaba perfectamente a su mano. Lo llevaría consigo por siempre.

—¡Hola! —se oyó una voz extraña y Rey volteó.

Se le acercó una mujer anciana con la piel arrugada y maltratada

por la arena, con la capucha puesta para defenderse de los elementos. Sostenía las riendas de un etobi alto y desgarbado, probablemente de camino a un punto de comercio cercano.

—Hace mucho que no hay nadie por aquí —le explicó—. ¿Quién eres?

—Soy Rey.

—¿Rey qué? —preguntó la anciana.

Una luz atrajo la mirada de Rey y la hizo voltear. Leia y Luke estaban parados en el borde de la casa. Brillaban cubiertos por una luz azul y le sonreían. Los extrañaba muchísimo. Luke asintió levemente con la cabeza: «Es tuyo, Rey». Ella volteó de nuevo hacia la vieja comerciante. Se irguió y contestó:

—Rey Skywalker.

—Ah, ¿nos estaremos viendo? —replicó la anciana un poco sorprendida, y se fue cojeando sin decirle su nombre.

Rey Skywalker se dirigió al *Halcón* para volver con su familia. La gente era lo más valioso. Eran la vida y la luz. No podría haber sobrevivido al Emperador ni haberse resistido a él si no fuera por la bondad y fortaleza de sus amigos y la generosidad de los Jedi que la precedían. «Y por Ben», se recordó.

Conforme se acercaba,
BB-8
balbuceó que ya había tenido suficiente de planetas desérticos, aunque no protestó al ver que Rey se detenía a contemplar la inmensidad del desierto al amanecer.

Rey y BB-8 miraron salir los soles gemelos de Tatooine hacia un nuevo día.

AGRADECIMIENTOS

Cualquier rebelión que se precie de serlo comienza con un equipo intrépido. El mío incluye, entre otros, a los editores Tom Hoeler y Jennifer Heddle; a mi esposo C.
C. Finlay;
a mi agente Holly Root; a Lucasfilm Story Group, y en particular a Pablo Hidalgo; a mi colega novelista Michael Kogge; a J.
J. Abrams
y Chris Terrio por darme un material tan maravilloso para trabajar; y, por supuesto, a George Lucas, quien empezó todo.

Antes que nada, con esta última novela de la saga Skywalker, quiero agradecerles a ustedes, lectores y fans de *Star Wars*. Gracias por su entusiasmo, sus duelos de sables láser, sus impecables disfraces, su insaciable hambre de más libros y su absoluta devoción por los detalles. Gracias a los fans que se sumergieron en la galaxia *Star Wars* una sola vez, a los que la han seguido obsesivamente durante cuatro décadas y a todos los que estén entre esos dos polos. Gracias por comprometerse con el material en forma crítica y entusiasta, y por sus apasionados vlogs, blogs y podcasts. Esta es la mejor comunidad de cualquier galaxia y me siento orgullosa de formar parte de ella.

El ascenso de Skywalker puede que sea el último libro de la saga, pero la Fuerza siempre nos acompañará.

Después del extraño mensaje que anuncia el regreso de un antiguo mal, la Resistencia debe embarcarse en una peligrosa aventura para conocer la verdad. Nuestros héroes enfrentarán juntos todos los desafíos.

Rey continúa su entrenamiento en la Fuerza. Mejora sus habilidades y conocimientos de Jedi, pues sabe que el enfrentamiento con Kylo Ren es inevitable.

Empeñado en gobernar la galaxia, Kylo Ren asciende al puesto de Líder Supremo de la Primera Orden. Está decidido a aplastar cualquier oposición en su camino.

Si la Resistencia quiere salvar la galaxia, la siguiente generación de héroes, incluyendo a Rose Tico, Poe Dameron y Finn, debe alzarse para conducirlos.

Un año después de haber escapado de la Batalla de Crait con tan solo unos cuantos sobrevivientes, la Resistencia renace con nuevos aliados y viejos amigos.

Los enemigos de la Resistencia emplean muchas herramientas para diseminar el terror y la opresión, e incluyen a los ominosos Caballeros de Ren y a los terroríficos soldados Sith rojos.

Después de casi extinguir a la Resistencia, la Primera Orden ha barrido la galaxia para tomar el poder con su crueldad y precisión militar.

A medida que la saga Skywalker llega a su fin, los héroes de todas las generaciones se reúnen por última vez, pues el destino de la galaxia está en juego.